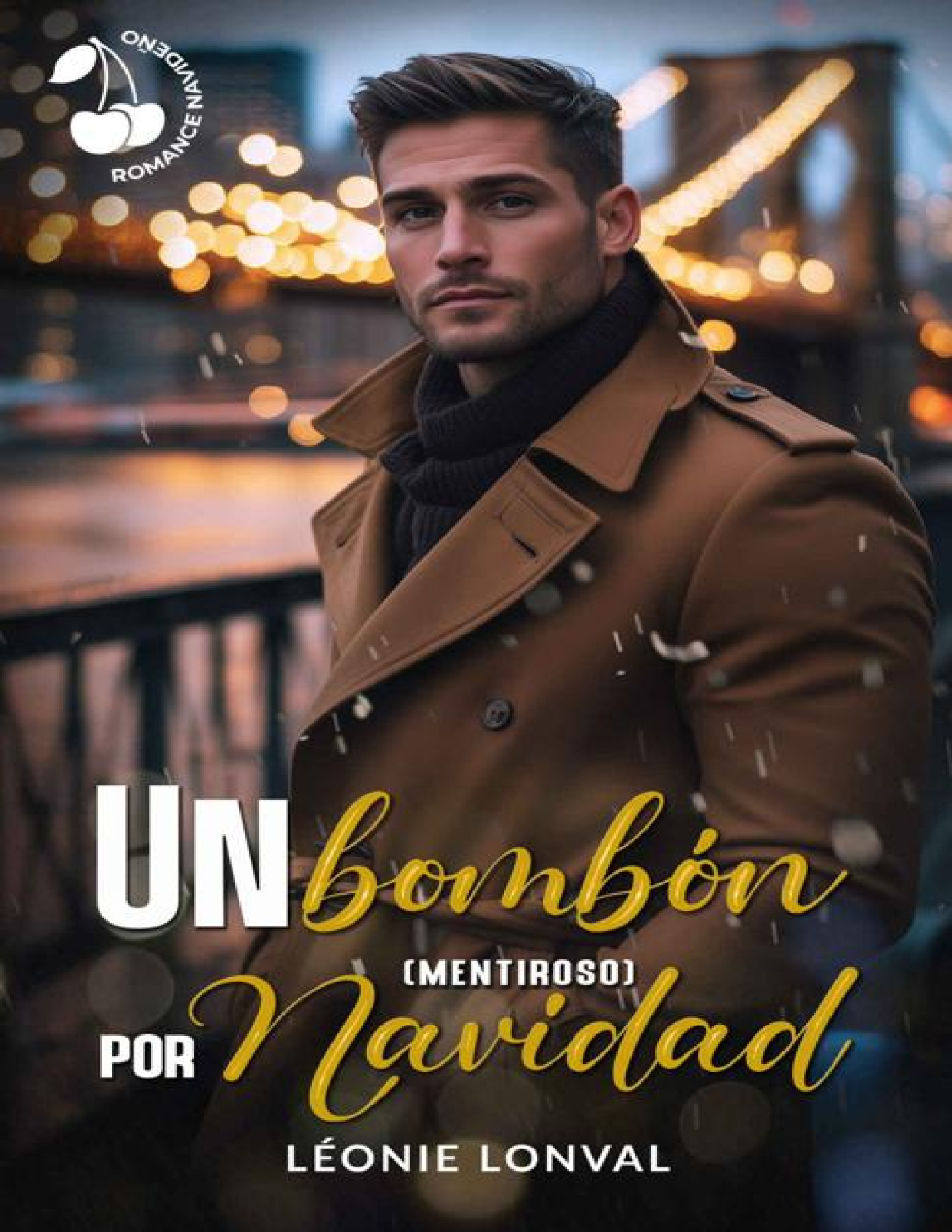

ROMANCE NAVIDEÑO
UN bombón
(MENTIROSO)
POR Navidad
LÉONIE LONVAL

Table of Contents

Anteportada

Síguenos...

Información legal

Contenido sensible

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Agradecimientos

Síguenos...

Créditos

LÉONIE LONVAL

Un bombón (mentiroso) por Navidad

Traducido del francés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@leonie_lonval
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: noviembre 2024

Advertencia de contenido sensible

Algunos capítulos de este libro contienen descripciones que pueden causar cierta incomodidad a las lectoras. Los hechos representados son ficticios y en ningún momento pretenden justificar la violencia, el abuso verbal o los comentarios despectivos hacia el peso y la comida, sino en todo caso, concienciar de que existen estas actitudes por los estigmas sociales. Asimismo, pese a que la novela está ambientada en 2021, no se contempla la pandemia, por lo que en este libro no hay referencias al covid-19. Desde la editorial, rogamos que se tenga esto en cuenta a la hora de proceder con la lectura.

«La Navidad surge del corazón
y acaba flotando en el aire.»
William Thomas Ellis

1

¡Mierda, joder! ¿Por qué a mí?

El tacón de una de mis botas, que por cierto, me costaron un riñón, acaba de partirse en dos de camino al trabajo.

¡Me cago en los baches de la acera! ¡Maldita sea! ¿A qué esperan los del ayuntamiento para reparar todos esos boquetes con los que nos arriesgamos a una muerte segura, o al menos a la de nuestros zapatos? Para los impuestos no hacen la vista tan gorda, ¿verdad?

Estoy de mal humor. De un humor de perros. Cabreadísima. El día ha empezado de pena: he derramado el café sobre mi blusa favorita, se me ha partido el tacón… ¿Qué más va a pasar? Es obvio que aún no estoy fuera de peligro…

Avanzo cojeando. Hace un viento especialmente frío esta mañana, y está claro que tiene que ver con la llegada de diciembre. Las temperaturas han bajado considerablemente y el cielo se ha teñido de gris en sus múltiples tonos, del más claro al más oscuro. Aun así, este mes es bastante festivo, sobre todo porque es en el que celebramos Navidad y Año Nuevo.

Cada vez está más cerca el dulce aroma de las galletas caseras y el chocolate caliente, el abeto y su resina, los colores chispeantes de los adornos, esos momentos junto a la familia y nuestros seres queridos… Tengo muchísimos recuerdos de las Navidades de mi infancia, cada uno más alegre y reconfortante que el anterior. En mi familia tenemos varias tradiciones que hemos mantenido vivas con el paso de los años. Cada diciembre, nos reunimos y compartimos momentos juntos. Este año, sin embargo, la llegada de las fiestas no me sabe igual que los anteriores. Mis padres han decidido irse de crucero por el Mediterráneo, así que celebrarán la Navidad en Grecia, Turquía, o en algún sitio similar. Desde que me enteré, tengo un regustillo bastante amargo, como el de un pomelo que se empodrece al sol en la encimera de la cocina…

Soy hija única, lo que significa, en corto, que sin mis padres en estas fechas soy la única representante de mi núcleo familiar. Vamos, que estoy más sola que la una.

Refunfuñando para mí y mis pelillos del bigote (*invisibles, ¿de acuerdo?*) entro en la tienda con varios minutos de retraso y me encuentro con mi compañera y jefa, Julie. Le enseño mi mejor sonrisa, de esas que podrían vender arena a un beduino —como diría mi madre con su característica soltura—, pero pronto descubro la expresión contrita de Julie. Sus finos rasgos parecen tensos y se esfuerza por evitarme la mirada.

Las jodiendas van en aumento… ¡Ojito, que se viene otra somanta de leches esta mañana!

—Lo sé, llego tarde, pero ha sido este maldito tacón, que ha decidido irse a tomar viento esta mañana… La culpa la tiene esa mierda de acera. O los del ayuntamiento, que son unos incompetentes.

—Liviana, tenemos que hablar. ¿Puedes venir conmigo al almacén?

—Claro…

Mi vocecita no engaña a nadie: ni a mi jefa ni a mí. Esto me huele a malas noticias; tengo la sensación de que el día no va a mejorar.

El almacén es estrecho, apenas lo bastante ancho para que quepan dos personas una al lado

de la otra. El aire que se respira es gélido debido a ese ventanuco mal aislado que deja que el aire helado se cuele en la habitación. Una vez allí, Julie se sincera:

—Liv, lo siento, pero la marca no va bien. Teniendo en cuenta lo que ha pasado últimamente, el grupo ha tenido que despedir a parte del personal de tienda.

—Vamos, que… ¿estoy despedida?

—A ver, has sido la última en llegar y también la que tiene menos experiencia… Firmaste un contrato con una cláusula especial…

La desazón es palpable y cada vez se hace más evidente. Me incorporé a la tienda hace poco más de un año, cuando me di cuenta de que mis estudios no me ofrecían las oportunidades que esperaba. Desde entonces, me he hecho amiga de Clotilde, mi joven compañera. Está un pelííín delulu[1] —ya, lo de disimular la ironía no es lo mío—, pero su sonrisa es contagiosa y me gusta especialmente su sinceridad. Me parece que lleva aquí tres años, a pesar de que trabaja a tiempo parcial, así que la mantendrán en plantilla. Además, se está pagando sus estudios, así que lo lógico es compadecerse antes de ella que de una chica con pocas ambiciones, que nunca pudo cumplir su sueño de infancia, que acabó de dependienta en una tienda y cuyos padres han salido huyendo para las fiestas, ¿o no?

¿Estoy amargada? Sí. ¿Estoy de mala uva hoy? No, si te parece… ¿Me van a despedir? ¡Di que sí, bien jugado, Liv! ¡Tú sí que tienes la mano ganadora!

—Livia, lamento tener que darte esta noticia ahora…

—¿Ahora? ¿Te refieres a antes de Navidad?

—Sé que es un mes difícil… —dice para empezar.

Tiene que estar de coña.

—No, apenas… —respondo con ironía—. ¿Tengo que irme antes de que acabe la semana?

Julie gesticula con torpeza, se sonroja ligeramente y vuelve a evitarme la mirada.

¿Por qué no me leería esa maldita cláusula? Espera, no puede ser, ¿aún le queda algo por soltar, una capita más? ¿Qué se creen que soy, una pared por pintar?

—De hecho, eres libre de irte a casa ya mismo. También puedes quedarte hasta final de mes, pero como no te van a renovar el año que viene, he pensado que sería más fácil pagarte ya… —*Un chorro de agua fría. No, helada*—. Lo siento mucho, Liv…

—No tanto como yo; eso seguro.

Si viviera en una serie de dibujos animados, sería ese personaje con los ojos en blanco que lleva un cartel colgado del cuello con la palabra «PRINGADA» escrita en negrita.

Pero ¿dónde está la supuesta magia navideña con la que nos llenan el coco desde niños? ¿No se supone que diciembre es el mes más bonito, el más festivo del año, aquel en el que todas las lágrimas de tristeza se convierten en lágrimas de felicidad? ¿El momento en que el mundo debería acicalarse, brillar bajo los farolillos y el espumillón y engalanarse con los colores de Papá Noel y el árbol de Navidad? ¿El momento en el que los niños cantan los villancicos que han aprendido en el cole, en el que se habla de preparativos, comidas y regalos… un momento de reunión? ¿No se supone que los días de Adviento son alegres y radiantes?

Nadie me avisó de que este año mandaría al cuerno todas estas costumbres. A menos que el karma se esté vengando… *¿Tan gilipollas he sido este año, Papá Noel?* Porque si es cuestión de listas —me refiero a la lista de los niños buenos y la de los malos—, entonces estoy bastante segura de que soy la peor parada este año.

¡Hola, diciembre! ¡Adiós, trabajo y celebraciones familiares…!

Voy a acabar poniendo un anuncio en el periódico: chica joven sin blanca busca un trabajito y un pelín de magia navideña para hacer frente al sarcasmo que está por venir.

¡Maldita Navidad!

---

[1] *N. de la T.* Excesivamente soñadora, como desconectada de la realidad.

2

«—Lo siento, Harry, sé que es Nochevieja y sé que te sientes solo, pero no puedes presentarte y decirme que me quieres y esperar que eso resuelva todos los problemas. Las cosas no son así en la vida.

—¿Cómo son entonces?

—¡No lo sé, pero estoy segura de que así, no!

—Déjame probar así: Te quiero cuando tienes frío estando a veintiún grados. Te quiero cuando tardas una hora para pedir un bocadillo. Adoro la arruga que se te forma aquí cuando me miras como si estuviera loco. Te quiero cuando, después de pasar el día contigo, mi ropa huele a tu perfume, y quiero que seas tú la última persona con la que hable antes de dormirme por las noches. Y eso no es porque esté solo, ni tampoco porque sea Nochevieja. He venido aquí esta noche porque cuando te das cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida con alguien, deseas que el resto de tu vida empiece lo antes posible[1].»

Ay, Harry, si supieras lo extintos que están los tíos como tú…

Todo el mundo sabe que las pelis románticas reconfortan. Sirven para reparar un corazón roto, sí, pero yo les he dado otro uso: sobrellevar el paro. ¡Es el remedio que se me ha ocurrido! Soñar con una historia de amor en diciembre es un cliché, pero sienta tan bien…

¿Que cómo está siendo la noche del miércoles? Penosa. ¿Que cuál es el balance de la situación? A dos pasitos de la depresión me hallo. ¿Y cuál es la cura de mis males? Un atracón de pelis románticas y chocolate.

No, a ver: eso que he dicho está feo. La depresión es una enfermedad real que no hay que tomarse a la ligera ni tampoco bromear al respecto, por muy cutres que sean mis intentos de reírme de mi situación. De todas formas, no estoy tan lejos de caer en ella…

En los últimos dos días, prácticamente lo único que he hecho ha sido pudrirme en el sofá con el pijama puesto. Hay que ver: ya hace dos días (eternos, por cierto) desde que me despidieron con todo el descaro del mundo y me las vi sin empleo a principios de diciembre. *Una fiesta, vaya.* Así que ahora mismo mi única compañía son Harry y Sally.

Hundo la cuchara en el preparado de pasta a la carbonara para microondas. Como demuestra mi aperitivo, en esta época del año me alimento como Dios manda, y eso que ni siquiera son las seis. Pero volvamos al tema: levanto el cubierto e intento hacer la de «que viene el avión» hacia mi boca, pero entonces mi móvil berrea al son del *Hard For Me,* de Michele Morrone.

¡Ay, Michele, si supieras lo difícil que me resulta todo esto a mí también…!

Extiendo el brazo por encima de la mesita para alcanzar ese aparatejo ensordecedor, pero como ni siquiera hago el esfuerzo de despegar el culo del sitio, acabo medio derramando el contenido de la cuchara sobre mi sudadera burdeos y mis *leggings* grises. Aun así, descuelgo rápidamente el teléfono para interrumpir la hechizante voz del cantante.

—¿Diga?

—¿Qué estás comiendo?

Mi mejor amiga tiene un talento descomunal: se le agudiza el oído cuando hablamos por

teléfono, y su don me aterroriza y me asombra a partes iguales.

—Nada.

—Liv, no me hagas llamarte por tu nombre completo.

—Pasta carbonara… —admito derrotada.

—¿A estas horas?

—Ha sido un día duro…

—Cuéntame, anda.

—¿Quieres la versión larga o la corta?

—¡La larga, *obvio*!

—Me despidieron hace dos días, justo después de que se me partiera el tacón y derramase el café sobre mi blusa. Ah, y bueno, también me entraron remordimientos por haber dejado a mi ex. Desde entonces, me llevo a la boca todo lo que pillo sin preocuparme demasiado por mi figura. Para el caso, en diciembre todos tenemos algún que otro kilo de más…

Al otro lado de la línea hay un largo silencio. Inspiro y espiro. Théa se dispone a soltarme un largo monólogo para hacerme entrar en razón; me la conozco ya. Sé que para una mujer hiperactiva y con tendencia a la ansiedad es inconcebible holgazanear, pero va a tener que tranquilizarse un poquito esta vez.

—No te vas a librar de mi regañina por todo eso que has dicho, pero en primer lugar, la gente suele engordar después del 25, no a partir del 4 de diciembre.

—¡Pues mira qué bien, ya os llevo ventaja!

—Conque esas tenemos, ¿eh…? ¡Deténgase! ¡Policía del sarcasmo, queda usted detenida! Y ahora… ¿Cómo que te han despedido? ¡Pero si el lunes no me dijiste nada!

—Théa, ese mismo día me dijiste que ibas a ser mamá y que esta vez no había riesgo de aborto natural. Fue uno de los días más felices de tu vida, ¿cómo te lo iba a arruinar? Prioridades, amiga: tu batalla personal para tener un hijo va antes que mi despido…

Hace dos días, tras meses y meses de chascos, Théa y Laurent descubrieron que iban a ser padres. Cuando mi amiga me llamó para comunicarme la maravillosa noticia, no tuve valor para contarle el día de mierda que había tenido. No podía dejar que los nubarrones eclipsaran el notición de su vida, sobre todo después de las complicaciones que había tenido que soportar. Aún recuerdo la voz de Théa cuando me lo contó. Parecía extasiada. Ella estaba en el trabajo y yo comiendo fuera con unos amigos. Me quedé sin voz: me alegré mucho por ella.

En aquel momento, no me di cuenta del cambio que eso implicaba en su vida, pero luego empecé a leer artículos sobre el embarazo para darle el apoyo que necesitaba. Hice una lista con los alimentos que podría comer en caso de que no fuera inmune a la toxoplasmosis[2], y luego eché un vistazo a juguetes y ropita de niños para hacerle regalitos.

—Vale, te lo concedo, pero aun así, ¡has esperado dos días para decírmelo!

—¿Para decirte que mi vida es un desastre sin fin? No pensaba que fuera una historia divertida de contar…

—Liv… Sabes que es solo un batacazo inesperado. Estas cosas le pasan a todo el mundo, ¡lo que sucede es que a ti se te ha juntado todo!

No puedo evitar soltar una carcajada, por lo que casi me atraganto con una de las espirales[3]. Théa es un espíritu tremendamente optimista —como yo, aunque ahora mismo no lo parezca— y siempre me arranca una sonrisa. Lleva siendo así desde que nos conocimos en cuarto de carrera. Es mi mejor amiga y sabe cuándo me siento mal aunque intente ocultarlo. Comparte conmigo

tanto los momentos de duda como las alegrías que inundan mi vida. Es mi roca: un encuentro fortuito que lo cambió todo.

—Soy gafe, Théa…

—¡Bueno, eso ya lo sabemos! ¡Pero esa no es razón para echar de menos a tu ex!

—Théa, por favor…

Sé exactamente lo que va a decir. Mi amiga no le tiene mucho aprecio a Jérémy: no tolera algunos de sus comportamientos y no cree que sea el hombre que merezco. Reconozco que hemos tenido nuestros altibajos, pero no consigo decidirme. Probablemente sea por los muchos años que hemos pasado juntos. Si alguien me ofreciera a Henry Cavill o a Michele Morrone, firmaría ya sin pensármelo dos veces, pero como solo soy Liv, una tía normalilla, no aspiro a maromos tan buenorros o famosos. Sin embargo, como la mayoría de las mujeres, no tengo muchos complejos.

Pero eso no quita que no haya veces en las que me arrepienta de cómo llevé mi relación. *Vale, no era perfecta, pero ¿qué relación lo es en realidad?* En todas las parejas hay discusiones, obstáculos y dificultades que superar. Como mi ex y yo tenemos mucho carácter, a veces saltábamos, en ocasiones hasta perdíamos los estribos, pero siempre nos reconciliábamos. Sin embargo, al final, bueno… las palabras acabaron por desbordarse bajo el peso de la cólera y las heridas se quedaron abiertas, se fueron acumulando y luego dieron paso a un egoísmo compartido y bien asentado.

—Liv, ese tío pasaba más tiempo mirándose el ombligo que disfrutando de vuestros momentos a solas. Necesitas un hombre misterioso, que disfrute de verdad de tu compañía y te cubra de detalles inesperados por el placer de complacerte o ver cómo te sonrojas… Vamos, alguien que te lleve a otra dimensión. Te gustan las sorpresas, ¿no? Pues él tiene que dártelas. ¡Ah, y tiene que gustarle el sexo!

—Lo dices como si fuera una ninfómana o un torbellino en la cama…

—No, tan solo eres una mujer segura de sí misma, alguien del siglo XXI.

Es cierto que no me interesan en absoluto los hombres anticuados, ¡sobre todo si son «caballerosos» o machistas! Lo que necesito es alguien que pueda animarme, con un toquecito socarrón y picante, como a mí me gusta. No me interesan los hombres siesos. No soy una princesita, a pesar de mi amor incondicional por los romances, ya sea en películas o libros.

—Puuunto para ti —contesto.

—¡Pues ale, espabila! ¡Aférrate a mi consejo y tienta al destino! Ya no tienes trabajo, pero vas a encontrarlo. ¡Eres genial! Ya no tienes novio, pero tres cuartas partes de los hombres de este planeta estarían dispuestos a pillarse por ti. Te sientes sola, pero tienes un *sex appeal* de locos. Sal y líate con alguien esta noche, siéntete libre con tu vida, tu mente y tu cuerpo. ¡Venga, Liv, brilla a lo grande, como tú sabes! ¡Atrévete y no seas una aguafiestas! Además, no te pega nada estar tan chafada…

Seguimos hablando por teléfono unos minutos más y he de admitir que Théa me anima mucho. Casi se me quitan las ganas de acabarme la pasta…

Además, hay algo en lo que no le falta razón: tengo que dejar atrás el pasado y la mala uva. Después de todo, ¿no dicen que las cosas buenas atraen otras cosas buenas?

---

[1] *N. de la T.* Fragmento real de *Cuando Harry encontró a Sally.*

[2] *N. de la T.* Infección causada por un parásito que puede afectar al feto de la gestante.

[3] *N. de la T.* Fusilli, un tipo de pasta.

3

Al día siguiente, cuando abro los ojos, me duele la cabeza. Puede que, tras mi conversación telefónica con Théa, abriera una botella de chardonnay y me la bebiera sin contemplaciones… Lejos de ser alcohólica y empinar el codo a solas y por costumbre, no puedo ignorar el efecto que una copita de vino (o seis, el equivalente a una botella) tiene en mi cuerpo y mi cerebro. En cuanto empecé a beber, me sentí mucho más relajada y tranquila.

¡Conque eso es lo que buscaba: paz! Ahora todo tiene sentido… Las mujeres y el chardonnay… el maridaje perfecto según ciertos especímenes del sexo masculino.

He de decir que tengo cierta debilidad por los cigarrillos rusos, esos barquillos de galleta dulces y crujientes… *¡Deliciosos!* No es que el chardonnay maride a la perfección con ellos, pero a mí me sirve, por lo que a veces, cuando paso la noche a solas, mezclo ambas cosas y me entretengo con la escritura o escuchando música mientras me dejo llevar por mis pensamientos o emociones. No es muy buena idea, lo admito, pero el vino siempre hace lo suyo. Él jamás me fallará. Sin embargo, esta mañana las cosas están un poco revueltas en mi cabeza.

¡Dios! ¡Cualquiera diría que tengo una orquesta sinfónica metida en el coco!

Me incorporo con cierta dificultad. Aún estoy en el sofá. La tele está en *stand-by* y la botella de vino que me pimplé yace como un cadáver sobre la mesita. Miro la hora en el móvil y descubro que es inusualmente temprano para una chica en el paro. Solo son las siete. Todos creen quedarse en paro es como estar de vacaciones, ¡pero cuando una está inquieta, se levanta antes de la cuenta! Además, esa concepción me parece egoísta y carente de altruismo, porque no tener trabajo no es una oportunidad, es una lacra. Cada mañana vuelven los problemas, cada día el fardo se vuelve más y más pesado. Los comentarios de la sociedad en general y de la gente de nuestro entorno se vuelven cada vez más agobiantes, como si no tener trabajo nos convirtiera en personas llenas de defectos. Así que no, no estoy de vacaciones; esto es más bien un calvario.

Enciendo la tele para tener un fondo visual que me tranquilice, que me haga sentir menos sola. Hago lo mismo con la radio. La escucho todas las mañanas antes de levantarme, prepararme una taza de café y meter dos rebanadas de pan en la tostadora. *¡Adoro ese maravilloso aroma!* El pan tostado y calientito (en el que luego unto la mantequilla y espero a que se derrita) me recuerda a los domingos por la mañana con mi familia y a todos los desayunos a solas con mi padre cuando mi madre aún dormía. Los dos somos unos madrugadores incorregibles. Los morenos, como a él le gusta llamarnos, tenemos un metabolismo distinto a la rubia dormilona, que en este caso, es mi madre.

Me acomodo de nuevo en el sofá con mi tostada dispuesta en una bandejita metálica y la taza de café en la mano. En la radio, anuncian uno de esos juegos con premio:

—En diez minutos abriremos las líneas para participar en el juego de las cinco palabras. ¡Es el momento de enviar un SMS! ¡Ahora o nunca! Esta semana rifamos un viaje a Nueva York, ¡para adelantarnos un poco a las Navidades!

Un viaje gratis a Nueva York, ¡flipa! Esa ciudad debe ser mágica durante las fiestas…

No puedo evitar sonreír y soñar despierta. Una Navidad en Nueva York: todo nevado como

en las pelis, mucho frío y villancicos por las calles… Comer hamburguesas más grandes que yo, ir a Central Park y disfrutarlo como una estadounidense más… ¡Y dejarme maravillar por el ambiente!

—¡Mientras tanto, os dejamos con la canción que hace temblar a todas las chicas desde hace unas semanas… del mismísimo Michele Morrone!

Los sorbos de café que he tomado empiezan a despertarme. *¿Y si lo intento?* Hay que reconocer que últimamente la suerte no está —digamos— de mi parte, pero en palabras de Théa, hay que atreverse. Al fin y al cabo, tentar un pelín al destino no ha hecho daño a nadie, ¿no? ¡En el peor de los casos, me arriesgo a caer de pie, como los gatos!

Cojo el móvil mientras tarareo la canción.

Mensaje enviado.

Me levanto con el móvil en la mano y bailoteo un pelín —bueno, más bien muevo el culo— al ritmo del siguiente éxito, un tema del álbum de los Black Eyed Peas que publicaron en los meses de calorcito. Me encantan los ritmos latinos, sobre todo en verano. ¡Son tan pegadizos…! Además, ese grupo es legendario.

Sigo meneando las caderas con los ojos clavados en Instagram. Mis dedos teclean por sí solos. He desarrollado una adicción a esta red social. Me encanta la fotografía y capturar momentos, así que aquel que llegó a la conclusión de que a la gente le gustaría compartir cachitos de su vida en redes… seguramente estaría pensando en mí.

Bicheo[1] una lámpara muy bohemia que quedaría genial en mi habitación, admiro una foto del mar embravecido y, cómo no, echo un vistazo a los cotilleos y frases motivadoras que he compartido con Théa por mensaje privado. Sin filtros. De repente, el móvil empieza a vibrar en mis manos. El número no me suena. En la radio ya no se oyen temazos, solo la voz del locutor:

—Vamos, Liviana, ¡solo puedes participar si nos coges el teléfono!

¡Oh, mierda! ¿Ha dicho «Liviana»? ¿Se refiere a mí?

Mi móvil sigue vibrando, y con un dedo inseguro, deslizo el atajo en la pantalla para coger la llamada. Estoy nerviosísima y se me forma un nudo en la garganta.

—¿Diga?

—Hola, Liviana, ¿qué tal? Te llamamos de la radio: ¡esta mañana nos hemos levantado dispuestos a darte una buena dosis de fortuna! ¿Estás lista para jugar al juego de las cinco palabras?

—¡Sí, claro!

El presentador nos recuerda a los oyentes las reglas del juego. Soy incapaz de articular palabra: todavía estoy en *shock*. No caigo en la cuenta de que, de todas las personas que han participado, de todos los mensajes que habrán recibido, el mío es el que ha salido al azar. *¡La vida es una lotería!* Casi me parece que estoy disociando…

—¡Esta mañana vas a jugar conmigo! Voy a salir un momento mientras le das a Deb tu lista de palabras, ¿de acuerdo, Liviana?

Al cabo de unos segundos, cuando el presentador ha abandonado la cabina, la famosa Deb toma el relevo y repite las cinco palabras a partir de las cuales he de encontrar otras que tengan relación y sean congruentes. La idea es que a Franck, el presentador, se le ocurran las mismas. Si coincidimos en una, habré ganado. En casos así, hay que ceñirse a la lógica: decir la primera palabra que me venga a la cabeza en cuanto mencionen su análoga, pero siendo coherente.

Coche-autobús. Invierno-verano. Lluvia-baile. Manzana-pera. Diciembre-Navidad.

Esas son mis palabras. Existe la posibilidad de que pongan mi vida patas arriba, de que le den un giro abrupto que ni siquiera me había planteado. Ese puñado de conceptos pueden darme la oportunidad de escapar de esta triste Navidad y disfrutar de una mucho más alocada, irreflexiva y mágica.

—Veamos, Liv, si tu elección es la correcta. Haré pasar a Franck…

—Bien, Liv, ¿lista? ¿Confías en mis capacidades? —dice él.

—¡La verdad es que, si acertaras, me alegrarías la semana!

—Ooh… ¡Parece que hemos empezado diciembre con mal pie! Bueno, voy a poner una sonrisa en tu cara, ya lo verás. ¡A por esos billetes!

Suena la musiquita del juego y Deb se aventura con la primera palabra:

—Coche.

—Conductor.

—¡Noooo…! Invierno.

—Otoño.

—¡No, era verano! Vamos, todavía se puede… Lluvia.

—Tormenta.

¡He de admitir que si hubiera dicho «baile» me habría parecido sospechoso!

Mi mente es un objeto digno de estudio. O un cúmulo de torpezas, como prefiráis. Solo quedan dos palabras y, a este ritmo, la oportunidad de fugarme se irá con ellas. Mi esperanza se desvanece y se me encoge ligeramente el corazón.

Después de las dos últimas semanas de mierda, ¿qué esperaba? Puf, a mí estas cosas no me pasan…

—¿Manzana?

—Plátano.

—Pero ¿cómo puede ser esa tu fruta preferida? —se ríe Deb—. Vamos, concéntrate, esta es la última palabra: ¿Diciembre?

Mi respiración se detiene. Me quedo pendiente del móvil, esperando su respuesta, prisionera de la única palabra que queda por pronunciar. Un silencio monacal se cierne sobre mi salón. Espero la respuesta de Franck con fe y emoción.

—¡Navidad!

¡Hostia…!

—¡Enhorabuena, Liv! Te vas tres semanas a Nueva York. ¡Feliz Navidad!

Hala… ¡Pero si he ganado! ¡No me lo puedo creer!

---

[1] *N. de la T.* Cotillear, mirar, echar un vistazo.

4

—Oye, cielo, llévate algo de abrigo en la maleta, ¿eh?

—Théa, sé que estás practicando, pero no eres mi madre… De hecho, mi madre es mucho menos pesada que tú. Es más, confía bastante en sus dotes de progenitora y en mí, porque no me ha llamado para decirme lo que tengo que meter en la maleta.

—Lo digo por tu bien…

—Como la mayoría de las madres.

—Es que eres…

—¿Desorganizada? ¿Un desastre?

—Bueno, ¡sí! ¡No podría haberlo dicho mejor!

Después de que anunciaran que era la ganadora del juego matinal de la radio, llamé a Théa para contárselo todo. Como de costumbre, su novio se había ido pronto a trabajar, así que ya estaba despierta. Mi amiga asimiló la noticia entre chillidos. Se alegró mucho por mí. Al fin y al cabo, he ganado tres semanas con todos los gastos pagados en Nueva York. *¿Qué locura es esa?* «Una Navidad en Estados Unidos…», como me dijo ella con voz soñadora. Veintiún días en la Gran Manzana con salida el siete de diciembre, o sea, dentro de dos días.

Me costó bastante asimilar lo que estaba pasando. En la vida, tengo un historial de gafe: solo hace falta que ponga un pie en la calle para que haga mal tiempo y me pille la lluvia. Para que os imaginéis, la máquina de café del trabajo se solía tragar mis monedas y jamás me daba mi queridísimo cambio… Por eso, he comprobado cuatro veces que mi pasaporte no está caducado, y que, en efecto, soy la afortunada ganadora de ese juego radiofónico. Los billetes a mi nombre no engañan.

El presentador me preguntó en su momento con quién iba a pasar las Navidades, ya que el premio eran dos billetes. Hubo una pausa. Una larga espera. «Con nadie». Mi respuesta le sorprendió, pero ya no tengo novio, mi mejor amiga está embarazada, soy hija única y me acaban de despedir. No tengo muchos amigos, Clotilde trabaja y no puede estar fuera tanto tiempo en esta época del año. Dada mi situación, el presentador seguramente se apiadara de mí, porque me ofreció ingresarme el dinero del segundo billete de vuelta y, por supuesto, no me negué. *¡Unos cuantos billetitos no están de más en los tiempos que corren!* Así podré aprovechar al máximo la ciudad y hacer compras sin tener que sacarme los bolsillos, ¡sobre todo con el hotel de pensión completa! Luciré Blair Waldorf en las escaleras del MET… Si no hay demasiada nieve, claro.

—No te olvides el gorro, la bufanda… Espera, voy a ver qué tiempo hace en Nueva York.

—¿En las próximas tres semanas? —me río burlona.

—¡¡Liv!! ¡Te van a salir arrugas de tanta payasada!

Me río aún más de la riña de mi mejor amiga. Quiero a Théa como a una hermana. Siempre es la primera en saberlo todo sobre mi vida, en darme consejos, en regañarme, en perdonarme. Hace un tiempo conoció a su novio (Laurent), y desde entonces, entre ellos reina el amor. Ya sabéis, su historia es de esas que se ven en las películas o se leen en las novelas románticas de ahora. El tipo de amor que emociona incluso cuando no formas parte de la pareja, el que brilla

como los fuegos artificiales. Esos dos están hechos el uno para el otro, ¡está clarísimo!

Y luego… luego estoy yo. Liviana, Liv para los amigos. Veinticinco años, mala suerte por doquier, nunca dice que no a un capuchino y sueña con un amor que la deje sin aliento y altere el rumbo del cosmos. Es un desastre con mayúsculas y una cabeza hueca. Fantasea con Henry Cavill y Michele Morrone, le encanta viajar y pillar un buen pedo… Vamos, una chica normal con una vida normal.

¡Ya lo veis, chicos, la vida no es pan comido!

—Liv, no me estás escuchando, ¿verdad?

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Sé que este viaje es una oportunidad increíble, pero ¿estás segura de que quieres ir? Quiero decir… es Navidad. Sé lo mucho que te gusta esta época del año. ¿Vas a dejarlo todo para irte a la otra punta del mundo?

—Puede que haya dudado un poco, pero luego me di cuenta de que no hay nada que me retenga aquí este año.

—¡Oye!

—Théa, sabes lo que quiero decir. Los dos vais a estar con vuestras familias, la mía se ha ido pitando y no me apetece quedarme aquí sola, con todos mis rollos. Prefiero estar sola en la otra punta del mundo y aprovechar cualquier oportunidad que se me presente.

Mi mejor amiga me conoce bien, muy bien. Mi peor miedo es quedarme sola en esta época del año. Me encanta la Navidad y todo lo que representa, pero este año va a ser distinto. La magia debería estar en el aire, embriagándome, y yo debería pasar el día viendo reposiciones de telefilmes navideños (me declaro abiertamente una loca del género). Bueno, justo este año podría verlas a la hora a la que las emiten en realidad. *Para eso me han despedido, ¿no?* No obstante, necesito cambiar de aires. Quedarme aquí no me hará ningún favor. Me conozco: suelo ser bastante positiva, pero estoy segura de que le daré mil vueltas al asunto, me haré preguntas y me obsesionaré con qué debería haber hecho y qué no. Va a ser una Navidad penosa. Así que ni hablar: voy a atreverme, a salir de aquí, a descubrir Estados Unidos y, sobre todo, a inyectarme una buena dosis de espíritu navideño para estar desbordante de alegría.

¿Exagerada, decís? Mmm, sí, un poco.

Tranquilizo a mi amiga antes de ultimar la maleta y llamar a mis padres. A pesar de la distancia, quiero evitar que se alteren: mi madre tiene cierta tendencia a preocuparse, como Théa, y además, los echo de menos.

La llamada es relativamente breve. Mis padres me hablan de su crucero. Mi madre bromea cuando me describe los lugares que han visitado y los pequeños recuerdos mediterráneos que ha comprado para ellos y para mí. Mi padre, en cambio, es menos locuaz, salvo cuando explica las especialidades culinarias que ha probado. Luego me pregunta por mi rutina para saber cómo me va y, sobre todo, si estoy realmente preparada para cambiar París por una Navidad neoyorquina. Mi padre siempre ha sido así: observador y atento. Nunca ha sido de colmarme de palabras tiernas o cariñosas, pero siempre ha estado ahí cuando le necesitaba. Siempre ha estado pendiente de las pequeñas señales que le dejaban ver cómo me sentía. «Mi padre, un héroe», como dicen en algunos anuncios.

Cuando cuelgo, el corazoncito se me llena de emoción.

¡El gran baño me espera[1]*!*

[1] *N. de la T.* En referencia a la película francesa del mismo título, cuyo protagonista, al que han despedido,

decide apuntarse a un equipo de natación sincronizada de hombres que conviven con ciertos problemas en su día a día.

5

7 de diciembre de 2021. El gran día.

Estoy en el aeropuerto Charles de Gaulle. El viento helado me hiela el pellejo. La mayoría de los presentes viajan por negocios. Los hombres, trajeados, sostienen sus maletines con orgullo y destacan entre el gentío. Las mujeres, por su parte, van elegantemente vestidas. Casi parezco una mancha sobre este telón de fondo que apenas conozco.

Cuando subo al Airbus, me siento diminuta (permitidme insistir en el tamaño del avión). Para mí, esto es un hito en el camino, un punto de inflexión en mi vida. Queda poco para que despeguemos: nos espera un vuelo de ocho horas sin escalas —gracias a Dios—, y como ropa de abrigo, llevo una sudadera rosa palo de Abercrombie & Fitch, unos vaqueros pitillo crudos y unas converse negras. He hecho un rebujo con mi chupa de cuero y la he colocado en el reposacabezas. También me he enrollado la bufanda alrededor del cuello. Un apaño cómodo para el vuelo.

Me pregunto si cuando aterricemos me azotará el frío polar. Al fin y al cabo, las temperaturas de esa ciudad ni siquiera se acercan a las de París. ¿Mi opinión? Estoy convencida de que voy a morir congelada, pero bueno, ya es demasiado tarde y no me apetece pasarme las horas del vuelo quejándome de mi estupidez sin límites.

Poco después, llega mi compañera de asiento: una chica rubia con un tipín fabuloso, de esas que darían envidia a cualquier mujer del planeta; yo incluida, no nos engañemos. Luce un vestido negro que abraza sus curvas y unas Stan Smith[1] blancas. La chica se presenta. Se llama Lola y una vez abre la boca, no para. Me cuenta un poco de todo de su vida, como si yo formara parte de ella. A pesar de que me resulta un incordio por momentos, la escucho y entonces recuerdo las palabras de Théa: «El sarcasmo te afea», y decido callarme.

Lola me explica que ha quedado con un chico que conoció por casualidad hace dos meses en un café y que le hizo volver a creer en el amor después de una ruptura muy dura. El ex de Lola se largó con otra chica después de haberle pedido matrimonio dos meses antes. Con su historia, podría escribirse un libro. Conforme me lo va contando, escruto sus facciones en busca de resentimiento o pesar, pero no veo esos sentimientos por ninguna parte. Al contrario, su rostro es todo dulzura y amor.

¿Así luce una cuando encuentra el amor verdadero?

—Yo estaba deprimida, ¿sabes? Mi novio me había dejado unos meses antes. Luego conocí a alguien, pero se quedó en un rollo pasajero. Me encariñé. No estaba realmente preparada para ir en serio, pero me sentía bien con él. Intenté hablarlo con él, pero me dio a entender, de una forma tácita y a base de indirectas, que no quería nada romántico. Me llevé un chasco y sentí que el amor, una vez más, me defraudaba —me cuenta.

—Pero ahora estás a bordo de un vuelo a Nueva York, ¿no?

—Sí. Llevaba unos días desconectada de la realidad y entonces, al entrar en un famoso café parisino después de un largo paseo, se me acercó un estadounidense guapísimo. Pasamos ese día y mucho más juntos. Me hizo darme cuenta de que el amor es un sendero repleto de baches y

fracasos, pero eso no significa que no nos esté esperando al final del camino. Él me estaba esperando al final del camino. Desde entonces, hablamos todos los días, nos llamamos con frecuencia y ahora vamos a volver a vernos.

—¿De verdad crees en todo esto?

—Sabes, Liv, no entiendo por qué algunas personas habrían de tener derecho a vivir el amor con mayúsculas y nosotras no… Por eso mismo, no pierdo la fe. Creo en ello con todas mis fuerzas y más aún teniendo en cuenta que el amor necesita que luchemos por él. Hay que hacerlo, porque no hay nada más hermoso, ¿no crees?

Me mantengo escéptica, pero la escucho hablar de su yanqui y de su pasión en tiempos modernos durante una larga parte del viaje. También le doy muchas vueltas a mi situación y luego me convenzo de que esta aventura navideña me deparará una sorpresa tras otra. Sean positivas o negativas, todas van a ser experiencias alocadas.

Al fin y al cabo, ¡es Nueva York!

De hecho, mi llegada a la ciudad que nunca duerme es, cuando menos, sobrecogedora. En las típicas pelis siempre se ve el vestíbulo de la Terminal 1 del aeropuerto neoyorquino: su tamaño descomunal, sus gigantescas cristaleras, la aglomeración de pasajeros… pero no me esperaba esto. Este lugar es inmenso.

Lola y yo vamos a recoger nuestras maletas y luego nos enfrentamos al largo e interminable proceso de pasar por la aduana. Por suerte, aproveché el tiempo en el avión para cumplimentar el formulario.

Un poco más y me preguntan la fecha y hora de la última vez que hice aguas mayores…

En fin, un poco de humor no viene mal para salir del paso, aunque comprendo perfectamente las medidas que toma este país. Una vez en el vestíbulo, Lola es toda sonrisas y enseguida entiendo por qué: no tarda en abalanzarse sobre un apuesto chico rubio. Se estrechan con un cariño desbordante y encadenan un beso con otro.

¿Y yo?

Yo soy una mera espectadora de esta pasión. Los observo medio asqueada, medio envidiosa. Me siento estúpida allí de pie, esperando a que dejen de liarse, pero no puedo salir corriendo como una desgraciada después de haber pasado un vuelo tan largo haciendo migas con Lola.

Y admitámoslo, ¡me da pánico salir de esta burbuja aeroportuaria y asumir la locura de fin de año en la que me he embarcado!

Lola me presenta brevemente a su churri. Luego intercambiamos números de teléfono, me hace prometerle que la llamaré si necesito ver una cara francesa conocida durante estas tres semanas y finalmente, cogida del brazo de su príncipe, vuelve a su cuento de hadas.

Sola en el vestíbulo del aeropuerto, respiro hondo para llenar de aire mis pulmones y mi ser de valor.

Querida Nueva York, ¡estamos solas tú y yo, baby*!*

---

[1] *N. de la T.* Modelo de zapatillas de la marca Adidas.

6

¡Dios! ¡Hace un frío que pela en esta ciudad!

Definitivamente, me estoy congelando. Si Théa estuviera aquí, me diría, con toda la razón del mundo, que llevar una simple chupa de cuero en Nueva York en diciembre es la idea más estúpida del mundo. Maldigo mi idiotez desmedida —o mi dejadez, no sé qué es peor— y me froto los brazos con garbo en busca de un poco de calor.

Salgo de un icónico taxi amarillo apretando los dientes y con el cuello envuelto en la bufanda. El mero hecho de montar en uno de los famosos *yellow cabs*[1] me llena de alegría. ¡Son mitiquísimos! Para los estadounidenses debe resultar ridículo, pero para los turistas es todo un mundo. Voy a necesitar una foto de recuerdo.

Serás turista patética… —me reprende mi conciencia, que ya se da aires de gran neoyorquina.

El taxista me ayuda amablemente a sacar mi enorme maleta del maletero y, al darme la vuelta, veo el imponente Matthew's Hotel. Su fachada, casi toda de cristal, anuncia a los transeúntes el tipo de lujo que se ve en las series de televisión y las pelis estadounidenses. Me quedo de pie frente a esta torre altísima, cuyos pisos no alcanzo a contar. El hotel parece tocar las nubes de día y las estrellas de noche.

El mundo entero a sus pies…

Después de dar las gracias al taxista, entro en el vestíbulo del hotel. Me llama la atención la luminosidad del lugar: todo a mi alrededor brilla, pero también resulta cálido. Este hotel se aleja de los estándares modernos e impersonales que resultan tan comunes a estos establecimientos. Observo detenidamente el entorno y me maravillo ante el enorme árbol de Navidad que hay en el centro de la sala, iluminado y decorado en rojo y blanco. Está repleto de adornos, cestas colgantes de madera *vintage* y bonitos lazos que yo jamás sabría atar: aprender a anudarme los cordones de los zapatos fue una epopeya bastante vergonzosa en su momento.

¡Ojalá las desgracias se hubieran acabado ahí…!

Junto a mí, un niño pequeño alucina con el precioso árbol. Al lado de semejante abeto, parece un duendecillo, pero debe tener al menos diez años. La verdad es que este árbol es realmente un monstruo. Un monstruo sorprendentemente colorido y mágico, rodeado de esa aura de felicidad y luz que reconforta a todo el mundo en esta época del año. Solo hay que fijarse en la mirada encandilada de ese angelito…

La recepción, a la derecha, aporta un toque apacible y tranquilizador, ya que es toda madera, incluso en este universo en el que, normalmente, predomina el blanco inmaculado. Las flores de Pascua esparcidas por las mesas y aparadores del vestíbulo confieren un extra de elegancia a este hotel de lujo. Pocas veces he pisado un lugar tan selecto y opulento. Me siento un poco como Cenicienta, que pasó de zarrapastro a princesa. Solo que a mí se me están helando las nalgas —como poco— por culpa de esta chupa. La varita del hada madrina se ha limitado a transformar mi espacio vital durante las próximas tres semanas, pero no mi armario. Eso sí, para mí sigue siendo igual de divertido. *¡No me puedo creer que esté aquí! Pellizcadme, ¡debo estar soñando!*

Paso a la acción yo misma, pero lo único que consigo al pellizcarme es hacerme daño.

Aquí todo es tan puro, tan refinado… Nunca había entrado en un lugar tan digno de la alta sociedad, y una pequeña parte de mí se siente ligeramente incómoda. Es obvio que no todos pertenecemos al mismo mundo. Sin embargo, ¡me muero de ganas de participar en el que acabo de entrar!

Ensimismada en mi contemplación del lugar, no oigo que el recepcionista me llama. Se trata de un hombre de cierta edad. Dibuja en sus labios una sonrisa discreta y educada y me escruta con sus ojos grandes y claros. Me recuerda a Barney en *Pretty Woman*.

—Buenos días, señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

—Hola, soy Liviana Perrin. Debe de haber una reserva a mi nombre.

El falso Barney aparta sus ojos de mí para posarlos en la pantalla de su ordenador y espero pacientemente a que confirme mi llegada en el registro. Mientras tanto, barro la entrada con la mirada. Allí confluyen una serie de hombres elegantemente vestidos con la oreja pegada al móvil, botones con uniformes rojos y dorados a juego con la decoración de temporada y mujeres con abrigos de visón y vestidos hasta la rodilla. Por un instante, me siento como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo y se dirigiera a la calle. Observo a través del cristal al falso Papá Noel que agita su campanilla desde la acera.

A pesar de estar en el mismo lugar, nadie mira a nadie. Los hombres, absortos en sus conversaciones o en sus pensamientos, ni siquiera se dirigen al personal. Las mujeres, desfilando con sus opulentos trajes a lo *Gossip Girl*, se admiran en el gran espejo de pared y apenas sonríen a los demás. Los pocos niños que hay en el vestíbulo son, en definitiva, la compañía que me resulta más agradable. *¿Es esto lo que significa ser rico? ¿Perder la humanidad?* El mundo parece volverse invisible para esta gente, y lo único que queda son ellos, nada más.

—Su habitación aún no está lista, así que le sugiero que espere en nuestro salón y deje su equipaje en la conserjería.

—¿Es posible dejar el equipaje y salir del hotel? Debo admitir que tengo muchas ganas de pasear por las calles de Nueva York…

En mi mente, lo que le estoy diciendo suena tal cual, pero no estoy segura de que mi inglés sea lo bastante bueno como para que me entienda. *¡Espera, no he dicho nada!* La gran sonrisa de su rostro confirma que ha percibido la emoción que siento. Probablemente mi postura haya ayudado: apenas puedo estarme quieta y cambio constantemente el apoyo de un pie al otro.

¡El entusiasmo se ha apoderado de mí!

El hombre me ofrece entonces varias prendas de abrigo (muy amable por su parte) y pronto me veo envuelta en una chaqueta de plumón negra con finas lentejuelas. Es la más sencilla que he encontrado. Era eso o un abrigo largo de pelito color rosa chicle. No me preguntéis cómo es posible. Los neoyorquinos tienen unos gustos bastante peculiares…

¡No me imaginaba que las monstruosidades de este tipo fueran habituales entre los fanáticos de la moda estadounidenses!

Mientras subo la cremallera de esta fabulosa chaqueta, salgo del hotel con los ojos fijos en el cielo para observar cómo caen los copos de nieve. *¡Con lo poco que nieva en París…! ¡Es todo un placer sentir cómo cae la nieve!* Avanzo por la acera sin saber muy bien adónde voy y cierro los ojos de vez en cuando para disfrutar del momento y asimilar la magia del lugar. Tengo la increíble suerte de estar en esta ciudad en la mejor época del año. Esto no es un sueño, sino la realidad más hermosa posible…

—¡Ay!

La falta de sensatez será mi perdición.…

Absorta en mis pensamientos, choco accidentalmente con alguien. Enseguida veo que se trata de un hombre, ¡y bastante guapo, por cierto! Lleva una gabardina de estampado príncipe de Gales y una bonita bufanda blanca. Al ver su cara, me parece estar soñando. Una mandíbula bien perfilada y sombreada por una sutil barba de pocos días, labios finos y fruncidos, pelo castaño y ligeramente despeinado, una frente bastante prominente y unos ojos profundos y oscuros. ¡Cualquiera diría que es el primo lejano del cantante de mis sueños…!

—¿No puedes ir con más cuidado?

Esa voz ronca y varonil hace que me estremezca. Su acento, que normalmente me cuesta tanto entender, es sorprendentemente claro y límpido.

—Lo siento, no te había visto…

—Ya, para eso hay que mirar al frente y abrir los ojos.

—No ha sido a propósito, insisto.

Anda que… ¡Está empezando a ponerme de los nervios! ¿Es sordo o imbécil?

Compruebo el alcance de los daños. Al parecer, con mi torpeza habitual, he derramado parte de su café para llevar sobre su gabardina. Sus ojos se ensombrecen de repente, y de igual modo, siento que la ira se desata en mí. *Vale, puede que me haya cargado su gabardina, pero no pasa nada, ¡no tiene tanta importancia!* Tal y como va vestido, tampoco le costará tanto llevarla a una tintorería…

—¡La próxima vez estate quietecita y deja de soñar despierta!

—¡Pero…! ¡Pues la próxima vez a ver si eres menos imbécil!

Sin más, me apresuro a seguir mi camino, y con eso, dejo atrás mi primer contacto con un neoyorquino. No ha sido el mejor, sobra decirlo. Esperemos que los próximos sean más agradables. Esto demuestra que ser guapo no lo es todo. ¡Con eso no basta!

Guapo pero imbécil… pues chao, chico.

***

La Navidad está por todas partes en esta ciudad y casi puedo olerla en el aire. Esto es tan distinto a Francia… Después de callejear un rato, no tardo en dirigirme a Central Park para contemplar su maravilloso paisaje nevado. Deambulo durante un buen rato y me cruzo con una serie de parejas (cuyo amor se ve exacerbado por este mes tan especial), niños en pleno arrebato creativo o peleándose con bolas de nieve entre carcajadas (capaces de dibujar una sonrisa en la cara de cualquiera) y corredores experimentados.

Con este frío, ¡jamás conseguirán que mueva el culo y salga a correr! Hay que estar loco…

Francamente, en esta época del año, prefiero engordar bajo el calorcito de mi abrigo antes que helarme las tetillas haciendo deporte para quemar los papillotes, el *foie-gras* y demás platos. Nunca he entendido la idea de salir a correr cuando hace frío o llueve.

¿Tan culpable se siente la gente cuando se atiborra? ¿No sería más fácil dejar de comer por gula?

Me siento en la nieve como los niños. Con el culo apoyado en el grueso manto blanco que cubre el suelo —doy gracias a la larga chaqueta de plumón que protege mi trasero—, cierro los ojos y saboreo el momento. El frío se extiende poco a poco por mi cuerpo, la nieve se me posa en el pelo y la punta de la nariz. Escucho el crujir de las pisadas de las pocas personas presentes, los ruidos circundantes mezclados con la calma del lugar… un popurrí de sensaciones a cada cual

más diversa. La nostalgia se apodera de mí y cojo una pequeña cantidad de nieve entre mis guantes —una vez más, gracias, falso Barney—, para formar un corazón blanco.

Una metáfora de mis pensamientos, un momento de reflexión.

Temía lo que pudieran ser estas Navidades… Tener tan lejos a mis padres, perder nuestras costumbres y tradiciones navideñas, o en el caso de Théa y su futura familia, desviarme de mi papel como mejor amiga por falta de tiempo o simplemente porque ella estará demasiado ocupada siendo mamá. Pasar las fiestas sola me generaba mucha ansiedad, por no hablar de lo que supone haberme quedado soltera, y luego, sin trabajo. Pero ahora que he presenciado este espectáculo increíble, Central Park cubierto de copos de nieve en el frío invernal, se me ablanda el corazón.

Puede que vaya a pasar estas fiestas sola, pero la magia de la estación me rodea más que nunca. Y en el fondo, tal vez esta Navidad me traiga respuestas y me guíe en mis decisiones vitales. Sin expectativas, preparada para lo inesperado, permanezco abierta a lo que está por venir.

La vida está llena de sorpresas, ¡de eso no cabe duda!

---

[1] *N. de la T.* En inglés, taxis amarillos.

7

Hace una hora y pico me fui de Central Park y me senté en un pequeño café (nada de Starbucks, eso es cliché), un lugar acogedor e íntimo con la simpatía por bandera. La camarera fue muy amable y me ayudó a elegir la especialidad navideña, un *muffin* de arándanos y chocolate blanco. *¡Una delicia!* Hago magdalenas bastante a menudo, pero nunca he conseguido este resultado: hinchaditas como una seta, esponjosas por dentro, doradas por fuera y un pelín crujientes. En mi caso, siempre que lo intento son un fracaso.

Quizá debería haberle preguntado cuál es el secreto…

Sentada frente a una mesa de madera junto al escaparate, me quedé admirando a los transeúntes que deambulaban, algunos con grandes bolsas repletas de regalos, otros con prisa y bastante fieles a la imagen que yo tenía de los neoyorquinos: similares a los parisinos, ¡ocupados y poco sonrientes!

¡Y eso que aún no había cogido el metro…!

Después de una experiencia de lo más relajante, volví al hotel. Estaba deseando ver mi habitación y darme una buena ducha antes de arrebujarme bajo las suaves sábanas… Me moría por meterme en la cama y cerrar los ojos para no despertar hasta mucho, mucho después. En fin, nunca subestiméis el *jet lag*.

Pero cuando por fin llegué a mi destino, y justo cuando deseaba descubrir la recepción vacía y hacerme con las llaves a toda prisa, el falso Barney me dio la peor noticia posible.

—¿Es una broma? Tiene que serlo…

—Lo siento, señorita Perrin, pero debe haber habido un error en su reserva. Verá, solo tiene reservada esta noche.

Solo esta noche… ¡Me cago en mi vida, tengo que quedarme tres semanas!

—Es imposible… —insisto.

Está claro que de normal soy gafe, pero esto ya es tocar fondo… ¡Joder! Estoy al otro lado del océano, lejos de mi casa, sola, y ahora, sin alojamiento.

¡Esto es surrealista! ¡¿Qué leches le he hecho al karma para que me pegue semejante batacazo?! ¿Y ahora qué hago?

—¿Podría comprobarlo una vez más, por favor, Bar… señor…?

—Brett. Señorita, cuando compruebe el registro, va a suceder lo mismo que las tres últimas veces.

—¡Pero no es posible! He de quedarme tres semanas, la emisora de radio lo ha gestionado todo…

—Entonces será mejor que les llame. De lo contrario, mañana al mediodía tendrá que dejar su habitación. Lo siento mucho por usted, créame, pero no puedo hacer nada más.

—También puedo okupar la habitación de otro huésped. Mientras no sea demasiado viejo o un pervertido, ¡me vale!

A mis espaldas, oigo una risita por lo bajini. Estoy segura de que proviene de un hombre. Me entran ganas de darme la vuelta, pero teniendo en cuenta la mirada de asombro de Brett, me

abstengo.

—¿Cómo dice?

—Nada, ignore lo que le he dicho.

Me hago a un lado y marco el número de la emisora de radio. Rezo para que me cojan el teléfono. *A ver, aquí son las cinco, así que en Francia serán… las once de la noche.* De repente, tengo pocas esperanzas. Es más, se van todas a pique. Está claro que mis escasas posibilidades de solucionarlo se van a esfumar en unos minutos…

La señal suena una y otra vez, pero nadie contesta.

¡Mierda, joder!

Siento la tentación de llamar a Théa, pero entonces recuerdo la hora que es en casa. Aunque conteste, mi amiga no me servirá de mucho desde la comodidad de su sofá. Resoplo, vuelvo a la recepción y me cruzo con un hombre. Le oigo refunfuñar al pasar, pero cuando me giro, solo le veo la espalda.

—Bueno, Brett, hay un problemilla de nada: Francia entera está durmiendo ya, así que tendremos que posponer esto hasta mañana.

Intento parecer relajada, con un aire de «me importa tres pepinos», pero la verdad es que estoy muerta de miedo. Sé que mis horas en el Matthew's Hotel están contadas y no sé cómo salir de este lío.

¡Qué follón! Vaya, parece que ahora me ha dado por usar las expresiones de mi abuela, ¡pues vamos listos…!

Con una sonrisa educada pero que lo dice todo, Brett responde:

—Señorita Perrin, espero que para mañana haya encontrado una solución, de lo contrario, tendrá que abandonar el hotel.

—Lo sé, lo sé… —refunfuño.

—Aquí tiene la llave de la habitación 307. El desayuno se sirve de siete y media a once de la mañana, en la última planta, en la terraza interior.

Le doy las gracias con una sonrisa tensa, luego me doy la vuelta y cojo mi maleta, que me han devuelto con rigor. Pero como me giro en plan brusco, me choco con el siguiente hombre de la fila, que rechista. Al levantar la vista, le reconozco inmediatamente.

No puede ser…

Llegados a este punto, me doy pena a mí misma. El desconocido de la calle, con el que choqué accidentalmente y al que le derramé el café, está de pie frente a mí, con la cara ligeramente roja de ira. Y yo que creía que en una ciudad de más de ocho millones de habitantes era imposible tropezar dos veces con la misma persona…

¡Pues toma ya! ¡No es más que una trola!

—¡Otra vez tú! Lo tuyo ya es vicio, ¿eh? —truena el susodicho.

—No te preocupes: a partir de mañana, tu gabardina estará a salvo.

Y sin perder más tiempo, me dirijo al ascensor. El mozo de equipajes me abre la puerta de rejilla, coloca la maleta a mi lado y sale para dejarme subir a la tercera planta, donde he de buscar mi habitación.

Entro despacio porque me siento como una intrusa. Todo es tan… ¡lujoso! Un enorme ventanal que ocupa toda una pared me ofrece una hermosa vista de la ciudad, ¡y tan solo estoy en el tercer piso! La decoración está muy cuidada, empezando por la ropa de cama color crema, a juego con los muebles de madera pintados de burdeos. En el escritorio, junto a la cafetera, hay un bonito arreglo floral. Los techos están adornados con molduras que contrastan con la modernidad

de la habitación. En cuanto al cuarto de baño, todo es de mármol blanco y chapado en oro. El conjunto podría dar la impresión de un lugar al estilo *bling-bling*[1], pero nada más lejos de la realidad. Es más, me siento como una princesa entre tanto confort. Aquí todo está en su sitio, yo incluida.

Vale, ya sé que, como princesa, tengo una fecha de caducidad muy próxima… Soy un poco como el yogur que dejas en la nevera descuidado, hasta que se te pasa la fecha y acabas tirándolo después de echarle un último vistacito dudoso. Esta noche será para mí ese breve momento de duda.

Como estoy divagando, en lugar de deprimirme, decido hacer una foto de la habitación y enviársela a Théa antes de darme un baño caliente y relajante para acabar metiéndome en la cama.

¡Las preocupaciones tendrán que esperar a mañana!

---

[1] *N. de la T.* Neologismo acuñado para definir un estilo ostentoso y excesivo, característico del *gangsta rap*.

8

Estoy que echo humo. La operadora de la radio, la persona que probablemente más tartamudea del planeta, no puede darme una solución ahora mismo, aunque mira tú por dónde, estoy en otro país, en otro continente, con un puñetero océano de por medio de camino a mi casa y poco me queda para dormir debajo de un puente.

Sinceramente, a la mierda ya…

Es que… ¿Cómo puedo ser tan desgraciada? ¡Es como si se me hubiera cruzado un gato negro! Es más, ¿cómo no se les ocurrió comprobar la reserva? Menos mal que no todo el mundo es tan incompetente como esa operadora, que aún me ha soltado: «Habrá sido un pequeño despiste…».

¡Chica, eso es lo que me decían mis profes de francés en sexto cuando les entregaba una redacción!

Despotrico, reniego y no puedo dejar de maldecirla. Sería capaz de hacer un muñeco vudú con su cara y clavarle agujas, pero dudo que me sintiera mejor. *¡Estoy tan enfadada…!* Un «pequeño despiste», dice… ¡Joder, que estoy en la otra punta del mundo! Un despiste es lo último que me puedo permitir.

Cuelgo con los nervios a flor de piel y muy poca educación, pero es que esto me saca de quicio. De hecho, si os soy sincera, me estoy andando con eufemismos con todo este asunto. El mundo ardería si desatase mi ira, como en las películas apocalípticas.

Como último recurso, podría llamar a Lola. Puede que no fuera una coincidencia que nos conociéramos en el avión, y aunque me sintiera culpable por interferir en el romance con su novio, preferiría mil veces hacerlo antes que quedarme pollito mientras busco un techo en Nueva York. Aparte de ella, no se me ocurre otra solución. Sin embargo, una vocecita me impide ponerme en contacto con ella. No quiero tener que mendigar la caridad de alguien a quien apenas conozco, por muy amable y encantadora que sea.

Yo que quería vivir un sueño estas Navidades, dejar de sentirme como el culo, de darle vueltas a las cosas y de lamentarme todos los días… ¡Ale, para qué menos! Parece que el karma ha decidido jugarme una mala pasada.

Esto es una pesadilla.

El falso Barney me repite una y otra vez que no hay ni una sola habitación libre y que mi reserva solo era válida para una noche. *¡Puto registro de mierda!* Sí, ¿qué pasa? Cuando estoy cabreada, suelto tacos por doquier. Tampoco es para llamar a la policía lingüística, o a la de los buenos modales…

Estoy que trino. Doy vueltas como un pececillo en su pecera y mi productividad está a cero. Es casi mediodía y se me acaba el tiempo. En unos minutos estaré oficialmente sin un techo bajo el que quedarme. Es una bonita forma de pasar el rato después de que mis padres me hayan repudiado por Navidad y me hayan despedido del curro. ¿Alguien dispuesto a ocupar mi lugar? Incluso estoy dispuesta a pagar por la experiencia si algún alma caritativa se anima…

¡Bueno, Liv, deja de darle coba al karma! Está claro que te está haciendo la puñeta a saco.

Llevo en el vestíbulo del Matthew's Hotel lo que parece una eternidad, pero nada va a mejor. Parece que no se avecinan cambios inmediatos y, por muy bonita que sea la entrada de este hotel, empieza a exasperarme. No soporto más ese gigantesco y reluciente árbol que me recuerda lo mucho que necesito una dosis de espíritu navideño en estos momentos.

Estoy sola y desamparada. Al final, voy a acabar siendo como *La cerillera*[1], solo que en Central Park y en versión morena. Ah, sí, y tampoco tengo cerillas. ¡La gota que colma el vaso!

—¿Señorita?

Me quedo inmóvil, luego me giro bruscamente hacia la voz ronca que haría temblar a cualquier mujer de la faz de la tierra. Esa mirada oscura e impenetrable… la suya. Ahí está otra vez. *¿Estoy soñando?* Hoy parece más majo y menos hostil que ayer. Se ve que le va cambiando el humor dependiendo del día.

¿Qué tramará este hombre?

—Ah, eres tú…

—Parece que tienes un problema —comenta arqueando una ceja.

¡Hala, esa sí que es buena!

Es tan condescendiente… En cuanto abre la boca, su aire desdeñoso me eriza el vello y me pone de mal humor. Hoy no es el día para tocarme lo que yo te diga, y a este paso, no tardará en darse cuenta.

—¿¡No serás tú el chaval más perspicaz de la ciudad!?

—He seguido tu consejo y he decidido dejar de ser un imbécil —responde con soberbia.

Me ha pillado pero bien. No sé qué decir y prefiero guardar silencio. Este chico tiene un aire chulesco, una autoridad natural que me molesta, que me chincha, como decía mi abuela cada vez que algo le desagradaba. La autoridad y yo no somos exactamente lo que se dice buenas amigas.

Me pregunto por qué…

El desconocido me mira de arriba abajo como tratando de formarse una opinión sobre mí. Sin vergüenza ninguna, sigue escrutándome largo y tendido. Todo sea dicho, noto que su mirada se detiene más de lo necesario en mi cuerpo.

A este chaval le falta un hervor, ¿verdad? ¿O es que nunca ha visto a una mujer? A menos que esté más acostumbrado a modelos fibrosas y con piernas largas… Sí, luce como el típico gilipollas…

—Tengo entendido que ya no tienes habitación en el hotel, ¿me equivoco? —dice con voz menos cortante. Su cuerpo se relaja y deja de fruncir el ceño.

¿Estará intentando ser amable?

—¿«Tienes entendido», o más bien has puesto la oreja donde no te llamaban?

—Yo diría que el tono exasperado con el que gritaste ayer no fue lo suficientemente discreto como para que los demás presentes no se enteraran de lo que sucedía.

Espérate tú. Flipo. ¡Se está calentando conmigo ya…!

—Tengo un problema con mi reserva, pero vamos a encontrar una solución, ¿verdad, Brett? —digo, mirando en dirección al pobre recepcionista, que lleva desde ayer ocupándose de la movida de la franchute.

Este último no contesta, por lo que el guapo moreno sonríe con petulancia. Sin embargo, creo atisbar una miradita inusual entre los dos. El falso Barney se muestra comedido, aunque por regla general parece más receptivo.

Qué extraño…

—¿A quién intentas convencer de eso último? ¿Al famoso Brett o a ti misma?

Oh, eso va con sorna ya…

Este tío será un bombón, pero en lo demás no va sobrado, la verdad. En vez de chocarme con él, habría hecho bien en caerme en la acera e hincar el diente en la tapa de una alcantarilla. ¡O en pisar un clavo oxidado y pillar el tétanos!

—Tengo una propuesta para ti —insiste.

Tanta benevolencia después de su actitud arrogante es, como poco, sospechosa. Este chaval es frío y distante, pero me mira con una seriedad inaudita. Podría decirme que es de la CIA y que está buscando a un espía implicado en un complot terrorista para asesinar a no sé quién y me lo creería. Me desconcierta tanta seriedad, pero al mismo tiempo, ha conseguido que se me pase el cabreo. Ahora solo siento cierta curiosidad.

En fin, seamos realistas, Liv, lo tuyo no parece que tenga arreglo y dentro de nada será Navidad. No habrá ni un solo un Airbnb disponible para más de un par de días. En cuanto a la operadora, se supone que te llamará en cuanto encuentre una solución, pero no tengas muchas esperanzas. Es hora de escuchar lo que este hombre —con carita ángel, sí, pero gilipollas también— tiene que decir.

—¿Por qué suena tan sospechoso?

—Porque lo es.

—Cuando se trata de tranquilizar a la gente, eres el campeón, em…

—Augustin, pero todo el mundo me llama Austin —me dice tendiéndome la mano.

—Liviana Perrin, pero prefiero que me llamen Liv.

—Bueno, Liv, ¿quieres saber más?

—¿Acaso tengo elección?

—Siempre hay elección.

Ah, esas maravillosas frases que suenan como mantras… Las odio. ¡Son la cosa más tonta que uno puede soltar!

Mantenemos el apretón de manos durante unos instantes. No vamos a comentar lo agradable que me resulta este contacto. Tiene una mano suave pero poderosa, una encantadora mezcla de hombría y dulzura con un toque de sensualidad, aunque ese dato no es precisamente relevante. Su mirada traviesa ya espera una respuesta, así que me limito a asentir. Austin me suelta la mano y retoma las riendas de la conversación, aunque en realidad, jamás me las había cedido.

—Me ofrezco a alojarte durante tres semanas si es necesario, o hasta que encuentres otra solución. A cambio, me gustaría que trajeses un poco de espíritu navideño a mi casa. Mi hermano, su mujer y mis sobrinos llegarán dentro de unos días y quiero que pasen unas Navidades entrañables, este año más que ningún otro.

Seguro que se me nota la sorpresa en la cara. Es más, apuesto a que tengo los labios entreabiertos por el asombro y los ojos a puntito de salirse de las órbitas. Mi cara debe ser un cuadro ahora mismo: la de un pollito aturdido y desorientado. Debo darme un aire a una de esas carpas doradas.

¿En serio me está pidiendo que lleve el espíritu navideño a su casa? ¿Dónde está la cámara oculta?

Esta clase de cosas solo ocurren en las pelis que echan en la tele o en los libros romanticones que tanto me gusta leer, sobre todo en esta época del año. Pero nunca (jamás) en la vida real, y desde luego, no en la mía.

Lo observo atentamente, esperando que remate esta broma de mal gusto, pero no pasa.

Austin permanece impasible y esboza una sonrisilla que, sin duda, pretende ser tranquilizadora y serena, pero en el fondo, veo que su propuesta también le incomoda. Intento aparentar mesura, pero como ha despertado mi curiosidad, me siento obligada a preguntar:

—¿Eres el Grinch?

—¿Qué?

—Ya sabes, ese monstruo verde que odia la Navidad… O sea, ¿a qué viene esta propuesta?

—Pero ¿me has estado prestando atención siquiera? —refunfuña y pone los ojos en blanco —. Necesito a alguien que traiga el espíritu navideño a mi casa.

—¿Y por qué yo?

Austin ensancha la sonrisa como si la respuesta fuera evidente a ojos de todos. En sus ojos, un destello de picardía. Se lleva una mano a la cara y se rasca la barbita de un par de días, saboreando el silencio que él mismo ha instaurado. Luego me recorre con la mirada antes de responder:

—Llevas un jersey navideño ligeramente horrendo pero pasable, te has recogido el pelo con un coletero de lentejuelas, esta mañana te has pedido el desayuno festivo por excelencia y está claro que te gustan los copos de nieve hasta el punto de no mirar al frente cuando caminas. Mi gabardina lo demuestra. Un poco más y pensaría que vienes directamente del Polo Norte y no de Francia, ¡y que eres un elfo enviado por Papá Noel! —dice risueño.

Su comentario rebosa arrogancia, pero Mister Grinch tiene razón. Me fijo en mi jersey (necesitaba algo que me animara esta mañana y, cuando rebusqué en mi maleta, esta me pareció la mejor opción): una bonita prenda roja de algodón con un árbol de Navidad natural rematado por una preciosa estrella dorada brillante como único adorno. Sobrio, pero acorde con el ambiente festivo.

El comentario de Austin podría haberme ablandado, pero dado su tonito altivo, lo único que consigue es ponerme de un humor de perros y tocarme la moral. Y el hecho de que sepa lo de mi desayuno me preocupa.

Ese café con un toquecito de calabaza estaba riquísimo, pero ¿cómo sabe que me lo he tomado?

—¿Trabajas para la CIA?

A ver si mi absurda teoría va a ser real…

—Pero ¿a qué vienen todas estas preguntas? —pregunta, desconcertado—. ¡No! Es un simple intercambio de favores. ¡Ya está! Espíritu navideño como pago por un techo bajo el que dormir. No es tan difícil de entender.

Austin frunce los labios. Se está impacientando.

En realidad sí es difícil de entender, porque ¿desde cuándo un desconocido ofrece este tipo de cosas sin tramar algo? ¿Acaso su madre no le enseñó nunca a desconfiar de la gente que no conoce? ¡Y encima pretende que me fíe ciegamente de él!

Mientras espera, empieza a dar golpecitos compulsivos con el pie contra el suelo de mármol del hotel. Su sonrisa arrogante se acentúa. La pelota está en su tejado: de momento no tengo otra opción y él lo sabe. Además, intuyo que no tiene intención de extender esta propuesta indefinidamente, como si ya estuviera haciendo gala de una generosidad y altruismo desmedidos.

Bueno, Liv, tú tampoco estás en una posición ventajosa precisamente… Piénsalo.

Tengo que encontrar un techo bajo el que cobijarme, porque en media hora como mucho me soltarán oficialmente en Nueva York con nada más que la maleta y dos ojitos con los que llorar. Y Austin me ofrece alojamiento gratuito a cambio de bendecirle con un poco de espíritu

navideño. Me viene como anillo al dedo… Pero joder, ¡no le conozco de nada! Es todo un dilema: alocado pero tentador. ¿Es esto lo que Eva sintió cuando el diablo la incitó a pecar y finalmente sucumbió a la manzana?

Miro fijamente a Austin para escudriñarlo. Es pulcro y elegante, no parece estar fuera de lugar —a diferencia de mí—, y es arrogante, sí, pero también extrañamente cortés, y está claro que ha recibido buena educación.

El hábito no hace al monje… —me susurra mi conciencia.

Me muerdo el labio inferior.

¡Vaya disyuntiva!

—Puedo enseñarte el carné de identidad. Y no tengo antecedentes penales. Liviana, te aseguro que no tienes nada que temer. No hay truco, simplemente es un favor a cambio de otro, como un pacto o un contrato, si lo prefieres.

Desearía tomarle la palabra. Quisiera creerle, pero ante la mención de un contrato, la única imagen que me viene a la mente es la de una *escort*[2].

—Eso es justo lo que diría el diablo antes de condenar las almas de los pobres humanos…

Austin se ríe y renuncia a su seriedad por una milésima de segundo. Me conmueve su risa y de repente siento cierta afinidad, como si esa risa revelara la posibilidad de que surja una chispa entre nosotros. Pero su mirada se vuelve frígida con la misma rapidez.

—¿Estás buscando a una *escort* o qué? —le pregunto.

—La verdad es que no necesito pagar para que una mujer salga conmigo —responde enarcando una ceja.

Punto para él. Es guapo, eso es un hecho, pero nunca se sabe. No puedo dejar de pensar en las cosas más o menos sórdidas que podrían pasar.

¿Y si forma parte de una red de esclavos sexuales? ¿Y si es un psicópata pervertido? ¿Y si necesita una coartada para encubrir su próximo crimen? ¿Y si sus colegas le han retado a acostarse con una francesa recién llegada a la ciudad? ¿Y si tiene una vena dominante y sádica y cuenta conmigo para un remake *de* Cincuenta sombras de Grey*? ¿Y si me pide que finja ser su novia como en las pelis navideñas?*

—No corres peligro. No vivimos en un telefilme de pacotilla —responde con una risilla socarrona.

Mierda, he pensado en voz alta…

—Bueno, qué, ¿te apuntas? —me pregunta con esa sonrisa arrogante suya que podría corromper a un santo.

Y yo no soy ninguna santa…

A ver, un lugar donde quedarme a cambio del espíritu navideño… No es mucho pedir, ¿verdad?

—Trato hecho.

---

[1] *N. de la T.* Cuento infantil de Hans Christian Andersen.

[2] *N. de la T.* Mujer de compañía.

9

Sí, sí, he aceptado ese pacto de pirados.

Tras sellar el trato, Austin coge mis maletas y salimos del hotel para tomar un taxi hasta su casa. Durante el trayecto, fijo los ojos en el paisaje nevado que se despliega ante mí. Aquí todo es enorme e impresionante, tan diferente de Francia… Mi vida parece haber tomado el mismo rumbo, como si estas vacaciones se hubieran teñido con el polvillo tricolor de los Estados Unidos, como quien espolvorea azúcar glas sobre un apetitoso trozo de *brownie* para darle un exquisito toque final. Este viaje es un poquito de magia en la noche más oscura, una oportunidad para henchir mi vida de momentos felices.

Austin intenta sacar tema de conversación a partir de algunas preguntas banales. Siente curiosidad por mi vida, mis seres queridos y, en su línea, por la Navidad… pero mis respuestas son escuetas. No por desinterés, sino porque no me ha especificado que deba implicarme personalmente en la promoción del espíritu navideño. Es más, ¿por dónde voy a empezar? Con el Grinch a mi lado, imagino que va a ser una tarea complicada…

El taxi se detiene y Austin se apresura a abrir la puerta y dejarme salir. Estamos en una calle donde se alinean casas neogeorgianas de fachadas de mil colores y una altura considerable. Bueno, quizá «casas» no sea la palabra adecuada, yo diría que son más bien mansiones coloridas de ladrillo. Mi socio saca mi equipaje del maletero y juntos nos dirigimos al porche de su casa. Antes de entrar, me vuelvo una última vez hacia la calle. La nieve sigue al pie de los árboles y todo está muy tranquilo para ser por la mañana. Una anciana con abrigo de visón me sonríe desde el otro lado de la acera.

Conque es aquí donde voy a pasar unos días, ¿eh…?

Me debato entre la realidad y la ilusión, pero Austin no tarda en animarme a entrar para evitar que muera congelada o «en forma de sustento para los pájaros que han emigrado».

Será insoportable el tío…

Conforme me va enseñando, descubro que la mansión sabe esconder bien sus secretos desde el exterior. El adjetivo «alta» se queda definitivamente corto: ¡tiene seis plantas!

¡Seis malditas plantas! Pero ¿quién tiene una casa de seis pisos? ¡Mi familia ni siquiera es tan grande como para llenar dos o tres!

Al otro lado hay un jardín similar a un pequeño oasis blanco, una burbuja navideña en plena propiedad. Continúo la visita con Austin y descubro que hay seis dormitorios y siete cuartos de baño. *¿Para qué quiere más cuartos de baño que dormitorios?* Pero la habitación que más me llama la atención es la biblioteca, un tesoro para los amantes de la literatura, con su preciosa chimenea y su salita de estar repleta de libros. Es el lugar perfecto para pasar horas leyendo, acurrucada bajo una manta con un buen café y descubriendo un montón de personajes, paisajes y épocas.

—Se te está cayendo la baba por la comisura de los labios…

Su comentario burlón me saca de mi ensoñación. *¡Vaya con el tío este!* Sin embargo, disimulo y pienso en todo el tiempo que podré pasar en esta habitación entre las dos *Christmas*

missions[1].

Definitivamente, se me está pegando el inglés.

Reanudamos la visita y pasamos por una fenomenal y moderna cocina totalmente equipada, con isla central y campana extractora, todo en tonos fríos y austeros. No hace falta terminar el recorrido para darse cuenta de que, efectivamente, la magia de la Navidad ha salido huyendo de este lugar. No hay árbol de Navidad ni adornos a la vista, ni siquiera un pequeño Papá Noel. Nada de nada. Me atrevería a decir que mi madre decora más la mesa del comedor durante las vacaciones de Pascua que este hombre en diciembre.

Me queda mucho curro por delante…

—Esta es tu habitación —anuncia mientras abre una puerta blanca con un encanto añejo—. Tómate tu tiempo para instalarte, como si esta fuera tu casa. Tengo que ponerme a trabajar; ya son casi las dos y nos hemos entretenido más de la cuenta. Tienes algo de comer en la nevera.

—¿Y mi misión?

—Mi familia llegará en tres días, así que puede esperar hasta mañana.

—Está bien. Que pases una buena tarde.

Y sin mediar palabra, Austin se da media vuelta y me da la espalda con una facilidad desconcertante, sabiendo que soy una completa desconocida. Puede que tenga un sistema de seguridad de los caros, o al menos, cámaras en todas las habitaciones…

Tengo que admitir que esperaba que Austin fuera rico, dada su parsimonia, su forma de vestir y su arrogancia, pero no hasta este punto. *¡Esta mansión es digna de una peli romántica!* Vale, ya sé que tengo que parar con esa referencia. ¿Desde cuándo mi vida gira en torno al romanticismo?

Ignoro su forma de actuar y entro en la habitación. El dormitorio —o debería decir esta estancia más grande que mi propio piso— está decorado con mimo en tonos azul celeste y beis. En un lado de la pared azul, cuelgan marcos con citas inspiradoras y fotografías de la costa: pampas mecidas por el viento, arena, conchas y cabañas de pescadores. Se me encoge el corazón al recordar los veranos que pasé con mis padres en la costa atlántica y mediterránea.

Dos ventanales adornados con visillos pastel dejan entrar la luz que inunda la habitación. En un rincón hay un escritorio con material de oficina, mientras que al otro lado, una puerta corredera con efecto espejo oculta un vestidor de pared. Me acerco a otra puerta entreabierta y descubro un precioso cuarto de baño contiguo al dormitorio, limpio y ordenado. Allí, una ducha a ras de suelo, una bañera y mucho espacio de almacenamiento junto al calentador de toallas. Estoy encantada con el lavabo doble.

¡Al fin voy a poder esparcir todos mis trastos sin problemas! Esto sí que es lujo.

Por el momento, como Austin no anda por aquí, no voy a cortarme a la hora de sentirme como en casa. A mi anfitrión no parece importarle que yo esté aquí, y por otra parte, esta mansión apenas parece suya. Todo aquí es tan frío e impersonal… empezando por su actitud.

¡Este lugar parece una casa de exposición!

Entiendo que no le guste la Navidad, pero ya que ha invitado a su familia, ¿no debería, al menos, poner algo de su parte? Colocar un par de adornos aquí y allá, crear una atmósfera cálida, no sé, dar la imagen de un lugar acogedor en el que vivir… No hace falta ser un genio para eso.

Después de vaciar la maleta y ordenar todas mis pertenencias, bajo al salón, luego a la cocina, pero no me lo cruzo. Como aún no he comido, me preparo algo de picar. Poco a poco voy descubriendo este casoplón y apropiándome de su espacio, ya que Austin no sale de su

despacho, que más bien parece un templo maldito. *Todo es cuestión de perspectiva.* Este hombre es un verdadero fantasma en su propia casa.

Un momento… ¿No estaré en una mansión encantada en vez de en una casa estadounidense de revista?

---

[1] *N. de la T.* Misiones navideñas.

10

Han pasado dos días desde que me mudé a mi nuevo hogar, es decir, a la tremebunda mansión de Austin. Aunque vivir aquí es supercómodo, he estado insistiendo a la emisora de radio para averiguar si piensan realojarme, pero en esta época del año, como era de esperar, es complicado encontrar un hotel con una habitación disponible para tres semanas. Así que aquí me tenéis: esperando.

Menos mal que soy una persona paciente, porque la presencia de Austin me hace pensar en el número de personas por metro cuadrado que debe haber en el desierto del Sahara: cero y menos. Parece que trabaja sin descanso y no le preocupan las horas que echa. Yo, en cambio, podría contar con los dedos de una mano las veces que le he visto. Es un tío frío, altanero y le encanta repetirme que no todo el mundo está de vacaciones. Si conociera mi situación, se habría pensado dos veces lo de ser tan soberbio… «Vacaciones»: ¡qué bonita palabra para decir que me han echado del trabajo, pero el destino ha querido que ganase un juego radiofónico!

Su familia tiene previsto llegar hoy y aún no hay nada preparado. La mansión sigue pareciéndose al iceberg del Titanic: el calor humano brilla por su ausencia. Se lo comentaré a Austin durante el desayuno, el único momento en que comemos juntos, ya que, por suerte, soy madrugadora.

Dejo a un lado mis pensamientos y me enjuago el pelo. *¡No hay nada como una buena ducha matutina para despejarse!* Además, he de admitir que este cuarto de baño me gusta especialmente. Es un auténtico placer quedarme un rato bajo el agua caliente que cae en mí en forma de llovizna y disfrutar del espacio que ofrece la ducha italiana. Cierro el grifo, me envuelvo en una toalla mullidita de color ocre, me escurro el pelo y refunfuño, porque se me ha olvidado la toalla para el pelo y odio tener que secármelo en pelota picada para no mojar la ropa.

¡Cagada…! Me va a gotear el chorrillo por la espalda y no hay nada más desagradable. ¡Así seguro que me resfrío!

La melodía entonada por Nat King Cole, *The Christmas Song*, empieza a sonar en mi móvil, que he dejado junto al lavabo, y no puedo resistirme a tararearla. ¿No es increíble la facilidad con la que una situación concreta puede dibujarte una sonrisa en la cara?

—¡Aaaah! Pero ¡¿qué leches haces aquí?! —exclamo de repente.

Aunque estaba dándolo todo, me quedo patidifusa al ver a Austin de pie delante de mí, sin camiseta, con un pantalón de chándal azul oscuro por debajo de las caderas y enseñando la goma de unos calzoncillos Calvin Klein blancos. Tiene restos de pasta de dientes en la boca y sujeta el cepillo con la mano derecha.

En otras circunstancias, esta visión me habría parecido extremadamente sexi, pero ahora mismo solo me recuerda mi desnudez y me incomoda. Sin embargo, no puedo evitar que mis ojos se desvíen y admiren las grandes manos de mi anfitrión antes de bajar hasta sus voluminosos antebrazos, cubiertos de fino vello negro. Su torso no se queda atrás: pectorales finamente cincelados, abdominales ligeramente perfilados… todo lo que hace falta donde hace falta. Me pregunto cómo serán las vistas por ahí detrás…

¡Liv, estate quieta! No pienses en eso, ¡es un imbécil!

Austin alza los brazos y contesta con la voz ahogada por la espuma:

—¡Lavarme los dientes!

—¡¿Pero qué haces en mi baño?!

—¿Tu baño?

—¡Pues claro!

Se da media vuelta y señala la segunda puerta de la habitación, la que no da a mi dormitorio. La que nunca se me había ocurrido abrir. La que apenas vi, porque —¡ingenua de mí!— creía que era un simple armario.

Mierda, joder…

—¿Intentas decirme que…?

—Que esa puerta lleva a mi habitación, sí.

—O sea que…

—Sí, te oigo cantar tus villancicos de poca monta cada mañana y pronto sabré cuántos litros de agua has gastado en el proceso.

—Yo no canto villancicos de poca monta.

—¿Eso es lo que extraes de todo esto?

Estoy punto de replicar, pero entonces percibo un brillo diferente en sus ojos. Una ligera llama. Me acaricia con sus pupilas: el cuello, las puntas de mi melena mojada que caen sobre el nacimiento de mis pechos… Mis piernas tampoco escapan a su inspección larga y minuciosa. ¡Menos mal que hice un paréntesis en la tregua de depilación durante los meses de invierno!

El ambiente del cuarto de baño está cargado de una tensión gélida que el calor de la ducha no consigue compensar.

—Debe de haber unas vistas bastante interesantes debajo de esos jerséis de Navidad… —dice con indiferencia, sin siquiera mirarme a los ojos.

Me ruborizo. Siento que me pongo roja por dentro, no solo en las mejillas. Me ciño más la toalla, como si fuera posible ocultar más piel, como si pudiera abarcar un poco más. El hombre viril y semidesnudo que tengo delante me hace sentir de todo y en todos los sentidos. La mera visión de su cuerpo hace que me suban los calores.

—¿Qué? ¿Te gusta lo que ves? —pregunta.

¡El muy gilipollas…! ¿Cómo puede estar tan bueno y ser tan estúpido al mismo tiempo?

Le replicaría con alguna ocurrencia, pero antes de que pueda intervenir, se enjuaga la boca con garbo y vuelve a su habitación a través de la puerta que tengo enfrente.

Joder, si compartimos baño…

Ahora en serio: de los seis pisos de esta mansión y los seis dormitorios, ¿no podía haberme dado otro? No sé, así no tendríamos que compartir el baño… En fin, supongo que no. ¡Ese hombre es todo maldad! Tiene pinta de que el desayuno de esta mañana va a ser caótico…

***

Cuando bajo a la cocina, Austin está sentado frente a una taza de café y un bol de cereales infantiles de mil colorines. Reprimo una risita: me resulta monísimo y entrañable. Detrás de esa coraza arrogante parece esconderse un hombre tierno. Y eso me gusta…

Pero ¿qué digo?

Como cada mañana, me sirvo una taza de café y cojo un bollito de una cesta hasta arriba de

dulces. No sé de dónde salen, pero cada mañana están calientes y recién horneados. ¿Tendrá su propio panadero o un servicio de reparto de desayunos?

Me siento frente a él y muerdo el bollo con glotonería.

—Tu familia llega hoy, ¿verdad?

—Sí, esta tarde, así que ya nos toca pensar en tu estrategia.

—¿Nos toca, dices?

—¿Te sorprende que me involucre en nuestra Navidad familiar?

—No, pero llevas dos días trabajando sin parar. Esperaba que hoy no fuera distinto. Ya me veía arreglándomelas sola. En realidad, ahora que lo pienso, sí que me sorprende. No es que hayas estado muy disponible estos últimos días…

Frunce el ceño y rezonga en voz baja. Con cara de pocos amigos, continúa:

—¿Con qué tenías pensado empezar?

—Con la decoración de la casa.

—¿Qué pasa con la decoración? —me pregunta, molesto.

—Austin, esta casa es más fría que un témpano de hielo.

—Bueno, algo de calor hay… ¿Qué me dices del baño? —comenta con una sonrisa reluciente que hace que me sonroje, pero que en el fondo, me exaspera.

—No sigas por ahí. ¡Hay que añadir color, emoción y magia a este lugar! Así que hoy vamos a comprar adornos.

—Solo con ver tu sonrisa, me huelo que me voy a arrepentir de tomarme la mañana libre…

Le dedico mi mejor sonrisa, una ligeramente hipócrita. Sospecho que, si hubiera sabido lo que me proponía, el Grinch no se habría tomado el día libre. En fin, nunca me han asustado los retos y hoy no va a ser el día en que empiecen a hacerlo.

11

Inculcar la magia de la Navidad al tacaño de Scrooge[1] fue particularmente difícil para Dickens, y para no variar, ¡en mi caso tampoco ha sido coser y cantar!

En este primer día, la misión era bastante sencilla (al menos en apariencia). Solo teníamos que decorar la casa. Sin embargo, llevar a Austin de tiendas es una misión en sí misma. Escogí ser permisiva y comunicativa, le propuse distintos estilos y colores: tradicional, dorado y blanco, escandinavo… Sin embargo, ninguna de mis sugerencias parecía atraer su especial interés, hasta que entramos en una tienda en la que exhibían una mesa decorada en negro y plata.

¿Es posible verbalizar los puntos suspensivos? ¿Cómo puede concebir unas Navidades con esos colores?

Pero Austin me respondió sin pestañear que el ambiente del local le parecía muy elegante.

¿Lo qué? ¿En negro y plata? ¿Qué es esto, las Navidades con la familia Adams?

Está claro que dije eso último en voz alta, porque Austin achicó los ojos en lugar de responder. Aun así, me di cuenta de que mi comentario casi le hizo sonreír. Sin embargo, no parecía entender por qué me escandalizaban sus gustos. Al final, dejé de lado la actitud comunicativa en favor de ser más asertiva. Ya iba siendo hora de imponer mi criterio. Y esa es mi actitud ahora mismo. Al cuerno con la simpatía y la escucha activa: mis oídos no aguantan sus sugerencias absurdas. Es más, cada vez que abre la boca, arruina la magia de la Navidad. ¡Es demasiado para mí!

Conociendo mis gustos, mis seres queridos habrían apostado por una Navidad tradicional, y no se habrían equivocado. Al ver mi determinación, Austin arquea la ceja (era inevitable), pero acaba cediendo y llevándome a la «tienda festiva por excelencia», como él la llama: *Christmas in New York*. Una vez en la entrada, me quedo sin aliento. Nunca había visto una tienda tan grande en la que solo vendieran adornos navideños. La niña que hay en mí acaba de presenciar cómo se hacen realidad sus sueños.

Impaciente, entro prácticamente corriendo al local. Hay infinidad de adornos para el árbol de todos los estilos, guirnaldas, calcetines navideños para colgar en la chimenea, elfos y todo lo que una se pueda imaginar.

¡Abran paso! ¡Estoy desatada!

Con una cestita en la mano, empiezo por lo esencial: unas guirnaldas rojas y doradas para decorar las barandillas de las distintas escaleras. También añado una guirnalda de abeto artificial con lacitos rojos monísimos, rematada además por piñas y una hilera de luces.

—¡Es perfecta para decorar la chimenea de la biblioteca!

—¿De verdad piensas decorar todas las habitaciones?

—Nos ahorraremos los aseos y los baños[2], tranquilo…

—¿O sea que debo estar preparado por si un duendecillo se abalanza sobre mí en el garaje? —dice con una sonrisa, pero esta vez sin tono de burla.

Tal vez sea este lugar o tal vez Austin provoque ciertas cosas en mí, pero no puedo resistir el impulso de reaccionar como una niña pequeña y acabo sacándole la lengua con pillería. Mi

reacción le hace suspirar y noto que se relaja un poco. Le propongo separarnos, le doy una cesta y una única tarea: meter en ella los adornos que le parezcan bonitos, tanto para la casa como para el árbol. Al principio se muestra reacio, pero creo que lo hace para ceñirse a su papel del viejo Scrooge.

Me pierdo por los pasillos y me maravillo con la originalidad de los estadounidenses. Esta gente tiene una fe inquebrantable en su país. Hay multitud de adornos con la bandera, la Estatua de la Libertad, Coca-Cola, etcétera. Mi cesta está llena de guirnaldas de luces y adornos sencillos para el árbol. Meto también un mantel verde pino, un tapete de tartán, nieve artificial y un par de tubos de purpurina. Paso incontables horas en este templo festivo, pero me asombra no ver a Austin por ninguna parte.

Debe de haberle cogido el gustillo a su misión…

Frente a la sección de adornos colgantes, me hago con unos cuantos cascanueces pequeñitos, un buzón del Polo Norte, un reno, bombones de chocolate, un Papá Noel y alguna que otra chuche. Entonces me fijo en un adorno con una niña morena, peluche en mano, vestida con un pijama rojo y un regalito cubierto de purpurina a sus pies.

—Seguro que de pequeña te parecías a ella…

La entonación profunda, agradable y familiar de su voz me sobresalta. *Austin.* Me ha pillado por sorpresa. Estaba tan absorta en mi contemplación que no le he oído acercarse. Me sorprende que se muestre tan cercano, pero no dejo que lo vea. De todos modos, hay algo más que me revuelve por dentro.

—Es exactamente igual que yo… —digo con un hilo de voz, cohibida.

—En ese caso, habrá que llevársela. Un adorno más o uno menos en el árbol, ¿qué más da?

Con la punta de los dedos, la separa del ganchito en que está colgada y la deja en su cesta… ¡que por cierto, va bien cargadita!

—¡Vaya, vaya, vaya! Por fin tenemos algo con que decorar, ¿no es así, Scrooge?

—Tengo que admitir que no ha sido tan mala idea. He disfrutado mucho con esta misión.

Me enseña la cesta como si esperara mi aprobación, cuando estamos hablando de su casa. Aun así, me alegra descubrir que tiene buen gusto, nada *kitsch*, ni tampoco colores estrafalarios. Incluso ha escogido una manzana roja en la que se lee «La Gran Manzana».

—He cogido esta para ti. Si es que la quieres, vaya… —dice con rechazo.

Ah, ahí está: otra vez distante. El Austin cercano ha desaparecido, lo que demuestra que el mundo ha vuelto a su curso habitual.

—En fin —continúa—, he pensado que estaría bien que tuvieras un recuerdo de las fiestas…

—Es todo un detalle. Muchas gracias.

—¿Qué más necesitamos para decorar?

—Creo que con esto bastará. Ahora solo nos queda colocarlo todo.

***

Dicho y hecho. Después de las compras navideñas (muy adecuadas para su dulce hogar), Austin decide irse a la cocina a ocuparse de la comida mientras yo me pongo a decorar la biblioteca, y luego me uno a él para dar un par de retoques a la cocina. El olor que sale del horno me hace la boca agua y enseguida reconozco el dulce aroma a queso.

—Hoy comemos *mac and cheese*[3] —me informa al verme mirar a mi alrededor mientras

cuelgo una guirnalda de armario en armario.

Me ruge el estómago de una forma bastante sonora. Austin me dirige una mirada que no sabría descifrar.

—Huele delicioso; estoy deseando probarlo.

Mi respuesta no hace que se inmute en absoluto, sino que se queda callado. Este hombre me intriga. Sé que solo llevo aquí unos días y que ha tenido la amabilidad de alojarme a cambio de mis servicios como comité navideño, pero presiento que oculta un misterio tras su coraza. Y como soy curiosa…

—¿Te gusta Francia? —me pregunta de repente.

—Mucho. Me encanta mi país. No es perfecto, pero tenemos paisajes magníficos, una rica gastronomía y cierta calidad de vida. ¿Ha estado alguna vez?

—Varias veces, sí. Conozco París, Niza y Burdeos.

—Adivino, ¿a que eres el tipo de yanqui que rechazaría un plato de caracoles, pero saldría a pasear con boina y bebería una copa de vino tinto en una terraza?

—Soy más bien de los que aguantan que una francesa se tome ciertas confianzas…

Ups…

A juzgar por la expresión seria de su rostro, no le ha gustado mi atrevimiento. Debo recordar que me está haciendo un favor, lo que sin duda justifica la distancia que ha puesto entre nosotros y su nada desdeñable capacidad para mostrarse tan frío.

En realidad, es como si fuera mi jefe.

Aunque cuando fuimos de compras me mostró cierta simpatía y amabilidad, desde que hemos llegado a casa se ha cerrado en banda. Ahora parece mucho más reservado, como si quisiera evitar la conversación. Pero cuando llegue su familia esta tarde va a tener que abrirse. Al fin y al cabo, vamos a convivir bajo el mismo techo durante varios días.

Austin deja el gratinado sobre un salvamanteles y coloca un tenedor en cada plato. El sonido repentino me hace volver a la realidad. Me siento frente a él y pruebo un bocado.

¡Vaya con los coditos…! ¡Están riquísimos!

Como alguien que siempre alaba la gastronomía francesa, he de admitir que este plato de aquí está para chuparse los dedos.

—Está delicioso, Austin.

—Gracias, siempre me salen buenísimos.

Pues nada, ya hacía bastante desde su último comentario arrogante…

—Mi hermano y su familia llegarán a media tarde, así que vas a tener tiempo de sobra para dejarlo todo dispuesto y relajarte.

—Vale, sin problema. ¿Los ves a menudo?

—Últimamente, no mucho, pero ¿no es la Navidad el momento perfecto para volver a conectar con la gente?

—Para eso estoy aquí… El espíritu navideño a tu disposición.

—¿Y qué hay de tu familia? ¿Tienes algún hermano o hermana?

—No, soy hija única. Mis padres están en un crucero por el Mediterráneo, así que no iba a pasar las Navidades con ellos de todos modos. Por eso decidí irme de viaje.

—¿Ibas a pasar las fiestas sola?

—O con Théa, mi mejor amiga, pero su novio y ella están a punto de ser padres, así que sus familias habrían estado presentes y yo me habría sentido como una intrusa. Aunque Théa siempre me hace sentir bien y estoy deseando que llegue su pequeñina, he de admitir que ahora

mismo está en el «planeta bebé», y desde que se enteró, su interés por mi vida y sus nimiedades ha decaído, y con razón…

—Bueno, esta es solo mi opinión, pero la amistad entre vosotras parece que sigue ahí, solo que vais a ser una más. Ella está viviendo una etapa antes que tú, eso es todo.

—Bueno, ¿y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

Me muerdo el labio para intentar aguantarme, pero mi curiosidad es demasiado grande como para no atreverme a preguntar. Al fin y al cabo, no le conozco y no sé mucho de él, salvo que vive en una mansión preciosísima y que sus *mac and cheese* saben a gloria.

Es el momento de arriesgarse, ¿no? No irá a ponerme de patitas en la calle por un par de preguntas. Al menos, eso creo…

—¿Tienes amigos? ¿Una mujer en tu vida? O ya que estamos, ¿hijos?

Las palabras salen de mi boca sin filtro, lo que demuestra que mi curiosidad desenfrenada se me estaba comiendo por dentro. Austin frunce el ceño como si hubiera hundido el dedo en la llaga. Ya de serie no es una persona muy abierta, así que temo que se cierre aún más.

—Tengo treinta y un años y mi vida gira en torno al trabajo. No hay nada más, aparte de mi hermano y su familia, cuando vienen a verme, claro. Adoro a mis sobrinos, pero no creo estar capacitado para tener hijos.

Suelta la última frase como si fuera una bomba. Me debato entre despertar al mismísimo Scrooge —bueno, en fin, Austin tiene dinero, pero no parece ser tacaño—, alguien que se prioriza constantemente y que detesta la Navidad y todo lo que representa, o descubrir a un hombre con heridas del pasado. Ese último comentario me ha parecido el eco de un malestar mucho más profundo. Austin me recuerda a los juguetes de madera estropeados que mi padre intentaba reparar cuando yo era pequeña, pero que nunca volvían a ser «como antes».

No sé qué decir, así que decido callarme. Nos acabamos los platos en silencio antes de meterlos en el lavavajillas.

—Me voy al despacho a trabajar. En teoría llegarán a media tarde, así que no hay prisa.

—Vale. Voy a ir decorando las habitaciones que quedan, sobre todo el salón, y a hacer un sitio para el futuro árbol de Navidad. En cuanto esté todo hecho, descansaré.

Sin mediar palabra ni echar la vista atrás, Austin, ese hombre tan apuesto como frío, se refugia en su despacho. Es evidente que esta conversación, que pretendía ser llevadera pero atenta, se ha vuelto finalmente agria. Sin duda yo he tenido algo que ver, pero Austin sigue proyectando un aura cada vez más misteriosa.

Mi anfitrión se queda entre las cuatro paredes del despacho el resto del día. Mientras tanto, en el salón, he movido una cómoda que contenía libros y recuerdos de viajes para hacer sitio al árbol de Navidad, que vestirá el lugar y añadirá un toque extra a la atmósfera que intento crear. También he colocado un par de velas con aroma navideño —canela, abeto, chocolate y nieve— en los cuatro rincones de la estancia para crear un ambiente más acogedor para las noches venideras. Nada me impide soñar con un buen rato en familia viendo una buena peli sobre mi época favorita del año.

Después de pegarme la paliza, voy a descansar a la biblioteca. Antes de decorarla, esta habitación era —con diferencia— mi favorita de la casa, pero ahora ese toque extra hace que se me derrita el corazón. Me agencio una manta del sofá y me acomodo con las piernas flexionadas en el sillón frente a la chimenea antes de taparme con la tela. A través de la ventana de mi izquierda, veo caer la nieve sobre Nueva York.

Ahora que lo pienso, estas Navidades están siendo sorprendentes y han superado todas mis expectativas, aunque aún no estemos ni a mediados de diciembre. Estoy lejos de casa, lejos de mi familia, pero en cierto sentido, creo que voy a pasar las Navidades más exóticas de mi vida. Abro uno de los libros que guardé en la maleta, una de mis novelas preferidas, *Chéri*, de Colette[4], y leo de nuevo la historia de Léa, esa mujer increíble que, pese a todo, es víctima de su época y de la sociedad de aquel entonces.

La lectura es un mundo sin límites, sin fronteras, donde está permitido asumir todo tipo de riesgos, donde todos los descubrimientos son posibles, donde el mundo es un inmenso patio de recreo, donde una se puede atrever, donde todo se puede comentar. A menudo, los libros dejan una impronta nosotros y nos hace reflexionar. Desde niña, me apasionan las palabras, sus significados y la ficción que se construye con ellas. Cuando era pequeña, mi madre y yo teníamos un ritual: solíamos leer un libro cada noche (de principio a fin, porque irse a la cama sin saber el final era una tortura). Luego aprendí a leer por mí misma, y ese mundo de papel se volvió de repente tan rico y vasto que mi felicidad creció con él de forma exponencial. Cómics, cuentos de hadas, novelas… ¡De todo! Desde entonces, nunca he dejado de disfrutarlo, aunque siempre he priorizado la literatura clásica y romántica.

Las historias de amor… bueno, siempre nos hacen soñar. A pesar de mi lado distante, soy una romántica empedernida que fantasea con un romance que me haga perder el equilibrio, que me transporte, me embriague y me haga viajar, ¡literal y figuradamente!

¿Qué chica no soñaría con algo así? Con ese chico guapo que hace que nuestro corazón lata desbocado y una historia que acaba con un «y vivieron felices y comieron perdices». A ver, ya sé que una solo se encuentra un príncipe en el pasillo de las galletas del súper, pero yo espero conocer al mío algún día. Ya sabéis: una dosis de *bad boy*, un toquecito de perspicacia y muchas risas y cariño. El hombre de mi vida me hará sentir única, me hará reír y descubrir quién soy, será mi compinche…

Venga, cariño, deja de soñar y vuelve a la tierra —Mi conciencia me llama al orden.

—¡Tito Austiiiiiiiiin! —grita una voz aguda e infantil que me saca de mis pensamientos.

Se me acelera el corazón y se me humedecen las manos. Parece que la familia de Austin ya ha llegado y se me forma un nudo en el estómago. Estoy a punto de conocer a la familia —directa, digo, no al primo de la prima de la hermana de alguien— de un chico al que apenas conozco, que no es un colega, ni un amigo, ni siquiera mi novio… ¡En teoría, es una locura!

Bueno, y en la práctica, también…

Me quito la manta del regazo, me levanto, cierro el libro, me aliso el jersey como si fuera necesario y me preparo mentalmente para conocer a esta familia de la que no sé nada. Entro en el salón casi a hurtadillas —aunque llevo aquí unos días ya y dispongo de una habitación donde sentirme como en casa, palabras textuales de mi anfitrión— y descubro a cuatro personas quitándose los abrigos y bufandas. Las maletas están a la entrada del salón: todas son de marca, a cada cual más grande que la anterior.

¿Existe una regla no escrita entre los estadounidenses? ¿Es necesario que viajen con equipaje de marca y en el que tengan las iniciales grabadas?

Cuando uno de ellos se quita el gorro, descubro una cabecita morena, la de un niño bastante chiquitín, de unos seis años, que luce orgulloso una sonrisilla mellada y unos preciosos y traviesos ojos verdes. Austin lo coge en brazos y le alborota un poco el pelo. A su lado, una adolescente de unos doce años, morena y con los mismos ojos que su hermano (son clavaditos),

sonríe tímidamente, con dulzura. Su larga melena trenzada enmarca su rostro con armonía.

Los padres, de espaldas a mí, están el uno al lado del otro y cuando se giran, no me sorprende descubrir que la belleza viene de familia, ¡al menos por la parte de Austin! Su hermano, el mayor por lo que veo, se parece muchísimo a él. Ese hombre alto y con el pelo castaño viene acompañado de una preciosa morena que, sin quererlo, ha legado sus hermosos ojos esmeralda a sus hijos. Todos se saludan y se abrazan mientras yo los miro con emoción, recordándome lo importante que es tener cerca a tus seres queridos en esta época.

—Tito Austin, te hemos echado de menos… —dice el pequeño, pasándole los bracitos por el cuello a su tío.

—Yo también, Tom. ¿Habéis tenido un buen viaje?

—Bueno, había mucha gente. Los viajeros se animan con la caída de los primeros copos de nieve.

La voz de su hermano es algo menos ronca que la de Austin. También parece más amable y veo que su mujer se acerca a él, le coge de la cintura y se acurruca en su pecho.

—Tu casa está muy bien decorada, Austin —le felicita ella.

—Gracias, se lo debo a Liviana.

—¿Liviana? —le preguntan tres voces a la vez. De repente, me siento el centro del universo.

Tom es el único que no reacciona cuando menciona mi nombre. Todavía está aferrado a su tío como un monito. Me atrevo a dar un paso adelante y a unirme a la fiesta. De pronto, se hace el silencio. Tom pone los piececitos en el suelo y todos los ojos se posan en mí.

—Hola, soy Liv.

—Ah, ¡una chica francesa! —exclama la guapa morena.

¿Tanto se me nota el acento? Ya sé que en Francia se nos dan increíblemente mal los idiomas y que nuestro acento es muy marcado, pero aun así…

—Soy Alexis, el hermano de Austin, y ella es Holly, mi mujer; Lia, mi hija, y…

—Me llamo Tom. ¿Quién eres?

El comentario del pequeñín hace reír a carcajadas a toda la familia. Me arrodillo y le tiendo la mano como hago con los adultos. Me presento una vez más, pero lo único que hace es sonreírme. Su hermana se acerca y me da dos besos y luego elogia el color de mi jersey. El único que no ha dicho nada desde que su familia se interesó por mi presencia es Austin.

—Así que eres tú quien ha decorado la mansión… —quiere saber Holly.

—Exacto, Austin necesitaba mi ayuda para elegir la decoración y los colores.

—Vamos, que eres… —comienza Alexis, que deja la frase en suspensión a propósito.

Austin se arrima a mí. Desde aquí huelo su perfume embriagador y viril invadiendo mi espacio. Acto seguido, me pasa un brazo por alrededor de las caderas.

Pero ¿qué hace este hombre?

—Liv es mi novia.

---

[1] *N. de la T.* El señor Scrooge es el protagonista de *Cuento de Navidad*, un hombre huraño y egoísta que recibe la visita de tres fantasmas dispuestos a hacerle comprender por qué debería estar agradecido.

[2] *N. de la T.* Recordemos que en algunos países el baño (ducha, bañera) y el aseo (váter) están separados. Aunque no es lo más común en los Estados Unidos, puede ocurrir.

[3] *N. de la T.* Típica receta estadounidense de «macarrones» con queso. En realidad, no se refiere a los macarrones que nosotros conocemos como tal, sino a los llamados «coditos», similares a los tiburones pero más finos.

[4] *N. de la T.* Novela romántica de Colette, una escritora francesa, que se publicó en 1920 y se adaptó al teatro

y más tarde a la gran pantalla.

12

¡¿Qué?! ¿Por qué no sabía yo esto? ¿Qué leches está pasando?

Los presentes profesan su entusiasmo y un coro de voces amigables y alegres me rodea. Yo, por mi parte, permanezco inmóvil, incapaz de pronunciar una sola palabra o reaccionar. No entiendo qué sucede.

¿Se ha dado un golpe en la cabeza en su despacho mientras trabajaba? ¿Le han hecho una lobotomía? ¿Se ha intoxicado comiendo con los *mac and cheese* y se le ha ido la pinza? Tiene que haber una explicación. ¿Qué coño se le ha pasado por la cabeza para hacer algo así? Apenas me soporta, y joder, ¡el sentimiento es mutuo! ¡Y no va y miente a su familia…! ¡Les ha dicho que somos pareja! ¿No podía decirles la verdad? «Hola, chicos, esta es Liv, ¡la reencarnación del espíritu navideño!».

¿En qué lío me he metido esta vez?

Al sentir que alguien me abraza, vuelvo en mí. Descubro, no sin cierta incomodidad, que Holly se ha animado a darme un abrazo tan cariñoso como inapropiado. Le devuelvo el gesto como puedo. Después de todo, soy una chica educada y ella no tiene la culpa de que su cuñado sea un capullo mentiroso.

Antes de conocernos un poco mejor, Austin sugiere que se pongan cómodos y suban a instalarse en sus habitaciones.

¡Qué buena idea! Así, él y yo podremos aclarar alguna que otra cosilla…

—Tito Austin, ¿podemos quedarnos Lia y yo en la habitación que está al lado de la tuya? Porfiiii… —pregunta el pequeño Tom.

Con esa sonrisita y esa mirada de pillín, a ver quién se niega a darle lo que pide. Ese pequeñín nos ablanda el corazoncito y sus ojillos hacen que nos enamoremos más aún de él.

Un momento, empanada… ¡La habitación contigua es la tuya!

Me pongo pálida por momentos. Pienso en lo que voy a decir, pero Austin se me adelanta:

—Tommy, esa habitación no está disponible. Pero la verde es una pasada, ¡y está muy cerca de la mía, por si quieres pasarte la mañana de Navidad!

—¿Qué pasa, estás reformando la otra? —pregunta Holly.

—Bueno, no exactamente…

—Uuuh, nos estás ocultando otro invitado sorpresa… —ríe su hermano, sin darse cuenta de que nos está haciendo sentir aún más incómodos.

—En realidad, soy yo la que duerme allí.

A Austin se le descompone la cara. Su mentira no ha durado mucho. Bien por mí. Ya encontrará la manera de dar explicaciones a su familia. El anfitrión de la casa se pasa una mano por la barba de pocos días, con aire pensativo. Los miembros adultos de su familia exclaman en respuesta a mi anuncio. Los niños, por su parte, hace tiempo que se han retirado. No les interesaba la conversación.

—¿Qué? ¿No compartís habitación? —exclama Holly.

—Austin ronca como un gorrinillo. ¡Seguro que la pobre Liv no lo soporta!

—¡Lo has adivinado, hermanito! Y como soy madrugador, es mejor que Liv tenga su propia habitación. ¡Así puede descansar!

—Y para hacer el amor, ¿qué? ¿Lo hacéis por wifi? —dice Alexis riendo mientras su hermano pone cara de desazón.

Madre mía, cómo está el patio…

Austin le da unas palmaditas en la espalda como respuesta y Holly me observa con una sonrisa burlona. Por más que intente evitarlo, los engranajes de mi cerebro empiezan a funcionar. Me pregunto cómo sería acostarme con Austin. Es guapo, siempre va elegante, y su complexión atlética desprende un carisma impresionante. Me vienen a la mente las imágenes de nuestro momento en el baño, e inconscientemente, me muerdo el labio inferior.

Liv, ¡contrólate, joder! Te han metido en una treta de mucho cuidado…

En cuanto Alexis y Holly suben a su dormitorio, arrastro a Austin a la cocina, le miro de frente y le hinco el dedo índice (y acusador) en el pecho. Pretendo ser autoritaria y la cara de bochorno que pone me hace pensar que no se me está dando mal.

—¿Qué mierda es esta? —suelto.

—Me ha salido solo. Ha sido sin pensar…

—¡Sí, bueno, con eso te quedas corto! Detesto mentir y tu familia parece tan agradable…

—Mi familia necesita saber que estoy con alguien que me conviene. En cuanto te vieron, supe que no había vuelta atrás.

—Así que lo primero que se te ha ocurrido es: «¿por qué no fingir que Liv es mi novia?». ¡Supersensato!

—Sí —responde con aplomo.

¿Pero de dónde saca esa confianza en sí mismo? O sea, no se me da mal mentir, aunque detesto hacerlo con alguien tan agradable, a pesar de que tengo mucha práctica, pero aun así… ¡Dios, qué mal!

—¿Por qué? —le pregunto.

Siento que, en este juicio, soy la acusación, y aunque me apetece mucho pasar unas Navidades fuera de lo común, no quiero participar en unas en las que todo se vaya a la mierda. Disfruto del factor sorpresa, me encantan las cosas espontáneas, pero aquí hay demasiado estupor. De hecho, hay demasiadas cosas que escapan a mi control como para que me resulte divertido.

Dios mío, ¿por qué tuve que participar en ese estúpido juego de la radio?

—Llevas un par de días conmigo y eres el espíritu navideño en persona. Por favor, Liviana, sigue siendo la magia de esta casa. Te necesito estos días con mis seres queridos, te necesito en mi vida para tranquilizarlos. Insisto: quédate a celebrar la Navidad con nosotros.

—La magia de la Navidad no es una mentira, Austin. Si están preocupados por ti, por algo será.

—¡No, no es cierto! Por favor… Un techo bajo el que dormir y la Navidad de tus sueños en Nueva York a cambio de esto. Sé mi novia durante las vacaciones.

Lo dice en serio. Muy en serio. *Austin y yo fingiendo ser una pareja, ¿eh?* Holly y Alexis no son tontos, se darán cuenta de que lo que hay entre nosotros no es más que una invención. Seguro que no se habrán creído que dormimos en distintas habitaciones por los ronquidos insoportables del dueño de la casa.

Por otro lado, si la operadora de la radio nunca me devuelve la llamada —y parece que eso es lo que va a pasar— voy a tener que abusar de la hospitalidad de Austin. Esta mansión es todo un

lujo y no se podría pedir un escenario mejor para la Navidad. Mucho mejor que un hotel, un albergue juvenil o un Airbnb. Ahora que la he decorado con esmero, al fin refleja todo lo que me inspira esta época: calor humano, reuniones familiares, alegría… pero también ganas de compartir vivencias.

Quizá sea esa la magia que necesito repartir y experimentar este diciembre: mantener las apariencias con un hombre al que acabo de conocer, aceptar ser su novia falsa durante las fiestas, disfrutar de la nieve que cae sobre la Gran Manzana y contemplar los copos en esta ciudad prodigiosa.

No tengo mucho que perder con todo este asunto. Ser cómplice de una mentira que crea felicidad no es tan malo, ¿verdad? No hay razón para pillarme los dedos… Y así tendré la oportunidad de averiguar más cosas sobre Austin y entender su aura misteriosa.

—Trato hecho. Seré tu chica por Navidad. Pero tenemos que concretar algunos detalles.

—Claro, lo que tú digas.

Sonríe radiante. Estoy segura de que es porque he accedido a su idea descabellada. La verdad que está mucho más guapo cuando sonríe.

No te distraigas…

—Me quedo con mi habitación. No pienso dormir en la misma cama que tú.

—Sí, y es mejor no sacar el tema de los ronquidos… Así todo tendrá más sentido.

—Nada de gestos inapropiados y nada de besos. No soy de las que besa a cualquiera, que conste.

Dejar eso claro me parece lo más importante. No quiero que crea ni por un segundo que he caído por su sonrisa encantadora y por eso he aceptado ser parte de esta absurda patraña. Aunque puede que haya tenido algo que ver, no ha sido lo que inclinó la balanza a su favor y nunca lo será.

—No te preocupes. Abrazos, besitos en la frente, pasarte el brazo por alrededor de la cintura… ¿Te parece? Vamos a necesitar ciertas muestras de afecto si queremos que sea creíble.

No tengo tiempo de sopesar los pros y los contras, así que acepto. Austin insiste en que no tiremos de mentiras a no ser que sea necesario y en que cuando contemos cómo nos conocimos, la historia esté ambientada en el vestíbulo del Matthew’s Hotel. Esa idea me parece muy acertada. Después de todo, las mejores mentiras son verdades a medias.

A cambio, le pido que no trabaje y que se implique en las actividades en familia. Así pasará tiempo con sus seres queridos y disfrutarán juntos. Pero he de admitir, aunque sea egoísta, que también lo hago para no vérmelas a solas con su familia y el panorama en general. Me niego a ser yo la que se lance de cabeza al combate sin aliados ni protección. Sí, voy a participar en la trola, pero con la condición de que esté presente para ayudarme. Además de que me conozco: soy tan torpe que uno de mis errores garrafales podría acabar descubriendo el pastel.

—Gracias.

Austin lo ha dicho tan bajito que casi dudo de si lo he entendido bien. Ahora que lo conozco mejor, no es el hombre más educado que he conocido y la mayoría de las veces su arrogancia ha jugado en su contra, pero esa palabra transmite tal franqueza que me quedo sin habla. Esta vez, no emana de él ni un ápice de jactancia o superioridad, solo sinceridad en todo su esplendor. Está siendo honesto. De hecho, insiste:

—Gracias, Liv, por aceptar el trato y por comprometerte a hacer esto por mí.

—Ambos sacamos tajada de esta situación.

—No suelen hacerme favores, y tampoco es frecuente que yo acepte concederlos, pero

reconozco que esta vez no puedo hacerlo solo.

—No te preocupes, esta chica repele la arrogancia. Ya verás como dentro de poco descubres la modestia —le tomo el pelo con aire juguetón, sorprendida por su actitud.

Dicho esto, salgo pitando, no tanto por vergüenza, sino por cobardía, y me dirijo a mi habitación. Por fin puedo respirar. De repente, esta habitación se ha convertido en mi guarida, una cápsula sellada que me protege momentáneamente de las circunstancias. Me imaginaba que mis Navidades serían alocadas y sorprendentes, pero la realidad ha superado con creces mis expectativas.

Ahora mismo, mi única escapatoria es llamar a Théa. Hemos estado mandándonos mensajes todos los días desde que llegué a Nueva York, pero la verdad es que la diferencia horaria no ayuda en lo que a comunicación se refiere. Hasta ahora solo hemos conseguido llamarnos una vez. La echo de menos, más aún en momentos como este. Un cálculo rápido me permite estimar que en Francia serán ahora casi las once de la noche. Con un poco de suerte, Théa descolgará. Si no lo hace, le dejaré un mensaje y mañana le pediré consejo.

La señal suena una vez, dos veces…

Vamos, contesta, porfa… ¡Necesito hablar contigo, lo necesito!

—¿Hola? —responde una voz somnolienta.

—¿Théa? ¿Te molesto?

—No, me he quedado sopa viendo la tele. ¿Cómo van las cosas por Nueva York?

—Su familia ya está aquí.

—No se te ve muy contenta… ¿Querías tener a tu bomboncito estadounidense para ti sola?

—Ese bomboncito estadounidense, como tú le llamas, se ha convertido en mi novio falso de la noche a la mañana.

—¡¿Qué?! ¡Cuenta, cuenta! ¡Tranquila, ya estoy despierta!

En pocas palabras, le cuento lo sucedido, sin olvidarme de mencionar la patética excusa de que ronca como un gorrinillo. Mi amiga se ríe a carcajadas y me asegura que Holly, la cuñada de Austin, se habrá dado cuenta de que algo no cuadra, y que voy a tener que mejorar mis dotes interpretativas si quiero que el secreto dure.

—Parece el argumento de un telefilme navideño, ¡me encanta! —declara.

—Por extraño que parezca, prefiero verlos antes que ser la protagonista de uno de ellos. Esto es de locos.

—Esto podría ser lo más surrealista que jamás hayas vivido, o quizá el romance que estabas esperando… ¡Y puede que Austin sea el prota de tu historia de amor!

—Pero ¿de qué estás hablando? Que sea guapo no significa que me vaya a enamorar de él…

—¡Ojoo…! ¡Se confirma que es guapo! —exclama con alegría.

¿Ha escuchado algo de lo que acabo de decir? Flipo, ¿por qué está tan sentimental? ¿Serán las hormonas?

Théa es una de esas personas que no pueden vivir sin amor. Es como si, para ella, fuera la meta final. Mi mejor amiga está exageradamente enamorada del romanticismo. No tiene remedio. Es su dosis diaria de oxígeno, sin la que le costaría seguir viviendo. Están las personas que no pueden vivir solas, las que no pueden vivir sin chocolate, y luego estoy yo, que no puedo vivir sin mis chistes dudosos y mis libros. A ver, es que perderse en grandes historias es mucho mejor que enfrentarse a la vida real…

—No he dicho que…

—¡Ya, claro…! ¡Eso es exactamente lo que has dicho!

—¿Por qué insistes en ese «exactamente»?

—Porque así te chincho más. ¡Y tienes que admitir que tienes el caldo de cultivo perfecto para un peliculón! La prota, en un paraíso nevado lejos de casa, conoce a un chico guapo dispuesto a ayudarla…

—Un imbécil arrogante y pretencioso.

—Todos lo son al principio, pero eso es lo que los hace tan encantadores…

Me la imagino encogiéndose de hombros con ese mohín que significa «Vale ya, cabezota, asume la realidad». Y la realidad es que Austin no me gusta. No es mi tipo. Tampoco tiene esa mirada sombría y melancólica que quemaría bragas en un radio de tres kilómetros, ni se parece a esa bomba sexual de Michele Morrone (hasta un punto que da miedo)…

No, para nada me gusta su cuerpo…

—Mierda, joder…

—¿Ya se han conectado tus neuronas?

—Vale, está buenísimo, pero también es un gilipollas. Así que no hay riesgo de que me encapriche de él.

—¿Y me has llamado para validar esa teoría? —se burla.

¡Será zorra mi amiga! ¡Está intentando inculcarme sus ideas!

—Te he llamado para decirte que esta treta de fingir ser novios es absurda.

—Pues yo no creo que lo sea.

—¡Tía, no ayudas!

Théa suelta una carcajada sonora y yo hago lo mismo unos segundos después. Hablamos durante un buen rato de su novio, de su princesita, que poco a poco va creciendo y de los piques en las próximas cenas de Navidad en casa de sus respectivas familias. Me cuenta orgullosa que ya tiene todos los regalos. Siempre se las arregla para hacerlo antes de lo previsto, mientras que yo tardo la vida y media y acabo las compras en el último minuto año tras año. Todos los años celebramos también nuestra propia Navidad. Según ella, mi regalo me estará esperando bajo el árbol hasta que vuelva a casa.

El tiempo pasa y la oigo bostezar un par de veces.

—Anda, te dejo que te reúnas con Morfeo. En Francia es bastante tarde.

—Te echo de menos, Liv.

—Y yo a ti también.

—Y no te olvides de darle una oportunidad.

De repente, llaman a mi puerta. Escucho el consejo de mi amiga a duras penas y cuelgo apresuradamente.

—¡Adelante!

Una cabecita morena asoma por el marco. Unos hermosos ojos verdes y una sonrisa discreta. Es Lia. Austin debe de haber preferido enviarla en vez de venir a enfrentarse a mí, lo cual habría pospuesto un par de minutos nuestra pequeña colaboración.

¡Qué listillo es!

—¿Te molesto?

—En absoluto, Lia.

La adolescente entra en mi habitación como si fuera un lugar sagrado. Me enternece. En cierto modo, me recuerda a mí a su edad. Casi avergonzada de existir, intenta encontrar su lugar en la vida, entre sus iguales, rodeada de adultos. Lia parece tan reservada que apuesto a que mucha gente guapa pasa de largo sin fijarse en ella siquiera.

—El tío Austin me ha pedido que venga a buscarte para el aperitivo.

¡Lo sabía!

—Pues ahora mismo voy. Así brindaremos por vuestra llegada y por las fiestas. ¡Hay que celebrarlo!

Me levanto y ella me interrumpe desde la puerta:

—¿De verdad eres la novia de Austin?

Ya empezamos… ¡No, soy una especie de vagabunda que él decidió acoger desinteresadamente a cambio de compartir mi espíritu navideño y mi supuesta vida sentimental con él!

Tengo ganas de decírselo, pero no voy a hacerlo.

—Eh… sí. Pareces sorprendida de que tenga una relación…

—Quiero mucho al tío Austin, pero antes era diferente.

—¿Antes?

—Antes de Allison.

Lia sabe cómo despertar mi curiosidad, y justo cuando estoy a punto de preguntarle por la famosa Allison y la relación que mantuvo con Austin, una voz potente y distante anuncia que el aperitivo está servido.

Salvada por la campana, como se suele decir…

Acabaré averiguándolo, solo tengo que indagar. El gusanillo de la curiosidad ya me ha picado, y si tengo que fingir ser una novia enamorada, también puedo tirar de la baza de la novia indiscreta y celosa para enterarme del salseo.

Creo que, después de todo, voy a disfrutar con este jueguecito. ¡Pinta muy divertido, lleno de sorpresas!

13

—Tito Austin, ¿por qué no tienes un árbol de Navidad en casa? ¿No quieres que Papá Noel te traiga regalos?

Me aguanto la risa. Yo también soy de las que desarrolla el sarcasmo en Navidad, y más aún ahora que sé que «el tito Austin» se parece un poquito al Grinch. Pero no me está permitido dar rienda suelta al escarnio festivo delante de un niño.

Incómodo, el acusado sale del apuro como un estratega y le explica a su sobrino favorito —el único que tiene, sobra decirlo— que estaba esperándolo para escoger el árbol. ¡Necesitaba el ojo de un experto!

Falso Grinch 1 - Espíritu navideño 0.

Así que aquí estamos, yendo a elegir y comprar el árbol de Navidad con Austin y sus sobrinos. Alexis y Holly me preguntaron amablemente si nos importaría que delegasen en nosotros para darse un paseo y terminar sus compras navideñas. Supongo que cuando eres padre no puedes pasar tanto tiempo a solas con tu pareja como te gustaría. Conforme voy conociendo a Lia y Tom, más cariño les cojo y más me hago a la idea de que tener hijos debe de ser una experiencia maravillosa. Pero cuidar el amor en la pareja es fundamental, sobre todo cuando se tienen dos hijos. Puede que escojamos libremente a la persona con la que ser padres, pero cuando nuestros polluelos decidan emprender el vuelo y formar sus propias familias, tendremos que asegurarnos de que la chispa sigue tan viva como al principio.

Quizá esa sea (en parte) la razón por la que mis padres se han entregado en cuerpo y alma a esta escapada por el Mediterráneo. No es nada contra mí, simplemente querían priorizarse. Disfrutar de su vida de casados sin la carga de los hijos. Ambos jóvenes y enamorados, ¡y con todos esos años a sus espaldas! No les culpo por haber tomado esta decisión: ya han hecho mucho por mí. Además, la Navidad se celebra todos los años, y justamente para mí, esta va a girar en torno al amor, aunque no podría ser más falso.

Por eso, cuando Holly me preguntó si Austin y yo estaríamos dispuestos a encargarnos de los niños, le dije que sí de inmediato. Era el momento perfecto para ocuparnos de nuestra segunda misión: el árbol. Austin dijo que sabía dónde estaban los mejores árboles, así que el pequeño Tom se puso la chaqueta de plumas y los guantes para «darle caña a esa búsqueda» con un gritito alegre.

El trayecto en el Mercedes de Austin fue muy corto (eso sí, me encantaron los asientos calefactados). Aparcó cerca del Matthew's Hotel. *¿Que por qué ahí?* La verdad es que ni idea, aunque recuerdo haber visto a un vendedor de árboles en la acera, no muy lejos del hotel… Por cierto, ¿alguien me puede explicar esa extraña costumbre de vender árboles de Navidad justo al lado de la calzada?

Los estadounidenses son de lo que no hay…

—Aquí, en Nueva York, los árboles de Navidad pueden ser un riesgo de incendio —explica Austin, que debe haber visto la cara de asombro que he puesto al bajar del coche.

—Pero ¿los vendedores tienen derecho a disponerlo todo en cualquier tramo de la acera?

Austin se ríe de mi comentario antes de responderme. Vamos de camino hacia esa especie de vivero provisional. Los niños andan muy por delante de nosotros.

—No, deben contar con el permiso del propietario del edificio frente al que pretenden colocar la tienda efímera.

—O sea, que en este caso sería… ¿El Matthew's Hotel?

—Exactamente.

Su respuesta me pilla por sorpresa. Me cuesta creer que el propietario de un hotel tan lujoso como el Matthew's permita que unos simples vendedores de árboles se instalen en su acera, teniendo en cuenta que obstaculizan el paso de clientes y le quitan prestigio al establecimiento. Imagino que ese hombre estará forrado (y lo digo de forma eufemística), y sin duda, tendrá un ego desmesurado. Mentalidad de tiburón en los negocios asegurada; de lo contrario, no habría llegado tan alto en el sector de los hoteles de lujo.

Su establecimiento es una maravilla, en eso estoy de acuerdo, pero no me imagino a un magnate de los negocios profesando amor navideño y benevolencia hacia los menos afortunados.

¿Acaso no dicen que los ricos son egocéntricos? No es que vaya yo juzgando a los demás, pero no es nada nuevo para la gente de a pie…

—¿De verdad crees que el propietario ha accedido a todo esto?

—Hombre, los vendedores difícilmente estarían aquí de no ser el caso. ¿Por qué lo pones en duda?

—Pues porque el gerente del Matthew's debe ser un hombre con una fortuna… considerable.

Austin se estremece y se tensa de una forma apenas perceptible. Parece estar esperando a que me explique, pero el silencio entre nosotros continúa. El ambiente se vuelve más pesado a pesar del frío invernal.

—¿Tienes algo en contra de los ricos? —me pregunta medio en broma, medio en serio.

—Nada en absoluto… mientras sigan siendo humanos.

—¿Y crees que él no lo será?

—No sé si lo expresaría así. Más bien diría que… un hombre como él vivirá en un mundo de oro y champán, seducirá a niñas más jóvenes que él, hablará de negocios con sus colegas y socios potenciales y actuará de forma egocéntrica la mayor parte del tiempo. No dudo que sea un mastodonte en lo suyo, pero no me lo imagino cediendo parte de su espacio a los vendedores de árboles de Navidad. Esa no es la idea que tengo de él.

—Menos mal que siempre estás a tiempo de cambiar de opinión…

Estoy a punto de replicar cuando un hombre que parece un leñador (con camisa de cuadros y todo) le saluda y le estrecha la mano con educación y respeto. Austin parece ser un cliente habitual y conoce el lugar como la palma de su mano. Da las indicaciones correctas a Lia y Tom para que vayan a buscar la perlita de más de dos metros de altura, el tamaño que se ha votado por unanimidad.

Porque claro, si fuera más pequeño, se consideraría un arbusto…

Tom, más contento que unas pascuas, se pasea por los pasillos ojo avizor hasta que decide que, como es chiquitín, no puede saber si los árboles tienen el tamaño adecuado. Este nene es tan adorable que me derrito con solo verle guiñar el ojo. Austin encuentra rápidamente una solución al problema de su sobrino de seis años. Lo agarra por la cintura y se lo sube a los hombros. Desde allí arriba, Tom no tiene excusa: ya puede buscar el árbol perfecto.

Me acuerdo de la conversación que tuvimos Austin y yo en la cocina sobre el tema de formar una familia. Ante esta estampa, no puedo evitar conmoverme. Parece estar posponiendo la idea

de convertirse algún día en padre, y sin embargo, se implica al máximo con sus sobrinos. Sé que los quiere muchísimo y que desea complacerlos a toda costa. Austin es cariñoso y protector, todo lo que se necesita para ser un buen padre. Ha demostrado su aptitud, y aunque nos pasáramos horas hablando de sus temores, no cambiaría mi opinión acerca de él. Y cuando veo que los tres se acercan a un árbol gigantesco con hermosas agujas verdes, confirmo mi teoría.

—¡Lia lo ha encontrado primero! —anuncia Tom con orgullo.

—Es que tu hermana tiene vista de lince… —comenta Austin.

Lia, que hasta ahora se había mantenido al margen, se sonroja ante las palabras de su tío.

—¿Qué, nos lo llevamos? —me pregunta—. ¿Qué te parece, Liv?

—Una elección magnífica. Me pregunto de qué especie será…

—Es un abeto noble —responde Austin.

—¿Cómo lo sabes?

—No quieras conocer todos mis talentos…

Su sonrisa enigmática y ligeramente socarrona hace que me dé un vuelco el corazón. He de admitir que me asombran sus conocimientos: ¡jamás me habría imaginado que supiera de árboles!

—El tío Austin sabe mucho de abetos. Solía ir a talar uno todos los años con el abu.

Me vuelvo hacia Lia, incrédula. *¿Austin talando un árbol de Navidad? ¿En serio? ¿Alguien tan elegante y refinado como él? ¿Alguien que se queja de que le manchen la gabardina? ¿Que siempre está erguido y tiene el porte imponente de un hombre de mundo?* Estoy impresionada, y se me debe notar en la cara, porque cuando me dispongo a poner a prueba sus conocimientos, Austin ensancha la sonrisa.

—¿Cuál es el árbol que mejor huele?

—La pícea común[1], ¡todo el mundo lo sabe! —exclama riendo.

—Sí, es verdad. Espera, tengo otra: ¿cuál es el más resistente?

—El Nordmann, también conocido como «abeto del Cáucaso», porque procede principalmente de Rusia, Georgia, Armenia y Turquía.

—Parece que sabes mucho del tema…

—Ya que quieres saberlo todo, el que menos me gusta es el abeto llorón, también conocido como *picea inversa*. Parece que está tristón todo el rato y no me parece apropiado para Navidad. Prefiero el abeto noble. ¿Te has fijado en que tiene las agujas verdes, pero son casi azuladas o plateadas en algunas partes?

Al inspeccionar más de cerca el árbol que ha elegido Lia, solo puedo asentir. Austin tiene toda la razón: las agujas de este árbol están repletas de sorpresas en forma de colores. Es fantástico. Inspiro el aroma lentamente y luego exhalo.

—Huele tan bien…

—¡Una sutil mezcla de limón y abeto!

—Sí, justo. Parece que, después de todo, el espíritu navideño no estaba tan lejos del señor Scrooge…

Mi pullita da en el blanco. Austin sonríe y me deja ver un hoyuelo en su mejilla derecha.

Ese hoyuelo, joder…

He ahí el rasgo más sexi en la cara de un hombre. Joder, entre la forma en que trata a sus sobrinos, su conocimiento de los abetos y ese hoyuelo, me estoy poniendo nerviosita. *¿Por qué? Pues no sabría deciros, ¡pero qué más pruebas queréis!* Estoy presenciando el culmen de la

monería. Todo esto me resulta confuso, pero me encanta. Me siento como un niño frente a un gatito bebiendo agua, que además, le pide alguna que otra caricia. *Y acariciar a un gatito así me resulta tan excitante.*… En fin, ya estoy yéndome por las ramas.

Contrólate, Liv.

Sonrío. Los niños se acercan al vendedor y señalan el árbol.

—¿Nos ocupamos del embalaje y programamos la entrega, señor Austin?

—No te molestes: lo fijaremos a la baca del coche.

—¿En serio? O sea, ¿va a complicarse la vida y a llenarse el coche de agujas cuando…?

—Marc, tranquilo, podemos hacerlo.

—Vale, como quiera…

¿Soy yo o esta conversación es un tanto extraña?

Demasiada cortesía en tan poca frase para que ese vendedor solo sienta cierta simpatía por Austin. Un poco más y pensaría que es su empleado…

¡Tonterías!

En cuanto consiguen embalarlo, Marc y Austin llevan el árbol —¡o más bien la bestia dos metros y medio!— al Mercedes. Allí, los dos lo aseguran a la baca con cuerdas de escalada. El puntito surrealista de toda esta situación me hace reír a carcajadas.

—Es raro ver el coche del tío Austin así…

—Es que ahora tu tío se cree leñador… —respondo mientras le guiño el ojo, lo que la hace reír al instante.

Lia me confirma que no es habitual en él, pero eso es bueno. Está haciendo todo lo posible por complacerlos, por hacer que estas Navidades sean mágicas. Esa fachada de tipo duro y arrogante se va resquebrajando poco a poco en mi presencia. Austin ha resultado ser mucho más amable de lo que aparenta y eso me gusta. Es agradable ver esta nueva faceta suya. Me reconforta saber que no es solo el engreído que una se encuentra por la calle en la esquina de un café, y más teniendo en cuenta que hemos estado viviendo juntos y que estamos compinchados en esta mentira. Hay un corazón bajo esa gabardina abrigada y elegante; un corazón que parece entrar en calor poco a poco.

***

—Liiiiv, ¿dónde están los trocitos de hilo…? —pregunta Tom.

—¡Anda, toma, terremoto!

Tom, Lia y yo llevamos una buena hora decorando el árbol. Austin nos dejó hace rato porque tenía que atender unas llamadas urgentes del trabajo. No ha vuelto desde entonces. Al ver que su tío se encerraba en su despacho, en las caritas de los niños se dibujó claramente la decepción. Poco dispuesta a que decayeran los ánimos, me ofrecí rápidamente a decorar el árbol y a enseñarles las bonitas guirnaldas y adornos que su tío había encontrado. Hay que saber cuándo conceder cierto mérito a los demás.

El primer paso, que consistía en decorar el árbol con las luces, resultó ser un verdadero quebradero de cabeza. De hecho, ¡me he quedado corta!

Me sentí como un niño daltónico obsesionado con el cubo de Rubik… ¡Es evidente que hay montañas que no se pueden escalar!

En primer lugar, tuvimos que deshacer los nudos, porque sí, dejar que los niños saquen guirnaldas cuidadosamente enrolladas y guardadas en una caja es una buena idea si quieres

acabar como un pescador deshaciendo nudos de red. Sin embargo, Lia fue de gran ayuda y enseguida conseguimos desenmarañarlo todo. Entonces me acordé de que mi madre solía pasar un tiempo desmesurado cada año desmontando las guirnaldas, armando el espumillón desde cero, comprobando el resultado y sustituyendo las bombillas si era necesario antes de buscar los adornos finales para sus guirnaldas *vintage*. Aún la veo refunfuñando y diciéndome por enésima vez que jamás acabará la faena si sigo jugando por ahí.

En fin, de mi recuerdo surgió todo un debate: ¿a favor o en contra del espumillón?

Cuando era niña, mi árbol de Navidad tenía en diferentes colores, entre ellos rojo, dorado y verde. Yo creo que le daban un toque especial y lo hacían brillar. No obstante, esta vez Pinterest ganó claramente la batalla, ya que Lia sugirió que buscásemos inspiración allí para ayudarnos a decidir. Al ver a los niños tan entusiasmados, dejé mis recuerdos a un lado y decidimos buscar otro lugar para las guirnaldas que habíamos comprado.

Y aquí seguimos, colgando las bolas y adornos entre los tres mientras Holly y Alexis preparan la merienda en la cocina. Por el olor, diría que están haciendo un *brownie*… Tom elige una rama preciosa y cuelga un bonito Papá Noel cubierto de purpurina tras dejar que me ocupe del nudo.

—Si pongo aquí la bola *vintage* no desentona mucho, ¿verdad?

—Claro que no, Lia.

—¡Me cae bien Liv! Es muy díver poner el árbol con ella… —dice Tom a su hermana en voz baja mientras me mira con una sonrisa en la cara.

Parece que, después de todo, he encontrado a mi principito de Navidad…

Este niño es adorable. Le alboroto el pelo para devolverle el cumplido. El día ha sido perfecto: pasar tiempo con ellos me recuerda lo mucho que me gustan los niños. Me encanta tenerlos cerquita y hablar con ellos. Tom es tan espontáneo, tan ajeno a la hipocresía de los adultos… Es un soplo de aire fresco. En cuanto a Lia, siento que está dispuesta a hablar y a confiar en mí, pero que necesita un poco más de tiempo. Estaré encantada de dárselo.

Nos alejamos un par de pasos para admirar nuestro trabajo.

—¡Haaaalaa…!

—¡Es precioso!

—Lo hemos conseguido, ¡es una maravilla! ¡Bien hecho, pequeños mosqueteros! —los felicito—. Tom, ve a buscar a tu tío: aún queda la estrella por colgar y seguro que le encantará ayudarte a ponerla en lo alto del árbol.

Tom se dirige enseguida al despacho.

—El tito Austin trabaja un montón…

Estas palabras suenan como un reproche en boca de Lia, y aunque no confío del todo en lo que voy a decir (porque ella conoce a su tío mejor que yo), intento que relativice las cosas.

—Tu tío es muy ambicioso y lucha por conseguir lo que quiere en la vida, para luego consentiros… —me atrevo a añadir.

—¿Entonces no te importa? ¿De verdad prefieres que trabaje a que pase tiempo contigo? Eres su novia, ¿no?

¡Mayday, mayday! ¡Esta situación me fuerza a andar con pies de plomo! Repito: ando con pies de plomo…

—Cada uno sabe dónde están sus prioridades, y el trabajo, cuando eres adulto, es una de ellas. Eso no significa que Austin no disfrute de mi compañía o de la tuya.

—Pues no pareces muy enamorada…

Corrijo: ¡estoy al borde del desfiladero! ¡Voy a dejarme caer de lo lindo, en plan bola de nieve!

Joder, algo me dice que esta vez no me voy a librar tan fácilmente. Lia no es una niña tonta y siento que me sonrojo bajo el peso de la mentira de Austin. He aceptado interpretar este papel, pero si las cosas se complican tanto desde el primer día, ni de coña llegaremos a Navidad…

—¿Me comentan que me necesitáis para el clímax del espectáculo?

Austin aparece de repente con su sonrisa seductora. Viste un jersey negro de cachemira con cuello de pico que se le ciñe al torso a la perfección. *Su pecho sí que tiene que ser perfecto.*… Da un paso hacia delante con Tom sobre los hombros, y me tiende una mano de la que no puedo apartar los ojos. Una mano poderosa y dulce a la vez; no me cabe duda. De hecho, no me importaría comprobarlo yo misma…

Ya sabéis, dejar que me la pose en la nuca, que baje desde mi hombro hasta mi mano y me acaricie otras zonas que aún no ha descubierto.…

—¿Liviana?

Pestañeo rápido. Austin ha dicho algo, pero como estaba absorta en mis pensamientos, me lo he perdido.

—¿Perdón?

—La estrella, por favor.

Balbuceo algunas palabras incoherentes y le paso la estrella dorada y luminosa para que la coloque en lo alto del abeto noble. Al fin está perfecto. Tom aplaude encantado por lo que hemos conseguido. Austin, Holly y Alexis, que se han unido a nosotros, nos felicitan por lo bonito que ha quedado. Me limito a sonreír hasta que mis ojos se encuentran con los de Austin. No consigo apartar la mirada de él.

Algo se cuece en esta casa. Algo que no quiero asumir ni admitir ante nadie. Me atrae físicamente y, con este desbarajuste hormonal, aún no he conseguido aclararme… A través de sus pupilas, me parece distinguir un sentimiento recíproco, un fulgor de deseo emitiendo destellos.

Suele decirse que los polos opuestos se atraen, ¿no?

---

[1] *N. de la T.* También llamada «pícea de Noruega» o «falso abeto», es una conífera de hoja perenne de color verde oscuro.

14

Jingle bells, jingle bells,
Jingle all the way.
Oh, what fun it is to ride
In a one-horse open sleigh!
Jingle bells, jingle bells,
Jingle all the way.
Oh, what fun it is to ride
In a one-horse open sleigh!

La música a estas horas de la mañana… Normalmente me encanta, me da una energía de mil demonios, y con esto me refiero a motivación para un mes, pero esta mañana, me siento como si estuviera en el mismísimo infierno.

¿De quién ha sido la idea de poner la música tan alta en el apartamento? Vivo sola para evitar este tipo de molestias…

El volumen sube y mi mente, aún nublada por la somnolencia, se enfurece al compás.

¿Qué leches están haciendo los vecinos?

Me doy la vuelta en esta cama enorme y levanto la cabeza de la almohada. Veo que los rayos del sol han iluminado la habitación mientras mis ojos seguían cerrados. Abro un ojo del todo con cierta dificultad. Me pesan los párpados. Se me pegan las pestañas y hago un esfuerzo sobrehumano para espabilarme del todo.

¡Un momento, pero si no estoy en casa!

Ahora caigo: lo de estar en mi pisito ha sido solo un sueño. Mis neuronas vuelven a funcionar y tomo consciencia de la situación. Estoy en Nueva York de vacaciones, en casa Austin, fingiendo ser su novia delante de su familia. Y no, ¡no es un sueño!

Qué divertido todo, ¿verdad?

Retiro el edredón y me entra un escalofrío. Con los ojos apenas abiertos, me dirijo al baño para despertarme de una forma ligeramente más dulce y un poco más caliente: con una buena ducha.

Abro la puerta de un empujón.

La hostia, ¡qué calor!

Es lo único que se me pasa por la cabeza antes de chocarme con algo duro, firme y húmedo, pero extrañamente abultado. Decido abrir bien los ojos y descubro, atónita, un cuerpo totalmente desnudo. Y masculino. Lo que yo había identificado como abultado no era otra cosa que un par de nalgas, ¡y *mamma mia*, qué nalgas! Bronceadas, redondeadas y firmes. Suficiente para que me entren ganas de morderlas.

Digamos las cosas como son; hombre ya.

Austin gira la cabeza y se da cuenta de que soy yo. En vez de avergonzarse, saca su sonrisa de canallita y, mientras coge la toalla blanca de un mueble y se la ata alrededor de las caderas, se

vuelve hacia mí. Las últimas gotas de agua de la ducha resbalan por su torso, serpenteando entre sus musculosos pectorales hasta el nacimiento del vello bajo la toalla.

¿Cuán mal está sentir el impulso repentino de perseguir esas gotas con la lengua?

—¿Tienes alguna postura favorita?

—Eh… ¿Perdona? —respondo, sin ocultar en absoluto mi confusión y sonrojándome aún más.

¿A qué se refiere? ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—Para recorrerme con la mirada, digo.

Vale, Liv. Adiós a la discreción.…

Intento sobreponerme a la situación, pero es en vano. *Qué penica doy.…* En mi defensa, me acabo de despertar: mi cerebro aún no está preparado para las contestaciones ocurrentes y las pullitas con maldad.

—No te estoy recorriendo con la mirada.

Tremenda mierda de contestación. Ya lo sé, ya.

—¿Ah, no?

—Te estoy evaluando.

—Espero que me pongas buena nota entonces…

Dios… ¿Cómo consigue hacerme arder de esta forma?

Me escruta con los ojos. Casi puedo sentir su mirada dejando huella sobre mi piel. Esa sonrisilla con hoyuelo se dibuja de nuevo en sus labios y me deja sin aliento.

¡Quería despertarme con cierto calorcito, pero la cosa se ha vuelto abrasadora! ¡Peor que la chimenea de un volcán!

Sus pupilas se dilatan y veo una llama en ellas mientras observa mis pechos, libres bajo una fina camiseta negra de tirantes. Las vistas hacen que se estremezca. Sin embargo, la parte inferior de mi cuerpo no queda al descubierto porque llevo un pantalón de pijama de tartán.

—No podría decir lo mismo de ti… —añade para chincharme.

¡Cabrón!

Pero cuando veo mi reflejo en el espejo sobre el lavabo doble, entiendo por qué lo dice. Parece que llevo un nido de pájaros en la cabeza, probablemente de cigüeña. Nada que ver con una hermosa melena desenredada y suave tras un sueño reparador. En el pómulo derecho tengo una ligera mancha de rímel, un resto que debe haberse corrido durante la noche. Además, tengo los ojos hinchados y una marca de la almohada en la mejilla izquierda.

¡La más sexi de todas, di que sí!

No se me ocurre una frase borde con la que responderle, así que me limito a rechistar. Ha ganado este asalto.

—Bueno, parece que no eres una chica madrugadora. Es una pena, porque hay tantas cosas interesantes que se pueden hacer por la mañana…

Austin me aprisiona con sus pupilas; no puedo escapar de él. Sus ojos se aferran a los míos, a mi alma, y puede que también a mis bragas. Este tío está tan bueno que me resulta insoportable.

—Es solo esta mañana…

Mi anfitrión avanza lentamente, como un depredador acechando a su presa. Se acerca a mí despacio y el aroma almizclado de su gel de ducha me embriaga. Me estremezco. Austin arrima la cabeza a mi oreja y me susurra con su voz grave y socarrona:

—Yo me daba otra ducha, la verdad. Sería ideal para ponerme en forma esta mañana, pero llegaríamos tarde al desayuno con la familia…

Cierro los ojos. En el baño se respira tensión sexual.

¡Joder, macho! Pero ¿en qué momento se ha puesto tan intensita la cosa entre nosotros?

Si me lo pidiera, me arrancaría el pijama.

Vamos, Liv, no me jodas. Contrólate. Hace siglos que no te acuestas con un tío, así que es una reacción normal y totalmente comprensible al ver a un maromo tan sexi. Son las hormonas, nada más. Todo fenómeno tiene una explicación científica, ni más ni menos. No te engañes: este hombre en particular no está generando algo inusual en ti.

Doy un paso atrás, murmuro un «Lo siento, llamaré a la puerta a partir de ahora» y salgo corriendo hacia mi habitación para alejarme de esta incitación por parte de Austin a un buen polvo mañanero.

Eso sí, ¿quién me protegerá de mis propios pensamientos?

***

Más tarde, ese mismo día, mientras Alexis y Holly están comprando para las comidas familiares y demás actividades navideñas, Austin está en su despacho y yo estoy en la cocina preparándome un té verde con frutos rojos. He puesto mi lista de reproducción navideña en el portátil mientras hago mis cosas. Los niños deben de estar en su habitación y no dejo de pensar en una actividad con la que juntarlos a todos.

—Hola.

Levanto la vista y veo a Lia entrando en la cocina y acercándose a mí. A diferencia de cuando llegó, he notado que cada vez pasa más tiempo conmigo y que estamos desarrollando una afinidad especial que la ayuda a abrirse poco a poco. Ha estado hablándome de su instituto y de sus aficiones. Me he enterado de que juega al baloncesto y de que está apuntada a un grupo de escritura porque le apasionan los libros, ¡otra cosa que tenemos en común! Cuanto más tiempo pasa, más me interesa conocerla. En muchos aspectos, me recuerda a mí cuando tenía su edad.

De hecho, es una suerte que se haya venido a la cocina, porque yo también necesito alguien en quien confiar, una presencia tranquilizadora que me aconseje en ciertos aspectos.

—¿Quieres un té?

—Sí, porfa. Gracias.

—¿Tu tío sigue encerrado?

—*Sip.*

—Esa oficina suya es peor que un grupo terrorista, te lo juro… —refunfuño mientras le sirvo el té en una taza y se lo paso.

—Gracias. No quería que viniéramos, ¿verdad?

Lia me pilla desprevenida. En realidad, no sé lo que piensa Austin al respecto, más que nada porque no hemos hablado de ello. No soy más que una tapadera y, por eso mismo, me encuentro en estas situaciones de mierda.

Para intentar tranquilizarla y, sobre todo, no herir sus sentimientos, me atrevo a decir:

—Sabes, Austin está muy ocupado, pero hace todo lo posible por librarse de todo ese curro cuanto antes… Por eso trabaja tanto.

—¿De verdad? —pregunta ella, con los ojos brillantes de esperanza.

—Pues claro, cielo. Estoy segura de que pronto dejará de trabajar y se concentrará en todos nosotros.

Liv, ¿qué coño haces? Venga, convéncela, así además de ser una horrible mentirosa,

también serás cruel…

Lia me dirige una sonrisa tan deslumbrante que al final no me culpo por haberle mentido.

—¿Alguna habéis escrito una carta a Papá Noel? Tu hermano y tú, aunque sea principalmente por él… —Sonrío con complicidad.

—No, la verdad es que no.

—Pues esa va a ser nuestra actividad de hoy. He comprado un buzón rojo decorativo y vamos a ponerlo en el salón, junto a la chimenea. Iré a buscar a tu tío y escribiremos las cartas juntos. Tú te encargas de recoger lo esencial: el catálogo de juguetes, material para escribir, adornos para las cartas y a tu hermano, claro…

—¡Vale!

Nos separamos y me dirijo al despacho. Al acercarme, oigo a Austin, que parece estar en medio de una conversación telefónica. Su voz es cortante y fría y todo apunta a que está discutiendo con alguien.

—Te dije que te olvidaras de mí. ¡Deja de llamarme, no estoy para cuando te dé la gana!

Con la oreja en la puerta, hago todo lo posible por satisfacer mi curiosidad, pero este suspira hondo y cuelga. *Yo que quería información… ¡He llegado un pelín tarde!* De repente, la puerta se abre y me quedo paralizada ante la oscura mirada de Austin. En ese preciso instante, desprende una fuerza y una autoridad sin mesura. Su ira le rodea y siento que está especialmente tenso.

—Liviana…

Su tono es seco y contundente, como si yo fuera la fuente de su ira.

¿Buscáis problemas?[1] *Pues escuchad nuestro lema: el señor gilipichis ha vuelto…*

Me reiría por mi referencia a Pokémon, pero la actitud de Austin echa por tierra cualquier intento de mofa.

—¿Podemos hablar un segundo? —le pregunto.

Respira hondo, como si intentara calmarse, pero no estoy segura de que haya servido de algo…

—¿Qué pasa?

—Lo que pasa es que estás tan ausente que tu sobrina cree que los evitas y que no querías verlos. ¿Por eso te encierras en tu estudio durante horas y horas? Lia está convencida de que no quieres pasar tiempo con ellos…

Primero, frunce el ceño. Casi me espero que me prenda fuego por haber expresado mi preocupación de una forma tan directa. Sin embargo, pronto se acaricia la barbita de un par de días antes de añadir:

—No hay razón para que piense eso…

—¿Ah, no? ¿Acaso le has dado motivos para pensar lo contrario?

—¿No podrías meterte en tus asuntos en vez de juzgar y criticar a diestro y siniestro?

Su tono desdeñoso me enfurece aún más.

—Quizá deberías haberlo pensado antes de decir abiertamente que soy tu novia, ¿no? Imbécil…

Había venido aquí en son de paz, con la idea de ayudarle a mejorar la relación con sus sobrinos, pero aquí me veis, tan cabreada como él.

¡Flipo, de verdad!

En un último arrebato de buena voluntad, pongo la voz más dulce de la que soy capaz, sin

dejar ver lo que pienso, para decirle:

—Vamos a escribir las cartas a Papá Noel. A Lia y Tom les gustaría hacerlo contigo. ¿Tienes tiempo para ellos?

—Por supuesto.

Asiento con la cabeza y me alejo de él en dirección al salón. Austin me llama con una simple palabra, un diminutivo. *Liv.* Tres letras que, en sus labios, suenan dulces y sensuales, pero también como un anzuelo del que debería desconfiar.

Le miro de frente.

—¿Qué le has dicho? —añade.

—Le he dicho que la razón por la que trabajas tanto es para no tener que hacerlo después, para poder estar libre y pasar tiempo con ellos. También le he dicho que pronto te librarías del curro.

—¿Y sobre lo de que no quería que vinieran…? —me pregunta, incómodo.

No consigo ver si Lia tenía razón o si simplemente quiere ser precavido. En cualquier caso, la invitación de Austin no me parece del todo sincera. Una parte de mí quiere tranquilizarle, pero otra quiere pegarle una patada donde más le duele para que se dé cuenta de lo afortunado que es por tener una familia tan cercana, con tanto amor que ofrecer y que solo espera un poco de implicación por su parte a cambio. Sobre todo los niños.

—Le he dicho que eran imaginaciones suyas. Ahora te toca demostrarle que se equivoca y que no eres ese capullo arrogante al que solo le importa el trabajo, capaz de olvidarse de su familia y sus seres queridos.

Una sonrisa tensa aparece en sus labios y, satisfecha, vuelvo a bajar al salón a buscar a los niños. Austin va justo detrás. Esta batalla no está ganada del todo. Conseguir que entienda que su familia le necesita, que necesita a su yo de antes, no será fácil, pero me ha pedido que esté allí para contagiar el espíritu navideño, y eso es lo que voy a hacer.

Después de todo, ¿qué mejor manera de hacerlo que organizar actividades en familia?

---

[1] *N. de la T.* Primera frase del cántico del Team Rocket, de Pokémon.

15

Sentados alrededor de la mesa con las rodillas flexionadas, cada uno decora el papel en que escribiremos las cartas: purpurina, dibujos, pegatinas navideñas y copos de nieve. Austin ha recortado cuidadosamente los juguetes que Tom le ha señalado en el catálogo para que luego el peque pueda pegarlos él mismo en su carta.

Ahora pasamos a la parte difícil: escribirla.

—Liiiiv, ¿qué le vas a pedir a Papá Noel? Toma mi catálogo… ¡Te lo dejo!

Sonrío ante tanta amabilidad. Austin me mira con interés. Está justo detrás de Tom, asegurándose de que no lo llena todo de pegamento, y sostiene un bolígrafo en la mano. Está dispuesto a escribir su propia carta para participar en la actividad. Me observa con curiosidad. En sus ojos, ya no queda ni un atisbo de ira.

—Tengo algunas ideas de lo que me gustaría encontrar bajo el árbol, sí —respondo al pequeñín.

—Pero ¿crees que te has portado lo suficientemente bien este año? —pregunta Austin, con una mirada mucho más seductora de repente.

—Yo diría que he sido más traviesa que mala…

No sé de dónde sale este comentario tan calentito. Ni siquiera lo he pensado. Mi insinuación, en todo caso, no parece pasar desapercibida. Al menos, no para el otro adulto de la estancia. Las pupilas de Austin parecen comerse el color del resto de sus ojos y pronto dibuja una sonrisa rapaz en los labios. Sus ojos se centran en los míos. A Lia, por su parte, le cuesta contener la risa.

¿Quién coño utiliza la palabra «traviesa» de adulta? A menos que tengas menos de dieciocho años, claro… No sé ni dónde meterme. Y esa miradita que me dirige… ¿Qué? Joder, ¿será posible tener tanto calor? ¡Si solo vamos a escribirle la carta a Papá Noel!

Tom le dice algo a Austin. Sin embargo, nuestras miradas vagan por los labios del otro durante unos segundos antes de despegarse por completo.

—Tío, ¿hay un máximo de deseos por carta? —pregunta su sobrina.

—Para nada, Lia, podéis pedir tantas cosas como queráis. La Navidad es para soñar —responde Austin.

Me sorprende que Lia tenga tantas ganas de escribir esta carta. Como adolescente, lo normal sería que dejarse de creer en Papá Noel, pero entiendo que no diga nada para no chafar a su hermanito. La magia de la Navidad todavía ocupa un lugar en su corazón.

—¿Estás de acuerdo, Liv?

—Por supuesto, cielo —Me dirijo a Lia—. Austin tiene razón: en Navidad puedes pedir lo que se te ocurra. ¡A veces pasan cosas sorprendentes!

—Tito, ¿me haces un choco calieeeeente…? ¡Porfi! —pregunta Tom.

Austin se levanta para consentir a su sobrino, con lo que nos quedamos los tres solos. Lia, contenta al escuchar la melodía de *White Christmas*, sube el volumen a la música antes de volver a sentarse a la mesa. Su bolígrafo acaricia el papel con pasión. Está poniendo el alma en ello. Su hermanito balbucea en voz baja.

¿Y yo qué pido este año?

Pensándolo bien, esta aventura es el deseo navideño más increíble que podría haber pedido. Aun así, escribo:

Querido Papá Noel:

Este año me vas a regalar una Navidad muy distinta, atípica e inusual. Este año, las fiestas van a ser una locura. Gracias por darme la oportunidad de celebrar la Navidad en Nueva York y, contra todo pronóstico, por permitir que conozca a Austin, aunque sea insoportable, y a su pequeña familia, que es adorable.

Bueno, este año me gustaría que me trajeras un par de cositas. Al fin y al cabo, no pido mucho y soy bastante maja. ¡Qué te voy a decir que no sepas ya!

Este año me gustaría encontrar el amor. El amor verdadero. Un amor único, que me lleve por el camino de la pasión y la senda de la complicidad. Reconozcámoslo: tu amiguito Cupido, hasta ahora, ¡no ha hecho una mierda! Aunque mi ex y yo tuvimos nuestros momentos, nuestra relación no era nada comparable con ese amor a primera vista que se ve en las pelis que tanto me gustan. ¡Y no será porque no lo he deseado en más de una ocasión…!

Necesito el amor de un hombre que siempre esté a mi lado: un pilar, una roca, alguien que me quiera tal y como soy, que se enamore tanto de mis defectos como de mis virtudes, aunque le saquen de quicio. Necesito descubrir y compartir mi vida con alguien que lo ponga todo patas arriba y me complete, alguien que me quiera y me conmueva, que sepa prender el fuego en mis venas y despertar la dulzura de mi corazón. En fin, sin gastármelas de poeta, ya te habrás dado cuenta de que mi primer deseo es encontrar el amor.

Pues bien, como te puedes imaginar, tengo planes de contingencia por si mi primer deseo resulta inalcanzable:

Para empezar, acepto un reloj bonito. Me he enamorado de la correa efecto piel de serpiente y la esfera efecto mármol blanco de Cluse. Son tan elegantes… ¡Y además me ayudarían a ser puntual! Bueno, en realidad, habría más motivos para serlo si tuviera trabajo. De hecho, ya que estamos, si tienes en tu saco un trabajito para mí, también lo acepto, que conste. Preferiblemente, algo no muy manual, porque seamos realistas, no sé ni cambiar una bombilla. Es mejor no aspirar a lo imposible…

Y hablando de deseos más factibles… He visto un conjunto muy sexi de Aubade. Aún no tengo novio, pero es a tope de sensual y, si consiguieras concederme el primer deseo, ¡estaría bien tener lencería a mano! En fin, detalles: el conjunto de suje corbeille[1] *y el tanga de la gama* Aubade à L'amour *es una pasada. Para ser sexi, hay que creérselo, ¿no? ¡Pregúntale a la Mamá Noel! Seguro que me da la razón. Además, fijo que a ti también te gusta la lencería buena…*

Bueno, si Aubade es demasiado atrevido para tu gusto, también puedes tirar del bolso Alma de Louis Vuitton. Es el bolso de mis sueños desde que tenía diecisiete años. Llevo media vida babeando por él, así que sería un regalo muy, muy, pero que muy (y aún me quedo corta) guay. En caso de que no te alcance el presupuesto (lo entiendo, soy adulta), también acepto bolsos similares. Vi uno precioso en Nat and Nine, por si acaso.

Estar en Nueva York es, sin duda, un sueño y me encantaría inmortalizarlo con un par de fotos. Me gustaría hacer copias tamaño póster y colgarlas en mi pisito, así que si tienes en tu agenda el contacto de algún fotógrafo profesional, me encantaría ser su ayudante. Al fin y al cabo, aún me queda un tiempecito por aquí, así que es perfectamente factible.

Y en fin, ya sé que prometí que calmaría mis hormonas, pero en mi defensa diré que desde esta mañana están como locas gracias a mi novio falso, al que he pillado desnudo después de la ducha. Ya sé qué vas a decir: «¡Bueno, no iba a salir en traje de esquí…!». La cosa es que ha despertado, o más bien ha sacado mi apetito sexual del letargo, ¡y vaya si me apetece! Así que, si por lo que sea no me encuentras un chico (y teniendo en cuenta esta carta, lo entenderé, tranqui), estaría genial un bono para un salón de masajes. Así podría relajarme y refrenar mi libido. Esto es bastante importante, por si me encuentro a Austin semidesnudo un par de veces más… Está bastante bueno, pero no hace falta que se lo digas: ya es bastante arrogante e idiota. En el peor de los casos, tráeme un juguete sexual. Me las apañaré con eso.

Y hablando de Austin, mi último deseo de Navidad no es para mí, es para él. Me gustaría que sintiera el espíritu navideño, que se llenara de la magia de compartir y convivir. Que se dé cuenta de que su familia le quiere y le echa de menos. Es hora de que Austin sea consciente de la suerte que tiene de que su familia esté tan unida. No sé a qué viene lo de aislarse, pero necesita salir de su burbuja y volver a conectar con sus seres queridos. Eso es lo que esperan Lia y Tom: pasar tiempo con su tío y volver a esa cercanía de la que antes disfrutaban.

Holly me dejó caer que era un hombre herido por las vicisitudes de la vida y por la pérdida de seres queridos. Lo entiendo, (y estoy segura de que tú también), pero no puede olvidarse de los presentes por añorar a los ausentes, ¿verdad?

Pues nada, he aquí mi último deseo: rocía a Austin con un poco de tu magia navideña para que pueda volver a conectar con el amor, aquello que sus seres queridos sienten por él y que le hará seguir adelante sin aislarse del resto del mundo.

Ya casi hemos llegado al final de esta carta. Ya sabes: obviamente acuérdate de Austin, pero también de mí, que no es por nada, pero para eso la he escrito. Pero antes… ¿Necesitas un resumen rápido? Un chavalín, un reloj, algo de lencería sexi, un bolso, inmortalizar Nueva York en la nieve con mis propias manos o un bono para un masaje o un juguete sexual: elige. Ah, y no llames a mi banco. ¡De todos modos, te dirán que me urge…!

Con todo esto, prometo también dejarte un plato de galletas y un vaso de leche para esa noche en la que vienes a malcriarnos. ¡La comida es esencial, que lo sé yo!

Dale recuerdos a Mamá Noel. Me da que la sociedad la ha dejado demasiado de lado, cuando todo el mundo sabe que detrás de cada gran hombre hay una gran mujer. ¡A ti también se te aplica el cuento, granujilla!

Sí, lo sé: prometo ser buena (o intentarlo) y compartir la magia navideña que embriaga mi corazón.

Mil besitos,

Liv

Orgullosa de haber terminado mi carta, doblo los folios en tres y los meto en un sobre en el que escribo la famosa dirección del Polo Norte. Luego levanto la vista y pillo a Austin observándome pensativo, con el bolígrafo apoyado en la comisura de los labios. Está sentado en el suelo, como nosotros, con una rodilla flexionada hacia atrás y la otra en vertical, y posa el brazo izquierdo justo encima. En esa postura, con el torso moldeado por su jersey azul, luciendo las piernas en esos vaqueros y descalzo, me parece guapísimo. Deslumbrante. Las llamas de la chimenea brillan en sus ojos y, de repente, me debilito ante su carisma natural. Austin es el tipo de hombre que sale en las pelis, el que interpreta el papel de CEO de una gran empresa, uno atractivo e inaccesible. Sin embargo, aquí está, a menos de un metro de mí. Podría estirar el

brazo y tocarlo.

—¿Has terminado la carta? —me pregunta y yo asiento con la cabeza—. ¿Qué puede haber pedido nuestra querida franchute?

—Solo Papá Noel lo sabrá.

—Dínoslo, porfiii… —añade Tom.

—No he pedido nada interesante, tan solo un bolso y un reloj de pulsera.

—¡Pues yo he pedido muchos juguetes!

La respuesta de Tom es bien recibida. Todos nos reímos. Justo entonces, los papás entran en casa con los brazos cargaditos. Su hijo se apresura a echarles una mano y nos deja con Lia, que está terminando su carta.

—Y tú, Lia, ¿qué has pedido este año? —pregunta su tío con interés.

—Unos auriculares Bluetooth, unas zapatillas de deporte, una colonia y algo de bisutería.

—¡Qué chulo!

—Aunque yo ya pedí mi deseo de Navidad y se ha hecho realidad…

—¿Ah, sí? —pregunta intrigado.

—Pedí que te enamoraras, tío…

Toma silencio…

Aunque el deseo de Navidad de Lia me parece conmovedor y sé que lo ha pedido con toda sinceridad, me siento incomodísima. La pobre creerá que se ha cumplido su deseo, pero no soy más que una mentirosa. Sé que Austin pretende no hacerles daño con esta treta, pero como se enteren, les romperá el corazón.

Me muerdo la mejilla por dentro, esperando a que el crack diga algo.

—Y se ha hecho realidad, ¡has conocido a Liv! —añade Lia.

—Es verdad… —dice mientras se acerca a mí y me posa el brazo sobre los hombros.

Me pongo tensa, pero finjo que no ha pasado nada.

—Por cierto, no nos habéis contado cómo os conocisteis…

Alexis se ha unido a nosotros, pero ni siquiera lo había oído. Se acomoda en el sofá y llama a Holly. Austin se estremece a mi vera.

¡Pues nada, he aquí el gran momento! ¡Lúcete con tus patrañas, Austin!

Llegados a este punto, se me está acabando el valor y prefiero mirar a mi alrededor antes que a mis «cuñados».

—Pues… estaba bajando de un taxi y Liv iba mirando las musarañas en vez de al frente. Aquel día nevaba y se había quedado ensimismada con los copos… hasta que se tropezó conmigo. Yo tenía un capuchino en la mano y ella me lo derramó sobre la gabardina.

—¿Y después? —pregunta Holly, muy atenta a nuestra historia.

—¡Y después le dije que era un imbécil! —exclamo, bromeando para aligerar el ambiente, ya que parece que soy la única que lo encuentra sofocante.

La pareja suelta una risita y Alexis no puede evitar burlarse de su hermano pequeño. Austin replica y luego me abraza con más fuerza. Holly nos dirige esa mirada tierna que se suele reservar a las parejas a punto de casarse, los bebés que balbucean o los gatitos monos.

Y yo no parezco precisamente un lindo gatito…

—No hay una manera perfecta de encontrar el amor. ¡A veces todo se reduce a un incidente con café de por medio! —añade Holly con una sonrisa.

—¡O con insultos! —dice Alexis, divertido.

—Fue más bien una cuestión de afinidad… —dice Austin.

¡Pero no añadas más mierda, tío! Si casi somos como Tom y Jerry…

—Pero entonces, ¿desde cuándo os conocéis? Porque vais a pasar las vacaciones juntos, ¡eso no es moco de pavo!

Dios, ¿Holly es Hércules Poirot[2] *o qué? ¡Esta Navidad me tiene hasta donde yo os diga!*

Dudo si soltar una nueva trola para que parezca más o menos creíble, pero la suerte no parece estar de nuestra parte y Austin y yo decidimos responder a la vez:

—En realidad, nos conocemos desde hace unos días… —admito.

—Desde hace unos meses… —dice él.

Holly y Alexis nos miran, escépticos, esperando a que nos explayemos, pero la curiosidad del hermano de Austin le hace intervenir antes que nosotros.

—No parecéis estar muy de acuerdo…

—En realidad, llegué a Nueva York hace un par de semanas, nos conocimos de una forma muy inusual y lo demás… bueno, fue amor a primera vista, como suele decirse. ¡Algo que no se puede explicar!

A este paso, me van a dar el Molière[3] del año. A veces me cuesta creer las tonterías que se me escapan, y para más inri, con todo el aplomo del mundo. Austin me sonríe, como diciendo «Gracias por seguirme el rollo».

¡Pues este rollo es una mierda!

—¿Y vas a pasar las Navidades con nosotros, lejos de tu familia?

—Este año es un poco especial. Mis padres no están en casa: se han ido de crucero romántico. Y como soy hija única, las iba a pasar sola. Nunca pensé que tendría un flechazo, pero… bueno, aquí estoy —digo mientras beso a Austin en la mejilla con dulzura.

Su barba incipiente me raspa los labios carnosos. Un ligero escalofrío me recorre la espalda. Es el primer roce de este tipo que tenemos y su tacto me electriza.

No sé en qué me estoy metiendo, pero no se puede negar que esto solo puede ir cuesta abajo.

---

[1] *N. de la T.* Una forma de sujetador, normalmente con aro.

[2] *N. de la T.* Personaje de una serie de novelas de Agatha Christie. Se trata de un detective belga que, junto con la colección de Miss Marple y otros muchos libros, hicieron tan famosa a la autora.

[3] *N. de la T.* Premios nacionales que se conceden cada año al teatro en Francia.

16

A pesar del bienestar que me proporcionan los niños y la presencia de Holly y Alexis, hoy necesitaba alejarme del ajetreo de la mansión para estar sola y disfrutar de mi única compañía.

Es rarísimo pasar una época tan íntima como la Navidad con una familia de la que no sabes casi nada, compartir la alegría de unos niños que acabas de conocer, entablar amistad con personas que normalmente estarían a un océano de distancia de ti y hacerte pasar por la novia de un hombre extremadamente sexi e irascible. Fácil tampoco es, así que, con razón necesito un poco de espacio…

Y aquí estoy, abrigadita con mi chaqueta de plumas (sí, he invertido en ropa más calentita), mi gorro color camel bien colocado sobre la cabeza y la bufanda tapándome la mitad de la cara. Contemplo la nieve que cae sobre la ciudad y me deleito con las vistas. Me encanta sentir cómo los copos de nieve resbalan suavemente por mi cara, me congelan la punta de la nariz y las pestañas y, poco a poco, me mojan ciertos mechones del pelo. Sonreír por algo tan insignificante como la nieve acariciando mi piel es como viajar a otra dimensión. Me siento más etérea, más grácil…

Esta mañana, antes de tomarme oficialmente «un descansito del espíritu navideño», Holly estaba horneando *muffins* con Lia mientras Tom y Alexis jugaban a un juego de mesa cuyas reglas parecían bastante enrevesadas. *¿El único afortunado ausente?* Austin, para no variar. Prometió hacer un esfuerzo para honrarnos con su presencia, pero parece que hoy no va a ocurrir. El último deseo navideño que pedí no está muy cerca de cumplirse.

Deambulo por las calles de Nueva York, girando a izquierda o derecha según me place. Paso por delante del Carnegie Hall, un edificio en forma de cubo sobre el que ondea orgullosa la bandera estadounidense. Aunque sigo pensando que en Francia (y sobre todo en París) hay un bullicio de mucho cuidado en las calles, ¡esto es otro nivel! Entre el rugido de los motores, los bocinazos, los peatones berreando a sus teléfonos para hacerse oír y los que reniegan a los conductores, por no hablar de las obras en las carreteras y los diversos ruidos ambientales… ¡mis oídos están saturados!

En realidad, es una suerte poder pasear por la Séptima Avenida como cualquier otro habitante de la Gran Manzana. ¡Es una locura! Cruzo a la acera de enfrente para verlo desde otro ángulo, y al girarme para dar las gracias al taxista que ha tenido la amabilidad de cederme el paso, me encuentro cara a cara con Austin.

—¡Liviana! ¿Qué haces aquí?

¡Hay que ver! Cuando no tiene a su familia cerca, ¡es como si ya no hubiera confianza!

A una parte de mí le duele el tonito con el que responde. Me siento casi rechazada. Ya sé que no somos pareja de verdad, pero está claro que tampoco estamos lo suficientemente unidos como para que él se despoje de su coraza de hombre de negocios importante y finja que hay cierta conexión.

¡El jefazo ha vuelto!

—Quería dar un paseo y descubrir un poco la ciudad. Al fin y al cabo, para eso estoy aquí.

He venido de viaje, ¡y sería un gran error perderme Nueva York!

—Bueno, sí, la ciudad está llena de lugares preciosos por descubrir…

—Eso pienso yo. En fin, ¿qué haces?

—Vengo de una reunión —responde, evasivo, señalando el Park Central Hotel, frente al que nos encontramos.

La fachada de piedra y las elevadas torres me impresionan. ¡Es gigantesco! El hotel debe de tener más de veinte plantas y me siento diminuta a sus pies.

—Todavía no me has dicho en qué trabajas… —admito.

—Es que… —empieza tras una larga vacilación— no es muy interesante, y tú estás de vacaciones, así que no es plan de hablarte de trabajo.

—Bueno, tampoco es que me hables de nada en general… —refunfuño en voz baja.

—¿Qué has dicho?

Definitivamente, he sido menos discreta de lo que pensaba. Intento sacar una sonrisita que acalle su insistencia y, aunque Austin permanece impasible, mi táctica funciona, porque se obstina y prefiere pedirme que dé un paseo con él.

—¿No tienes trabajo que hacer?

—Hoy no. Nada hasta Navidad.

¿Cómo? ¿Habrá escuchado Papá Noel mis plegarias?

Le miro, tímida y dubitativa. Una sonrisilla se dibuja en sus labios.

¡El hoyuelo ha vuelto!

—Creías que no sería capaz, ¿a que no?

—¿Sinceramente? Pensaba que habías accedido solo para que me callase un rato…

¿Qué sentido tiene mentir? Es mejor decir la verdad, aunque no siempre sea bien recibida. Escucharla puede doler de primeras, pero a menudo, viene bien. Austin no parece ofendido por mis palabras y nos ponemos en marcha en silencio. Me quedo embobada un par de segundos, pero entonces me pregunta con cierta curiosidad por qué me gusta tanto la Navidad, y vuelvo a la tierra.

—Para mí, la Navidad es sinónimo de alegría. Cuando era niña, mis padres hacían de ella la época más mágica del año. Escribía una larga lista a Papá Noel, iba de compras con mi madre para buscar la decoración más chula, hacía bonitas tarjetas de felicitación y probábamos todo tipo de adornos que habíamos hecho nosotras mismas, y luego… luego llegaba el gran día. Hacíamos en los fogones unos cuantos blinís[1] con la masa que había preparado mi madre y por la tarde, me ponía manos a la obra con mi abuela. Juntas, nos encargábamos de los *fruits déguisés*, unos frutos secos rellenos de mazapán, y por la noche, mi padre y yo nos ocupábamos de los aperitivos de sabores variados: una bandejita «de tierra» con *foie-gras*, terrinas[2], cremas para untar y *rillettes*[3], y otra «de mar» con huevas de lumpo, más *rillettes* y *mousse* de pescado. A partir del 1 de diciembre, cada día abría una ventanita de mi calendario de Adviento y disfrutaba de mi onza de chocolate con una mandarina, ¡la fruta navideña por excelencia!

—O sea, que te gusta tanto la Navidad porque puedes cebarte, ¿no? —dice, burlándose de mí.

Me río de su comentario. Razón no le falta: ¡solo he estado hablando de comida! Austin me enseña entonces su sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

Debería estar prohibido estar así de buenorro…

—Esos momentos de los que hablas parecen significar mucho para ti. Lo entiendo: son cosas

de familia.

—¿No guardas buen recuerdo de las Navidades de tu infancia? Ya sabes, en familia…

—¡Claro que sí! Estoy muy lejos de haber tenido una infancia infeliz; no tengo motivos para quejarme. No me faltó de nada: ni amor, ni dinero, ni comida.

—Entonces, ¿por qué odias la Navidad?

Mi pregunta es mucho más seria que las anteriores. El tono de mi voz se vuelve tajante y el vacío que dejan mis palabras se torna más pesado. Continuamos caminando, pero Austin sigue sin decir nada. Recorre el horizonte con la mirada y cada vez da pasos más grandes.

—No odio la Navidad —dice con una voz que me cuesta reconocer.

—Vale…

—No odio la Navidad —repite—. Es solo que ahora soy adulto.

¿Y qué tendrá eso que ver?

—¿Y qué más da? Yo también soy adulta. Eso no significa que no pueda gustarme o que la sociedad me lo prohíba o me lo reproche.

—No es eso. Es solo que… —murmura, como si no fuera conmigo—. He legado el espíritu navideño a mis sobrinos. Creo que eso es mucho mejor. En el mundo real, en la rutina, no hay lugar para esa supuesta magia en la que nos hacen creer en esta época del año. Son solo tonterías que les contamos a nuestros hijos. Y yo ya no soy un niño, soy un adulto, con todas las responsabilidades que eso conlleva. La Navidad es simplemente la época en la que todo el mundo hace la vista gorda ante sus propios errores, la época en la que caemos en la hipocresía, en la que todo el mundo se quiere y finge ser feliz, cuando en realidad estamos en la misma mierda el uno de diciembre que el veinticuatro o el veinticinco.

No sé qué decir. Percibo su dolor y su rabia, pero no sé si sus emociones van dirigidas a mí o a otra persona. Austin me deja sin habla con la rudeza de sus palabras. Son brutales, intensas. Me deja abatida. *¿Cómo puedes tener heridas que te marquen tanto que ni la propia felicidad de tu familia te salpique?* Es cierto que la Navidad se ha convertido en una fiesta comercial para la mayoría de la gente, y que, en pleno meollo, destaca el consumismo desenfrenado, pero aunque esté de acuerdo con Austin, me niego a verlo así. Para mí, la Navidad es algo distinto. Y espero que también lo sea para otras personas.

Puede sonar egoísta, y probablemente lo sea en cierto modo, pero me encantaría que fuera así. De todos modos, desear que la gente sea feliz en Navidad a pesar de las dificultades de la vida cotidiana, el dolor, el cansancio y el sufrimiento no es tan difícil de entender. Mi lado altruista habla por sí solo. Las desigualdades del día a día se mantienen en Navidades. Mientras unos visten lujosos trajes y comen cantidades infinitas de caviar, otros llenan una hucha para contribuir entre todos a comprar la cena de Nochebuena, y otros se comen una *raclette* baratucha. Por no hablar de los que ni siquiera tendrán el placer de elegir su comida y se conformarán con lo que les den las asociaciones…

El mundo va mal, todos lo sabemos, y aunque sea un deseo inútil, me gustaría que la gente fuera feliz, al menos en Nochebuena. Me gustaría que los padres no derramaran lágrimas de tristeza o vergüenza, sino de felicidad, y que todos los niños encontraran un regalo bajo un árbol decorado con gusto y que despida esa magia eterna. La infancia no debería verse entorpecida por los peligros de la vida ni por los problemas de clases. Todos y cada uno de nosotros merecemos momentos felices, una pizca de brillo y fascinación, ¿no creéis?

La magia de la Navidad no debería tener edad, porque surge del corazón. Es la magia de compartir: no hay nada más valioso que eso. Cuando la sociedad nos empuja a comprar más

juguetes o *foie-gras*, cuando las ofertas especiales caen del cielo como copos de nieve a millares, necesitamos aferrarnos a lo esencial, a los auténticos principios de las fiestas: unir fuerzas, querernos y ayudar a los demás. Ya sé que es un discurso sensiblero e ingenuo, pero es cosa del amor navideño, que brota de mí cuando el sarcasmo se va de vacaciones.

Seguimos caminando y avanzando por la ciudad y, antes de que pueda darme cuenta, llegamos a un parquecito. Enseguida deduzco que aquí «parquecito» significa «lugar de interés». Sobre unas cabañitas decoradas en rojo, blanco y verde flota una atmósfera cambiante. Una preciosidad. Los altos árboles están iluminados con guirnaldas de luces que parecen desbordarse sobre las cabañas, lo que crea un ambiente cálido e íntimo. Se respira buen humor: hay parejas jóvenes y mayores, niños y trabajadores neoyorquinos dándose un respiro.

En los puestos se vende todo lo que una puede desear: té y café, adornos colgantes y bolas con los míticos taxis amarillos de la ciudad, manzanas rojas… También hay puzles hechos con fotos, una librería y, por supuesto, comida callejera. El aroma a patatas fritas, dónuts y chocolate caliente se mezcla en el aire. Casi puedo saborearlos.

—El mercado navideño de Bryant Park es uno de los más populares entre los turistas.

—Es precioso.

—¿Te apetece dar un paseo por aquí? —sugiere Austin, en un tono mucho más dulce que en nuestra conversación previa.

—Sí, me encantaría.

Paseamos por los senderos. Compro un adorno más, un recuerdo que llevaré a Théa para que lo cuelgue en su árbol de Navidad: un taxi amarillo con un árbol de Navidad en el portaequipajes. Así, una parte de ella habrá viajado conmigo.

—¿Lo vas a colgar en el árbol cuando vuelvas a Francia?

Me giro y veo a Austin justo detrás de mí, a tan solo un par de centímetros.

—No. Es para mi mejor amiga. Así tendrá algo que le haga pensar en esta experiencia, aunque no la haya vivido conmigo.

—Muy amable por tu parte. Oye, ¿sabes patinar?

—La última vez que lo intenté fue al principio de la carrera, ¡y creo que estuve a punto de romperme una pierna o las dos de una! —digo riendo, sin ninguna vergüenza.

—¿Te gustaría volver a intentarlo?

Apenas tengo tiempo de pensármelo. Austin me coge de la mano de repente, un gesto con el que provoca una descarga agradable y cálida en mí, y me insta a seguirle. Enseguida descubro que las cabañitas eran el camuflaje perfecto para una enorme pista de hielo. *¡Mira por dónde! Quizá debería haber rechazado la propuesta…* Austin me pregunta qué pie calzo, me da un par de patines de mi talla y se pone inmediatamente los suyos. Sigo su ejemplo y, en cuanto me calzo el primer patín, el pie me pesa un quintal. Me levanto con torpeza y por poco me caigo. Estas cosas me dan un palo terrible.

Tengo la sensación de que voy a arrepentirme de haberme sincerado…

Austin me tiende la mano con esa sonrisita que deja ver su hoyuelo. En sus ojos ya no hay ira, y en cuanto le doy la mano enguantada, sus facciones se relajan.

—¿Estás preparada?

Asiento con la cabeza y… ¡A la carga!

Me impresionan los patinadores que me rodean. ¡Cualquiera diría que este es el deporte nacional de Estados Unidos! Parece que planean sobre el hielo. Algunos hacen piruetas, otros zigzaguean entre la gente (de la mano si son pareja), ¡y los niños intentan truquitos que de fáciles

tienen poco! Alucino al ver lo mucho que disfrutan sobre el hielo. Es una pena que en Francia no haya tantas pistas de patinaje al aire libre durante las fiestas. Es una gozada disfrutar del hielo mientras admiras la ciudad, el cielo y las luces.

Entro en la pista sin sentirme muy segura de mí misma y pongo el primer pie sobre el hielo, luego el segundo. *Vaya, ¡resbala una barbaridad!* Mis pies, que parecían tan pesados en los patines y tan incómodos, se tambaleaban sobre la superficie helada. Recupero el equilibrio con la gracilidad de un elefante en patines (nunca mejor dicho). Luego avanzo lentamente, un pie delante del otro. Austin, por su parte, ya campa a sus anchas. Lo veo deslizarse por la pista con movimientos ágiles, como un leopardo al acecho. No le molesta llevar un abrigo tan largo, una prenda que le da un toque carismático. Sus pasos son seguros y hábiles, y sus largas piernas, moldeadas por sus vaqueros negros, danzan sobre el hielo. Me parece increíble que se maneje tan bien. Su sonrisa pícara resulta casi infantil. Austin hace una pirueta, se detiene y se vuelve hacia mí. Me guiña un ojo y siento que el corazón me da un vuelco.

¡Vaya con el traidor este…!

Sigo avanzando despacio. De hecho, diría «despacio y sobre seguro», ¡pero qué va…! A dos metros de Austin, un raudo patinador se cruza en mi camino y pierdo el equilibrio. Me tambaleo, junto los pies y, a pesar de que intento enderezarme (con los brazos en alto, como un chimpancé muerto de risa), me acabo cayendo de culo sobre el suelo helado. Una chica que pasa por mi lado suelta una risita y yo vacilo entre morirme de vergüenza y reírme de mí misma.

Intento levantarme, pero es inútil, y cada vez que lo intento, me vuelvo a caer. De repente, alguien extiende frente a mí una mano cubierta por un guante de cuero negro. Es la de Austin. Me mira con ojos picarones y su sonrisa de chico malo es, sin duda, el resultado de mi maravillosa coreografía.

—¿Te echo una mano?

—Me vendría mejor un poco de coordinación motriz….

—Al principio, a todos nos cuesta. Moverse y mantener el equilibrio no es fácil.

—Si tú lo dices…

—O sea, que incluso las simpatizantes de la Navidad pueden picarse en diciembre…

—Lo de «simpatizante» suena a secta…

—Porque lo es —responde, burlón y orgulloso de sí mismo.

A modo de respuesta, le saco la lengua como una niña pequeña, y él se ríe de forma sincera. Esa forma suya de modular la voz despierta algo en mí. Me pregunto qué otros sonidos podrá emitir con esa voz tan hechizante y singular…

Liv, no te metas en terreno pantanoso…

Por mucho que esa vocecita me eche la bronca, le cojo de la mano para levantarme. Tengo el culo helado. Me sacudo las nalgas antes de agarrarme con fuerza a su brazo y seguir patinando, esta vez con él de guía.

—Gracias por haberme traído aquí. Es un lugar precioso.

—Nueva York está repleta de maravillas, y es Navidad, así que tenías que ver este sitio…

—Podríamos traer a Tom y a Lia a patinar, puede que lo disfruten. ¡Es algo muy típico de esta ciudad!

—Es una buena idea —concede—. Oye, quería decirte…

—¿Sí? ¡Qué raro, pareces incómodo…!

—Un poco. Verás, Holly y Alexis aprecian mucho que les dejes tiempo para ellos…

—Normal. Lia y Tom son geniales, por eso no me importa quedarme con ellos, pero me

imagino que no es fácil ser padres y seguir disfrutando en pareja…

—Supongo que no. En fin, el caso es que han organizado una cenita para nosotros… Solos tú y yo.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

No consigo descifrar su mirada; eso sí, le brillan las pupilas. *¿Pero por qué? ¿Será emoción? ¿Decepción? ¿Curiosidad? ¿Diversión? No lo sé*. En cualquier caso, he de reconocer que esta noticia no me deja indiferente. Austin es un hombre guapo, y aunque a ojos de su familia ya seamos pareja, los dos somos conscientes de la realidad. Vamos a tener una cita (una de verdad) esta noche, algo que ni siquiera habíamos pedido.

¡Esta Navidad se me está yendo de las manos!

---

[1] *N. de la T.* Tortitas finas (similares a las crepes) de origen eslavo que se preparan con harina, huevos, leche y levadura.

[2] *N. de la T.* Preparado a base de carne de caza, venado y patés que se prensa y sirve en frío. Recibe ese nombre por el recipiente de barro en que solía prepararse.

[3] *N. de la T.* Plato de charcutería francés, similar a un paté blando y hebroso a partir de carne desmenuzada, cocida en su propia grasa y condimentada.

17

Tras esta pequeña excursión matutina al corazón de Nueva York, y sobre todo, después de mi aparatosa pero grácil caída (un aplauso para mi capacidad de reírme de mí misma), estoy de vuelta en la mansión.

Después de comer, decidimos preparar la merienda. Bueno, técnicamente, más bien estamos calentando: hay que encontrar una buena receta de galletas navideñas. Probablemente debería llamar a mi madre para conseguirla, pero prefiero confiar en mi buen amigo Google.

Lia y Tom, mis dos pequeños ayudantes, se han puesto el delantal y siguen mis instrucciones al pie de la letra. Echamos azúcar. Cascamos un par de huevos. Luego lo mezclamos todo y añadimos el aroma de vainilla. ¡Y ya está! Solo nos queda encontrar unas manos fuertes y llenas de energía para amasarlo todo hasta que la textura sea homogénea.

—¿Necesitáis ayuda?

Austin entra en la cocina y se une a nosotros cerca de la isla central.

Bueno, si queríamos unos brazos fornidos… ¡Aquí los tenemos!

—¡Necesitamos tus músculos, tío! —dice Lia con una sonrisilla petarda para burlarse de él.

—Necesitáis a Superman, ¿verdad? Pues no os preocupes, ¡ya he terminado de salvar el mundo!

Nos reímos, pero Tom le pregunta muy serio dónde está su disfraz. En realidad, es fácil deducir lo que Austin insinúa con ese comentario, y a juzgar por la sonrisa que Lia dibuja en su rostro, seguramente lo haya captado.

Los músculos de los brazos de Austin se contraen y relajan mientras amasa. Su camiseta azul marino le queda bien prieta y las mangas le llegan hasta los tríceps.

¿Cómo puedo fijarme justamente en los tríceps? ¡En serio, estoy ida!

Saco los moldes de una bolsita y los dejo sobre la mesa.

—Hala, ¡tienes un Papá Noel! —se entusiasma Tom.

—¡Claro que tengo un Papá Noel! También tengo un hombrecito de jengibre y un reno.

—¿Es Cometa? ¡Toma, mi favorito!

—Pues no se hable más: Cometa será, pequeñajo —dice Austin—. Bueno, la masa está lista.

Le echo un vistazo y asiento con la cabeza antes de guardarla unos minutos en la nevera para que luego sea más fácil extenderla. Aprovecho para sacar los tubos de glaseado navideño que he comprado esta mañana en el mercadito. Poco después, mientras extiendo la masa con el rodillo, Holly y su marido, que vienen del cine, se unen a nosotros para dar forma a las primeras galletas. El ambiente es alegre y divertido. Cada uno intenta decorar su trozo de masa para que quede lo más bonito posible, y al final, la actividad se convierte en una auténtica competición.

Una vez horneada la primera tanda, cada uno prepara un pequeño lote de adornos para la segunda hornada: un toque alegre para sus galletas. Austin decora su arbolito con bolitas de azúcar de colores. Lia dibuja unas bonitas guirnaldas con glaseado dorado y Tom y su mamá visten juntos a Papá Noel.

De forma instintiva, doy un par de pasos atrás y observo la escena desde lejos. Alexis se acerca a mí, se apoya en un mueble de la cocina con los brazos cruzados y contempla con cariño a su pequeña familia.

—No sé cómo lo has hecho, pero has conseguido algo que yo no esperaba volver a ver jamás.

—¿El qué? ¿Un taller de galletas en familia?

—Hablo de mi hermano.

—¿Por qué odia tanto la Navidad?

—Porque la Navidad le trae malos recuerdos.

—No vas a contarme nada más, ¿verdad?

—No creo que sea mi lugar. No sé qué tenéis exactamente vosotros dos… —*¡Que no se te note que te han pillado! ¡Que no se te note que te han pillado!*—. Pero que sepas que le viene bien estar contigo. Eso se nota. Vuestra historia me parece un poco disparatada, pero es evidente que ha dejado de trabajar para dedicarse a su familia, para pasar tiempo con nosotros. Y es más, ¡sonríe!

—Bueno, Austin sonríe bastante a menudo…

—Eso será desde que llegaste tú… En fin, voy a ayudar a mi mujer, ¡seguro que está harta de hacerle la barba a Papá Noel! —exclama con ojitos amorosos al verla ayudando a Tom.

Las últimas palabras de Alexis hacen eco en mí. Austin no ha dejado de sonreír desde que llegué. *Qué raro, ¿no?* Me parece extraño que su buen humor repentino coincida con que nos hayamos conocido. Después de todo, no llevo ni dos semanas aquí. No se puede cambiar la vida de alguien tan rápidamente; no soy precisamente un tornado. Y aun así, es evidente que el Austin de los primeros días ha pasado a la historia.

Curioso…

***

La degustación de galletas y vasito de leche va acompañada de *Solo en casa* en versión original. ¡Qué difícil es entender lo que dicen! ¡Hablan taaan rápido…! Pillo una de cada dos palabras, o siendo sincera, más bien una de cada tres o cuatro. Afortunadamente, me sé esta película de memoria y la veo todos los años con Théa cerca de Nochebuena.

Mmm… Sentarse delante de la tele con un buen café para los adultos o un chocolate para los niños y unas galletitas… No hay nada más relajante en esta época del año, ¡y más si te tapas con una manta calentita!

Más tarde, me encierro en mi habitación para relajarme y pensar un poco en la noche que me espera. Que Holly y Alexis me muestren tanto aprecio estaría genial en otras circunstancias. Es conmovedor, en realidad, pero joder, ¡soy la novia falsa de Austin! Y como no puedo decírselo, rumio. ¡Se me da tan bien hacerlo…! Quizá, si se me ocurriera una excusa válida, podría ahorrarme esta cita falsa. Bueno, sería una cita como tal si realmente estuviéramos saliendo, pero como no es el caso, voy a tomármelo como una encerrona. Eso es, ¡nos han tendido una trampa!

Dos ratoncitos en las garras de un gato…

Alexis me ha dejado bien claro que nuestra relación le parecía extraña, ¡y con razón! Austin y yo no nos mostramos cariño ni nos tocamos como hacen enamorados. No somos cursis ni resultamos empalagosos… Aunque, a ver, tampoco es que ese sea mi estilo cuando estoy en una relación. No me encantan las tías que supuran romanticismo. Son peores que el Superglue y podrían vivir con la boca pegada a la de su chico. Yo soy más bien dulce, pero me gusta

chinchar; una chica tranquila pero juguetona y enamoradiza, aunque no lo demuestro especialmente.

Como no aguanto más, cojo el móvil y le envío a Théa un WhatsApp.

Liv: *Tengo una cita esta noche.*

Théa: *¿¿Con quién??*

Liv: *Con Austin.*

Théa: *¿Cómorr? ¿Tantos episodios me he perdido?*
¡Dame detallitos, anda! Un poco de chicha…

Liv: *Su cuñada quería dejarnos*
la noche para nosotros solos,
porque hemos estado cuidando de sus hijos.
Habrá pensado que nos gustaría…

Théa: *¿En plan amable o maquiavélico?*
¡Me gusta esa mujer!

Liv:*¿Así pretendes ayudarme*
y animarme?

Théa: *¡Claro que no!*

Liv: *¡Serás bruja…!*

Théa: *¡Ven, que te hechizo!*
Oye, ¿qué te vas a poner?
¿Adónde vais?
¿Va a invitarte?
¿Habéis hablado del tema?

Liv: *Tía, calma.*
En verdad, estaba pensando excusas
para escaquearme.
Por partes: No sé.
Que no lo sé.
La verdad es que no.

Espero la respuesta de Théa, pero no llega. Probablemente esté ocupada. De repente, mi teléfono se pone a convulsionar —es decir, a vibrar intensamente— y la foto de perfil de mi mejor amiga aparece en primer plano en la pantalla.

Oh, oh…

—¿Hola?

—¿Cómo se te ocurre rajarte de esta? No hablas en serio, ¿verdad?

—Em… claro que sí.

Estoy empezando a perder las ganas. Théa me regaña como a una cría, cuando lo único que he hecho es mencionar la posibilidad de que no vaya a la cita; nada más.

Que no, que no estoy de mala leche…

Oigo a Théa respirar con dificultad. Intenta controlar su cabreo. Cuento mentalmente las veces que exhala: está haciendo la técnica de la respiración en tres tiempos para relajarse y estar zen.

Bueno, ya lleva cinco, así que no parece estar funcionando…

—¿Estás mejor?

—No, esta técnica es una mierda. Además, he estado vomitando todo el día, así que no es el momento de contradecirme, Liviana Perrin.

—Théa, pero…

—Para. Escúchame y hazlo por ti, ¿vale?

—Vale… —suspiro y admito mi derrota, lo que desencadena un grito victorioso de mi mejor amiga.

—Vas a ducharte, a depilarte y a buscar en la maleta lencería bonita y sexi para sentirte guapa y potorra[1], porque lo eres. Luego te adecentas, te peinas y maquillas, y después te pones un *look* matador. Recuerda: no escatimes en sonrisas. Saca esos dientes a relucir. Repite conmigo: vas a ir a esa cita, vas a conocer mejor a tu novio falso, pero sobre todo, vas a pasártelo bien. Si su cuñada os ha organizado esa cita, probablemente sea porque sois un par de idiotas sin credibilidad. ¡Si yo fuera ella, también forzaría un poco el destino!

—Seguro que has sido tú quien le ha dado la idea…

—Bueno, ¿vas a hacerme caso o qué?

—Sí, te haré caso. De todas formas, no se me ocurre ni una sola excusa para librarme de todo esto.

—¡Estupendo!

Hablo un pelín más con ella antes de seguir su consejo y empezar por una buena ducha caliente (llamo primero a la puerta, porque la comparto con un naturista) y un par de cremitas que huelen divinamente para dejar mi piel suave y perfumada. No lo hago para otra persona; no os equivoquéis. Después de la ducha, me pongo el pijama y me ocupo del pelo. Desde que llegué, mi melena rizada está en plan rebelde e indomable. Aún tengo tiempo y es cierto que mi rutina de pelo me sirve para relajarme (aunque el proceso sea tan automático como en la fábrica de Chaplin[2]), así que decido plancharme el pelo. Teniendo en cuenta mi volumen, media hora no me la quita nadie.

De repente, llaman a la puerta. Dejo la plancha para ir a abrir, pero una cabecita morena aparece en el espejo de repente. Los preciosos ojos de Lia brillan. Sonríe tímidamente, como suele hacer.

—¿Te molesto?

—No, solo me estaba peinando.

—¿Para tu cita con el tío Austin?

—Sí. Tu madre se ha ofrecido a dejarnos la noche libre.

—Ha sido idea mía —dice, sonrojándose.

Pequeña casamentera…

La sonrisa de Lia se convierte de repente en la de una niña traviesa y enseguida me doy cuenta de que esta cita no es un simple gesto sin importancia. Es un regalo de Lia para que su tío se sienta bien y feliz. Me conmueve ver el cariño que le tiene. Está más que dispuesta a asegurar su felicidad.

—No estás enfadada conmigo, ¿no?

Lia parece realmente preocupada por mi reacción y opinión al respecto. En realidad, no tengo motivos para enfadarme con ella: es solo una noche a solas con Austin, nada más. De hecho, dado que supuestamente somos pareja, no tendría sentido enfadarme con ella.

—En absoluto, es muy amable por tu parte.

—Así podéis pasar tiempo juntos. Papá dice que el tío Austin sonríe mucho desde que estás aquí, ¡así que va a pasarse las Navidades sonriendo!

Ya estamos otra vez con el tema de las sonrisas…

No sé qué decirle, así que me limito a sonreír. Alexis no está haciendo que la situación sea más fácil. Quizá lo haga sin querer, o quizá no. Austin se muestra más cariñoso últimamente, pero también está así desde que llegó su familia. Antes apenas me cruzaba con él: siempre estaba trabajando.

En cierto modo, me da miedo lo que pueda pasar esta noche. Cada vez disfruto más de la presencia de Austin, que se muestra generoso y bromista antes que arrogante y estúpido. Poco a poco, parece abrirse, a mí, a su familia, a la Navidad. Aunque todavía no considero haber ganado la batalla, todo parece indicar que va camino de encontrar el espíritu navideño. Al final ni siquiera me va a necesitar…

Me estremezco al pensarlo. No me encanta que nuestro pacto pueda acabar en algún momento.

—¿Qué te vas a poner?

De repente recuerdo las palabras de Théa: tiene que ser algo con lo que me sienta guapa y potorra. Sentirme un mujerón, estar a gusto en mi piel… ¡Aunque tenga que ser en taconazos, como querría Théa!

—Algo sencillo y bonito —respondo.

—¿Quieres que te ayude a elegir? Adoro cuando mamá se arregla para papá y chismorreamos.

—Pues chismorreemos —sonrío.

Lia se sienta en mi cama con las piernas cruzadas mientras abro el armario y saco algunos conjuntos. De repente, oímos correr el agua de la ducha.

—Parece que el tío Austin también se está arreglando… —dice contenta.

Tampoco es que lo necesite… ¡Ah, pues! No es bueno que me dé por piropearle a la primera de cambio. Su belleza es un arma. Es que está buenísimo, ¡reconozcámoslo! Aun así, no hace falta reaccionar así, Liv. Que no se te olvide, bonita, que esto es solo un intercambio de favores. Una simple reacción física y dalo todo por perdido. Puedo culpar a su belleza de mi descontrol, ¿no? Una excusa muy creíble, sí señor…

—¡Hala! ¡Este vestido es una pasada!

Lia coge un vestido negro de cuello redondo y tirantes. La parte de arriba parece una camiseta de tirantes, pero las mangas bajas y transparentes de punto satinado le dan un aire más romántico. El bajo del vestido es bastante ajustado, perfecto para un cuerpo esbelto y femenino. Mi mohín es, sin duda, un gesto de reticencia ante la elección de Lia. La prenda es preciosa, muy

femenina, pero también es bastante sugerente. Tiene cierto carácter y transmite ciertas ganas de gustar, de seducir, pero Austin y yo no estamos en ese punto. A decir verdad, ni siquiera sé en cuál estamos.

—¿Estás segura? Mira, esta falda es bonita, ¿verdad?

Le tiendo una falda larga y plisada de color marrón oscuro con un estampado otoñal. Lia no parece muy de acuerdo y frunce el ceño al ver mi elección. Justo entonces, Holly asoma la cabeza por la puerta.

¡De tal palo, tal astilla!

—No irás a ponerte eso, ¿verdad? Vas a una cita por la noche, no a un paseo por el parque —señala.

—Si lo combino bien, quedará lucido…

—¡Pero tienes que estar sexi!

Mi batalla de vestuario empieza con mal pie y tanto los argumentos de Lia como los de su madre se van acumulando. ¡Vaya paliza me están dando! Respiro hondo y me rindo. Dejemos que ganen este asalto. *¡Pues nada, a por el vestido negro!* Es obvio que Holly me ha dado su aprobación.

En realidad, un vestido negro es un básico de fondo de armario, no necesariamente un mensaje subliminal.

Claro que sí, Liv. Sigue pensando eso…

---

[1] *N. de la T.* Sexi, buenorra.

[2] *N. de la T.* Referencia a *Tiempos modernos*.

18

¡Estoy lista!

Un poco incómoda, un pelín torpona, pero elegante. Las mujeres de esta familia no dejan de piropearme, así que después de enviarle una foto del *look* final a Théa, me dirijo al salón. Enseguida recibo un popurrí de emoticonos como respuesta: un pulgar hacia arriba, una carita con corazones en los ojos y un lacito. Debe de ser su forma de decir «¡Estás desatada!». Me ha parecido ver una berenjena en el mensaje. A veces es peor que los adolescentes de ahora, pero me hace reír como nadie.

Para eso están las amigas, ¿no?

En el salón, me encuentro a Tom entretenido con un par de coches de juguete. Cuando me ve, sonríe de oreja a oreja y me dedica un alegre «¡Qué guapa estás!». Me emociona el cumplido del pequeñajo. Esta noche estoy guapa para al menos una persona del sexo masculino.

Guardo algunas cosas en el bolso y cojo el abrigo y la bufanda. El viento sopla fuerte y hace bastante frío. *Ahora que lo pienso, con el tema de la cita y lo mona que me he puesto, la berenjena de Théa cobra bastante sentido…* Me río de mi propia ocurrencia, pero entonces Austin y Alexis entran en el salón.

El más joven lleva unos vaqueros grises de estilo clásico y una camisa blanca. Se ha remangado y se ha desabrochado los dos primeros botones del cuello, con lo que deja al descubierto una fina V de piel bronceada en el pecho. Se ha arreglado el pelo con un poco de gomina y lleva en el brazo la gabardina de cuando nos conocimos, aquella sobre la que derramé su café. Sonríe. Está guapísimo, y de repente, me quedo sin palabras.

—Bueno, ¡al menos alguien ha hecho un esfuerzo…! Estás preciosa, Liv.

—Gracias, Alexis.

—¿Sabes dónde están mi hija y mi mujer?

—En la cocina.

No respondo con mucha seguridad. Se ve que he perdido mis habilidades cognitivas. *¡Pero chica, por Dios! ¿Es por este hombre elegante con el que vas a cenar? ¿Es culpa de esta situación surrealista? ¿O es que Austin te atrae lo que no está escrito?* Mi conciencia me dice que es un poco de todo lo anterior. *¡Me cago en la leche, en menuda me he metido!* Tengo que parar: tanta obviedad no me sirve de nada.

—¿Te estás peleando con esa cabecita tuya o qué?

Levanto la vista y me doy cuenta de que Austin me está mirando. Y con burla, debo añadir.

—Algo así…

—Tito Austin, ¿por qué no le das un beso? —le pregunta Tom—. Liv está muy guapa y papá le da un beso a mamá cuando está guapa.

Retiro lo dicho. Maldigo la inocencia de los niños. De repente, se me forma un nudo en el estómago y no sé dónde meterme. Me siento como en las profundidades de una cueva oscura. ¡Tal vez incluso peor! Para colmo, justo en ese momento llegan los padres de Tom al salón.

¡Lo que faltaba!

Austin, enfrentándose a los mismos pensamientos que yo, avanza despacio, me acerca la mano a la cara, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, me acaricia la mejilla con las yemas de los dedos y luego me da un besito dulce en la mejilla. Me susurra que estoy preciosa y la calidez de su aliento rozándome el pómulo me altera y me hace temblar por dentro.

—¡Eso no es un beso de verdad! —se ríe Alexis.

¿Van a dejar de torturarme en algún momento?

No dejo de mirar a Austin, que se separa poco a poco para dirigirse a su hermano.

—¿Has oído hablar alguna vez del pudor?

—Aún no se me ha secado el pintalabios, así que sería una tontería echarlo a perder antes de que salgamos siquiera… —digo.

Pero ¿a dónde voy con esas excusas roñosas?

Me estoy enredando de lo lindo, a pesar de que busco justo lo contrario.

—Bueno, no es que no disfrutemos de vuestra compañía —añade Austin—, pero vamos a irnos ya. Nos esperan en el restaurante donde he reservado.

La familia nos desea buenas noches. Abandonamos la mansión y subimos al Mercedes de mi anfitrión. El trayecto transcurre en silencio al principio, pero luego, como siento cierta curiosidad, no me resisto a preguntarle por el lugar al que vamos.

—Es un local muy agradable, bastante pequeño pero acogedor.

De repente se me pasa por la cabeza que quizá me haya arreglado demasiado para esta noche. El propio Alexis me lo ha dejado caer al verme así vestida.

¿Por qué habré seguido el consejo de Holly? ¡Claro que no es una cita! Es solo una tapadera; nada más. Debería haberme puesto la falda…

—¿A qué viene esa carusa?

—No dejo de pensar en que el atuendo que ha escogido tu sobrina para mí es de todo menos apropiado…

—Para nada. Lia ha elegido genial: estás preciosa.

—Gracias —digo, con las mejillas sonrojadas.

—¡Además, se han creído nuestra mentira!

Ah, sí, claro, la mentira…

Sus palabras me chafan como si fuera un suflé de queso. Siento un regusto ligeramente amargo, pero lo que dice es cierto…

Poco después, Austin detiene el coche en una calle bonita pero poco iluminada. El frío me azota al salir del Mercedes y me da por temblar. Delante de mí, una cristalera de vivos colores anuncia la entrada de un restaurante italiano.

—Espero que te guste la comida italiana.

—Me encanta Italia y su cocina.

—Estuve dudando si llevarte a un francés para que te sintieras como en casa, pero luego pensé que podría decepcionarte. Y bueno, los restaurantes más grandes…

Le corto antes de que termine la frase. Me conmueve que haya pensado en todo esto. Le tranquilizo rápidamente, entramos y enseguida viene un camarero a atendernos y a sentarnos.

La conversación tarda en arrancar y Austin parece tan cortado como yo. Tiene la pierna inquieta (señal de estrés), pero su rostro es una máscara impasible. En fin, yo tampoco es que esté muy tranquilita…

El restaurante es de lo más íntimo, con los colores cálidos y estereotípicos italianos, música de fondo y manteles de vichy rojo. Una serie de carteles y fotografías de distintas ciudades

decoran el local.

No pensaba que Austin fuera a traernos aquí esta noche. Creía que sería más arrogante con su elección para la cena y, a decir verdad, me ha sorprendido para bien.

La comida es deliciosa. Mi pasta a la *amatriciana* está riquísima. ¡Mis papilas gustativas están al borde del orgasmo! *Ya que no puedo darme el gustito en el plano físico, al menos me lo doy en el culinario.* La pizza de burrata de Austin también está especialmente buena. Al ver que no le quito los ojos de encima, me ofrece un trozo y luego se burla de mi glotonería.

—¡Bueno, bueno, bueno! Esta cena no ha estado nada mal…

—¿Tan insoportable soy, Liv?

—Un poco solo… —respondo como buena petarda—. No, digamos que Holly (y Lia también) forzaron un poco las cosas y no quería que te sintieras obligado a pasar la noche conmigo.

—Hay cosas peores en este mundo que pasar una noche con una chica guapa.

—A menos que esa chica sea tu novia falsa.

—Bueno, tienes casi todas las cualidades de una real. Has hecho migas con mi familia muy rápido.

—Teniendo en cuenta que soy el espíritu navideño en persona, era inevitable.

—Vale, pero has ganado terreno de todas formas.

—No es tan difícil dejarse llevar por el espíritu navideño, Austin.

—No estoy seguro de que sea lo único que infundes en los demás… —dice, con sus ojos profundos y oscuros clavados en los míos.

—¿Ah, sí? ¿Tengo otras cualidades? —le pregunto con picardía.

Justo cuando va a responder, el camarero nos interrumpe para traernos el postre y el café. El postre es para mí. ¡Tengo una reputación de *gourmet* a la que honrar! Me he pedido un tiramisú. Me pondría a babear aquí mismo, pero marcarme la del caracol en un restaurante no es precisamente sexi…

Cuando terminamos de cenar, salimos a la calle para subir al coche. Austin se para en seco y se vuelve hacia mí.

—¿Quieres irte a casa?

—¿Por qué lo dices?

—He pensado que podríamos alargar la velada…

Le sonrío. Sin mediar palabra, me apoya la mano en la espalda y nos guía hasta el coche.

El paseo nocturno continúa a lo largo del *Brooklyn Bridge*[1]. Estoy especialmente contenta de estar aquí. Nunca había estado, y como lo he visto en tantas series, habría sido un delito pasar de largo y no verlo de cerca.

Las vistas son magníficas. Al conectar Manhattan con Brooklyn, el puente nos da la impresión de que ambos lugares están cerca. Casi parece que sobrevolamos la inmensidad del East River en tan solo dos kilómetros. Además, la estructura está iluminada. Es como si gotas de agua brillantes la engalanaran. No sé qué es más bonito: esto o el *skyline*[2], que también está iluminado. Es imposible elegir, todo es tan espléndido…

Saco el móvil y me paro para sacar unas cuantas fotos, aunque apenas hemos avanzado. Austin podría refunfuñar, pero no lo hace.

—Vaya, ¡esto es una locura! No me puedo creer que esté aquí.

—¡Pues aquí estás!

—En parte es gracias a ti, ¿sabes? Sin un plan de contingencia, habría tenido que volver a Francia.

—Solo he dejado que te quedes en mi casa.

—Eso ya es mucho.

Las luces de la ciudad reverberan en el agua, que está especialmente tranquila esta noche. La nieve también ha invadido el puente, lo que nos hace sentir un poco más aislados de la urbe y del mundo. Esta noche está siendo mucho mejor de lo que esperaba.

Austin, al verme sucumbir a mi obsesión por las fotos, me pide que pose para él y se ofrece a inmortalizar el momento. Yo, por mi parte, no oculto mi felicidad.

—Es mágico… —digo con un hilo de voz cuando nos detenemos por décima vez.

—Como tú.

Vuelvo a la tierra. Dudo si he entendido bien, así que miro a Austin por el rabillo del ojo. Aunque quiero disimular, estoy convencida de que no lo estoy consiguiendo.

Qué guapo es este hombre…

Tiene la bufanda negra atada al cuello y, de vez en cuando, oculta tras ella su mandíbula marcada y cubierta por una fina barbita de malote. Reconocería su colonia en cualquier lugar: *Acqua di Gio,* de Giorgio Armani. Amo esa fragancia: desprende elegancia y carisma, justo lo que tiene mi querido bombón estadounidense.

Me sumo en la contemplación del paisaje. Respiro hondo y el vaho forma una nube frente a mi cara. El instante parece suspenderse en el aire. Aislados del mundo y de nuestra mentira, tan solo somos Liv y Austin, dos almas a las que el destino unió por casualidad.

O quizá no…

No hay mucha gente en el puente esta noche. Hay algunas parejas bien abrigadas dando un paseo tardío, algunos corredores (se necesita mucha motivación para correr con este frío polar; solo de pensarlo me entran sudores fríos) y un fotógrafo junto al que hemos pasado hace un rato. A lo lejos, se oye el ruido del tráfico, amortiguado por la calma y la serenidad de este lugar. *Otro tiempo, otro mundo.* El juego de luces es asombroso. Estoy pasando una de las noches más bonitas de mi vida y pienso saborearla.

El aire frío me produce escalofríos que no pasan desapercibidos. Austin me mira con una sonrisa dulce en los labios, luego me rodea con sus brazos y me da el calor que necesito como si fuera el gesto más inofensivo del mundo. Estar entre sus brazos es a la vez inquietante y reconfortante. Me entra la vergüenza, pero enseguida me invade otra sensación: estoy donde debo estar. Su cálido aliento me acaricia la cabeza y una deliciosa sacudida me recorre la espina dorsal, pero esta vez no es de frío, sino de placer.

¿En qué momento puede decirse que una vuela demasiado cerca del sol?

---

[1] *N. de la T.* El puente de Brooklyn.

[2] *N. de la T.* La famosa línea del horizonte en la que se ven los rascacielos de Nueva York.

19

Los días siguientes transcurren de forma inexorable y apenas me doy cuenta del paso del tiempo. ¿Quién lo habría dicho? Es dieciocho de diciembre y falta poco para Nochebuena. Una Nochebuena a la otra punta del mundo, pero de momento, sin regalos.

¡Ay, qué penica…!

Comprar regalos es mi misión de esta tarde, pero hasta que llegue el momento, estamos todos sentados en los sofás del salón y en pijama (una pequeña tradición que he importado de casa) viendo mi peli navideña favorita, *Polar Express*.

Nada más empezar la peli, Tom se acurrucó en mis brazos con su peluche en la mano y me apoyó la cabecita en el pecho. Las palmaditas que le doy en la espalda le hacen ronronear como a un gatito. Su hermana está a mi otro lado, tapada con una manta de felpa roja. Holly y Alexis han ocupado el segundo sofá para tumbarse como hacen los niños antes de dormirse frente al televisor, y Austin está sentado con las piernas cruzadas junto a Lia.

¿Queréis que os hable de su pijama navideño?

No es humanamente posible estar así de guapo con algo tan horrendo. Yo estoy feísima; es lo que hay. Los dos llevamos un mono de cuerpo entero de forro polar con un estampado de tartán y gorros de Papá Noel esparcidos por toda la prenda. Me siento como en una bola de nieve *kitsch*, pero he de admitir que es cómodo a rabiar. *Va a ser que al final no me molesta tanto que Holly haya desempolvado la ropa vieja del fondo del armario…* Los niños son los únicos que han podido escapar a este horror, pero como ellos están monísimos aun en pijama, no importa: tienen esa suerte.

Aunque me sé la película de memoria, la historia de este niño que duda del espíritu navideño, de su magia y de la existencia de Papá Noel me atrapa. Todos los años la veo con mi madre el día veintitrés o veinticuatro, y el final siempre me hace llorar. Teniendo en cuenta que esta familia está completamente metida en la trama, estoy segura de que a ellos también les conmoverá.

Tom nos pregunta por el prota y nos dice que él sí escucha los cascabeles[1]. Me da que teme que nadie venga a traerle sus regalos la noche del veinticuatro por no creer en Papá Noel, ese viejo rechoncho y amable.

Nos lo pasamos muy bien viendo *Polar Express* (ligeramente arrullados por los ronquidos de Alexis) y cuando acaba la peli, como de costumbre, se me encoge el corazoncito y se me llenan los ojos de lágrimas. Lia y Holly acaban igual que yo.

¿Cómo no emocionarse cuando Frank Sinatra empieza a cantar a cámara lenta y el prota coge el cascabel y lo sacude mientras una voz misteriosa repite una y otra vez «escéptico»?

Ver que alguien duda de la magia de la Navidad es desgarrador para cualquiera que ame esta época del año por encima de todo. Y ahora viene el «¡Creo en Papá Noel! ¡Creo en Papá Noel!», esa frase penetrante y conmovedora que hace sonar el cascabel y dibuja en él el reflejo de un hombre lleno de esperanza. ¡Solo la banda sonora ya me produce escalofríos!

Más que traer regalos, Papá Noel enseña valores y virtudes a los niños: es el apoyo, la

motivación, la alegría y la esperanza de estos corazoncitos inocentes, con independencia del color de la piel, la clase social y la forma de ser de cada uno. De eso trata la Navidad, de amar y dejar atrás las diferencias, de creer en los seres humanos sin distinción. El famoso cascabel simboliza el espíritu navideño, al igual que Papá Noel, pero como bien dicen en la película, la verdadera magia de la Navidad reside en nuestros corazones. Somos nosotros los que hacemos que esta celebración sea mágica y significativa. Todo lo demás es tan solo un plus. Los abetos, los copos de nieve que danzan sobre la ciudad, las galletas de canela y el pan de jengibre recién salidos del horno, los regalos envueltos con mimo… son solo una adición a la magia de nuestros corazones.

Incluso Austin parece conmovido. Quizá el mensaje esté empezando a calar y causar cierto efecto en él. Después de nuestro paseo por el puente de Brooklyn, se sinceró y me dijo que aún no había comprado regalos para su familia, así que me pidió que le acompañara para ayudarle a elegir. Como yo pensaba hacer lo mismo, dije que sí. Así mataríamos dos pájaros de un tiro. Tenemos previsto ir por la tarde y, curiosamente, me apetece pasar un rato con él. Sin embargo, dentro de nueve días volaré de vuelta a Francia y no volveré a verle ni a él ni a su familia, con la que ya he estrechado lazos. Solo de pensarlo se me hace un nudo en la garganta.

Pero por el momento, estamos todos en la cocina. Ya hemos recogido la mesa, así que estamos charlando sobre la cena de Nochebuena y la comida de Navidad. Me atrevería a decir que todos quieren honrar a la francesita de la casa y organizar un banquete digno de mi país natal.

—Necesitamos *foie-gras*, ¡rico, elegante y tradicional! —anuncia Holly—. ¿Verdad, Liv?

—No hay Navidad francesa sin *foie-gras*…

—¿Qué más coméis en Nochebuena? —pregunta Lia.

—Mis padres y yo solemos comer salmón ahumado…

—¡Ñam! —exclama Tom.

—Y también caracoles de Borgoña…

—¿Caracoles? ¿De los que tienen concha, ojos telescópicos y babean por todas partes? ¡Qué asco! —responde Lia con cara de repugnancia, lo que nos hace reír a Austin y a mí.

—Los franceses coméis cosas muy raras… —ríe Alexis—. Yo me conformo con vino tinto y queso.

—¿Sabías que en Córcega hay un queso con gusanos?

Alexis no tarda en poner mala cara. De repente, parece que le cuesta tragar. Me río a carcajadas al escucharlos comentar las costumbres francesas. *¡Cualquiera diría que piensan que somos salvajes!* Afortunadamente, no somos tan peculiares en la cocina. De hecho, Francia también es el país de la elegancia y el amor, lo que quita algo de hierro a nuestras excentricidades.

—Me quedo con el vino. A no ser que también tengas un secreto repulsivo que revelarnos… —ríe Alexis.

—No, nada más —me río—. Mi madre y yo comemos blinís que hacemos nosotras mismas. Les echamos tarama[2], nata y huevas de pescado o *mousse* de marisco por encima.

—Sobre eso nos sirvieron el caviar en la última fiesta a la que nos invitaste, ¿verdad, Austin?

—Sí.

—¿Por qué no probamos la receta de Liv? Así cambiamos. El que solemos comprar está un poco seco… —comenta Holly.

La facilidad con la que combinan mis tradiciones navideñas y las suyas me conmueve profundamente, pero no sé cómo expresarlo. Me siento cien por cien incluida en los preparativos y eso me hace sentir genial. Una pequeña parte de mi hogar estará aquí con nosotros durante las fiestas.

Lia no tarda en ofrecerse a ayudarme, al igual que Tom, pero sospecho que este último en realidad solo quiere probar un poco de todo.

Añaden especialidades estadounidenses al menú, y de postre, una tarta de nueces pecanas y un poco de helado (un toque final bien dulzón). Al día siguiente, comeremos rosbif con salsa de arándanos y puré de patatas, antes de disfrutar de un tronco de Navidad[3]. *¿Que quién lo preparará? ¡Yo, por supuesto!* Para digerirlo mejor, lo serviremos con un aperitivo y *eggnog*, ese famoso ponche de huevo que Alexis me ha prometido que probaré muy pronto.

—¿Podemos decorar las ventanas esta tarde? —preguntan los niños.

—¿Decorar las ventanas? —repite Austin.

—Sí, ¡he pensado que podríamos adornarlas con una plantilla y espray efecto nieve! —digo —. Ya sé que no es como decorar el exterior, pero es una actividad divertida.

—Cuando era niño, recuerdo haberlo hecho en casa de unos amigos. ¡Fue una chulada! Buena idea, Liv —dice Alexis.

—Bueno, entonces, ¿podemos? —insiste Lia.

—Esta tarde, no. Tu tío y yo tenemos pensado salir.

—¿Qué vais a haceeer? —pregunta Tom.

—Pues verás, peque —dice Austin—, vamos a comprar lo que hace falta para nuestras actividades navideñas.

Una salida bastante inteligente y apropiada, más que decir abiertamente que vamos a comprar los regalos de Navidad. Gracias a la respuesta de su tío, Tom se da cuenta de que no es momento de preguntar y se va a su habitación.

***

Después de que Austin me pasara amablemente el abrigo y la bufanda y yo me embutiera en ellos, partimos hacia Times Square. El lugar es tan increíble como esperaba: en mis ojos se reflejan las brillantes y coloridas pantallas LED en las que se suceden un sinfín de anuncios publicitarios. ¡Hay tantísimas…!

¡Mi retina está KO!

Este lugar es puro bullicio. Aquí nada ni nadie está quieto, tranquilo ni paradito. La encrucijada del mundo (como la suelen llamar) es algarabía, música y color. Los superhéroes y los personajes famosos de dibujos animados andan por aquí, se hacen selfis con los turistas e interpretan sus papeles a la perfección. Hasta he visto a Superman con la vista al cielo, listo para despegar y aupando a una niña preciosa, como si fuera una princesita. Esa imagen me hace sonreír.

Para admirar el conjunto desde arriba, decidimos subir las escaleras rojas de la esquina de la calle 46 con Broadway. Austin desaparece durante unos instantes y yo me quedo a digerir la emoción del momento en plena calle. A mi alrededor, las parejas se besan apasionadamente, algunos curiosean por las tiendas y acaban saliendo cargados como mulas, y otros creen estar soñando, como si no pudieran asimilan la belleza del lugar. Como yo, vaya. Casi me siento en un

universo paralelo. Este sitio es gigantesco y estadounidense a más no poder, lejos de la elegancia parisina y de nuestras costumbres francesas. Atrás quedaron los edificios al estilo Haussmann[4], las molduras y los balcones de hierro forjado. Atrás quedó el cliché del abuelo con boina y la *baguette* bajo el brazo que lleva a casa los *croissants* que ha comprado un domingo por la mañana. Esto es otro continente: Estados Unidos en todo su esplendor y color, y con sus locuras, todo sea dicho. Es confuso pero increíblemente estimulante. Aquí todo es posible: todo está a nuestro alcance. Solo hay que atreverse.

Austin vuelve con una bolsa de Aigle y saca un gorro de punto blanco con un pompón en la parte superior.

—Se te ha olvidado el gorro, así que…

—Oh, gracias… Eres muy amable.

—¡Ahora sí que estás preparada para salir en Times Square! —dice y vuelve a sacar su sonrisa descarada.

Dios, esa sonrisa…

No entiendo inmediatamente lo que quiere decir, pero asiento y en cuanto noto el calorcito del gorro, sus palabras me parecen mil veces más convincentes. Le sigo y nos ponemos en una cola no muy larga. Austin aprovecha para decirme que, para salir en los enormes carteles publicitarios de la plaza, hay que comprar algo en la tienda. A cambio, nos harán una foto en las escaleras rojas y en unos quince minutos, la proyectarán.

¡Vaya con los de marketing…! ¡Es un ideón de los buenos!

Cuando nos toca posar, Austin me susurra algo al oído que no consigo entender por el ruido ambiente, pero ya no me importa. Levanto los brazos, saco los dedos índice y corazón en señal de victoria y dejo ver mi mejor sonrisa. Probablemente parezca una desquiciada, pero me trae sin cuidado.

Justo cuando el fotógrafo dice «¡Patataaa!» —qué idea más absurda la de sonreír mientras dices esa palabra—, Austin, que hasta entonces estaba detrás de mí, me agarra por la cintura y me levanta un par de centímetros del suelo. Dada nuestra diferencia de altura, tampoco es muy difícil.

Sorprendida, sonrío, y entonces se dispara el *flash*. Austin me devuelve al suelo. Nuestro momento solo ha durado un par de segundos, pero me quedo sin palabras de todos modos. Cara a cara, mirándonos fijamente a los ojos, debemos de ser de las pocas personas que permanecen inmóviles. Su cálido aliento me roza la mejilla, y con el frío que hace fuera, el vaho que expulsa se condensa en ella, fruto de nuestra cercanía.

Mi corazón late con fuerza, casi retumba en mis oídos. Las mejillas y la nariz de Austin, enrojecidas por el frío, le confieren un adorable aspecto infantil. Me mira fijamente a la boca y no puedo evitar morderme el labio inferior.

¿Va a besarme? ¿De verdad quiere hacerlo? Porque yo, sí. Ansío ese beso.

Me lo he imaginado varias veces. He fantaseado con la suavidad de sus finos labios, con el tacto de su barba contra mis mejillas o bajo las yemas de mis dedos. Por un instante, dejo de respirar. Su mirada es penetrante, ardiente, hechizante. Austin se acerca y su aliento me acaricia los labios. *Nuestro primer beso.* Sigue acercándose.

Me hace sentirlo todo y más.

—¡Patataaaaa!

Un nuevo *flash* se dispara y nos saca de nuestra quietud momentánea. El fotógrafo se ha

movido para sacar una foto a los siguientes, pero el reproche con el que se tiñe su mirada nos indica que estamos estorbando. Sorprendidos y un poco conmocionados por lo que casi sucede, Austin y yo salimos de ahí sin perder ni un segundo, bajamos las escaleras y organizamos nuestra tarde de compras. Unos minutos después, nuestra foto aparece en la pantalla gigante. Sonrío de oreja a oreja. Nos miramos: yo, risueña y feliz; él, con una sonrisa de diablillo muy sensual. Salgo en la foto en plan victorioso y, sin embargo, no se refleja por ninguna parte lo que casi ocurre después. En ella se ve la cabecita de Austin a la altura de mi cadera izquierda. Ambos llevamos los gorritos puestos.

—Tiene un aire muy espontáneo… —dice.

—Es perfecta.

Igual que él… —me susurra mi conciencia.

Me abstengo de añadir nada y nos quedamos mirando nuestra foto en silencio durante los pocos minutos que permanece expuesta antes de dirigirnos a la primera tienda de nuestra lista.

La inevitable (aunque muy turística) visita a la tienda de M&M's es un descubrimiento increíble. De repente, me siento un dibujo animado. Los colores y sabores son tan abundantes que me entra el mareo. Acabo eligiendo unos M&M's de chocolate negro para mí, de sabor a caramelo para Théa y de recubiertos de almendra para mis padres. También cojo dos bolsitas para Tom y Lia, para que las metan en sus calcetines navideños que ya cuelgan de la repisa de la chimenea.

Luego nos pasamos por Levi's para comprar unos vaqueros para Alexis (reconozco que me falta un poco de inspiración) y una cazadora vaquera para mi padre. Adora esta marca y estoy segura de que le encantará. En la tienda Disney, Austin encuentra un adorable peluche de *El Rey León*, una de las pelis favoritas de Tom. Yo me enamoro de una preciosa Bella Durmiente para la futura bebecina de Théa y Laurent. También echo el ojo a dos estuches estupendos en MAC, con barra de labios y una paleta de sombras de ojos cada una, que creo que les gustarán mucho a Holly y a mi madre. Las compras se alargan y necesitamos reponer fuerzas en el Starbucks antes de volver a la 5ª Avenida para completar el recorrido.

Es la avenida que siempre sale en todos lados, la que he visto una y otra vez en *Sexo en Nueva York* y *Gossip Girl*, ¡y ahora yo, Liv Perrin, estoy aquí, como si fuera Carrie Bradshaw o Blair Waldorf! *Qué pasada.* Cuando se me pasa la euforia del momento, sigo flipando, pero no me siento del todo a gusto. Es el mismo efecto que cuando paseo por la Place Vendôme de París o por la Croisette de Cannes: esa desagradable sensación de no encajar, de no estar en tu mundo, y de que los demás te miran por encima del hombro para hacértelo ver.

No obstante, aprovecho el momento y no digo nada. En su lugar, acompaño a Austin a Tommy Hilfiger, donde compra un trajecito de lord inglés para Tom, y luego a Diesel, donde le compra a su hermano un cinturón precioso al que luego añade una chaqueta de Giorgio Armani. Entramos en otra tienda con los brazos llenos de bolsas y entonces me doy cuenta de que estamos en Louis Vuitton.

Austin se dirige directamente a los bolsos. *¡Por fin un hombre con gusto!* Le sigo a paso de tortuga, casi avergonzada de estar aquí, maravillada por todo lo que me rodea. El olor a cuero de esta sección de la tienda me acaricia las fosas nasales con dulzura, y reconozco la música navideña que suena (una *cover* de Michael Bublé) a un volumen suave pero animado. Una dependienta se acerca. Con su traje femenino y sexi deja ver unas piernas interminables cubiertas por medias de rejilla. Es evidente que esta rubia con sonrisa de modelo no podría trabajar en otro sitio que en una *boutique* de lujo.

Austin no tarda en dejar claro que sabe lo que busca, y ella le enseña varias carteras, entre ellas una mediana con el estampado a cuadros de la marca, que él elige. Luego se dirige a los bolsos, donde yo estoy en estado contemplativo, o más bien, llenando el suelo de babas.

¡El Alma es divino! Esa curva elegante y femenina… Querido Papá Noel: ¡Prometo amarlo y apreciarlo hasta el día de mi muerte!

La dependienta se ríe discretamente cuando Austin le susurra algo al oído, luego asiente y sonríe con cortesía. Salimos de la tienda con la cartera para Holly y nos dirigimos inmediatamente a una *boutique* de Tiffany. Me resulta imposible dirigirle alguna que otra miradita (de todo menos discreta), que él capta rápidamente.

—¿Qué?

—Nada…

—Liv… ¿Qué pasa? —murmura.

—Que eres rico.

Austin no se inmuta ante mi comentario. A ver, no es que le enseñe nada nuevo, él lo sabrá mejor que yo. Eso sí, esperaba al menos que arqueara una ceja, y sin embargo, parece que mi respuesta le trae sin cuidado. Se le ve impasible.

—¿Es una pregunta? —dice finalmente.

—No.

—¿Te molesta? —me pregunta, algo inseguro.

—¿Que seas rico? Eso a mí no me incumbe.

—Entonces, ¿para qué dices nada?

—Es que no me había dado cuenta de lo rico que eras. Quiero decir, ya sabía que no teníamos el mismo nivel de vida, pero no me imaginaba que hubiera tanta diferencia.

—Eso es lo que me gusta de ti: todo esto te da igual. Desde que nos conocimos no me has preguntado sobre mi dinero, mi trabajo o la esfera en la que vivo.

—Bueno, pues ya que estamos, ¿a qué te dedicas?

—Estoy al mando de un par de empresas…

—Eso tiene mucha más clase que estar en el paro —bromeo.

Austin se ríe de mi coña y luego, a pesar de las muchas bolsas que cuelgan de sus brazos, me acaricia la mejilla y me dirige una sonrisa seductora. Ese gesto es tan delicado, tan poco calculado… Libre de segundas intenciones. Es una simple muestra de cariño.

¿Que si su sonrisa me hace sentir cositas? ¡Obviamente!

De repente, se oye un tono de llamada. Austin saca el móvil del bolsillo de su gabardina y, bruscamente, su rostro se transforma en una máscara helada con duras facciones.

Pero ignora la llamada.

---

[1] *N. de la T.* A diferencia de Chris, el protagonista de la peli de animación, que no es capaz de escuchar los cascabeles de los renos del trineo de Papá Noel porque no cree en la magia de la Navidad.

[2] *N. de la T.* Puré cremoso preparado a base de una emulsión de pasta de huevas de pescado (sobre todo de bacalao) en salmuera.

[3] *N. de la T.* En francés *bûche de Noël*, un postre a base de plancha de bizcocho, chocolate, dulce de leche, etc., y decorado en forma de tronco.

[4] *N. de la T.* Típica construcción de la capital francesa. Los edificios se construyeron entre 1852 y 1870 bajo la supervisión de Napoleón III y el prefecto Haussmann con el pretexto de reformar París para satisfacer las necesidades de la creciente población.

20

—¡Hoy toca ver *El Cascanueces*! —anuncia Holly con orgullo al irrumpir en el salón con tres entradas en la mano que blande como si fueran un arma de «satisfacción masiva».

Me cuesta procesar lo que dice. Lia, más espabilada que yo, se levanta del sofá de golpe y se pone a dar saltitos. Estábamos viendo un episodio de una de estas series *girly*[1] de moda antes de que llegara su madre.

—¿Cómo?

—Hoy vamos a dejar a los hombres de esta casa para disfrutar de un día de chicas. ¡Esta tarde vamos a ver *El Cascanueces* en el New York City Ballet!

—¿En serio? —digo con una enorme sonrisa que ilumina mi rostro.

—¡Ya lo creo!

—¡Flipo! ¡Me muero! —chilla Lia, a cuya alegría pronto se suma la mía.

¡Madre mía, estas Navidades están siendo una locura!

Me encantan los balés de Tchaikovsky. Recuerdo la primera vez que fui a ver *El lago de los cisnes*, una auténtica maravilla: gracia, lentejuelas y encanto a partes iguales. Pero no me puedo imaginar lo que es ver *El Cascanueces* en Nueva York. He tenido demasiada suerte en las últimas semanas. ¡Está claro que el karma me la va a devolver de una forma curiosa!

En cuanto informamos a los chicos, las tres nos dirigimos a disfrutar de un *brunch* en un local cerca del balé, donde todo está riquísimo. Me atiborro de tortitas con una cucharada de sirope de arce y *bacon* crujiente. Son, con diferencia, las mejores que he probado en mi vida. ¡En Francia no les hacemos ninguna competencia! Eso sí, los estadounidenses deberían dejarnos lo de hacer tortillas. ¡Así nos ahorraríamos sorpresas desagradables! A ver, no se les da tan mal cocinar, pero tienen platos muy pesados, por no decir grasos, y aun así, todo está bastante seco. En resumen, su cocina no es nada del otro mundo. Un pelín mediocre, de hecho.

Lia se ríe al verme comer con ganas.

—¡Ahora entiendo por qué mi cuñado perdió la cabeza por ti! —dice Holly entre risas al ver que se me forma un bigote de espuma de capuchino después de dar un sorbo a la taza.

—¡Todo en nuestra historia se reduce al café! —digo, incómoda.

Lia se levanta para pedir otro chocolate caliente con extra de nata montada y entonces me percato de la expresión de Holly, que esboza una sonrisita cómplice antes de volver a intervenir:

—Austin está colado por ti.

—Algo muy normal en una pareja, ¿no crees?

—Pero no sois pareja, ¿verdad? Faltan cuatro días para Navidad, ¿no crees que es un buen momento para admitirlo?

Me agito en la silla.

¿Qué es preferible, decir la verdad y traicionar a Austin o seguir hundiéndome en esta mentira y fingir descaradamente delante de Holly, a quien aprecio cada día más?

Siento que es como la hermana mayor que nunca tuve, pero que siempre soñé. No sé qué hacer. Su sonrisa, llena de amabilidad y buena voluntad, no tarda en convencerme.

—No se lo tengas en cuenta. Simplemente no quería que os preocuparais porque estuviera solo. Al principio solo quería que llenase su casa de espíritu navideño.

—Pero ¿por qué te dijo de quedarte en su casa?

—Porque hubo un error con mi reserva en el hotel y solo servía para una noche. Lo mío era un callejón sin salida, así que hicimos un pacto, un intercambio de favores: un techo a cambio de un poco de espíritu navideño.

—¿Durante todas las vacaciones? ¿Y Austin no pudo hacer nada con lo de la reserva?

—A ver, la radio no me devolvió la llamada…

—¿Qué radio?

Entonces decido empezar de nuevo y contarle lo sucedido con todo lujo de detalles. Sin mentiras. Lia llega justo entonces y me escucha atentamente, sin interrupciones. Cuando termino, Holly y Lia se quedan boquiabiertas ante la treta que hemos ideado entre los dos.

—¿Así que solo os conocéis desde hace trece días? —pregunta Holly, atónita.

—¡Qué romántico, por favor!

—Yo no diría «romántico», sino más bien… inesperado —admito.

—Hacía mucho tiempo que el tío Austin no sonreía así. ¡Y todo gracias a ti!

—Lia…

—Tiene razón, Liv —interviene su madre—. Conozco a Austin desde hace muchos años y es evidente que su cambio de actitud tiene que ver contigo. Te… aprecia mucho.

—¿Y tú le quieres?

—¡Lia! —la regaña Holly.

—¿Qué pasa? —responde la adolescente.

—Mi vida está en Francia, Lia. Además, entre Austin y yo no ha pasado nada. Le he cogido mucho cariño, pero seamos realistas, en siete días me vuelvo a casa. No dará tiempo a que comience nuestra historia.

—Bueno, no le hagas daño, por favor. Ya lo pasó bastante mal con lo de Allison… —añade Holly.

Lia asiente, pero luego pierde momentáneamente el interés en nuestra conversación y se centra en engullir su último *muffin* de arándanos y darle un trago a su chocolate.

—¿Qué pasó con ella?

Me hago la curiosa, porque reconozcámoslo, quiero saber qué pasó entre Austin y Allison, cuánto amor hubo de por medio y, sobre todo, cómo acabó todo. Y por qué.

—No me corresponde hablar de ello… Pero bueno, si te lo explicamos por encima tampoco haremos daño a nadie. Allá vamos: Allison y Austin se conocieron en una fiesta de Navidad en su último año de carrera. Fue amor a primera vista, pero luego la vida, el trabajo y las reuniones de la alta sociedad los separaron. A Allison cada vez le interesaban más las fiestas y la vida social. A esa chica le gusta que la miren y pertenecer a cierta clase social, mientras que a Austin le importa un bledo, como ya te habrás dado cuenta. Tiene mucho dinero, pero no le da más importancia de la que tiene. Sus conversaciones sobre el tema se volvieron cada vez más tensas, y entonces Austin se marchó a Francia por un contrato esencial para la empresa que se volvió eterno una vez allí.

—¿Cuánto tiempo estuvo en Francia?

—Casi un mes. Pero Allison llenó perfectamente el hueco de su ausencia. Básicamente, empezó a quedar con uno de los colegas de Austin: su mejor amigo de la universidad, para ser exactos. Como volvió a casa sin avisar, se los encontró pasándoselo bien bajo las sábanas de su

piso, que por cierto, no estaba muy lejos de aquí.

—Ay, Dios…

El clásico caso del tío que vuelve demasiado pronto de un viaje de negocios y su novia le da la bienvenida con una infidelidad. ¡Vaya joya…!

—Después de eso, vendió el piso, compró la mansión, mandó a tomar viento a su mejor amigo y lo despidió. Durante semanas, incluso meses, Allison le suplicó que volviera. Desde entonces, Austin se ha encerrado en su trabajo. Yo diría que hasta se deja la piel en ello.

—¿Cuánto hace de eso?

—Pues hará dos años. En Navidad.

Oh, ya veo…

Ahora entiendo por qué tiene tan poco aprecio a las fiestas. ¡Todo cobra sentido al fin! Esta época del año le trae malos recuerdos (bastante recientes, por cierto) que acaban con la magia del momento. Puede que la Navidad sea una fiesta que promueve el amor en abundancia, pero a él le rompieron el corazón y lo perdió todo en estas fechas.

Es bastante irónico, pero no tanto como mi vida, y eso que a mí no me han dejado tan chafada…

—Espera, que hay más —añade Holly.

Lia levanta la cabeza. A Holly le brillan los ojos, pero no parece haber mucha alegría en ellos. *¿Qué más se puede añadir a un corazón roto?* Antes de conocer la respuesta, ya se me parte el alma por Austin. Se me encoge el corazoncito. Ahora entiendo que la distancia que interpone entre él y los demás no es más que un escudo, una forma de protegerse y evitar que le hagan daño. Reacciona como yo muchas otras veces, como casi todo el mundo. No se le puede culpar por ello.

—¿Qué más pasó…?

—El año pasado, Alexis y Austin perdieron a alguien, y para no variar, fue en Navidad.

—¿Perdieron a alguien?

—A los abuelos… —añade Lia con un hilo de voz y una expresión de profunda tristeza en el rostro.

—Perdimos a mis suegros en un accidente de coche. Estaban volviendo a casa tras celebrar las Navidades con nosotros.

—¡No, por favor…!

—Estas últimas Navidades no han sido las mejores, sobre todo para Austin. Alexis y yo estuvimos semanas pensando que se negaría a pasarlas con nosotros este año y casi tuvimos que imponérselo. Queríamos que estuviera con nosotros y los niños.

—Lo siento mucho… Sé que es una frase tonta, pero es que nunca se me ocurre qué decir en momentos así… No hay nada que considere apropiado.

—No pasa nada, Liv, no te lo reproches. Solo quería que supieras que Austin no siempre fue así. Es solo que… los últimos años le han pasado factura.

—Pero tú eres la novedad… —dice Lia, sonriendo más que nunca.

Cualquiera diría que soy un rayito de sol para esta familia. Sin presión, ¿eh, chicos?

Terminamos nuestro *brunch* con un tema de conversación más alegre, pero no consigo dejar de darle vueltas a lo que he descubierto. Es como si ese pensamiento se arraigara en mi mente. Mi deseo de que Austin redescubra la magia de la Navidad no es imposible, ¡pero Papá Noel juega con mucha desventaja!

[1] *N. de la T*. Para chicas.

21

Faltan tres días para Nochebuena. Aquí, en Nueva York, todo son prisas. Esta mañana, los niños y yo hemos decorado las ventanas con plantillas y un espray efecto nieve. Se han esforzado mucho y los tres nos lo hemos pasado pipa. Alexis y Holly, por su parte, han ido de compras para empezar a cargar la comida para las fiestas.

Parece que las frenéticas idas y venidas a la mansión no tienen fin. Pero cuanto más tiempo pasa, más se cierra Austin. No me sorprende, teniendo cuenta su pasado, pero me fastidia y no soy la única: a Tom y Lia también les pasa. Intentan no demostrarlo, pero a mí no me engañan. Austin solo sale de su guarida (es decir, de su despacho) para comer. E incluso entonces, ¡es casi como si le obligaran a salir!

¡Esto no puede seguir así!

Harta de su actitud, me dirijo a su despacho. La puerta está entreabierta y reconozco enseguida la voz de mi anfitrión. Está tenso; me atrevería a decir que cabreado. Parece que está hablando por teléfono. Oigo gritos. En realidad, esta conversación no es asunto mío, pero mi curiosidad me impide darme la vuelta y respetar su intimidad. Cuando algo no nos incumbe es cuando más interesante se vuelve, ¿no?

—¿Por qué me llamas otra vez? ¡Pensaba que te lo había dejado bien clarito! —Como no ha puesto el móvil en altavoz, no oigo lo que dice la otra persona y mi frustración va en aumento. *¿De qué estarán hablando?*—. No quiero que vuelvas a ponerte en contacto conmigo. ¡¿Qué pasa, no te basta con eso?! Te quiero fuera de mi vida de una vez por todas. No quiero volver a saber de ti. Fue un error, punto.

Austin cuelga con agresividad. Por un momento dudo si llamar a la puerta y hablar con él. *Tal vez debería esperar a que se desahogue…* Al final, llamo y entro sin esperar su permiso.

—¿Puedo?

Austin gruñe con todas sus fuerzas. Está de pie frente a la silla de su escritorio, apretando los puños contra el respaldo. Está tenso a más no poder, pero incluso así de enfadado, me parece que está como un queso. Viste un traje de los caros. Debe de haber tenido una reunión a distancia, si no, ¿a qué viene tanta elegancia? También lleva el pelo engominado. Por el momento, parece que se le ha pasado el mosqueo. Sin embargo, cuando me mira, sigo viendo a ese hombre autoritario y frío con una arrogancia imposible de disimular. Me escruta como si yo no fuera más que una mota de polvo que se desvanece en un abrir y cerrar de ojos. Su mirada oscura y melancólica se me clava en el alma. De pronto, algo se quiebra en sus ojos y sus labios se curvan ligeramente hacia arriba en una sonrisa apenas visible.

—¿Querías algo?

—Pues… saber si podrías estar un rato con nosotros. Vamos a hacer bolas de nieve. A Tom y a Lia les encantaría que hicieras algunas con ellos. Te echan de menos ahí abajo.

Mis últimas palabras le azotan con brusquedad. Austin deja caer los hombros. Me odio por intentar ganármelo apelando a la culpa, pero estoy segura de que un enfrentamiento directo no mejoraría las cosas. Así que, dispuesta a usar las armas que tengo en mi poder, le enseño una

sonrisilla apenada.

—Esto… ahora no es un buen momento —dice.

—La Navidad siempre es buen momento para compartir.

—No para mí.

—¿Por qué no me cuentas lo que te preocupa?

—Liv…

Se está conteniendo. Por primera vez desde que lo conozco, su mirada es inestable. Quiere evitarme, esquivar una conversación sobre un pasado que ya conozco. Me gustaría decirle que no tiene nada que temer, que no le juzgaré, que puede contarme cualquier cosa y eso no cambiará nada. Me gustaría cogerle de la mano y mirarle a los ojos para que viera que todo esto es sincero. Pero yo no soy así. No me siento cómoda con el contacto humano. Se me da bien escuchar a mis seres queridos, pero no sé cómo consolarlos y darles la atención o la ternura que esperan. No sé qué hacer ni qué decir, y por eso mismo, le miro y sonrío con dulzura.

Austin señala el sofá de terciopelo burdeos frente a la estantería. Nos ponemos cómodos y pronto se instaura un silencio entre nosotros. A través de la ventana, veo la lluvia caer sobre la ciudad y el cielo volviéndose gris —casi negro— en algunas partes. El tiempo se amolda a la perfección al estado de ánimo de Austin. Pasan un par de segundos, pero este no se anima a hablar y empiezo a pensar que probablemente debería volver al salón y dejarle solo.

¡No voy a amenazarle con sacarle las tripas si no quiere contármelo! A no ser que…

—No me gusta la Navidad —empieza.

—Ya me había dado cuenta…

¡Déjate de sarcasmo, Liv!

Joder, parece que hasta mi conciencia está de parte de Austin. El sarcasmo es mi forma de lidiar con los problemas. Rara vez es bien recibido, ¡pero sienta tan bien…! Sin embargo, la expresión de su cara me dice que no siga por ahí. No he tenido mucho tino. ¡Más suerte la próxima vez!

—Desde hace dos años, la Navidad para mí es el antónimo de dar amor, compartir y ser feliz.

¿Debería decirle que lo sé? ¿Que Holly me lo ha contado todo?

Casi prefiero que Austin esté a gusto. Al fin y al cabo, si me lo cuenta es porque confía en mí; de lo contrario, no estaríamos aquí.

Entonces continúa:

—El último año de uni me enamoré de una chica estupenda. Se llamaba Allison. No estaba en la misma facultad que yo, pero nos conocimos en una fiesta antes de las vacaciones de Navidad. Ella era tan alegre, siempre sonriendo… y yo era joven y apasionado, así que pensé que lo nuestro duraría para siempre. Hasta que le apeteció acostarse con mi mejor amigo…

Austin rechista y vuelve a apretar los puños, esta vez en su regazo. La traición aún le pesa: es una carga en su corazón. Puede que incluso aún quiera a Allison. La ruptura es aún bastante reciente. En la vida, dos años se pasan volando, en un suspiro, en un batir de alas.

¿Todavía la querrá? ¿Habrá pensado en volver a verla?

—Pero eso fue hace dos años —continúa—. Luego el trabajo ocupó casi todo mi tiempo. El año pasado celebramos la Navidad en familia en casa de Alexis y Holly. Lo pasamos muy bien: Tom alucinó con la bici con ruedines que había pedido y a Lia le trajeron un llamativo iPod rosa del que no podía apartar los ojos. El día veintiséis, mis padres volvieron a casa. Yo estaba trabajando. Cada vez que consideraba que había cumplido con un compromiso familiar, me daba por huir. Ese día, sin embargo, fue la última vez que vi a mis padres. Los atropelló un conductor

borracho que circulaba demasiado rápido y murieron en el acto. Aparentemente, no sufrieron. Me alegro de que fuera así, pero no fue lo mismo para todos…

Su voz se vuelve ronca y me estremezco ante los sentimientos que despierta en mí. Austin intenta mostrarse distante, pero no engaña a nadie. Está tenso: todo en su postura indica que está abrumado por el dolor y apenas me atrevo a respirar.

—No tenía ganas de celebrar la Navidad este año —continúa—. Alexis y Holly me obligaron. Me pidieron que lo hiciera por mis sobrinos, pero sospecho que les preocupa que me aísle. Alexis aún no lo ha superado, pero está rodeado de gente, así que lo disimula mucho mejor que yo. Cuando te conocí, te pedí que esparcieras el espíritu navideño por mi casa para tranquilizarlos, y luego te pedí que fingieras ser mi novia por la misma razón. No fui sincero contigo, lo admito.

—No nos conocíamos. No tenías por qué hablarme de tu dolor, de la pena y los malos recuerdos que te trae la Navidad.

—Tú haces que todo brille, Liv…

—¿Perdón?

—La Navidad es más brillante ahora que estás aquí con nosotros, esparciendo tu magia en cada rincón de la casa… y de mi vida.

—No he hecho gran cosa.

—Desatas sonrisas y creas recuerdos. Este año has hecho de sobra.

Sus palabras me conmueven. Nunca pensé que significara tanto para esta familia. Este año pasaremos la Navidad juntos, pero me da que es mucho más que eso: compartiremos nuestra intimidad, nuestros pensamientos y emociones, todo aquello que intentamos ocultar al resto del mundo para protegernos o porque así lo hemos hecho siempre. Juntos, sin embargo, nos comportamos con naturalidad y nos hacemos bien los unos a los otros. Austin ya no es ese hombre estúpido y odioso al que conocí un día cualquiera, y cuanto más lo pienso, más le aprecio.

¿Solo le aprecias…?

—Prometí que no trabajaría más —añade Austin—, pero es más fácil encerrarme en una habitación lejos de los demás que obligarme a sonreír delante de mis sobrinos y mi hermano. Me he comportado como un imbécil —dice con esa sonrisa de niño malo que tan bien le sienta.

—¡Menos mal que la imbecilidad tiene cura! —digo, burlona.

—¿Me dirás cuál es? —dice, poniéndose de pie y tendiéndome la mano.

Le cojo de la mano y me ayuda a levantarme con una sonrisa en los labios. Siento que está a punto de decir algo más. Se hace un leve silencio en el despacho y entonces oímos un estruendo seguido de un grito infantil. Corremos hacia donde están Tom y Lia, preocupados.

La cocina es un caos. ¡Hay cosas por todas partes! Parece que los niños querían hacer chocolate caliente para merendar, lo cual es un bonito detalle si ignoramos la cocina hecha unos zorros y al glotón de Tom, al que se le ha enganchado la lengua en la varilla cubierta de chocolate. Lia, imperturbable, con los brazos en jarras, le da lecciones morales como si la hubieran forzado a hacer de mamá antes de tiempo. Ante esta escena, no consigo contener la risa, y Austin acaba igual que yo: riéndose bien a gusto. Los dos niños nos miran, ligeramente escandalizados, como diciendo «¿De qué se ríen?», lo que nos hace reír aún más. Tom sigue con la boquita abierta y la lengua aún metida en la varilla.

—¡*Ta* caliente! ¡*Be* hace pupa! —gimotea el pobre.

—Ahora vamos a tener que cortarte la lengua… —le advierte Lia, que tiene ganas de

chinchar.

—Liiiiiia… —gruñe Austin.

Esta pequeña reunión familiar en la cocina me hace reír mucho. Me veo a mí misma de niña, riñendo con mis primos y echándonos la culpa los unos a los otros delante de nuestros padres. ¡Cuando eres niño, las travesuras son el mejor pasatiempo!

Austin se acerca a Tom y separa los hierros de la varilla para liberar la lengua del pequeñín, mientras que Lia, estropajo en mano, ya ha recogido y se ha puesto a fregar. *Madre mía, ¿son todos los niños así de obedientes*? *Porque si no lo son, me apunto…* Bueno, quizá sea Austin, que ejerce un superpoder sobre sus sobrinos. Cuando están con él, escuchan todo lo que les dice.

¡Es una hipótesis más que plausible!

Estoy totalmente absorta en mis pensamientos. Mi móvil suena de repente en el bolsillo trasero de mis vaqueros, pero antes de que pueda descruzar los brazos, Austin me lanza un paño a la cara y se ríe.

—¡Estás empanada! Te está sonando el móvil. ¿Qué tono de llamada es ese? ¡Es horrible! —se burla.

Sí, mi tono de llamada varía dependiendo de la época del año. Ahora mismo, es *Have Yourself a Merry Little Christmas*. Amo locamente la Navidad, ¡y eso se refleja en mi tono de llamada! Mando a Austin a freír espárragos para mis adentros. Se lo diría, pero por la forma en que se ríe de mí, creo que es una batalla perdida.

Bueno, que critique todo lo que quiera…

Cojo el móvil y salgo de la cocina. Descuelgo sin comprobar siquiera quién me llama.

—¿Diga?

—¿Cariño?

—¿Mamá? ¿Cómo estás?

—¿Y tú, cariño? ¿Qué tal por Nueva York? Sentimos no poder llamarte más, pero es que no tenemos mucha cobertura por aquí.

—No pasa nada. ¡Todo va genial! La ciudad es mágica y está cubierta de un manto blanco. ¡Hacía tanto tiempo que no vivía una Navidad con nieve…! Y bueno, ya te lo dije en mi mensaje, pero… me he hecho amiga de una familia encantadora que me ofreció pasar la Navidad con ellos para que no tuviera que celebrarla sola.

¡Mentirosa!

Y ahí la tenemos, la cantinela de siempre: «Mentir está mal, Pinocho tenía la nariz larga por ello y Papá Noel te va a poner en la lista de los niños malos». Me saca de quicio por momentos, pero luego me digo a mí misma que contar los detalles sobre cómo conocí a Austin, mi mala suerte con la reserva, la farsa de la parejita feliz y el hecho de que me lata el corazón como un condenado por un hombre del que voy a despedirme dentro de seis días… en fin, no es necesario. Después de todo, mi madre es la definición de mamá pato, y sé que podría lanzarse a una argumentación por puntos, con tesis, antítesis y síntesis. ¡Con ella, todo es posible! Así que, por el bien de las dos, prefiero no extenderme demasiado con todo lo que está pasando.

Con ganas de salir del paso y charlar de otra cosa, me dirijo a la biblioteca y me acomodo en el sillón que tanto me gusta, frente a la chimenea.

—¿No te sientes demasiado sola, cariño? —pregunta mi madre.

—¿No es una pregunta que deberías haberte planteado antes de irte con papá en esta época del año?

—Liv… —murmura, dolida.

Perversa.

Así me siento. Cuando me dijeron que se iban, no les reproché nada, al menos no a ellos. Por dentro echaba humo. Estaba decepcionada y enfadada a partes iguales. Pero para variar, no dejé ver mis sentimientos. Lo mío es lamentarme sola. Es bastante frustrante para los que me rodean, que no entienden por qué me encierro en mí misma y me lo callo todo, pero es que no consigo hacerlo. Me da pánico abrirme a los demás, decirles lo que siento, decir «te quiero».

En fin, aun así, estoy enfadada conmigo misma por haber clavado esa espinita a mi madre. No quiero jugar con su culpabilidad. Me alegro mucho por ellos, y más después de tantos años ocupándose de su hija y privándose de ciertas cosas por mí. Además, mi Navidad promete. Estaré contenta y en familia, lejos de la soledad a la que creía que tendría que enfrentarme.

—Tu padre y yo no queríamos hacerte daño…

—Mamá, no te culpo. Lo he dicho con cierto reproche, pero en realidad, no lo hay. Me alegro mucho de que ambos os hayáis alejado de la rutina y de que estéis disfrutando de unas fiestas especiales para vosotros. No me sienta mal que os hayáis ido y no me arrepiento de estar aquí.

—Se te oye feliz y realizada, Liv. Hacía tiempo que no notaba esa sonrisita en tu voz…

Mi madre hace que me emocione. Tiene razón: durante meses he estado refunfuñando, dándole vueltas a las cosas y aislándome poco a poco. El hecho de que ella vea que las cosas han cambiado y que estoy mejor me alegra el corazoncito, porque es cierto: me siento mejor, más feliz y lejos de las preocupaciones del día a día.

—¿Cómo va el crucero por el Mediterráneo? ¿Le está gustando a papá?

—Tu padre se pasa el tiempo bebiendo cócteles y sacando fotos. ¡Lo está disfrutando tanto como yo! En Nochebuena estaremos en Grecia, en las Cícladas.

—Va a ser chulísimo, no lo dudéis. Mucho más calorcito que donde estoy yo… —me río.

—Bueno, eso es bastante fácil. Y dime, ¿has conocido a un chico guapo? ¿Por eso estás de tan buen humor?

Me lo esperaba, la verdad…

Mi madre es una cotilla incorregible y está enamorada del amor. Uno de sus mayores sueños probablemente sea verme feliz en pareja y con niños a los que mimar. Podría volver a mentir, pero me conoce demasiado bien como para que se lo crea. Al fin y al cabo, ¡fue ella quien me trajo a este mundo! No puedo ocultárselo: tiene derecho a saber quién ocupa mi corazoncito.

—Puede que sí…

—¡Oooooh! —exclama—. Cuéntame más, anda.

—¡No, so chismosa!

—Oye, ¡que soy tu madre!

—Pues eso. Te conozco y me vas a dar la tabarra. Pero no te hagas ilusiones, no es nada del otro mundo.

—Cariño…

—Bueno, mamá, te dejo. Tengo que hacer bolas de nieve con los niños. Dale un beso a papá de mi parte. Hablamos el veinticuatro, ¿vale?

Nos mandamos un último beso antes de colgar. Echo de menos a mis padres, pero de una forma reconfortante, no dolorosa. Nuestra conversación me recuerda lo importante que es estar bien acompañado y tener a alguien que te quiera, aunque tus seres queridos no estén siempre tan cerca como te gustaría…

No me malinterpretéis: no va con doble sentido.

22

—¿Y cómo lo hacemos? —pregunta Austin, curioso.

Mientras hablaba por teléfono con mi madre, sus sobrinos y él han ordenado y limpiado toda la cocina, y como recompensa, ahora están merendando. Chocolate caliente y galletitas hechas con cariño. Me uno a ellos, picoteamos y charlamos. Tom no aguanta más y pide a gritos que nos pongamos con el taller de bolas de nieve.

¡Pues ale, Liv, a sacar los ingredientes para las manualidades!

Empezamos con tarros de cristal (yo suelo utilizar los de mermelada), y luego pasamos a la nieve artificial, la purpurina y un popurrí de figuritas: renos, muñecos de nieve, animales del bosque y un Papá Noel. Lo ponemos todo junto en la mesita del salón y entonces nos sentamos en corro. Explico el proceso, y finalmente, cada uno elige sus figuritas.

—Liiiv, ¿tú hacías muchas cuando eras pequeña? —me pregunta Tom.

El peque está pegando un arbolito junto a un Papá Noel en la tapa de un tarro de mermelada. Lia y Austin también están concentrados en su tarea.

—No, Tom, no hacía esto muy a menudo, pero todos los años mi madre y yo creábamos un adorno juntas. Era una tradición nuestra.

—¿Y qué cosas hicisteis? —pregunta Lia, dispuesta a unirse a la conversación.

—Un año, cuando todavía estaba en el instituto, mi madre consiguió unas ramas grandes de abeto e hicimos una especie de adorno de pared con cintas doradas y bolas rojas. Quedó muy bonito cuando lo colgamos de la barandilla de la escalera.

—Halaaa…

—¿Y qué más? ¿Qué más?

La emoción de Tom me hace reír, pero me aguanto la carcajada para contestarle. Al igual que todos los niños, estos dos hermanos disfrutan de las anécdotas y tradiciones.

—Una vez hice árboles de Navidad con servilletas verdes. Fue un auténtico suplicio, ¡fijo que me cargué unas diez u once servilletas antes de conseguirlo!

—¡Pero seguro que luego quedaron chulísimas! —se entusiasma Lia.

—¿Por qué no se lo proponéis a Holly? —dice Austin—. Es la encargada de decorar la mesa y estoy seguro de que le encantará la idea. ¡Bueno, siempre que estéis dispuestos a doblar como locos, claro está!

—Tom y yo podríamos ayudarte… —añade Lia.

—Sí, ¿por qué no? —contesto—. Me gusta cómo pensáis. ¿Vais a decorar la mesa con colores tradicionales?

—Sí, papá nos hace votar. ¡El año pasado fue con naranja y dorado!

—Seguro que quedaría precioso.

—A mí me gusta el rojo, como… ¡como Papá Noel!

—Tienes razón, Tom, a mí también —añade Austin—. ¡Así nos aseguramos de que venga!

El anfitrión de la casa me guiña un ojo y luego seguimos con nuestras bolas de nieve. Cuando llega el momento de pegar un poco de nieve en la base para darle un toque más invernal, Tom

estornuda y lo llena todo de nieve artificial. Todos nos reímos a carcajadas hasta que la cosa degenera y empezamos a esparcirla por todas partes a base de soplidos. *¡En fin, qué se le va a hacer…!* Me resulta muy divertido. Los niños me arrinconan, Austin me pilla por banda y entonces mi larga melena castaña se llena de pequeños copos.

Cada momento que paso con ellos es pura alegría. Siento que poco a poco vuelvo a la vida. *¡Adiós, chica hastiada!* Me noto mucho más amigable, y ¿qué leches? Eso es bueno, ¿no?

—¿Y ahora qué?

—Ahora, Lia, vertemos agua destilada en el tarro y le echamos la glicerina.

—¿Cuánta le echo?

—Teniendo en cuenta el envase, no más de una cucharada.

—¿Puedo poner purpuuu…? —pregunta Tom.

—Claro que puedes. Y tú, Lia, ¿prefieres purpurina o nieve?

—¡Nieve!

Siguiendo las instrucciones al pie de la letra, cada uno de nosotros termina cuidadosamente su bola de nieve. Austin sugiere colocarlas en la repisa de la chimenea para rematar decoración, y los niños parecen encantados.

Dejamos las manualidades a la vez sobre la repisa, y el roce de nuestras manos me electriza. Con una delicadeza admirable, Austin me estrecha la mano y se la lleva a los labios para darme un suave beso. Sus labios están calientes y mi cuerpo, prácticamente en ebullición. En sus ojos brillan las luces del espumillón que decora la chimenea. Se me acelera el pulso. Este hombre me hace sentir de todo menos indiferencia. Me falla el cuerpo ante la insistencia de su mirada. Todo en él me atrae. Su sonrisa pícara deja ver una vez más ese pequeño hoyuelo y…

¡Maldita sea! Lo que me faltaba para perder el control… Yo, una chica con el corazón de piedra, me derrito como un bomboncito al sol. Joder, soy débil… O quizá sea él, que me hipnotiza.

Austin repite el gesto, pero esta vez en la palma de mi mano. Sus labios me acarician y desprenden calor y erotismo. Más que sensual, el juego de Austin se vuelve sexual, y aunque se trate de un gesto discreto y casto, todo mi cuerpo se vuelve loco y cobra vida propia con un fuego abrasador. Me muerdo el labio inferior, incapaz de permanecer serena.

—Pero… —me atrevo a decir.

—Chis… —me manda callar.

Hace un rato que los niños abandonaron el salón y no podría alegrarme más. Me siento como si participara en una escena no recomendada para menores de dieciocho años. Desde fuera, no parece que ocurra nada especial, pero por dentro, es como si sus promesas silentes me transportaran a otro mundo.

Austin se acerca a mí despacio. Casi puedo sentir el calor de su cuerpo. Su perfume me embriaga. Posa sus ojos en la curva de mi cuello, en los hombros que mi jersey ha dejado al descubierto. Su aliento roza mi piel con cada respiración. Austin me acaricia la mejilla con la punta de los dedos y luego me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Finalmente, me dedica una sonrisa y yo me derrito un poco más, si es que es posible.

—¿Te gustaría hacer algo conmigo esta noche? —me susurra.

—¿El qué?

—Es una sorpresa.

Me muero por decirle que sí. Me muero de ganas de que me bese, de que me tome en sus brazos.

Joder, va a besarme, ¿verdad?

Pero lejos de que suceda, sonrío con cara de tonta. Austin quiere tener una cita conmigo. O eso parece, ¿no? Este hombre dulce, amable y sensual me ha dicho de salir los dos solos, o sea que cumplo los requisitos para una cita con un tío megacañón.

¡Dios, Dios, Dios, tengo una cita con Austin! Bueno, eso será si accedo a que me dé esa sorpresilla…

—Vale, me apunto.

—Parece que tenemos una cita, entonces. ¿Quedamos después de cenar en el vestíbulo?

—*Sip*.

Mis respuestas son dignas de una niña de siete años. *Lamentable. ¡Me desesperas, Liv!* En fin, no puedo hacerlo mejor. Austin me hipnotiza y me hace sentir la tontaca suprema. Su sonrisa de malote me hace pensar que sabe cómo me pone y que lo disfruta. Su puntito arrogante vuelve a la carga y, justo cuando se agacha para susurrarme algo al oído, la puerta principal se cierra de golpe.

—¡Somos nosotros! —anuncia Alexis.

—¿Quién si no vendría a tocarnos los huevines? —murmura Austin en respuesta a su hermano, que no puede oírle.

Me río entre dientes y me alejo de él para recuperar la compostura. Como si no hubiera pasado nada, Austin se reúne con su hermano y Holly y entabla una conversación en la que no pongo ningún interés. Aún estoy demasiado alterada por lo que acaba de ocurrir.

***

Como habíamos acordado, después de cenar, abrigada con mi chaqueta de plumas, mi bufanda y mi gorro, espero a que Austin se reúna conmigo para llevarme a saber dónde. Estoy un poco nerviosa y no dejo de temblar. Me froto las manos para relajarme, pero no sirve de mucho. No sé qué habrá planeado Austin, pero estoy deseando averiguarlo. Me dijo que era una sorpresa, pero ¿qué clase de sorpresa? Que yo acabara en esta ciudad ya es una sorpresa como tal. *¿Me habrá comprado un regalo?* De ser así, me enternecería. En realidad, yo también he reservado un detallito para él en una *boutique*. Así lo pondré debajo del árbol para agradecerle lo que ha hecho por mí. Además, me apetecía.

Como llevo ochenta capas de ropa, me entran los sudores mientras le espero. Hace mucho calor en la mansión y el cambio de temperatura que me espera en el exterior va a ser duro.

—¿Estás lista?

Austin aparece con su gabardina Príncipe de Gales y su bufanda roja. Ese pequeño toque de color le hace estar aún más guapo. Se ha atrevido a salir de su zona de confort, como si fuera un hombre nuevo. Sonríe y me tiende el brazo, al que me agarro sin dudarlo.

—¿A dónde vamos?

—¿Tienes algún problema con las sorpresas?

—No especialmente…

—Entonces lo tuyo es impaciencia crónica, ¿me equivoco?

—*Nop*.

—¿Y una curiosidad insospechada?

—Eso sí. Además, de verdad —me río, porque entiendo perfectamente a lo que se refiere.

—Bueno, ¡pues vas a tener que esperar y descubrirlo por ti misma!

—Vale, lo pillo.

Para variar, no cogemos el coche, sino que llamamos a un taxi. Austin me abre la puerta y me deja subir sin mediar palabra. Le da al conductor una dirección muy concreta para que no pueda adivinar adónde vamos. Ha pensado en todo.

¡No podría estar más frustrada ahora mismo!

Descarto un par de opciones y llego a la conclusión de que esta no es una cita normal. Ya hemos cenado, así que no vamos a ir a un restaurante. Además, son las ocho y es de noche, así que las posibilidades son limitadas, aunque estemos en la ciudad que nunca duerme.

Mirando por la ventanilla del taxi, admiro Nueva York y sus luces y me permito no pensar en nada, simplemente relajarme. Al fin llegamos a nuestro destino: nos bajamos en una esquina en la que confluyen dos calles y oigo villancicos a lo lejos. No tardo en reconocer el más emblemático de todos. Sigo a Austin y camino hacia el lugar del que proviene la música. Lo que descubro me deja sin aliento: Estamos en Rockefeller Center.

El árbol de Navidad es enorme e imponente. Está adornado con bolas rojas, verdes y doradas y las luces son magníficas. Debe medir más de veinte metros. ¡Es increíble! La estrella de arriba del todo brilla intensamente y no puedo sino admirar su esplendor como una niña conquistada por la magia de la Navidad. Me deslumbra este enorme abeto erigido sobre una inmensa pista de patinaje. Allí, jóvenes y mayores se deslizan en distintos grados de soltura. Sus risas son contagiosas. Cuando me vuelvo hacia Austin, me doy cuenta de que no está mirando la pista de hielo, ni el árbol, ni siquiera a los transeúntes. Me está mirando a mí. Sus ojos brillan como las exquisitas burbujas de un buen champán.

—¿Te gusta?

—¡Es increíble!

—Pensé que, después de lo que has hecho por nosotros, te tocaba a ti disfrutar de la magia de la Navidad…

—Gracias.

Me lleva hacia la pista de patinaje, pero enseguida echo el freno. Me mira burlón, con ese delicioso puntito de arrogancia.

—¿Tienes miedo?

—¡Para nada! Digamos que no siento la necesidad de demostrar mis habilidades de patinaje…

—¿Esa es tu excusa para rechazarme?

—¡Que no te estoy rechazando! Esto… yo…

—Tranquila, Liv. Solo te estoy mareando.

—¡Tienes un don para hacerlo!

—Venga, ven. Tengo un plan B.

Me atrae hacia él y caminamos hacia un edificio monumental. ¡La inmensidad de esta ciudad va a hacer que pierda la cabeza!

Y yo que creía que la Torre Eiffel era gigantesca…

Entramos en una torre, cogemos un ascensor cuya subida se vuelve eterna y entonces lo entiendo. Estamos subiendo al Top of the Rock, el mirador con las mejores vistas de Nueva York. Tres terrazas en diferentes plantas ofrecen una panorámica espectacular de 360°. Austin sube por una escalera estrecha y ligeramente escondida hasta la tercera terraza y yo le sigo. No hay cristales ni rejas que estropeen la vista. Me siento literalmente en la cima del mundo.

¡Y vaya mundo…!

Desde aquí se ve toda Nueva York. El árbol que hay justo debajo parece de repente mucho menos descomunal, los patinadores no son más que puntitos negros en movimiento y el Empire State Building se yergue orgulloso ante nosotros. El viento helado me produce un escalofrío. La vista es increíble, pero… Jesús, ¡vaya rasca! Sin decir nada, Austin se quita la bufanda y me cubre los hombros con ella.

—Te vas a morir de frío… —le digo.

—No mientras mi rayito de sol esté cerca.

¡Mayday, mayday! ¡Se me va a salir el corazón del pecho! ¡Que alguien me explique a qué viene eso! ¿Lo dice por ser amable? ¿O es algo mucho más profundo?

—¿Qué te parecen las vistas? —me pregunta.

—¡Impresionantes! He de decir que prefiero no asomarme mucho. Me siento un poco intimidada, totalmente paralizada por la altura, pero la vista hacia el frente es espléndida.

—Pues habrá que volver de día para que lo veas a otra hora…

Justo cuando empiezo a castañear los dientes —ni siquiera su bufanda ha podido evitarlo—, Austin se arrima a mí y me abraza, apretando su torso contra mi espalda. No puedo moverme, pero tampoco quiero hacerlo. Su calor me envuelve suavemente, su olor impregna mi ropa, me raspa la mejilla con la barba y siento que… me voy a desmayar.

Ya estamos otra vez.

—¿Volverías por mí? —le pregunto.

—Siempre —responde.

Mi respiración se acelera. Siento las manos de Austin en mis brazos y su cálido aliento en mi piel. Una conexión tierna y húmeda se establece entre nosotros cuando posa prácticamente los labios en mi oreja.

¿Cómo sabe que ese es uno de mis puntos débiles? ¿Se ha leído mi manual de instrucciones o qué?

Austin deposita unos besitos cálidos en mi piel, como una abeja pecorea en una flor. No lo aguanto más: giro la cabeza y le miro a los ojos. Me invade un torbellino de sensaciones. En sus ojos veo una impaciencia equiparable a la mía, un arrebato de pasión que fluye como un torrente por nuestros cuerpos, todas esas palabras que nos guardamos para nosotros y jamás hemos pronunciado.

Pero todo eso queda atrás. Ahora damos pie a la espontaneidad.

La tensión es palpable, y cuando nuestros labios se tocan, no vuelven a separarse. Compartimos el aire de nuestros pulmones. Nuestro beso es tierno y luego se vuelve más apasionado, implacable, como si separarnos fuera a destruir nuestra libertad: el fin de una atracción mutua.

Me doy la vuelta por completo. Austin hunde las manos en mi pelo. Su calor se extiende por mi cuerpo ya palpitante. Separo los labios y su lengua juega con la mía: al principio, sutilmente; luego, con pasión. Me siento revivir. Este beso, que deseaba desde hace tanto, me transporta y me hace estremecer de placer. Besar a Austin es saborear de nuevo el amor.

Dios mío… ¡Me estoy enamorando de este hombre tan sorprendente, imponente y apasionado!

Pasados unos segundos, nos separamos porque nos falta el aire y se me escapa un gemido de decepción.

—Me pasaría la vida besándote… —murmura mientras me acaricia la mejilla.

—¿Y por qué paras?

—Pequeña insaciable… —dice con esa sonrisa descarada que tanto me gusta.

Llegados a este punto, he conjugado el verbo «querer» en todos los tiempos posibles…

Mi sonrisa de niña buena no parece convencerle; es más, se echa a reír. Sin embargo, Austin me acaricia la punta de la nariz y nos fundimos de nuevo en un beso que vale más que mil palabras.

—Deberíamos volver a casa… —digo por fin, aunque en realidad no quiero.

—¿Eso crees?

—Es lo más sensato.

—¿Y si no quiero?

Dios, ¡me vuelve loca!

El pequeño demonio que tengo dentro no está por la labor de ser razonable. No hace falta que me lo digáis: ¡No tiene gana ninguna de volver! Y sin embargo, una parte de mí, respetuosa y paciente, pero sobre todo, desconfiada, se vuelve líquida ante la idea de intentar algo precipitado, disparatado, contra toda lógica.

Le sonrío y, a falta de palabras, le doy un beso en la mejilla, que es áspera al tacto. Me abraza con más fuerza y nos quedamos admirando las vistas durante un largo rato.

Ahora mismo siento dos cosas muy distintas: la satisfacción de haber caído en los brazos de este hombre y la ansiedad que me provoca que todo acabe de forma precipitada. Esto último, además, me agobia hasta el punto de asfixiarme.

¿Hacia qué lado se inclinará la balanza?

23

Cuando me despierto a la mañana siguiente, no es una sonrisa lo que ilumina mi cara, sino la felicidad en sí misma. Todavía estoy cegada por la neblina del sueño y mi velada con Austin; vamos, que ando más feliz que una perdiz. Aparto la colcha, cojo mi sudadera a toda prisa y me la pongo, luego me miro en el espejo y, como cada mañana, intento domar mi melena.

¿Quién dijo que solo los hombres tenían greñas mañaneras? ¡Qué mentira más gorda!

No del todo convencida con mi peinado, me hago una coleta y bajo directamente a la cocina, donde veo a todo el mundo menos a Austin. Los niños están comiendo su tazón de cereales (dulzones a más no poder y algunos incluso con sabor a canela… ¡Rarísimo!), Holly da un sorbo a su té negro navideño con naranja y Alexis lee *The Times* a su lado.

—¡*Hello*, chicos! —les saludo mientras me dirijo a la cafetera para prepararme un capuchino.

—¿Has dormido bien?

—Muy bien, ¿y tú, Alexis?

Intercambia una sonrisa cómplice con su mujer y responde afirmativamente. Parece que la tarde y la noche de ayer fueron especialmente buenas para todos. De espaldas a la puerta, los miro de frente y me llevo el café a los labios.

—¿Qué hacemos hoy? —pregunta Tom.

—No lo sé, peque, tendrás que consultarlo con tus padres y tu tío.

—Mami, papi, ¿qué hacemos hooooy?

—No lo sé, cariño. Vamos a esperar a tu tío Austin.

—¡Ya estoy aquí!

Hablando del rey de Roma…

Un poco cortada, me concentro en mi café: rodeo la taza con las manos para mantener el calor. De repente, siento un cuerpo cálido detrás de mí. Austin me rodea las caderas con los brazos y me besa en el cuello, lo que me pilla por sorpresa. Me besa delante de todo el mundo, a pesar de que, hasta ahora, no nos habíamos profesado muestras de afecto en público y de que toda su familia es consciente —quitando al más pequeñín— de que no somos pareja de verdad.

Me da un vuelco el corazón cuando pienso que probablemente esta sea su forma de hacer oficial nuestra relación a ojos de su familia. Me pongo rojita y Holly me dirige una de esas miradas que dicen: «Conque no hay nada entre vosotros dos, ¿eh, guapa? No podías estar más equivocada». Alexis le suelta algo a su hermano que no consigo oír y Austin se separa de mí para prepararse el desayuno.

¡Parece que el día ha empezado bastante bien!

Lia salta de alegría, como si lo que acabara de presenciar fuera un regalo de Navidad, y Holly me escruta, atenta a todos mis movimientos.

—¿Qué hacemos hoy, tito? —insiste Tom.

—Podríamos ver alguna peli navideña. Hay una nueva que han puesto en Netflix… —sugiere Lia.

—¿Y luego, Lia?

—Anoche nevó mucho —dice Austin—. Podríamos ir a Central Park a hacer muñecos y ángeles de nieve.

—¡Síií! ¡Porfi, porfi! —exclama Tom, con los ojos brillantes.

Holly sugiere que vayamos directamente allí y dejemos el sofá y la mantita para esta tarde. Se oyen más gritos de alegría y la pelusilla morena sale pitando a lavarse los dientes y vestirse. Al igual que él, subo a cambiarme. Me pongo un jersey de punto verde esmeralda, unos vaqueros pitillo negros y mis botas forradas de piel. Cuando baje, cogeré un gorro, unos guantes y una bufanda. ¡Esta chica está lista para una excursión a la nieve! Bueno, corrijo: ¡Esta chica europea está lista para una excursión a la nieve!

Eeeeso está mejor.

De repente, llaman a la puerta de mi habitación.

—¡Adelante!

Alguien empuja la puerta. Austin entra y encuentra un hueco en mi enorme habitación, que de repente, se ha vuelto bastante pequeña. *Está tan guapo…* Es lo primero en lo que me fijo. Ha cambiado el pijama (que le quedaba igual de bien, por cierto) por unos vaqueros crudos y un jersey de cachemira beis con cuello chal. La elegancia en su máximo apogeo.

Tiene el pelo castaño oscuro enmarañado, las mejillas algo más rojas de lo habitual y me mira con intensidad.

—Estoy casi lista. Me echo un poco de colonia y apañado.

—No tengas prisa, Tom está buscando sus guantes, que al parecer, han estado jugando al escondite.

Su risa es contagiosa y me río al imaginar a Tom enfurruñado y lamentándose.

Entre Austin y yo se hace el silencio. *¿Habrá venido a hablar conmigo?* Me aterran las conversaciones largas y serias. Me incomodan, y de normal, por pánico, acabo cediendo a mi sentido del humor de mierda, que rara vez resulta apropiado.

¿Qué querrá decirme?

A ver, lo de hablarlo iba a pasar sí o sí. Anoche nos besamos hasta quedarnos sin aliento y esta mañana se ha lanzado delante de su familia, o sea que ha hecho oficial nuestra relación.

¿Pero de qué tipo de relación estamos hablando? ¿Corta? ¿A largo plazo? Me voy en pocos días: cinco, para ser exactos. ¿Es sensato tener un lío de cinco días? O mejor dicho, ¿es posible no salir perjudicada de todo esto?

Mi ansiedad se dispara y me pongo tensa.

—Liv, no quería que te sintieras incómoda antes, en el desayuno…

—No estaba incómoda, Austin.

—Es que después de lo que pasó anoche, me ha salido solo, y como somos pareja a ojos de mi familia, pensé que tampoco les sorprendería. Yo creo que sospecharían más de nuestra falta de cariño… —señala.

Vamos, que Holly no ha dicho ni mu, al menos no a su cuñado, y por eso Austin no anda con pies de plomo, como yo. Se lo diría yo misma, pero ¿para qué? ¿Para meterme de lleno en la conversación sobre el futuro de nuestra… relación?

—Me lo pasé genial anoche… —susurro con discreción.

Austin se arrima a mí y siento el cálido roce de su mano recorriéndome el brazo por encima del jersey. Cierro los ojos un instante, aprovechando su gesto para empaparme de las sensaciones que provoca en mí.

Corazón idiota, ¡deja de bailar el chachachá! Así no hay quien piense con claridad…

—Para mí también fue una noche muy agradable. La mejor en mucho tiempo, de hecho.

Abro los ojos de nuevo. Austin está tan cerca de mí que pierdo el equilibro. Me vuelco de lleno en él, tanto física como mentalmente. Sus palabras me llegan al alma y me ruborizo. No puedo evitarlo. Me siento como una quinceañera en su primera cita. O como una de esas chicas ñoñas (y de cuyas historias soy fan, faltaría más) que salen en los telefilmes navideños. ¡En su mundo reina la sensiblería y hay chocolate caliente y malvaviscos a tutiplén!

En resumen, adiós a mi impasible e impenetrable coraza de mujer. Bueno, si le quitamos el prefijo a ese último adjetivo, tampoco es un sufrimiento; de hecho, tiene que ver más con el placer…

Im-penetrable. Im…penetrable.

—Sigo queriendo besarte… —añade con un hilo de voz.

—¿Ah, sí?

—Es un deseo insaciable que me obsesiona. Quiero sentir tus labios, tu respiración entrecortada, los latidos de tu corazón, tu cuerpo enardecido por mis caricias y mi mirada…

Madre de Dios, ¿se puede estar más cachonda?

Estoy redescubriendo la libido que creía perdida. Un calor embriagador se apodera de él y lo tortura hasta la satisfacción. Y yo… siento como se enciende la llama, cómo mis muslos se tensan bajo el efecto de las palabras de Austin, tan tentadoras… Quiero provocarlo tanto como él hace conmigo, ser su fruta prohibida, que me desee. Aunque aún no hayamos probado el cuerpo del otro, un fuego se ha prendido dentro de mí.

—¿Hasta dónde llegarías para saciar ese deseo? —pregunto.

—Más allá de lo que puedo admitir en voz alta, y quizá, más allá de lo que puedas imaginar.

—Me imagino muchas cosas, créeme…

—Cosas como… ¿que te bese hasta dejarte sin aliento? —Asiento con la cabeza—. ¿Que te acaricie hasta hacerte arder?

Joder, Austin, ya me haces arder…

Asiento una vez más, y Austin insiste:

—¿Que te desnude lentamente y bese cada parte de tu cuerpo?

Madre… mía.

Asiento de nuevo.

—¿Que venere tu feminidad hasta la extenuación?

Dios, ¿quiere matarme?

Y para variar, vuelvo a asentir.

—¿Me imaginas deleitándome con el placer que ilumina tus ojos, con el rojo de tus mejillas, con tu pelo enmarañado y tu respiración errática?

Tengo la garganta seca. Mi sexo ha despertado tras una larga hibernación y palpita. De repente, siento como si mi cuerpo fuera víctima de una ola de calor.

—¿Cuándo piensas empezar? —le pregunto de repente.

Mis palabras le encienden. No hay otra forma de describirlo. Sienta tan bien sentirse deseada y deseable, ser una mujer fuerte y femenina que no se cohíbe ante el efecto que puede causar en un hombre, pero que tampoco le resta importancia.

Hay que asumir y aceptar este aspecto de la feminidad sin reservas. Nunca he entendido el debate que enfrenta a mujeres y hombres en este sentido. Un hombre que seduce es un seductor. Si colecciona conquistas y las añade en su lista, se convierte en un donjuán, un rompecorazones y, lo que es peor, en un «hombre de verdad» (como si existieran los falsos) a ojos de ciertos

miembros del colectivo masculino, cuyo cerebro parece estar ligeramente atrofiado. Las mujeres que aceptan su sexualidad, sin embargo, las que tienen varias parejas en poco tiempo, las que disfrutan del sexo… son unas putas.

Un poco injusto, ¿no os parece?

En plan, para que un hombre tenga sexo, necesita a una mujer o a otro hombre, ¿no? Pero cuando se trata de una mujer, es ella la que asume el papel de quejica, de amante llorona, de aquella que espera y desespera la llamada de ese tío para volver a verlo. Y seamos sinceros, tres de cada cuatro hombres jamás le devolverá la llamada a la chica en cuestión. Vamos, que un hombre puede ser una fiera para una mujer, un depredador, pero una mujer nunca puede ser una depredadora, siempre debe ser la oveja. *¿Os podéis creer que todavía hay idiotas por ahí que creen esas tonterías retrógradas?* Por suerte, algunos hombres ya han reculado en este aspecto. La sociedad está evolucionando para bien.

En fin, volvamos a mi sexualidad. Deslizo mi mano por el torso de Austin y lo acaricio sensualmente para reafirmar mi feminidad. Su calor se filtra a través de su jersey hasta mis dedos. Sin poder contenerme, le beso con fervor y siento que sus manos —posadas en mi cuerpo — se adueñan de mi alma.

—¡Chicos, ya estamos! ¡Os estamos esperando…! —grita Holly desde el salón.

¡Mierda! Me había olvidado de ellos.

A Austin se le escapa un suspiro que suena más bien como un gruñido. Al igual que él, estoy de un humor de perros: frustrada y enfurruñada. Pero hay que enfrentarse a la realidad y calmar el fuego que hemos encendido entre nosotros.

—Vamos a tener que bajar… —dice con pesar en la voz.

—Pues sí, eso me temo…

Nos separamos y hacemos acopio de todas nuestras fuerzas antes de unirnos a su familia para dar un paseo matutino por Central Park.

***

El aire es frío. Las chicas de la familia van bien abrigadas con sus enormes bufandas y gorros. Casi parece que llevan pasamontañas. Tom está sentadito como un rey sobre los hombros de su padre y va cantando *Mon beau sapin*[1], en francés. Yo misma le he enseñado esa canción. Lleva un buen rato repitiendo el estribillo una y otra vez, y su acento estadounidense hace que me parta de la risa. *Es un niño tan dulce…* Como le dé por aprender francés de mayor, será un auténtico rompecorazones. Alexis seguro que se enorgullecerá de su hijo, pero no sé si Holly estará tan contenta…

Hemos organizado un concurso para coronar al muñeco de nieve más bonito. Lo haremos por parejas: por un lado, los papás; por otro, Austin y Lia, y finalmente, Tom y yo. Cuando se acaba el tiempo, compruebo que nuestra creación es, con diferencia, la más chula. Hemos hecho la sonrisilla de nuestro muñeco, que está igual de mellado que Tom, con trocitos de madera; los ojos, con dos piedrecitas; las orejas, con hojas secas y los brazos, con dos ramas. ¡Bienvenido al mundo, pequeño Winter! He sido yo la que le ha puesto el nombre, pero Tom parece de acuerdo.

Al final, los demás equipos acaban rindiéndose al ver la carita ilusionada de este pequeñajo de metro veinte.

¡Qué le voy a hacer si mi compi hace que todos se derritan!

De repente, Austin se tira al suelo y mueve las piernas y los brazos para hacer un ángel de nieve. A los niños les encanta la idea y no tardan en imitarle. Holly y Alexis hacen lo mismo y yo, también. Como no tardamos en congelarnos, sugiero ir a tomar algo caliente. Holly conoce un sitio cercano y nos jura que es uno de los más acogedores, sobre todo en esta época del año.

Por el camino, Austin anda a mi vera. Nuestros hombros casi se tocan, pero no me coge de la mano, a diferencia de todas las parejas que nos cruzamos. Se mantiene bien cerquita y me habla. La verdad es que se lo agradezco. Todavía me da un poco de palo hacer ciertas cosas, empezando por las carantoñas delante de los demás. Él lo sabe, lo entiende y, sobre todo, lo respeta.

***

Cuando llegamos a casa después de una mañana que se ha alargado un poco, dado que la gusa se convirtió en un *brunch*, la familia de Austin se prepara para ver una peli navideña con palomitas y ponche de huevo, ¡ese famoso que aún no he probado!

Yo, por mi parte, subo rápidamente a mi habitación para ponerme ropa cómoda. ¡Ni más ni menos que el pijama! Pero cuando abro la puerta, veo una bolsa de papel negro mate encima de la cama. Curiosa, meto la mano para ver qué hay dentro. Allí descubro una cajita de cartón del mismo color que la bolsa, pero con una marca escrita en caligrafía estilizada: Aubade.

¿De dónde ha salido esto?

Con delicadeza, abro la caja, todavía en *shock*. No me lo esperaba. Saco el sujetador y el tanga a juego de la colección *Aubade à l'Amour*.

¡Es el conjunto que le pedí a Papá Noel! ¡El mismo del que me enamoré hace tanto tiempo! ¿En serio? ¡No me lo puedo creer! ¿Será un regalo de Holly? Al fin y al cabo, después de ver El Cascanueces *fui con ella a Aubade y a Victoria's Secret… ¿Será cosa suya? ¿Y si resulta que tengo un amigo invisible? Dios, ¿quién será?*

Me pongo rojita de felicidad al observar el conjunto de lencería más de cerca. Parece que es de mi talla y me muero por probármelo. Aun así, me abstengo, sobre todo porque quiero averiguar antes quién es mi amigo invisible, aunque creo que habrá contado con la ayuda de una tal Mamá Noel, al menos para la talla.

Al salir de mi habitación para prepararme un café, me cruzo con Austin. Lleva el pelo revuelto y le cuesta respirar. Parece salido de una ardua batalla, pero a pesar de todo, me enseña su mejor sonrisa socarrona. Le miro sin entender y entonces me explica:

—¡Tom y yo nos hemos enfrentado en una pelea de bolas de nieve!

Conque tenía razón… ¡Venía de la guerra!

Me lo imagino defendiéndose del niño testarudo y recibiendo batacazos de nieve en todo el cuello, las piernas y el pecho y la verdad, siento cositas. Ese instinto protector que se suele atribuir a los hombres despierta en mí algo irreprimible y sensual. *¡Es tan viril…!* Mi cerebro se activa, mis emociones se encienden y ambos se prestan a una danza deliciosa y hedonista que me lleva lejos, muy lejos de aquí.

Liv, ¡vuelve a la tierra!

Sonrío a mi anfitrión y paso de largo sin decir nada.

—¿Te ha gustado? —oigo a mis espaldas.

—¿El qué? —le digo dándome la vuelta.

Me sonríe con descaro y me fijo en sus pupilas ardientes.

—Estoy deseando verte con ese conjuntito de encaje…

He ahí mi amigo invisible.

—No sabía que uno podía ser tan travieso en Navidad…

—Nunca me subestimes. ¡Seguro que tu culo lucirá de diez con ese tanga!

Me ruborizo. Sus ojos tórridos hacen que me estremezca. Su actitud es tan sensual como atenta y sus palabras (lejos de ser sutiles) prometen. Con este regalo, Austin quería complacerme, conquistarme con delicadeza, ¡y lo ha conseguido!

Mi corazón se pone a bailar un vals dulce y romántico, y luego se atreve con un tango salvaje. Ese hombre me prende como si fuera una cerilla. Es la mecha que acalora mi cuerpo, la llama que aviva mi corazón.

¿Cuánto tiempo aguantaré sin quemarme?

---

[1] *N. de la T.* Versión francesa del villancico *O Christmas Tree*.

24

Ha llegado el gran día, y no me refiero a mi boda, sino a la «blanca Navidad» en Nueva York. Es veinticuatro de diciembre.

Me tomo mi tiempo para despertarme. Me cuesta despegar los ojos y sacar la cabeza de la colcha. Pero cuando al fin lo hago (con el pelo hecho un desastre, por cierto), tengo el corazón henchido de felicidad y *brillibrilli*[1]. Es Nochebuena y me siento como una niña pequeña, sonriendo de oreja a oreja. Me encanta este día mágico. *¡Qué feliz soy de pasarlo aquí!* Mi cama mullidita me recuerda que, una vez más, voy a disfrutar de un día precioso con Austin.

Soy una adolescente romanticona…

En cierto modo, me siento torpe con mis emociones. Suelo ser muy desconfiada, pero estos últimos días me he lanzado a la felicidad como una energúmena, sin pensar en el mañana ni en el pasado. No he querido darle vueltas a lo que pasará dentro de tres días.

¡Fuera, pensamientos intrusivos, no os quiero en mi coco!

Oigo subir el volumen de los villancicos desde abajo, probablemente desde la cocina, y enseguida me doy cuenta de que los niños están despiertos. Tienen que estar entusiasmados por el día que es. Gruño como un osillo por la diferencia de temperatura y tras deshacerme de la colcha, me levanto, me pongo las zapatillas y un jersey suavecito y bajo a reunirme con ellos. El delicioso olor de las tortitas flota en la cocina y hace que me ruja el estómago. Todos están aquí, cantando y sonriendo. También está Austin, con una sonrisa preciosa y sincera en los labios. *¡Va a conseguir que me derrita!* Cuando sus ojos se cruzan con los míos, sonríe aún más y me entran los calores. ¡Jolín! Es que… esa sonrisa podría quemarle las bragas a una monja.

Liv, un poco de respeto, esta noche nacerá Jesús…

Tom salta a mis brazos, me da un besazo y luego me susurra al oído el más bello de los «¡Mañana es Navidad!». Este chiquitín es, con diferencia, mi favorito en esta loca aventura. Después de todo, él también ha dibujado estrellitas en mi corazón y mi alma.

De repente, suena un móvil. Es el de Austin, que centra toda la atención en él, entrecierra los ojos, se pone tenso y, tras dar media vuelta, se marcha sin dar explicaciones a otra habitación con pasos sorprendentemente sonoros.

—¿Qué mosca le ha picado? —pregunta Alexis.

Ninguno de los presentes parece saberlo, así que nos encogemos de hombros.

Las tortitas están deliciosas y me pego un buen banquete (¡hombre, el sirope de arce es excelente!), suficiente para no tener que comer en dos días. Alexis me dice en tono burlón que, si tenía pensado empezar con la dieta, quizá sea mal momento, lo que nos hace reír a Holly y a mí. ¡No es culpa mía que las tortitas de su mujer sean un regalo caído del cielo y servido en mi plato!

Tras este opíparo desayuno, disfruto del calor de la mantita, que comparto con Tom y Lia frente al televisor. Me cuentan que es su pequeño ritual matutino en este maravilloso día. Así se mantienen ocupados mientras sus padres recogen los pedidos de última hora para las comidas de Nochebuena y Navidad. Tom está feliz viendo *Solo en casa 2*, pero yo sigo perdidísima. No consigo entender lo que dice ese niño rubito.

Supongo que todos deben de estar haciendo un esfuerzo considerable para hablarme tan despacio, mientras que para mí es bastante sencillo tomarme mi tiempo, pensar antes de hablar. De haberlo sabido, habría prestado más atención a mi madre. Tendría que haberme aprendido la flecha de conjugación de tiempos verbales y el vocabulario de la *Bled*[2], en el que tanto insistía.

Moraleja: haz caso a tus padres, incluso durante la edad del pavo. En general, saben mucho más de todo. Al fin y al cabo, ellos fueron adolescentes antes que nosotros, ¿no? Ya cometieron errores por el camino, así que, lógicamente, quieren evitar que nosotros cometamos los mismos.

La hora de comer llega en un pispás y nos afanamos con la decoración de la mesa. He conseguido que instauren una de mis tradiciones navideñas: ¡el pícnic del veinticuatro! Que, por cierto, es de todo menos un pícnic de verdad. Es solo el nombre que le pusimos a esta costumbre en familia. En mi casa, el día de Nochebuena comemos en armonía y empezamos bastante ligerito. Digo «empezamos», porque la idea es comer poco para reservarnos de cara a la noche, pero en realidad, el pícnic es tan generoso con la buena comida que acabamos rindiéndonos a todo tipo de quesos y embutidos. ¡Y no nos olvidemos de los pepinillos! De hecho, miedo me dan los pepinillos estadounidenses… Por extraño que parezca, no me fío de lo que pueda salir de ahí.

Tom vuelve de la cocina con los cuchillos y las servilletas, mientras que Lia trae los platos. Podría decirse que, al repartírnoslas, las tareas domésticas dejan de ser un calvario. Todo está listo en un santiamén. Alexis ha cortado cuidadosamente el pan y Holly ha colocado la macedonia y los quesos sobre la mesa.

Tom se sienta y despliega la servilleta sobre su regazo.

—¿Dónde está Austin? —pregunta Alexis.

—Aquí mismo —Austin entra discretamente, obtuso e impasible, y se sienta junto a su sobrino sin mediar palabra.

La conversación es animada y agradable. Lia y Tom hablan de lo que quieren encontrar bajo el árbol cuando se despierten mañana por la mañana. Alexis enumera las virtudes del champán que ha comprado para esta noche y Holly me habla de lo que se va a poner, entre otras muchas cosas. Sin embargo, Austin sigue en un segundo plano, como si no tuviera ganas de participar.

Lo miro y frunzo el ceño. Él suspira. Es probable que sienta que le estoy regañando como a un chiquillo, pero ¡por Dios!

¿Ya le ha dado tiempo a mandar a freír espárragos el espíritu navideño? ¿Será culpa mía o estará molesto por otra cosa? ¿Por qué está tan distante? Hoy es un día importante para sus sobrinos, a pesar de lo que vivieron el año pasado…

El día transcurre con toda la emoción que puede contener el cuerpo de un niño, es decir, ¡cantidades industriales! No creo que el saco de Papá Noel sea lo suficientemente mágico para soportar tanto fervor. Por la tarde, nuestro entusiasmo femenino se apodera del equipo de música del salón. Ponemos villancicos modernos y con ritmos de jazz que Lia, Holly y yo cantamos a pleno pulmón, gesticulando como piradas. Alexis llega con Tom a hombros tras una pelea de bolas de nieve en el jardín. Según el padre de familia, que se parte la caja al vernos, una zarigüeya tuerta y coja tendría sin duda más clase que nosotras.

It’s the most wonderful time of the year
There’ll be much mistletoeing
And hearts will be glowing
When loved ones are near

It’s the most wonderful time of the year

Lia canta con una voz tan cautivadora que eclipsaría a Sinatra y Bublé. Tom, por su parte, se sumerge en el ambiente festivo de purpurina y chocolate caliente con malvaviscos, que siempre tenemos a mano para mantenernos calentitos y reponer fuerzas.

Cuando agotamos nuestro repertorio (en otras palabras: mucho, mucho después), tomamos caminos separados para disfrutar de un merecido descanso antes de comenzar esta maravillosa velada y ponernos de punta en blanco. ¡Bueno, en este caso, de blanco y rojo! Son los colores del día, ¿no?

***

En mi habitación, envuelta aún en una gruesa y mullida toalla beis, con el pelo húmedo cayendo en cascada sobre mis hombros desnudos, hundo los pies en una alfombra de pelito blanco. Esta noche quiero sentirme guapa y femenina. Como todos los años, voy a emperifollarme y añadir un extra de purpu al resultado.

Un poco de crema corporal y esmalte de uñas en pies y manos, en este caso, de mi imprescindible: el tono *Rouge Noir* de Chanel. Me seco el pelo para no arriesgarme a morir congelada si salimos a ver la nieve. Después de planchármelo, me dirijo al armario y saco un vestido que Holly y yo encontramos en nuestro paseo mano a mano. Es perfecto: festivo, femenino y elegante. Queda unos centímetros por encima de las rodillas: una ingeniosa mezcla de talle ajustado y fluido, transparente con hilitos dorados, pero ojo… la capa de tela que se ciñe al cuerpo es negra. La parte superior es asimétrica: un lado me cubre el hombro y el otro lo deja prácticamente al descubierto, con la excepción de un tirante de encaje.

Hace mucho tiempo que no me siento a gusto ni con mi cuerpo, ni en mi propia piel, ni —en general— con mi cabecita. Pero cada Nochebuena me gusta sentirme especial, guapa y atractiva. *Toda mujer tiene derecho a vivir algo así, ¿no?* No importa la talla que lleve (que, francamente, no coincide ni entre tiendas), ni siquiera cómo la miren los demás, lo esencial es cómo se sienta ella con su atuendo. La talla de las caderas importa tan poco como la del meñique del pie. Creámonoslo, ¡compartamos ese mensaje con las demás!

En fin, esta noche voy a ser esa mujer que se siente bien consigo misma y no cuenta calorías.

Me pongo el vestido y luego paso al maquillaje. Sombra con purpurina dorada para un *look* festivo, pintalabios frambuesa, un delineado sutil, un pelín de máscara de pestañas, ¡y listo! Unos cuantos flusflús[3] de perfume floral en el pelo, la nuca y las muñecas y ya solo me quedan los zapatos de tacón dorados. Nunca pensé que me compraría un par tan infrecuente en mí (son de todo menos sobrios), pero al final, Holly me convenció con su argumento de «Serás la princesa de la Navidad». Vamos, que caí.

Admiro el resultado frente al espejo. En mi cabeza, oigo a mis padres diciéndome: «Eres preciosa, cariño» y se me llenan los ojos de lágrimas. Los cumplidos suelen incomodarme, incluso viniendo de gente cercana, pero esta noche me ha dado por ahí. Nueva York me ha enseñado mucho más de lo que pensaba, y esta sensación de bienestar es liberadora. Estoy a gusto con la forma en que me veo. Me encanta mi atuendo, que me muestra lo mejor de mí; mi pelo, que parece brillar más de lo que debería; mis ojos, que chispean como las burbujas de champán que me esperan esta noche. Sonrío de oreja a oreja: a cada segundo que pasa, me quiero un poco más.

Respiro hondo y bajo las escaleras para reunirme con el alma de la fiesta en el salón. Están todos aquí, algunos cerca de la chimenea; otros, en el sofá. Han colocado los aperitivos en la mesa auxiliar y las copas de champán ocupan el lugar de honor en las manos expertas de Alexis. Holly, por su parte, está terminando la trenza de espiga de Lia, que me mira con una sonrisita traviesa. Tom está de pie, tieso como un palillo, junto a su tío. Ambos, al pie de la escalera, esperan la llegada de alguien. *¿Todo esto es por mí?* Me ruborizo.

—¡Haaaalaaa! ¡Qué guapa estáááás! —exclama el pequeñajo, que salta sobre mí para darme un abrazo repleto de magia.

—¡Tú sí que estás guapo! ¡Mira qué elegante estás con tu camisita! ¡Vas por ahí rompiendo corazones!

—¿El tuuuuyo?

—¡Esas manos donde pueda verlas, minimoy[4]! La señorita viene conmigo… —dice Austin, divertido.

Tom vuelve con sus padres y yo me quedo a solas con Austin. Este pequeño cara a cara me hace perder la seguridad en mí misma. Austin, fiel a su estilo, va muy elegante. Lleva una camisa blanca inmaculada, un chaleco negro y dorado con corte de americana y unos pantalones negros perfectamente entallados. Sus ojos brillan con un *je-ne-sais-quoi*[5] bastante fuera de lo común, entre la picardía y la felicidad. Lleva el pelo a medio peinar, a menos que su intención sea lucir ligeramente descuidado. Cuando uno nace así de perfecto, supongo que no le hace falta peinarse; lo tendrá así al natural.

—Sabes que no es Mamá Noel la que viene a dejar los regalos, ¿verdad? —No puedo resistirme a hacer un comentario burlón.

Me sonríe con esa mirada irresistible de alguien que siempre tiene la última palabra. A este juego, no hay quien le gane.

—Vamos, que no tengo ninguna posibilidad con ese anciano, ¿verdad? ¡No digas eso, que me rompes el corazón!

Me río de su comentario y susurro con picardía:

—Me exasperas, pero me gustas de todos modos.

Austin me coge de la mano, se la lleva a los labios y la besa con delicadeza. *¿Me he despertado en un cuento de hadas? ¿Habrá sido el ponche de huevo? A lo mejor estaba demasiado fuerte…* Pero no, es solo Austin y ese lado suyo que tanto intenta ocultar al mundo, o al menos, a las mujeres.

—Estás preciosa. Un verdadero duendecillo navideño… —dice, acariciándome la mejilla.

Me conmueven sus palabras, pero me limito a sonreír discretamente. Me cuesta gestionar las emociones, y más aún cuando se trata de las mías. No consigo expresarlas en voz alta o con gestos. Por otra parte, aún no hemos hablado de lo que significamos el uno para el otro; solo sabemos que entre nosotros existe una complicidad innegable que hace que disfrutemos de cada momento que pasamos juntos.

—¡Vamos, tortolitos! ¡Estamos listos para brindar! —exclama Holly con su bonito vestido esmeralda.

Los adultos levantamos la copa, y los niños, un vaso de zumo. Los bocaditos de tierra y mar despiertan nuestras papilas gustativas, al igual que las frivolidades recién horneadas, que tienen pinta de quemar, pero ¡jo, es que están tan ricas…! Estamos listos para inaugurar la Nochebuena, una velada extraordinaria, un regalo del cielo. La magia de la Navidad no tiene límites.

Celebramos todo aquello que esta fiesta mágica y familiar puede ofrecer. Brindan por mí y me sonrojo ante tanta amabilidad.

A veces no está mal ser el centro de atención, pero con moderación, ¿eh?

Hace unas horas hablé con mis padres por teléfono. Tuvimos una larga charla y, por primera vez, les abrí mi corazón. Quiero mucho a mis padres, pero desde que era pequeña he sido incapaz de comunicarme con ellos. Mis pensamientos simplemente se bloqueaban, se quedaban en la trinchera. Mi mente es la prisión más segura que existe: no hay nada que escape de ella. Nunca. Y sin embargo, necesito a mi familia, necesito encontrar un equilibrio con mis emociones, escuchar y hablar con ellos. Estamos muy unidos, pero yo misma he convertido nuestra relación en algo enrevesado por mi falta de comunicación.

Pero esta tarde, durante la llamada, les conté a mis padres que estaba algo triste y que me había sentido ligeramente abandonada, aunque entiendo su necesidad de volver a estar juntos, de pasar tiempo los dos solos, porque antes que padres, son —ante todo— pareja, algo que no debo olvidar por puro egoísmo.

Después nos deseamos feliz Navidad, y mi madre, como de costumbre, me preguntó por la decoración de la mesa y la comida, y mi padre, por lo que íbamos a beber. No puedo prometer que mis dotes de sumiller francesa estén a la altura para esta ocasión. Sin embargo, en las últimas semanas, Alexis me ha estado sorprendiendo con cada botella que hemos descorchado, así que estoy segura de que el maridaje dará en el clavo.

Esta noche, en el corazón de Manhattan, rodeada de una familia de desconocidos que se han convertido en amigos y, en cierto sentido, en mi familia durante las fiestas, me siento especialmente afortunada. Lejos de mi pisito, pasaré la Navidad con gente increíble que me ha acogido a pesar de mis variopintos comienzos.

Austin me sonríe. Le brillan los ojos. Sus labios se estiran en una encantadora sonrisa y se me encoge el corazón. Me siento tan feliz esta noche que, por egoísta que suene, no pienso regalar ni un pedacito de mi felicidad a nadie, porque maldita sea, ¡es Navidad!

---

[1] *N. de la T.* Purpurina, brillitos.

[2] *N. de la T.* Guías de vocabulario dirigidas al aprendizaje de lenguas extranjeras para hablantes francófonos.

[3] *N. de la T.* Onomatopeya que se utiliza para espráis y otros pulverizadores.

[4] *N. de la T.* Una especie de elfos minúsculos de la película francesa *Arthur y los minimoys*.

[5] *N. de la T.* Un no sé qué, algo difícil de expresar.

25

—¡Me va a estallar la barriga en mil pedazos! —exclamo satisfecha, aun a sabiendas de que la imagen no es muy agradable.

Acabo de engullir el último bocado del tradicional tronco de Navidad con sabor a chocolate y pera, una delicia que me ha hecho sentir como si degustara un verdadero un tronco Belle-Hélène[1].

Austin se ríe para sí mismo mientras se lleva la taza a los labios. La cena ha sido bastante copiosa y ha acabado con mi apetito voraz.

—Mi amor, ¡eres toda una chef! —dice Alexis mientras besa a su amada, que se sonroja del gusto.

Austin alaba el esmero que ha puesto su cuñada en el postre antes de servirnos otra copa de Dom Pérignon.

—Este champán es exquisito…

—¡Ya puede serlo! —dice Alexis, con ganas de burlarse de los gustos caros de su hermano pequeño.

Aunque no lo hubiese probado nunca, sé la reputación que tiene ese champán: dicen que no tiene rival, y con razón. Dom Pérignon empezó a producir vinos en 1668. Luego inventó la segunda fermentación en botella, lo que le convirtió (sin duda) en el creador del champán tal y como lo conocemos y degustamos hoy. Por si os lo preguntabais, debo todos estos conocimientos de enología a mi padre. Con el tiempo, además, mi curiosidad ha ido en aumento, al igual que mi capacidad para apreciar el buen vino.

—Mami, *toy* cansado…

Tom, que ya lleva unas horas en pijama, se acerca a Holly, que lo coge en brazos y lo acuna con ternura. Es cierto que ya es bastante tarde: oficialmente, es veinticinco de diciembre. Hace más de una hora que lo es. Lia se une a nosotros, también en pijama, con los ojos hinchados por el cansancio.

—Venga, hay que preparar el plato de Papá Noel antes de irse a la cama. ¡Un viaje tan largo le pasará factura! Seguro que viene con hambre… —dice su madre, que tanto me recuerda a la mía en este preciso instante.

El niño bosteza y sonríe con el corazón henchido de felicidad, luego se acerca a mí despacito y me hace un gesto para que arrime la oreja a sus manitas, que ha ahuecado a ambos lados de la boca. Tom me enternece tanto que enseguida le sigo el juego.

—¿Me ayudas con el platito de Papá Noel? No vives aquí, pero así a lo mejor te trae regalos a ti también…

—¿Crees que me he portado bien este año?

—¡Síii! Y mamá y papá, también. Eres la novia del tito, ¡eso cuenta!

Le alboroto la melena antes de levantarme. El peque me coge de la mano y nos guía hacia la cocina para preparar el platito en cuestión. Lia camina detrás de nosotros.

Lleno un vaso de leche (para lo cual debía ofrecerse voluntario un adulto) mientras Tom

coloca un bombón y una galleta navideña en un precioso plato de porcelana blanca. Lia, por su parte, añade una mandarina. Cariño a montones para un mito andante que ameniza nuestra infancia.

¡Pues sí que está mimado el abuelete vestido de rojo! A ver, es que todos le adoran…

Volvemos al salón. Tom lleva con mucho cuidado el plato, que para él es un tesoro más preciado que las siete maravillas del mundo.

—¿Dónde lo ponemos? —le pregunto.

En mi casa, es tradición colocar el plato junto al árbol de Navidad, más concretamente, al lado del belén y los zapatos de los niños. La Navidad es una fiesta religiosa, aunque hay que decir que, con el tiempo, ha perdido parte de su significado y se ha convertido en una fiesta laica y consumista para gente de todo tipo. Sin embargo, en mi casa, aunque yo no soy practicante ni mi padre tampoco, mi madre, que está bautizada y comulgó en su momento, lleva toda la vida perpetuando la tradición del belén bajo el árbol. Todos los años, coloca al recién nacido al llegar la medianoche, o la mayoría de las veces, cuando nos acordamos de hacerlo.

—¡Debajo del árbol! —exclama Lia alegremente.

—¡Y… y hay que poner los zapatos! —añade Tom, que ya ha dejado sus mejores mocasines.

Los adultos se levantan de la mesa y hacen lo propio. Se descalzan y colocan los zapatos bajo el árbol. Luego nos felicitamos la Nochebuena por última vez, antes de que los niños se dirijan a los brazos de Morfeo, acompañados por Holly.

Mientras tanto, los hermanos traen las *mignardises*[2] (otro platito delicioso que han tomado prestado de los franceses) y una botella de champán. Ríen y charlan como si fueran amigos. El ambiente se vuelve ligero y cálido.

Cuando Holly regresa, Alexis propone un jueguecito para sacar a relucir los secretos de cada uno. Obviamente, todos van un paso por delante de mí, o sea que mis pómulos no van a permanecer blancos mucho tiempo. Así es como acabo admitiendo que jamás había patinado y que tengo fobia a los payasos, pero Alexis me deja por los suelos cuando descubro que tiene fobia a los plátanos. Es más, ¡ni siquiera sabía que la bananofobia existía y era una palabra como tal!

—Por cierto, ¿cómo te apellidas, Liv? —me pregunta Holly con picardía.

—Perrin. Liviana Perrin. Ahora que lo pienso, ¡ni siquiera sé cuál es vuestro apellido!

—¡Si te preocupas por eso a estas alturas es que no sospechabas que fuésemos asesinos en serie…! —dice Alexis entre risitas.

—¡Puuunto para ti! Pero eso no responde a la pregunta…

Por el rabillo del ojo, veo a Austin hundiéndose en su asiento, copa en mano. Holly sonríe de oreja a oreja. Tengo la sensación de que hay algo que no me están contando.

—Somos los Matthew —anuncia Alexis con orgullo.

Todos me miran fijamente, como esperando algún tipo de reacción por mi parte. *¿Debería establecer una conexión en la que no caigo?* De repente, me siento incómoda: hay tres pares de ojos mirándome fijamente.

No lo pillo. ¿Qué me he perdido?

—¿Debería decirme algo especial?

—Por parte de Austin, quizá, sí —explica Holly—. Tiene una cadena de hoteles a su nombre…

De repente, esa pista hace que se me encienda la bombilla: Matthew. Como el Matthew's

Hotel, del que me echaron tras una sola noche por ese maldito error en la reserva. Ahora que lo pienso, Théa me dijo hace unos días que Austin es uno de los empresarios de moda en el sector hotelero y turístico. Al parecer, lo leyó en una de las revistas femeninas internacionales que devora cada mes para evadirse del mundo.

Pues nada, estoy sentada en la mesa de los Matthew…

Si Théa supiera de quién se trata en realidad, alucinaría. Sin embargo, una parte de mí se está empezando a calentar, y no para bien.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Mi voz se vuelve fría, gélida y tajante, mucho más de lo que esperaba.

¿Por qué Austin decidió hacerse el buen samaritano cuando podría haberme buscado una habitación en uno de sus hoteles con solo chasquear los dedos? No tiene sentido. ¡Me parece muy mezquino! ¿Por qué no me lo dijo? Me siento utilizada y engañada.

Avergonzado, el culpable deja la copa sobre la mesa y se frota la barba con una mano.

—Hay varias razones por las que no te he dicho nada… —empieza.

—¿Y esas son…? —pregunto, sin dar el brazo a torcer.

La tensión en torno a la mesa va en aumento y me doy cuenta de que Holly se pregunta por las consecuencias de haberse ido de la lengua, al igual que Alexis, que lo ha empezado todo. No parecen entender lo que está pasando. En realidad, nunca les dije qué hotel tuve que abandonar por el problema con mi reserva.

—Para empezar, porque nosotros, y más concretamente yo, no somos más que un apellido. Siempre me ven como «el hijo de Matthew». Nunca soy solo Austin, pero para ti fui simplemente un capullo integral. Tampoco era una pasada, pero sí agradable en cierto sentido, porque era la novedad. Luego, cuando tu falso Barney —dice, guiñando un ojo en referencia al apodo que le puse— me comentó el error de la agencia de viajes con la que colaboraba la emisora de radio, consideré varias opciones: dejar que te las apañaras tú sola (al fin y al cabo solo tenías reservada una noche), o… En fin, se me ocurrió la idea de que compartieras conmigo tu faceta de entusiasta de la Navidad y el resto ya lo sabes. Era más sencillo que no supieras quién soy antes que contártelo todo y arriesgarme a que salieras pitando.

Tiene sentido. Entiendo la parte de «me gustaría que la gente supiera cómo soy realmente, con independencia de mi apellido». Aunque no soy más que una francesita insignificante en el mundo, cuando era niña me divertía jugando a ponerme en el lugar de la gente famosa que conocía o me gustaba. Sin embargo, a medida que fui creciendo, me di cuenta rápidamente del martirio que la fama podía suponer. ¿A quién le gusta que fotografíen todos sus movimientos? ¿A quién le gusta tener que cuidar su imagen en todo momento, incluso un domingo por la mañana cuando va a la panadería a comprar *croissants*? A mí, desde luego, no.

—Bueno, aun así, ¡podrías habérmelo dicho! De todos modos, la mansión es mejor que tu hotel, sin ánimo de ofender… —gruño.

La familia recibe mi respuesta entre risas y suspiros de alivio. El ambiente tenso se derrite como el queso en el horno. Retomamos el juego y aprovecho para preguntar:

—¿Me ocultasteis vuestro apellido porque no os fiabais de mí? ¿Creíais que iba a gritarlo a los cuatro vientos o qué?

—Podrías haberle contado todo a un periodicucho del corazón, pero Holly y yo sabíamos que no lo harías —confiesa Alexis.

—Fue cosa mía —dice Austin—. Fui posponiéndolo. En fin, ahora que lo sabes, puedo preguntártelo: ¿ha cambiado algo entre nosotros?

Me tomo unos segundos para pensar. Sopeso los pros y los contras, pero la respuesta me parece obvia, sin más.

—No, nada —digo espontáneamente.

Austin sonríe ante la rapidez de mi respuesta y me coge la mano para acariciármela suavemente con el pulgar. El corazón me late más deprisa. Fijo los ojos en los de mi anfitrión, que me agradece mi sinceridad asintiendo ligeramente la cabeza.

Holly continúa con preguntas sobre mi familia y cuenta anécdotas sobre ser mamá de dos niños. La nostalgia tiñe la velada sin llegar a caer en la tristeza. Compartimos la sencillez del instante, una serie de recuerdos agradables en Nochebuena. Contamos historietas divertidas o embarazosas (algunas rozan ligeramente el ridículo), pero siempre con un tono bonachón.

—Veamos… Apuesto a que la primera vez que besaste a una chica tendrías unos catorce años. ¡Eres un engatusador! —exclama Holly mirando a Austin, que se ríe.

—¿Te crees que soy un donjuán o qué? ¡Tenía dieciséis!

—Fue bastante tarde, pero lo has ido compensando… —se burla Alexis.

—¡Nadie se puede resistir a esta carita de ángel! —contraataca Austin.

—¡Ni a tu forma de chantajear al personal! —añado.

—¡Soy un negociador formidable! Y tú, Liv, ¿dieciséis o catorce?

—Aun a riesgo de decepcionarte, diecisiete. Prefería la compañía de mis auriculares a la cháchara del resto de adolescentes…

Nos reímos y nos terminamos nuestra última copa. Austin mira el reloj con curiosidad y, cuando nos dice que son casi las cuatro de la madrugada, enseguida caemos en la cuenta de que los chicos se despertarán dentro de tres o cuatro horas y de que la noche de sueño se nos va a hacer más bien corta. De hecho, lo primero que se me pasa por la cabeza es un: «Joder, voy a parecer un cadáver el día de Navidad», pero me abstengo de decirlo en voz alta.

Mientras subo a mi habitación, Austin me alcanza y, en el último escalón, rodea mi muñeca con sus largos y cálidos dedos, a la altura de mi pulsera de oro.

—¿Adónde vas?

—A la cama, como todo el mundo.

—Quédate conmigo… —murmura.

Austin sube la mano por mi brazo hasta acariciarme suavemente la mejilla. Me estremezco. Mi cerebro no tarda en darse cuenta de lo que trama el buenorro que tengo delante. Su aroma amaderado embriaga mis sentidos. Pestañeo casi por reflejo ante su poderosa mirada.

¡Dios, este tío me paraliza con su sensualidad…!

Aquí, subida a mis taconazos, me siento desfallecer y un poco mareada. De repente, mi bonito vestido negro y mis zapatos de tacón dorados me hacen sentir diferente, aunque puede que sea el efecto del alcohol. Me siento una mujer, incluso una *femme fatale*. Elegante y sexi, valiente y bastante menos cohibida.

Austin me acaricia la mejilla y luego los labios. Le beso los dedos con dulzura. Los ojos de mi anfitrión brillan por la hilera de luces que dispuse en el pasillo. Su respiración se ralentiza. Apoyo mi mano en su pectoral izquierdo y noto cómo su corazón se acelera casi de inmediato.

—Quédate conmigo… —repite.

¿Creerá que no le he oído la primera vez? ¿O estará intentando sacarme una respuesta? ¿De verdad quiero pasar la noche con él?

No creo que sea necesario plantearme esa pregunta a estas alturas. Doy un pequeño paso hacia él. Me pongo de puntillas para ponerme a su altura y le susurro al oído:

—Todo vale en Nochebuena; esa es la magia de la Navidad…

No dice nada. *¿Habrá entendido lo que intento decirle?* Quién sabe. Probablemente, no, pero no importa. Austin me coge de la mano y me guía hasta su habitación, donde abre la puerta con cuidado antes de cerrarla tras de mí.

Su habitación es espaciosa. A pesar de que es de noche, está bastante iluminada, y un gran ventanal me permite adivinar que hay un balcón al otro lado. Las luces de la calle alumbran su dormitorio y descubro una cama enorme con sábanas de color crema y una estantería en la pared de enfrente. Mi estado contemplativo cesa cuando Austin se acerca a mí. Está tan cerca de mi piel que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Me recoge el pelo, con lo que deja mi cuello al descubierto, y siento sus labios tocar mi piel. Su boca es cálida, húmeda y sensual.

Como de costumbre, las preguntas se multiplican en mi cabeza. Enseguida me avergüenzo de haber dicho antes que la primera vez que besé a alguien fue a los diecisiete. No soy el tipo de mujer que se siente del todo a gusto consigo misma, con su feminidad y libido, ¡así que no hablemos de la sexualidad! Me cuesta mucho sentirme segura de mí misma, aceptar la presencia de alguien, y más aún del sexo opuesto, así que compartir mi intimidad…

Austin me toca los hombros, luego la espalda. Mis pensamientos intrusivos y dudas se desvanecen cuando le oigo susurrar:

—Eres increíble, Liv… —Permanezco en silencio, pero no impasible. Sus palabras se filtran en mi piel, las absorbo con placer y siento que me invade una tierna plenitud—. No creía poder volverme adicto a tu presencia… —dice, salpicándome los hombros de besos mientras una de sus manos sigue la curva de mi espalda—. Eres dulce y picante al mismo tiempo, eres sarcástica como ninguna otra y, cuando te miro, me entran ganas de estar presente cada vez que sonríes.

—Ten cuidado, Austin Matthew, te estás dejando ver como eres en realidad… —susurro para burlarme de él.

—¿Quieres que averigüemos qué esconde este vestido?

Baja las manos por mi pecho en dirección al bajo del vestido, que me cubre hasta la mitad del muslo. Sus manos son cálidas y saben lo que hacen. No vacilan. Austin segrega virilidad y confianza en sí mismo; es un faro en una brumosa noche invernal. Cierro los ojos y me dejo llevar por las sensaciones mientras me sube el vestido y me lo pasa por la cabeza. Estoy fuera de mí y oigo el frufrú de la ropa a mis espaldas. La imaginación me conduce al punto culminante del placer, o al menos, parece que eso pretende.

Un aliento ardiente junto a mi rostro me produce escalofríos y me hace querer abrir los ojos. A través de mis párpados entreabiertos distingo a Austin, en ropa interior, al igual que yo. Lleva unos calzoncillos negros de Calvin Klein.

Está tan bueno.…

Por instinto, me cruzo de brazos para ocultarlo casi todo. Austin intenta deshacer mi acto reflejo con delicadeza y me sonríe con dulzura.

—Estamos en igualdad de condiciones; no tienes nada que temer.

—Eres tan guapo…

Ahora que me he sincerado, me sonrojo, y su sonrisa descarada me hace pensar que está a punto de soltar una broma para que me relaje. No me equivoco.

—Guapo e imbécil a partes iguales —bromea, en referencia a una de las borderías que le solté cuando nos conocimos.

No sé cómo, no sé quién da el primer paso, pero de repente, todo sucede muy deprisa y me descubro besando a Austin en un arrebato de locura. Nuestros movimientos son imperiosos y

apresurados. Mis labios no se despegan de los suyos y casi me fallan las piernas, porque aún sigo haciendo equilibrios sobre los tacones. Los pies se me salen de los zapatos y Austin me mira de repente.

—Dicen que los mejores perfumes vienen en frascos pequeños, ¿no…? —no puedo evitar decir.

Él me pasa las manos por encima de las nalgas, roza mis bragas negras de encaje y luego acaricia la carne que hay en el límite con mis muslos antes de levantarme y acercarme a él lo máximo posible. Sin pensarlo dos veces, enrosco mis piernas alrededor de sus caderas y descubro, como era de esperar, que todo su ser hierve de deseo. Mis labios se unen a los suyos y anudo las manos en su nuca. Nuestras lenguas se lanzan a un tango frenético y mi pulso se acelera incansablemente.

Me tiro de cabeza a nuestro momento de pasión, a esta unión corpórea, dispuesta a dejarme llevar más allá, a lanzarme a lo desconocido. Austin me domina con su cuerpo y su corazón. No me importa lo que ocurra a continuación, simplemente absorbo cada una de las caricias de Austin y me adentro en el reino del sentimiento que se escribe con a mayúscula…

---

[1] *N. de la T.* Tronco de Navidad que se prepara con un bizcocho tierno con almendras, una *mousse* de praliné de almendra, chantillí a la pera y un glaseado de chocolate.

[2] *N. de la T.* Pastitas y otros pequeños dulces con los que a veces se sirven *macarons*.

26

25 de diciembre, Navidad.

Me siento arropada por una calidez suave y vaporosa. Los resquicios de mi consciencia me sacan de la ensoñación y, poco a poco, recupero el equilibrio. Mi mejilla está apoyada en una funda de almohada sedosa y me descubro tumbada en una cama que parece más bien una nube etérea. Lo único que sobresale de la colcha es mi cabeza, que me da vueltas antes de que yo misma decida moverme. Ruidos lejanos me despiertan de mi letargo. Una conversación, algún que otro gritito, un villancico y, finalmente, el olor a café recién hecho.

Balbuceo y hago amago de moverme, pero luego me abandono de nuevo al calor de la cama. A mi espalda, siento una presencia reconfortante. Austin me rodea la cintura con el brazo y aprieta su torso contra mí. Enreda sus piernas con las mías y un agradable escalofrío recorre mi cuerpo. Su barba de un día me raspa el hombro desnudo mientras me picotea a besos como un pajarillo. Con la voz ronca por el cansancio, apenas puedo pronunciar palabra.

—Buenos días, bella durmiente… —dice él.

Con la otra mano, me acaricia el pecho, que también tengo al descubierto. Mi ropa debe estar esparcida en alguna parte de la habitación.

—Qué despertar más coqueto tienes… —digo en voz baja, divertida.

—Si fuera un seductor de manual, te habría cantado una serenata, te habría despertado con versos como «¡Oh! Mi bella dama, ¡Oh! Mi amor eterno», y el pelo cubierto de flores…

—Vale, ya capto la ironía… —digo, acercándome un poco más a él y a su calor.

Austin también está como Dios lo trajo al mundo y eso me hace sonreír. ¿Habré despertado mi lado de tigresa?

—Hueles tan bien por la mañana… —digo.

—¡Es mi aroma varonil!

Me río. Esta mañana me parece tan fácil, tan liviana… Austin y yo hemos pasado la noche juntos y ahora que nos hemos despertado, todo parece sencillo. Es como si nuestro acercamiento nocturno fuera algo natural, la conclusión inevitable tras mucho esperar y gracias esta historia enrevesada que, en el fondo, nos ha unido.

A lo lejos, oigo a Holly deseando a sus hijos una feliz Navidad. Alexis consiguió colocar los regalos anoche —bueno, esta madrugada— antes de acostarse, y estoy impaciente por descubrir el precioso árbol decorado con cajas de todo tipo.

—La pandilla ya se ha levantado. Vamos a tener que salir de la cama y unirnos… —dice Austin.

Me vuelvo hacia él, dispuesta a negociar unos minutos más. Verle de buena mañana me ha dejado sin aliento. Está tan guapo, tan tranquilo… Su sonrisa de modelo, taciturna y misteriosa, hace que me derrita. Su pelo castaño enmarañado acentúa su aspecto de canallita y su torso musculoso a medio tapar está cubierto por una fina capa de vello castaño. Me cautiva con su mirada, una llama que hace que mi sangre se prenda en cuanto posa los ojos en mí o sonríe. La sensación de ardor me abruma y, sin más preámbulos, poso bruscamente mis labios sobre los

suyos para darle un beso cargado de pasión. Nuestros cuerpos colisionan y me encuentro casi a horcajadas sobre él.

De repente, llaman a la puerta y una vocecita anuncia:

—Tito Austin, ¡es Navidad!

La voz excitada de Tom me hace sonreír tanto como me conmueve. Se nota que está impaciente y alegre a partes iguales.

—¡Ya voy, peque! ¡No abras los regalos sin mí!

—Prometido, tito.

Oigo sus pasos saliendo de la habitación. Austin me agarra por las caderas y me gira para colocarse encima de mí. El edredón aún nos tapa, pero deja entrar un hilillo de aire frío.

Además, no es que vaya precisamente bien abrigada…

—Aunque me encantaría pasar otro momento increíble contigo, tenemos que bajar a ver qué ha traído Papá Noel…

—Increíble, ¿dices? —me burlo de él.

—No sabes cuánto…

Austin acompaña la frase con un beso, se levanta y sale de la cama para ir al baño. Me quedo tumbada unos minutos, escuchando el agua correr. Luego me levanto, recojo la ropa del suelo y vuelvo a mi habitación a por mi pijama y ropa interior limpia. Finalmente, me meto en la habitación contigua para darme una ducha rápida.

Cuando bajo las escaleras, encuentro el árbol iluminado y, a sus pies, decenas de regalos, todos ellos envueltos con gusto, a cada cual más original que el anterior. Las zapatillas que dejé allí anoche (no iba a dejar los tacones) están enterradas bajo una montaña de regalos. Nunca pensé que una familia que no es la mía pudiera mimarme tanto, y ahogo un grito de asombro.

Holly me sirve un café bien cargadito a temperatura volcánica y nos sentamos a desayunar enseguida, pero los niños no tienen tanto apetito: les puede el ansia por abrir los regalos.

Doy un par de sorbos al café, engullo unas tortitas y en un pispás me siento con las piernas cruzadas delante del gran abeto noble, rodeada de regalos. Esto me recuerda a las Navidades de mi infancia: estoy tan impaciente como Tom y Lia, que no han tardado en empezar a desenvolver cositas.

—Papá Noel nos ha traído regalos a todos. ¡Es el momento de abrir los vuestros! —dice Holly, que me da un ligero codazo para sacarme de mi ensoñación.

Y no se equivoca. Como cuando era niña, empiezo a contar los paquetes que rodean mis zapatillas. Nueve. Hay nueve regalos esperándome y llamándome, nueve detalles que no vienen de mis seres queridos, sino de una familia a la que he conocido en esta ciudad. Me da un poco de vergüenza, porque no me lo esperaba, pero bueno, yo también he comprado cosas para todos los demás. En fin, el hecho es que no pensaba que me consentirían de esta forma.

Con las mejillas rojitas, me acerco a un regalo cuidadosamente envuelto en papel con estampado de tartán y un gran lazo dorado. La caja es rectangular y bastante fina. La agito suavemente, pero no hace ningún ruido. Intrigada por el contenido, Lia deja de desenvolver su propio regalo (un juego de cuadernos para colorear, su última pasión, y una tarjeta regalo para ir de compras con las chicas, dos de mis regalos) para mirarme con una gran sonrisa en la cara. Entonces se señala a sí misma y me doy cuenta de que esa preciosa caja es cosa suya.

Dentro descubro una magnífica bufanda en un tono azul eléctrico con finas rayas rojas e irregulares. Es suave y gruesa, lo suficiente para abrigarme. Me envuelvo a toda prisa en ella y me pongo a desfilar para arrancarle la más bonita de las sonrisas a Lia. Nos turnamos para abrir

regalos, aunque Tom toca a más que los demás, ¡pero él tiene vía libre! Holly descubre una boina muy francesa (idea mía), además de una colonia y dos novelas navideñas; Alexis, una botella de *whisky*, aparte de un jersey de cachemira y un par de vaqueros; y Austin, un jersey de cachemira también y un precioso reloj que me parece que cuesta más de lo que podría ganar en un año de trabajo.

En cuanto a mí, después de la bufanda, abro un estuche con un precioso reloj Cluse, más concretamente el de correa con estampado de pitón y esfera efecto mármol: el que le pedí a Papá Noel. Evidentemente, las tardes charlando con Holly no han caído en saco roto. También descubro un ejemplar de *El gran Gatsby*, que aún no me he leído.

Tras otros cuantos regalos de los demás, me toca de nuevo y decido abrir una bolsa negra mate con una forma extraña y un envoltorio un poco *kitsch* que me llama menos la atención. Desato la correa de satén negro y meto la mano en la bolsa. Rápidamente, me topo con una caja. Es de los mismos colores que la bolsa, salvo por una elegante caligrafía en la que se lee «Aubade». El corazón me da un salto en el pecho.

Madre mía… ¡Papá Noel, te adoro!

Dudo un instante en abrir el paquete. Prefiero saborear el momento. Luego, cuando ya no puedo más, descubro con asombro y un poco de vergüenza que es lencería sexi y hay niños presentes. Se trata de un camisón de seda negra estilo *babydoll*[1]. La espalda es transparente y tiene un bonito encaje floral. Me sonrojo al desplegar el camisón. Estoy tan absorta en la prenda que me cuesta percibir el ambiente cargadito de tensión, hasta que Alexis se aclara la garganta y Holly se echa a reír.

Austin está a escasos pasos de mí, observándome atentamente, con los ojos brillantes. Cuando nuestras miradas se cruzan, casi leo sus pensamientos: yo, sensual, en este picardías de encaje, esperándole sobre sus níveas sábanas… ¿O puede que sean mis propios pensamientos?

Ups…

—¡No puedo evitar preguntarme si es un regalo altruista o con intereses ocultos! —ríe Alexis, que se refiere claramente a su hermano.

¿Cómo? Un momento, pero…

—¿No es cosa tuya? —le pregunto a Holly.

Ella niega con la cabeza. Me giro de nuevo para mirar a Austin, que esta vez me sonríe como un niño malo, orgulloso de su última trastada. No me lo puedo creer.

¿Me habrá estado espiando? ¿Habrá echado el ojo a mi historial en Internet? ¿Se lo habré dicho yo? Ya no sé qué pensar.

—Ahora que he confesado, ¿me perdonas? —me pregunta, juguetón.

—No hay nada que perdonar… Me encanta este camisón.

—Y yo sé cómo me va a encantar aún más… —me susurra al oído.

—¡Serás guarro…! Pero ¿cómo lo has sabido? —digo en voz baja.

—Te lo diré más tarde…

Decido no insistir. Me lo tomo como un compromiso solemne por su parte. Al fin y al cabo, es Navidad: los niños merecen abrir sus regalos y ya se están impacientando. Sonrío al hombre con el que he pasado la noche, me arrimo a él, apoyo la cabeza en su hombro y observo cómo Tom y Lia desenvuelven más regalos. Austin, relajado, me besa suavemente el pelo: un gesto protector y lleno de cariño. Ninguno de los dos ha mencionado lo que ha pasado entre nosotros, pero no estoy loca: sé que siente lo mismo y con la misma intensidad que yo.

Tom enloquece con un castillo de Playmobil y luego con un juego de caballeros, este último de mi parte. Lia descubre unos nuevos patines y libros, Holly una preciosa pulsera de su marido y este último abre el regalo de su mujer: un fin de semana para escapar de la rutina. Austin se ríe y dice que él se encargará de los niños, a lo que su hermano añade que quizá no vuelvan, lo que nos hace reír a todos.

Me acerco a mis zapatillas de nuevo para coger el último paquete que me he reservado para el final. Lo palpo: es a la vez blando y rígido, y parece estar envuelto bajo la primera capa de papel. Para no escatimar en placer, intento tomarme mi tiempo, pero acabo abriéndolo de golpe.

—¡Dios mío!

—Dios no trae regalos, es Papá Noel… —me corrige Tom, seguro de sí mismo y muy serio.

Todos se ríen de su comentario, incluida yo, pero estoy tan ida por la emoción y la sorpresa que se me llenan los ojos de lágrimas. Una funda naranja con asas recubiertas de satén azul. Sobre la tela, unas letras mayúsculas impresas: las iniciales de Louis Vuitton. No me lo puedo creer. Aún no sé lo que esconde la bolsa, pero estoy emocionada como una cría. Y con razón. Al releer la inscripción de la marca, saco con impaciencia lo que hay dentro.

Insisto: ¡Dios mío!

No tengo palabras. No sé qué decir, simplemente alucino con lo que tengo en mis manos. Es el Alma, el modelo que para mí equivale al Santo Grial desde que tenía diecisiete años, desde que vi ese elegante accesorio en un anuncio. Llevo años babeando por él, pero no podía sacrificar semejante cantidad de dinero por un bolso. Ahí entra en juego mi lado sensato: ahorrar lo que se pueda para las vacas flacas, por si acaso.

Me tiembla la voz, pero aun así, no puedo evitar dirigirme a segunda familia para agradecer el regalo a mis Papás Noel, que han sido más que generosos.

—Yo…

—Te lo mereces —sonríe Holly, acurrucada en los brazos de Alexis.

—¡Estáis locos! Solo nos conocemos desde hace unas semanas…

—Solo han pasado unas semanas y, sin embargo, has hecho que nuestras vidas sean mucho mejores —explica Austin.

—¿En serio?

—Oye… ¿Me he pasado?

De repente, parece dudar. Austin se muerde el labio inferior y entrecierra los ojos para analizar mi expresión. Creo que está a punto de decir que no debería haberme regalado el bolso o de preguntarme si no me ha gustado. No quiero que se haga una idea equivocada; significa mucho para mí. A sus ojos, este bolso puede ser calderilla, pero a los míos vale mucho más, aparte del dineral que se habrá gastado.

—Es perfecto. Pero ¿cómo lo has sabido? No lo entiendo…

—Primero abre el bolso, anda.

Y eso hago. Dentro, veo un marco de madera negra que saco inmediatamente. En él se refleja el esplendor de un momento, la magia de las emociones compartidas, y se me encoge el corazón. Una lágrima solitaria cae por mi mejilla, y espero que sea discreta. En la foto salimos Austin y yo en Times Square, con nuestros gorros de Aigle, victoriosos ante el mundo, un par de niños juguetones y espontáneos. Austin parece un dios del Olimpo y yo me descubro sonriente y rebosante de alegría, o mejor dicho, de felicidad. El brillo de mis ojos me llega al alma: veo el amor dibujado en ellos.

—Bueno, ha llegado el momento de confesar.

—A-adelante… —tartamudeo.

—Te acuerdas de que escribimos las cartas de Papá Noel con los niños, ¿no? Esa noche, no pude resistirme a averiguar lo que habías pedido. Al principio, tenía toda la intención de meterme contigo: eras esa chica mordaz que se embarcó en una aventura navideña en Nueva York, y no veía qué más podrías desear. Me esperaba… algo muy trivial.

Una mueca contorsiona mi rostro antes de dar paso a una sonrisa. En cierto modo, no se equivoca, la belleza de mi Navidad reside en el hecho de haberla pasado en esta ciudad increíble, en esta mansión de locos, con estas personas que se han vuelto tan importantes para mí. El resto es casi banal, y mi regalo favorito, con diferencia, es la foto en que salimos los dos.

—Pero luego tus palabras me hicieron reír —continúa—, me conmovieron, y me di cuenta de que eras una mujer mucho más fascinante de lo que imaginaba, y de que te merecías que escarbáramos un poquito, que te conociéramos, que descubriéramos a la verdadera Liv. Me llegó especialmente la forma en que te dirigiste a Papá Noel, y la generosidad con la que pediste un deseo para mí en tu propia carta hizo que me partiera de la risa. ¿Quién hace algo así? En fin, me sorprendiste, y fue entonces cuando tu magia navideña empezó a hacer efecto en mí. No se me ocurrió mejor forma de agradecértelo que regalándote las cosas que aparecían en tu lista para hacerte feliz.

—Por eso, mañana por la mañana, ¡disfrutarás de un masaje con las chicas! —me dice Holly más contenta que unas castañuelas.

—Y por la tarde, te espera una pequeña sesión de fotos —añade Austin.

No me lo puedo creer. *¿Qué maravilla es esta?* Esta es la Navidad más loca que he tenido en mi vida. ¡Ni en sueños me habría imaginado algo así! Estoy asombrada por todo lo que me está pasando gracias a Austin, ese hombre tan irónico pero atento.

Me arrimo a él, ávida de contacto. Necesito sentir su piel y su calor. Deseo que me rodee con sus brazos y que nunca más me abandone, que me proteja. Me acaricia la espalda y yo aspiro su aroma. Los demás se han ido a la cocina para preparar la comida o a sus habitaciones para empezar a disfrutar de los regalos. Estamos solos en esta burbuja navideña perfecta. El aliento de Austin me acaricia la mejilla. Parece querer decir algo, pero no se atreve a romper la magia del momento, hasta que…

—Gracias, Liv.

—¿Por qué?

—Por los regalos, por la maravillosa noche que he pasado contigo… por estar aquí.

Me rindo a sus labios. A lo lejos, la nieve cae sobre Manhattan. Me entrego a Austin de una forma nueva. Nunca he tenido la audacia o el valor de ser yo misma con alguien. Huyo de todo lo que implique mostrar mis debilidades, pero aquí, arropada por sus brazos, la vida me parece más fácil.

Austin es el tipo de hombre que una se encuentra en las novelas o en las pelis: guapo, interesante y con un corazoncito dulzón a pesar de su apariencia de tipo duro. Austin es el hombre que hace que el corazón te lata desbocado, aquel que despierta mariposas en tu vientre y sudor en las palmas de las manos. Cuando leía, este tipo de personajes siempre me parecían utópicos, imposibles, pero a menudo, me enamoraba de ellos a medida que pasaba las páginas. Me escapaba a un mundo y a una historia que no me pertenecían. Pero hoy, el día de Navidad, puedo decir que no me he enamorado de un héroe de papel, sino de un hombre de carne y hueso.

Austin es el hombre que me hace sentir mujer, el hombre por el que perdí la cabeza a un ritmo asombroso, y sigo haciéndolo cada vez que pasamos tiempo juntos. Esta foto de nosotros

dos en Times Square es, sin duda, la llave que por fin le ha abierto la puerta a mi corazón.

[1] *N. de la T.* Normalmente transparente, cortito, con encaje o muchos volantes.

27

Desde que abrimos los regalos, siento que vivo en una burbuja. Me he convertido en la mismísima felicidad. ¿Es eso posible? Físicamente no, lo sé, pero os juro que mi cerebro es un pegote blandurrio y feliz.

El veinticinco fue un día de convivencia en familia. Comimos juntos. Todo estaba exquisito y sabroso. Improvisamos una pista de baile en medio del salón y Tom, tan enérgico como siempre, bailoteó al ritmo de algunos villancicos. Luego me uní a él y cantamos *Mon beau sapin* a dos voces.

Las sonrisas en los rostros de los presentes fueron la prueba irrefutable de la alegría de estar juntos. Estuvimos de celebración todo el día, comidas y pelis incluidas. Finalmente, nos fuimos a la cama y me encontré de nuevo en los cálidos y acogedores brazos de Austin. Y él me hizo vibrar una vez más.

En la intimidad es tan dulce y estimulante como en la vida real; sin embargo, hay en él una fogosidad que sigue siendo inusual para mí y eso me encanta. Me cuesta creer que sintiera que una mujer lo había herido tanto como para encerrarse en sí mismo durante años. Aun así, me da la impresión de que conmigo se deja llevar, lo da todo y se abre por completo. Yo no soy capaz de eso; todavía no.

Todos mis pensamientos inconexos convergen en Austin mientras las manos de la masajista se amoldan a mi cuerpo y me crujen la espalda para aliviar la tensión que llevo dentro. Al principio, la sensación no es la más agradable (después de todo, estoy desnuda bajo una toalla y en manos de una desconocida), pero al final, gracias a Holly, empiezo a relajarme. Ella parece disfrutar mucho del tratamiento y desconecta todo lo que puede.

—Bueno, ¿qué pasa entre Austin y tú? —me dice con voz dulce, pero sedienta de información.

—Bueno… nada especial.

—Liv, ¿me tomas por una cabeza hueca? Es evidente que hay algo entre vosotros.

Aunque tengo la cabeza atrapada en el cojín de la camilla de masaje, intuyo su sonrisa. Su risita me hace sonrojar y tartamudeo como una adolescente pudorosa antes de contestarle.

—Nos… nos lo pasamos bien juntos.

—¿Es una forma indirecta de decirme que es bueno en la cama?

—¡Holly!

—¿Qué? ¡Es mi cuñado, pero dejará de tener vida sexual…! Eso me tranquiliza. Pensábamos que, a este paso, se metería a monje…

Su comentario inicial habla por sí solo. ¡Os aseguro que Austin está muy lejos de meterse a un orden monasterial! De hecho, yo diría que su apetito es insaciable. Austin me ha confesado que le vuelvo loco, que está loco por mí. Me sorprendió que me dijera algo así: no me sentía capaz de volver loco a alguien, y menos a un hombre como Austin. Más bien al revés…

—No habéis hablado del tema, ¿verdad?

—No, no hablamos de nosotros. O de lo que somos.

—Liv…

—Creo que me gusta. O sea, sé que me gusta, pero lo que intento decir es que…

¡Es tan difícil verbalizarlo…!

Ya es bastante complicado expresar lo que siento a raíz de mis pensamientos, pero decirlo en voz alta y delante de Holly es otro nivel. Hay un breve silencio entre nosotras, y espero que ella lo rompa en cualquier momento.

—¿Que estás enamorada de Austin…?

—Bueno, quizá eso sea pasarse. Digamos que le tengo cierto apego.

—Es mutuo; no me cabe duda.

—Me ha cogido cariño.

—Liv, quítate esas gafotas que llevas puestas y te impiden ver la realidad. Lo digo con todo el respeto del mundo, ¿eh? Austin no solo te ha cogido cariño. Lo que te dijo ayer, los regalos que te hizo, la forma en que te mira, los gestos que tiene hacia ti… todo eso son señales de que lo que ha nacido entre vosotros es mucho más que apego.

—Todavía no es amor, Holly.

—¿Estás segura?

Su pregunta me hace dudar: soy incapaz de negarlo del todo. *¿Es amor lo que siento por Austin? ¿Me estaré enamorando de él?* Aún me cuesta admitirlo y aún más expresarlo delante de los demás. Está claro que siento cositas muy intensas por él y no contemplo volver a la distancia que había antes entre nosotros. Pero de ahí a decir que él también está enamorado de mí… no sé yo.

No sé qué contestar. Es más, ni siquiera sé qué pensar. Lo que antes concebía como «un problema de la Liv del futuro» está cada vez más cerca, y todas estas preguntas que me planteo deberían tener respuesta muy pronto.

—Te vas mañana, Liv. Tenéis que hablarlo…

Gracias, Holly, por animar el ambiente. Ni que mi mente fuera ya un caos…

—Lo sé.

—No quiero hacerte sentir incómoda o mal, pero tienes que reconocer que se acerca la fecha límite.

De verdad, si alguna vez necesito animarme, llamaré a Holly…

Decido no contestar. Básicamente, Holly tiene toda la razón: necesito acabar con todas esas preguntas sin respuesta. Es inconcebible que esto siga así. Austin y yo vamos a tener que hablar sobre nuestra relación. Nunca hemos admitido ser pareja: oficialmente, solo somos dos personas que se gustan y se lo pasan bien juntas. Es difícil concretar, porque hasta ahora, no hemos sido capaces de hacerlo, pero me voy mañana, así que…

No tengo ganas de que llegue el momento. En el fondo, ni siquiera sé si quiero volver a Francia; prefiero quedarme aquí con los Matthew y disfrutar de las fiestas. De todas formas, solo serían un par de días más después de estas tres semanas. *¿Qué es un poco más de tiempo en Nueva York, aparte de la oportunidad de dejar que mis sentimientos y los de Austin florezcan?* Dicen que hay que aprovechar las oportunidades, ¿no? ¡Pues pienso hacerlo! Aún tengo tiempo de ocuparme del tema del visado y de todos los trámites administrativos.

Al salir del salón de masajes con mis vaqueros negros, mi jersey blanco y ancho bordado con hilos dorados y mi chaqueta de plumón gris, me armo de valor y fuerza de voluntad y voy directamente a la ubicación que Austin me ha enviado. Estoy dispuesta a admitir delante de él que quiero quedarme más tiempo en Nueva York.

Tengo que reconocer que la pequeña conversación que he tenido con Holly me ha hecho pensar, y mis ganas de quedarme, que ya estaban ahí, se han multiplicado por mil. Puede que no viva en esa mansión, pero allí me siento como en casa y solo de pensar en volver a Francia, me entra la morriña ya.

Quiero quedarme.

Siguiendo las indicaciones del GPS, me dirijo al Jean-Georges, un restaurante de gastronomía francesa. Austin ha decidido tirar la casa por la ventana. No me esperaba una comida tan elegante antes de nuestra sesión de fotos vespertina. Según me ha dicho, hemos quedado con un amigo suyo que trabaja como fotógrafo profesional por pura vocación. Se conocieron en la inauguración de uno de los hoteles de su cadena, y desde entonces, han estado en contacto. El fotógrafo en cuestión es un apasionado de la fotografía urbana, pero como profesional lleva años dedicándose a la fotografía de eventos.

El Jean-Georges está en la Trump International Tower, un gigantesco edificio totalmente de cristal que ya veo a lo lejos mientras camino por la acera. Hace un frío que pela; por algo es 26 de diciembre. Me estremezco y trago una bocanada de aire de camino a la entrada de la torre. Me ruge el estómago y me pregunto qué habrá en la carta. Me relamo de tanto darle vueltas al asunto, pero entonces localizo a Austin en la entrada del edificio.

Siempre que le veo, pienso lo mismo: este hombre tiene un carisma brutal y va tan elegante con su abrigo… Esta vez es color camel. Lleva una bufanda negra con rayas rojas alrededor del cuello, tiene las manos en los bolsillos y mira al frente con aire distante y abstraído. Es un hombre innegablemente profesional y serio, pero tiene un encanto magnético. No hace falta que el viento me empuje hacia él: me atrae como si fuera un imán. Su pelo no resiste del todo a las ráfagas de aire y un mechón se agita rítmicamente en su cabeza. La barba negra, por su parte, acentúa la forma cuadrada de su mandíbula. Austin frunce los labios y baja la mirada hacia su móvil antes de teclear lo que supongo que será un mensaje. Parece preocupado, pero ¿por qué?

Voluntariamente (o no), aminoro la marcha.

Me llama la atención la actitud de jefazo de Austin: serio y sereno, un hombre capaz de controlar cualquier situación; de eso no hay duda. Y aun así, ha decidido mostrarse tal y como es conmigo, pasar tiempo a mi vera. Me ha abierto su corazón y ha compartido sus emociones conmigo. Orgullosa, no puedo evitar sonreír.

Cuando era niña, soñaba con encontrar a mi príncipe azul. ¿Qué niña no lo ha hecho? Ahora sé que todo es posible. Aquí, en Nueva York, he encontrado a mi príncipe versión 2.0: con carácter fuerte y testarudo a veces, pero con buen corazón. Un hombre inteligente y considerado. Por primera vez en mucho tiempo, siento cierta confianza, sobre todo en mí misma. Ya sé que no tengo trabajo y que mi familia está lejos, pero este hombre saca lo mejor de mí. Me siento libre de toda carga, dispuesta a cualquier cosa.

Con paso seguro, sigo avanzando en dirección a Austin, que me espera en la acera de enfrente. Nuestras miradas se encuentran y veo cómo me sonríe con ese lado provocador que me vuelve loca. La nieve cae con más fuerza y empieza a nublarme la vista. El tráfico se vuelve más denso y los cláxones arman un buen alboroto. Aún nos separa la calzada. Ambos estamos esperando el momento de volver a encontrarnos, pero habrá que esperar a que el tráfico se disperse ligeramente. Nuestra conexión es magnética. Austin da un paso, luego otro, sin dejar de mirarme, y de repente…

Unos neumáticos que chirrían sobre el asfalto, un motor que ruge y me deja sin aliento. Me quedo inmóvil y contemplo un espectáculo que me rompe el corazón en mil pedazos. Un taxi que

circulaba a toda velocidad choca frontalmente con Austin. Ni siquiera el reflejo de frenado del conductor ha impedido el golpe.

Respirando con dificultad, veo cómo su cuerpo sale despedido hacia delante y choca con la parte trasera de un Mercedes. No se mueve.

¿Respira? ¿Está vivo? ¿Está consciente?

Corro hacia él. A su alrededor, una multitud de transeúntes se acerca. Grito, chillo con todas mis fuerzas, angustiada por lo que acabo de ver.

—¡Llamad a emergencias! ¡Por favor, que alguien llame a emergencias!

El frío viento invernal amortigua mi voz. El portero de la Trump International Tower corre hacia mí, comprueba el pulso de Austin, que es débil, y lo coloca en posición lateral. *Dios mío, ¿qué hago? ¡No sé qué hacer!* Estoy al borde de un ataque de nervios. Un hombre trajeado me dice que la ambulancia está en camino, pero apenas escucho. *He de… He de decírselo a Holly*. Me tiemblan las manos al intentar sacar el móvil del bolsillo. Incapaz de calmarme, miro a Austin, sus ojos cerrados, su respiración apenas perceptible, y siento pavor. Mi ansiedad va en aumento, se intensifica.

Los minutos siguientes son un borrón de acontecimientos confusos. Estoy presente y lo vivo todo en directo, pero mi mente está en una neblina, en estado de *shock*, y tengo claro que no recordaré lo que está sucediendo en este momento. Pasado un rato, llega la ambulancia, cargan a Austin en una camilla y me piden que les siga. Me informan de que nos van a llevar al hospital más cercano, el Bellevue.

Allí nos atienden rápidamente y una enfermera me señala los asientos del pasillo. Me quedo allí esperado un poco más. La mujer me aconseja que me relaje. *¡Qué fácil es decirlo cuando no se está en esta situación!* Me armo de valor y cojo el teléfono para llamar a la familia de Austin. Holly descuelga tras la tercera señal.

—¿Liv?

—Estamos en el hospital —digo, con la voz rota por la pena—. Austin ha tenido un accidente…

—¿Qué? ¿Dónde estás? ¡Vamos de camino!

—En Bellevue.

—Vamos para allá. No te muevas.

¡¿A dónde coño queréis que vaya?!

Cuelgo sin mediar palabra. Cierro los ojos y espero. Pasan segundos, luego minutos, pero yo estoy en otra parte. De repente, siento que unos bracitos me rodean. Reconozco a Tom por el dulce olor a gofres calientes. Me apoya la cabecita en la nuca y dejo que las lágrimas fluyan sin control.

—¿Sabes algo más? —me pregunta Alexis con voz preocupada.

Niego con la cabeza.

La maldición de las fiestas. Todos pensamos lo mismo, pero nadie se atreve a admitirlo. En casa de los Matthew, la Navidad implica corazones rotos y vidas que se acaban. ¿Y si este año vuelve a pasar? *Por Dios, espero que no.…* Estoy dispuesta a volverme creyente si hace falta; así de aterrada estoy. Nunca he pasado tanto miedo por nadie, y ahora me doy cuenta de que lo que siento por Austin no tiene nada que ver con mi experiencia con otros hombres.

Holly acosa a la recepcionista de la planta en busca de información. Lia solloza en su asiento y Alexis da vueltas como un animal enjaulado. Pero cuando llega el médico, todos recuperamos el aliento.

—¿Cómo está? —pregunta Alexis.

—Mejor, diría yo. Su hermano ha sufrido una fuerte conmoción. Su cráneo impactó con la parte trasera de un coche y el cerebro, a su vez, chocó con el cráneo.

—¿Qué significa eso? —pregunta Holly aguantándose la respiración.

Guardo silencio.

—Ha estado inconsciente varios minutos, pero afortunadamente, no hay fractura craneal —Dejo escapar un suspiro de alivio que comparto con Holly y Alexis—. Sin embargo, cabe suponer que haya sufrido un traumatismo craneal. Es probable que tenga dolores de cabeza, mareos o vómitos. Para serles sincero, cuando llegó al hospital, estaba en coma ligero.

—¿Está despierto? —pregunto con toda la calma de la que soy capaz.

—Sí, está despierto. Pueden ir a verlo, pero tengan cuidado: no lo sobrecarguen desde el punto de vista cognitivo. Necesita reposo. Les doy veinte minutos.

—Gracias.

El médico nos indica dónde se encuentra y recorremos el pasillo hasta la puerta concreta, tras la que encontramos a Austin en una amplia y pulcra habitación blanca con olor a antiséptico. Los hospitales nunca me han hecho sentir cómoda, y ahora, con más razón.

Tumbado en la cama, Austin tiene la cara pálida y la cabeza vendada. Está conectado a un par de máquinas que emiten pitidos con regularidad. Tom ignora en un principio las palabras de su madre (que le pide que vaya con cuidado) y corre hacia su tío. Luego se tranquiliza y le coge de la manita.

—¡Hola, colega! —dice Austin.

Alexis también se acerca a su hermano y le sonríe antes de ponerle una mano reconfortante en el hombro y confesarle que estaba asustado, que todos lo estábamos. Austin sonríe a Holly, que no puede contenerse y lo besa en ambas mejillas. Su hija se desliza entre los brazos de su tío y vuelve a sollozar con pesar. Este momento en familia es desgarrador, pero al mismo tiempo, el amor que desprenden es una magnífica oda a la vida.

Cuando llega mi turno, me acerco a Austin y le miro fijamente a los ojos. Me observa con los labios fruncidos y me escruta. No consigo distinguir su expresión; no me lo permite.

—Me has dado un susto horrible… —susurro.

—Perdona…

—No hay nada que perdonar —le corto—, no es culpa tuya. Pero la próxima vez que tengamos una cita romántica, respetaremos los semáforos, ¿de acuerdo? —sonrío para animarme un poco.

—Perdona —repite—, pero… ¿Quién eres? ¿Dónde está Allison?

28

Mi mundo se desmorona. «¿Quién eres? ¿Dónde está Allison?». La espada no podía haberse clavado más hondo en mi corazón. Austin no se acuerda de mí. No recuerda cómo nos conocimos, ni tampoco el tiempo que pasamos juntos. Ni siquiera recuerda nuestras risas, nuestras bromas, y para colmo, va y pregunta por la pija de su ex.

Me pongo blanca. Holly y Alexis intentan recordarle quién soy, su deseo de devolverle un poco de magia navideña a su vida. Yo le cuento el episodio del café que derramé sobre su preciosa gabardina, Lia le habla de la carta que le escribimos al viejo barbudo del saco, pero nada ayuda. Austin sigue preguntando por Allison y la expresión de su rostro me hace sentir cada vez peor.

Está claro que, para él, vuelvo a ser una extraña.

***

Unas horas más tarde, una mujer entra en la habitación de Austin. Es una pelirroja larguirucha (a diferencia de mí). Sus esbeltas piernas asoman a través de unas medias y terminan en unos zapatos negros de tacón indecentemente altos.

Que no se caerá de bruces, no… ¿Dónde está la justicia en este mundo?

No me cabe duda de que bajo su abrigo esconde un magnífico vestido que moldea su cinturita de avispa. Al fin y al cabo, ya se le marca gracias al cinturón; me lo huelo desde aquí. El pelo rojo brillante le cae elegantemente por debajo de los hombros, una boca rojo mate dibuja una sonrisa radiante y su rostro está enmarcado por unos pendientes largos y brillantes en forma de lágrima.

La primera pregunta que viene a la mente es: «¿Quién coño es esta mujer?». Un ligero sentimiento de aprensión se apodera de mi mente. No puedo dejar que mi intuición responda a esa pregunta. Observo a Austin, que está tenso y no deja de mirarnos. Pero cuando se fija en esa mujer que se acerca a él, parece relajarse. Su mandíbula está más definida que de costumbre y sus labios son ahora solo una fina línea de piel rebosante de amabilidad. Le brillan los ojos.

La mujer en cuestión le posa la mano en el hombro y se arrima a él.

¡Demasiado cerca…! —gritan mis instintos, recelosos y a la defensiva.

—Allison… —murmura y me aplasta el corazón en el proceso.

No puedo apartar la mirada de la cercanía de sus cuerpos. Observo la escena con atención. La chispita de celos se convierte en llama, y luego, en el infierno. Inmóvil, paralizada por el miedo y el dolor, me dejo llevar por las dudas. Mi corazón late frenéticamente y casi puedo oír la sangre fluyendo por mis venas. La cabeza me da vueltas al ver cómo se sonríen y se tocan. Sin embargo, veo que Allison parece andar con pies de plomo. Sus miradas furtivas hacia los Matthew, sus gestos amables con Austin… todo demuestra que no está a gusto. Sabe que no debería estar aquí.

Pero ¿acaso yo pinto más que ella?

Allison se quita el abrigo. Lleva un vestido precioso. A pesar de todo lo que está pasando, mi

cerebro no puede evitar hacer ese comentario estúpido e inapropiado. *¡Me estoy volviendo loca!* El vestido verde esmeralda de esa pelirroja tiene un corte imperio en el busto, pero es ceñido… sin llegar a ser vulgar.

¿No es el verde el color de la esperanza? ¿La de echarle el guante a Austin, quizá…?

Austin se relaja poco a poco, se olvida de que estamos allí, abre la boca y entabla conversación con ella. Mi curiosidad insaciable me atormenta por dentro. Quiero escuchar cada palabra que dicen, pero no me atrevo a acercarme. Sin embargo, una vocecita me susurra al oído que lo único que tengo que hacer es huir. *Muy, muy lejos.* Al apoyarme en la austera pared de la habitación, concluyo que este hospital me da vértigo.

Cuando esa pájara pelirroja (bueno, se me permite llamarla como me dé la gana) posa los ojos en mí, su sonrisa se vuelve más amplia y le ilumina el rostro con un brillo travieso; me atrevería a decir… maquiavélico.

Me entran escalofríos.

No puedo soportarlo; tengo que irme.

La nieve ha empezado a caer de nuevo y, a pesar de las tropecientas capas de ropa que llevo, cuando salgo del hospital, el frío me azota, y poco después, es el turno del arrepentimiento. Me arrepiento de haber creído que esto llevaría a alguna parte.

Petrificada por una atracción malsana, aquí me veis, con un rostro completamente distinto: el de una mujer decepcionada que ha decidido quedarse a presenciar su desengaño amoroso, observar a los culpables de la tristeza que se la comerá por dentro próximamente.

¿Esta reacción masoca es exclusiva de las mujeres o es, en general, una carga humana? ¿Quién no se ha quedado ahí, sufriendo, esperando que la espada de Damocles[1] *se precipite de una vez por todas?*

Austin no se apartaba de Allison, y lo que es peor, aún veo cómo le sonreía, con ese brillo en los ojos… Me entran arcadas solo de pensarlo. Se me nubla la vista por los lagrimones que estoy reprimiendo, pero cuando echo a correr, al fin me libero de esa imagen. Estoy a punto de acabar de culo en el suelo varias veces. Me resbalo con la nieve, pero no me rindo. Debo conseguir mi objetivo: escapar de este lugar, de esta ciudad, de este país. Una cosa es segura: no quiero seguir en Nueva York. Esas tretas de las que Allison se beneficia no son para mí, son una americanada de las gordas. En Francia también tenemos una buena dosis de giros argumentales y dramones, pero esto es demasiado.

Quiero irme a casa.

Llamo a un taxi, que se para justo delante de mí. Tal vez sean mis ojos llenos de lágrimas los que le hacen detenerse, o quizá sea la compasión o la lástima que debo darle teniendo en cuenta que ayer era Navidad. No me atrevo a pensar en ello. En su lugar, le doy la dirección de la mansión a toda prisa, esperando que no haya nadie. Holly me ha dicho que habían planeado una tarde familiar con los niños, los cuatro solos. ¡Esperemos que hayan seguido con el plan y que aún no hayan llegado a casa!

El conductor no intenta siquiera entablar conversación conmigo y yo se lo agradezco en silencio. Repito en bucle lo sucedido en los últimos minutos, luego todo lo que he vivido con Austin desde que llegué a Estados Unidos. Es cierto que no conectamos desde el principio, pero aun así, jamás me habría imaginado que nos acercaríamos tanto y acabaríamos teniendo cierta intimidad. Hemos pasado por cosas que significan mucho para mí, empezando por Times Square. Nuestros besos, la tensión, las miradas ardientes y los chispazos estimulantes… todo ha dejado

huella en mi mente, casi tanto como en mi piel. Y ahora, mil preguntas me reconcomen:

¿Ha estado pensando en Allison todo el tiempo o es cosa del accidente? ¿Ha sido sincero conmigo? ¿Lo que le acaba de ocurrir ha sacado la verdad a la superficie o simplemente ha perdido la memoria?

De repente, me doy cuenta. Allison. Las múltiples llamadas de la nada, lo que me contaron los Matthew… Esa chica le rompió el corazón, pero ¿y si sigue enamorado de ella?

Allison.

Un nombre que arrasa con todo en mi mente, como un huracán. Es guapa, inteligente, con estudios, viene del mundo de Austin, vive aquí (no les separa el océano) y se conocen perfectamente, así que ¿por qué negar lo evidente? Seguro que es capaz de perdonarla por su desliz. Por muy grave que me parezca, quizá a él no le importe tanto.

Un momento: ¿Qué ha pasado exactamente aquí?

Mis sentimientos están saliendo a la luz y no puedo seguir escondiéndome de ellos. Me he enamorado de Austin. Es divertido, dulce pese a su ruda apariencia, inteligente y apasionado. Puede que su pérdida de memoria sea consecuencia del accidente y que no sea permanente, pero en el fondo, no consigo quitarme de la cabeza la imagen de Allison sonriendo. Ella es su pasado: tienen cierta conexión, y eso es innegable.

Aunque me mata pensarlo, sigue siendo guapa y sexi, por no hablar del hecho de que le conoce perfectamente. Por lo poco que he visto, rebosa confianza en sí misma. Sin embargo, Alexis y Holly parecían obtusos y fríos en el momento en que entró en la habitación.

Aun así… ¿Qué podría darle yo que no le dé ella?

Si nos comparamos, yo solo soy Liv, la chica sin trabajo y con una carrera que no sirve para nada. Puede que tenga la cabeza llena de sueños, pero estoy muerta de miedo y no tengo un duro para ponerlos en práctica. Vivo en Francia, muy lejos de Nueva York. Soy una chica normal y corriente que ni siquiera puede permitirse una noche de alojamiento en uno de los hoteles de lujo de Austin Matthew, así que ser la mujer a la que ama sería ilusorio, propio de un telefilme navideño, y además, como dice Théa: «La vida no es un kiwi, bonita[2]».

---

[1] *N. de la T.* Según el DLE: «Amenaza persistente de un peligro.»

[2] *N. de la T.* Expresión que utilizaban los adolescentes francófonos hace unos diez años para decir «La vida no es fácil».

29

Cuando llego a casa de Austin, no hay nadie. *Menos mal.* Voy corriendo a mi habitación y hago las maletas, intentando no olvidar nada. Teniendo en cuenta la distancia, será difícil volver a recoger mis cosas…

No creía que volvería tan cargada de mi periplo a la americana, pero entre las compritas inofensivas para amigos y familiares (y alguna cosa para mí) y los regalos de Navidad, apenas me cierra la maleta.

Entro a toda prisa al baño que comparto con Austin para coger mi neceser de maquillaje y mi cepillo de dientes (si consigo encontrar un vuelo, va a ser un viaje largo, así que mejor no olvidarlo) y luego me pongo algo más cómodo. Unos vaqueros, mis Converse, un jersey gordito, gorro y bufanda, además del abrigo. Poco después, ya estoy lista para salir. *Si me hubiera parado a pensar en que ocurriría algo así…* Bueno, en realidad, no creo que lo hubiese creído posible, así que no sé cómo habría reaccionado.

Es una tontería como una catedral pensar que si una supiera las cosas de antemano, reaccionaría mejor. ¿Quién es la listilla que puede ser razonable con semejante panorama? Nadie. Somos humanos, y ya está.

Se me encoge el corazón al ver el bolso de mis sueños. La realidad es que no puedo aceptar este regalo. No soy ese tipo de persona: no puedo quedarme con un regalo tan caro sabiendo que Austin probablemente sienta algo por otra persona. Seguro que esa pelirroja quedará encantada con el bolso, a no ser que Austin lo devuelva. En fin, me da igual, que haga lo que quiera con él. Sin embargo, me tomaré la libertad de conservar la foto enmarcada que nos sacamos en Times Square. En ella parecemos dos desquiciados, pero significa mucho para mí. A fin de cuentas, es bastante probable que fuera esa noche en la que me di cuenta de que estoy enamorada de este hombre sorprendente y generoso. Detrás de su coraza de imbécil egocéntrico, hay mucho más. Es él quien ha hecho latir mi corazón de mil maneras durante esta aventura: de principio a fin.

Dejo el Alma sobre la cama, guardo el marco y me abrocho el reloj en la muñeca. Luego cojo el resto de regalitos. Cuando bajo las escaleras, el calor de la mansión despierta en mí la nostalgia, aunque todavía no he abandonado estas paredes.

En la cocina, dejo una notita breve pero emotiva:

No sé muy bien por dónde empezar. Gracias. Gracias por todos los momentos que he pasado con vosotros, con vuestra pequeña familia rebosante de alegría, buen humor y amor. Me habéis recordado lo importante que es la familia y, en este sentido, que no debo dejar de lado la mía.

Sin embargo, ha llegado el momento de decir adiós. No me gustan las despedidas, y por eso, tenía que desaparecer de una forma que no dejase atrás un corazón hecho añicos.

Lia, no olvides nunca que eres una chica increíble y dulce. Tom, mi petardín favorito, sigue dibujando sonrisas en todo aquel con quien te encuentres. Holly, gracias por todo y a ti, Alexis, también: sois personas a las que jamás olvidaré.

Austin, gracias por esta aventura. Te deseo que seas muy feliz con la persona que hace latir tu corazón.

Me siento como si me estrujaran el corazoncito. A punto de derrumbarme y romper la nota, me dirijo a la puerta con mis maletas, lágrimas en los ojos y el corazón hecho trizas.

En el taxi que me lleva al aeropuerto, mi cabeza da demasiadas vueltas a las cosas. Esto no puede ser sano. No puedo dejar de pensar en la gente a la que dejo atrás. Llegué a Nueva York de puntillas, como quien camina de espaldas a su destino, y aquí estoy, marchándome a toda prisa, con el corazón desbordante de sentimientos y recuerdos tan hermosos como dolorosos, huyendo de un amor no correspondido. La Gran Manzana me ha cambiado: me siento distinta y más fuerte, aunque ahora parezca tan frágil.

Incapaz de soportarlo más, cojo el móvil y marco el número de Théa para llamarla por WhatsApp. La señal suena un par de veces, lo que me hace pensar que ni siquiera he tenido en cuenta la diferencia horaria antes de llamarla, así que me maldigo en silencio mientras espero. Aquí son casi las cuatro de la tarde.

—¡Hola, mi neoyorquina!

El tono jovial de Théa al otro lado de la línea me consuela y enseguida percibo su sonrisa, aunque no pueda verla. Intento aparentar felicidad.

—Hola, espero no molestar. Perdona, es tarde.

—No puedo dormir. Insomnio de embarazada, o eso parece.

—Vaya, lo siento…

—No es nada, se pasará. ¡Concebir una nueva vida tiene sus inconvenientes! Bueno, qué, ¿es oficial? ¿Vas a prolongar tu estancia en Estados Unidos?

—En realidad, vuelvo a casa antes de lo previsto.

—¿Quieres decir antes de los dos días que te quedaban?

—Estoy llegando al aeropuerto.

El silencio se vuelve un incordio. No sé si Théa está decepcionada, triste o ansiosa. La única prueba de que sigue pegada al móvil es el leve y constante sonido de su respiración.

—¿Sigues ahí? —pregunto, sin saber qué decir a continuación.

—Sigo aquí. Bueno, ¿cómo quieres que procedamos? ¿Vas a esperar a que te lo sonsaque o te animas a desembuchar?

—¿Quieres la versión larga?

—Sí, como siempre.

Cedo a su petición y le cuento mis últimos días con todo lujo de detalles. Empiezo por el masaje con Holly y le hablo de cuando me sinceré sobre lo que sentía. Luego le digo que había decidido quedarme, al menos hasta Año Nuevo. Théa suelta un suspiro que me hace estremecer. Le cuento el accidente e insisto en el miedo que pasé. Menciono la pérdida de memoria de Austin y la forma en que me miraba como si fuera una extraña. Después le hablo de la escena que presencié: Austin aceptando la cercanía de esa mujer sin pensárselo dos veces, mi certeza de que todo este tiempo era Allison, mi dolor al verle alegrarse de su presencia, sus gestos, sus sonrisas pese a que se suponía que estábamos enamorados…

No estoy segura de si recuperará la memoria, de si recordará quién soy, de si nuestra historia volverá a su mente de algún modo.

¿Cómo voy a quedarme? ¿Qué debo hacer? ¿Acaso puedo esperar? ¿Y si su corazón escoge quedarse con Allison y amarla como en el pasado? Preferiría que no me humillasen, ¡mi

corazón no está para que lo pisoteen!

Las preguntas se suceden. Las formulo en voz alta, como si Théa pudiera darme las respuestas, pero sé que no es el caso.

—Liv, creo que piensas demasiado…

A pesar de todo, su comentario me arranca una sonrisa.

Pago al taxista y, amablemente, este me ayuda a sacar el equipaje. El aeropuerto JFK me parece igual de inmenso que la primera vez. Me refugio en su grandiosidad.

—Estoy en el aeropuerto. Voy a coger el primer vuelo que me lleve a casa. Te avisaré cuando llegue.

—¿Liv?

—¿Sí?

—¿Cómo estás?

He ahí la pregunta que tanto me temía. Las emociones y yo tenemos un buen historial, pero lo de hablar y comunicar lo que siento… eso ya, tal. Sin embargo, necesito hacerlo: necesito liberarme de esta carga en la que se convierten mis sentimientos. Tengo que hablar de ello, ¿y quién mejor que Théa para escucharme y aconsejarme sin juzgarme? Sé que está preocupada, pero lo hace por mi bien.

—Me siento vacía. Ha sido difícil admitir que me he enamorado de él y hacerle ver mis sentimientos cuando dudaba de si era mutuo… Pero me he abierto al amor, a él, a los demás. Por una vez, he intentado ser transparente, dejar a un lado el recelo, confiar y disfrutar del amor verdadero, o al menos, de la felicidad, justo lo que me faltaba para sentirme plenamente realizada. ¿Y qué ha pasado? Que Austin prefiere reencontrarse con su pasado antes que darle una oportunidad al futuro. No tiene control sobre su vida, Théa: su mente le ha jugado una mala pasada.

—Liv, ¿sabes que abrirse es algo bueno? Aunque signifique derramar algunas lágrimas…

—¿Estás segura?

—¡Pues claro que estoy segura! No puedes seguir huyendo de la gente por miedo a que te decepcionen o te hagan daño. ¡Así es la vida, amiga! A veces las personas que conoces te harán daño, pero otras te harán feliz y enriquecerán tu vida a corto o largo plazo.

—Me sorprende que digas esas cosas. Lo tuyo es más: «La vida no es un kiwi, bonita».

—Liv, a veces parece que solo escuchas lo que quieres. Es verdad que uso mucho esa frase, pero también te digo que, como la vida no es un kiwi, hay que luchar por ella, por lo que queremos, por lo que soñamos y lo que nos hace felices.

—Pero yo no puedo luchar contra doña Perfecta. Además, no sería juego limpio: hay que saber asumir la derrota.

—Pues ale, vete a casa. Aquí te esperamos. Así podrás celebrar la Nochevieja con nosotros, tal y como habíamos planeado.

Le doy las gracias a Théa, me despido de ella con un beso y cuelgo sin más preámbulos antes de dirigirme al mostrador para comprar el primer billete que me lleve a París.

La azafata, una rubia alta de figura voluptuosa, me dice que el próximo vuelo a París sale a las siete menos veinte de la tarde y llega a Francia a las ocho de la mañana, sin escalas. *Perfecto.* El precio del billete me escuece un poco (pues nada, he pedido un riñón), pero no importa, quiero volver a casa.

***

Después de un par de horas, las etapas antes de embarcar al avión se suceden: facturo la maleta grande, paso por el control de seguridad, espero en la puerta de embarque… Desde hace unos minutos, siento vibrar mi teléfono. Las llamadas de Holly y Austin no cesan. Incapaz de soportar el estrés del sinfín de llamadas, acabo poniendo el móvil en modo avión. De todos modos, una vez esté volando, no tendré datos ni cobertura, así que se acabaron las llamadas y los mensajes. No os voy a mentir: me va a venir de perlas tener mi pequeño momento de relax en el cielo.

Desde la comodidad de mi asiento, observo Nueva York a mis pies. La ciudad brilla y resplandece en esta tarde de invierno. Parece que ha dejado de nevar por el momento.

Tras la comida que me ofrece la aerolínea, intento descansar. Cierro los ojos y me pongo los auriculares para relajarme lo máximo posible. Pero no sirve de nada. *¿Así se siente el amor?* Ese dolor intenso que en los libros comparan con una puñalada en el pecho, una herida que jamás se cierra… Esa carencia de una persona que nada puede reemplazar. El amor va y viene, es parte de nuestro crecimiento como personas. Dicen que el tiempo todo lo cura, pero ¿podrá curar la ausencia de amor verdadero? ¿Podrá borrar el dolor?

Cada fase de nuestra existencia está dedicada, en última instancia, al amor. De niños, buscamos el amor de nuestros padres, es la necesidad de un abrazo reconfortante de mamá, de un gesto de apoyo de papá. En la adolescencia, experimentamos nuestras primeras emociones, las que nos hacen sentir que importamos a alguien más que a nuestra familia, que somos alguien, que estamos vivos, hasta el día en que todo se acaba. Nos hacen polvo, y entonces, nos prometemos que nunca volveremos a amar a alguien, pero eso no es cierto. Por supuesto que el amor volverá, con más o menos fuerza, en forma de nuevas experiencias, en cada encuentro, en cada una de nuestras elecciones. Así es el amor: se ve y se vive a través del prisma de nuestra evolución. Nos hace felices, nos enseña lo que buscamos en realidad, forja nuestro carácter, nos ayuda a crecer aún más. El amor es ese plus sin el cual levantarse por la mañana no tendría sentido, simplemente porque es la esperanza que reside en cada uno de nosotros. El amor, cuando es verdadero, es una fuente de felicidad. Mis padres me enseñaron que el amor con mayúsculas es eterno, poderoso e indeleble.

Querer así duele a rabiar, sobre todo cuando el amor se acaba.

Hasta que llegó Austin, nunca había sentido algo así por nadie. Para mí, el amor verdadero (a pesar de tener el ejemplo de mis padres en casa), era más un sueño incierto que algo que iba a encontrar en mi vida. La prueba son mis relaciones anteriores. Con mis novios fui reservada, desconfiada y nada expresiva.

Estas tres semanas en Nueva York me han cambiado y me han hecho evolucionar (aunque terminar mi viaje con el corazón roto no sea el resultado que había previsto). Me siento… distinta. Soñaba con vivir una aventura como esta y me he dado cuenta de que no me gusta mi rutina parisina. Ya no quiero vivir así: quiero atreverme y descubrir para qué estoy hecha. Quiero derribar las barreras tras las que me he encerrado por miedo o por falta de confianza en mí misma. Este viaje a través del Atlántico me ha recordado que sentir es liberador, que conocer gente nueva es enriquecedor, que lo desconocido asusta, pero siempre te depara grandes cosas. Puede que tenga el corazón roto, pero mi alma es libre y está lista para conquistar mi destino. Y de acuerdo con la creencia popular, el tiempo hará el resto.

Mi lista de reproducción se detiene y me saca de mis pensamientos. Los ronquidos del señor de la fina de al lado sustituyen a la música. En el avión, todo está bastante tranquilo. A un par de

asientos de mí, oigo a una madre que lee un cuento a su hija. Es la historia de Cenicienta, la bella joven atrapada en una realidad ingrata hasta el día en que encuentra el amor en el baile del príncipe, con la ayuda de su madrina. El amor le permite hacerse ver, brillar. Se trata de un cuento de hadas que todas las niñas conocen, pero hasta esta noche, no me había dado cuenta de la lección tan importante que enseña. La verdad es que revela muchas cosas de forma sutil. La moraleja de *La Cenicienta* está mucho más clara ahora que soy adulta.

En la otra fila de asientos, veo a un par de pasajeros durmiendo a pierna suelta, y no puedo evitar fijarme en el hilillo de baba que le cuelga a alguno de la comisura de los labios.

Dentro de unas horas, estaré en mi Francia natal. ¡De vuelta a la vida parisina! En realidad, ando muy lejos de los tópicos, ¡aunque me encantan los caracoles! Sonrío tontamente ante mi ocurrencia. Si Théa estuviera conmigo, se burlaría de mi capacidad para reírme de todo, y con razón. Según el momento, mi sentido del humor viene bien, sobre todo para dar la impresión de que soy indiferente al dolor del mundo. ¡Pero eso es mentira! Dios sabe que soy buena mentirosa, aunque no tiro mucho de los embustes… Sin embargo, esta noche, sola en mi asiento, surcando los cielos, me pregunto si esa fachada mía tiene sentido.

I Will Return, de Skylar Grey, suena en mis auriculares al reiniciar mi lista de reproducción, y mi cabeza oscila instintivamente de un lado a otro. Mientras tarareo la letra, no puedo evitar reflexionar. Mi corazón cavila en torno a esos versos.

Just like a party breaks at dawn,
It never stops for long.
I will return, don't you ever hang your head
I will return in every song and each sunset,
Our memory is always within reach,
I will return. I will return, don't you ever hang your head.

Nada se detiene por mucho tiempo, así que ¿por qué agachar la cabeza? Más vale echarle cara y seguir adelante. Cuando era pequeña, mi padre solía decirme que «llorara en silencio» cuando estaba triste o me habían hecho daño, no porque no me quisiera, sino porque buscaba forjar mi carácter, para enseñarme a tomarme las cosas con calma y a levantarme siempre, sin importar lo que la vida me deparara, sin importar lo difíciles que se pusieran las cosas.

Sin embargo, esa táctica es un arma de doble filo. Además del aguante, también me descubrió la frialdad y el desapego. Como soy un ser solitario por naturaleza, eso no es necesariamente un problema, pero cuando me junto con otra gente, se vuelve más que un impedimento. Casi puedo oír a Théa susurrando la palabra «ermitaña» por encima de mi hombro, lo que me hace reír como una tonta.

A través de la ventanilla, admiro el cielo nocturno, que nos envuelve en su oscuridad mientras sobrevolamos el mundo. Cada pasajero busca una forma de evadirse (como yo), un encuentro fortuito, como el de Cenicienta, en el caso de la nena que escucha con atención el cuento que le cuenta su madre, o puede que otra vida, un viaje a última hora, un nuevo año más bello y dulce… *¿Qué sé yo?* Lo que es innegable es nuestra fe en el futuro, el gran salto que todos hemos dado, simplemente para encontrar algo o alguien que nos ayude a avanzar y evolucionar, por pequeño que sea el cambio.

Yo, por mi parte, ansío un poco de paz y soledad para poder recuperar el equilibrio y volver a la realidad. Una realidad que abandoné hace tres semanas. Y si no, siempre estoy a tiempo de tomarme una tarrina de helado de galleta doble y un poco de sushi, que me irá igual de bien.

30

El viaje se me hizo larguísimo. Solo conseguí dormir un par de horas. En mi cerebro aún incordiaban mil dudas, un popurrí de emociones y un irrefrenable deseo de cambiar las cosas. ¡Como si fuera posible…! Pero entonces llegó la liberación.

Al salir del aeropuerto Charles de Gaulle, siento un pinchacito de tristeza. No sé cuándo saldré de nuevo a ver mundo, pero de lo que estoy segura es de que nunca volveré a vivir una aventura como esta.

Un amable taxista me lleva a mi piso y me acompaña hasta el portal. *Ahora que lo pienso, mi plan de ahorro para la vivienda*[1] *se habrá ido a tomar viento este fin de año*… El hombre deja mis maletas frente a la escalera. No todos los edificios antiguos parisinos tienen ascensores incorporados, ¿sabéis? De todos modos, teniendo en cuenta el parloteo que se ha marcado durante el trayecto, ¡me debería una! Casi me bajo y cojo otro taxi. ¡Menudo insoportable! O puede que sea yo, que ya no aguanto ni media…

Los tres tramos de escaleras se me hacen aún más largos de lo habitual. *¿De verdad me costó tanto bajar el equipaje?* Al llegar al rellano del segundo piso, una puerta se abre y alguien asoma la cabecita. Se trata de un hombre de unos treinta años, rubio con mechones aclarados por el sol. Cuando sale del apartamento, descubro el cuerpo esbelto y fornido que acompaña a ese rostro tan armonioso. Tiene los brazos fuertes de un tío que pasa muchas horas en el gimnasio levantando pesas, a menos que sea un deportista de élite… un nadador, por ejemplo. En cualquier caso, su sonrisa discreta y sus ojos risueños me alteran un poquito. Siento que se ríe de mí (bastante, además), de mis mejillas coloradas por el esfuerzo y de mi pelo revuelto, que me he recogido deprisa y corriendo.

—¿Necesitas ayuda?

—¡Ojooo…! Aquí viene el hombre al rescate.

—Vaya, ¡mi nueva vecina me enseña los colmillos de primeras!

—No soy nueva en la finca.

—¡Pero yo, sí! ¡Así da gusto conocer a los vecinos! —se ríe.

¡Ahora no estoy de humor para esto!

Estoy a punto de contestarle en plan borde, pero el joven desconocido me coge las maletas, una en cada mano, y con una agilidad sorprendente (mientras que yo iba avanzando a paso tortuga), sube al tercer piso.

Ahogo un suspiro de alivio. Fuera coñas, tampoco quiero darle esa satisfacción. Una vez en mi rellano, saco las llaves y las meto en la cerradura. Al entreabrir la puerta, me vuelvo hacia mi vecino, que me mira como si intentara averiguar algo sobre mí.

—Gracias por la ayuda. ¡Eres muy majo!

—Me siento obligado a ser amable con mis vecinos.

Mantengo los labios fruncidos: no quiero que se crea algo que no es.

—No sé en qué estarás pensando, pero no va a pasar.

—¿Qué es lo que no va a pasar? ¿Que los vecinos de esta finca nos llevemos bien?

—No, el coqueteo. No te funcionará. Yo no soy así.

—¿Cómo? ¿Un alma libre?

—Bueno, si lo quieres llamar así…

—Pues vale, porque yo tampoco. He pasado por una ruptura difícil… —admite en voz baja.

Me pica la curiosidad. Soy una metomentodo, lo admito, y mi nuevo vecino me intriga. Es una cuestión de seguridad, ¿sabéis? Necesito saber más sobre la gente que me rodea, ¡nunca se es demasiado precavida!

Me río de mi propia estupidez y mi vecino aprovecha para escrutarme. Cuando me doy cuenta, agacho la cabeza avergonzada. Después de todo, su vida amorosa no es asunto mío: no nos conocemos.

—Puede que me meta donde no me llaman —empieza—, pero siempre he creído que el corazón es el primero en crear ciertas ataduras, y a veces, lo hace con razón. Al fin y al cabo, somos nosotros quienes escogemos huir de la realidad…

Abro los ojos de par en par. Me asombra su facilidad para hablar de una situación de la que no tiene ni idea. *¡Joder, vaya ojo tiene este chaval!* Aun así, no reacciono ante sus palabras.

—Si alguna vez quieres charlar, ¡soy tu vecino de abajo! —continúa—. Y ahora, descansa: debe haber sido un viaje largo.

—Gracias por la ayuda. Es un placer ser tu vecina de arriba.

Sonrío y asiento con la cabeza, y mi vecino baja hacia su casa. Tiene una mirada curiosa pero cordial. Creo que tan solo ha dicho esas palabras por amabilidad. Quizá sea la única que se siente incómoda por el hecho de que haya intervenido para ayudarme. No creo que sea mal chaval. Tal vez solo necesite un poco de apoyo por lo que está pasando.

Cuando entro en el piso, encuentro mi nidito chiquitín (pero que muy chiquitín) bastante acogedor. Todo está en su sitio y Théa ha regado mis pocas plantas, o sea, que han esquivado una muerte segura. La luz llena el salón de un halo dorado. Miro el reloj. Son las diez de la mañana. He perdido una barbaridad de tiempo entre los controles de seguridad y los atascos de París, pero ahora… ¡vuelta a la vida cotidiana! Estoy agotada, así que decido meterme en la ducha cuanto antes para relajarme antes de ponerme el pijama.

Es veintisiete de diciembre y estoy de nuevo en París.

Eso es lo primero que pienso al meterme en la cama, que es mucho menos cómoda que la de las tres últimas semanas. Un suspiro. Luego dos. Al final, decido desactivar el modo avión de mi teléfono. En cuanto se conectan los datos, el aparatito que me permite estar conectada empieza a vibrar como un poseso. Los mensajes, las llamadas perdidas y las notificaciones de aplicaciones se suceden. Mi corazón late desbocado, al ritmo del móvil.

Decido contestar primero a Théa y a mis padres. A mi amiga le digo que acabo de llegar a casa y que voy a dormir un poco porque tengo *jet lag*. Esta no tarda en responder y me sugiere que cenemos juntas esta noche. No me hará ningún daño, así que acepto. Informo a mis padres de que ya estoy de vuelta, pero les ruego en mi mensaje que no vuelvan a casa antes de lo previsto. Espero que hagan lo que les pido por una vez, pero con los padres, nunca se sabe. Por suerte, acceden a dejarme a mi bola. *Anda que no tienes la mecha corta, Liv…* Aun así, he hecho bien en no entrar en detalles sobre mi regreso.

En fin, luego están los otros mensajes… Los que me informan de ofertas especiales en las tiendas donde suelo hacer la compra son los más fáciles de abrir. *¡Bromas aparte, Liv! Vas a tener que ser valiente y enfrentarte a los mensajes y audios de ya sabes quién…* Bien, los primeros rebosan preocupación y confusión. Empezamos por Austin, que no entiende nada, pero

también hay alguno de Holly y Lia. Luego, otra vez Austin. Parece que, además, busca respuestas. A los primeros no pude responder porque no tenía conexión, y con razón: estaba volando. Los últimos, que con la diferencia horaria calculo que se enviaron hace unas horas (aún son las cuatro de la madrugada en Nueva York), tienen mayor carga emocional.

***Austin:** *Liv, ¿por qué te has ido? No lo entiendo.*
Se suponía que íbamos a comer juntos.
Y esta nota en mi cocina, ¿qué significa?

***Austin:** *¿Dónde estás, Liv?*
Por favor, hablemos las cosas.
Quiero entenderlo.

***Austin:** *Liv, te tengo mucho cariño.*
Pensé que querías quedarte con nosotros un poco más.
Holly me ha dicho que tenías pensado pedírmelo…

***Austin:** *Querías pasar el Año Nuevo con nosotros.*
¿Por qué te has ido?

***Austin:** *Te has dejado algunos de tus regalos.*
Para empezar, esas insufribles pantuflas
de reno en mi habitación.
También te has olvidado a alguien aquí: a mí.
Respóndeme, por favor. Vamos a tomar un café.
Quizá tengas dudas, pero deja que te lo explique todo.

***Austin:** *No dejo de pensar en ti, Liv.*
Tenemos que hablar.

Sus palabras hacen que se me retuerza el estómago y que mis lágrimas reprimidas durante tanto tiempo broten en un torrente incontrolable. Lo que dice me emociona, pero un atisbo de ira se apodera de mí. No parece entender por qué he reaccionado así. *¿Se está burlando de mí? ¿Se olvida de mí y luego cae en quién soy? ¿Qué mierda es esta?* A no ser que Holly y su familia le hayan hablado de mí. Eso explicaría ciertas cosas… ¡Pero me cuesta creer que un vuelo de vuelta haya bastado para borrar las secuelas del accidente! ¡No puede ser!

Respiro hondo y escribo una respuesta con los deditos temblorosos.

***Liv:** *No podemos tomarnos un café.*
Ya no estoy en Nueva York.
Todo lo que escribí en la nota que dejé en la cocina es cierto.
Te deseo lo mejor. He disfrutado mucho con tu familia.
Espero que lo sepas. Además, te necesitan.
No podía quedarme. Tu corazón está en otra parte,
con esa pelirroja tan guapa que llegó al hospital.
Preguntaste por ella, ¿no?

Venís del mismo mundo y hacéis una pareja perfecta.
La conoces desde hace mucho tiempo y tenéis un vínculo.
Lo entiendo, Austin, el corazón no escoge hacia quién posicionarse
y los sentimientos no siempre son mutuos.
Yo vivo en París, tú en Nueva York. Un océano nos separa
y eso habría acabado con lo nuestro antes o después.
Te deseo felicidad y amor.
Dales a los demás un beso de mi parte.
Adiós.

Con un sofoco del quince, releo lo que acabo de escribir. Mi corazón se rompe con cada palabra antes de que le asesten el golpe final, el golpe fatal. Mi cerebro se aferra a esta despedida para olvidar una escapada que ha derivado en sentimientos efímeros. Mi corazón todavía no ha llegado a ese punto; he de admitirlo. Vacilo durante un par de minutos antes de obligarme a enviar el mensaje. No es fácil, pero hay que hacerlo. ¡No me queda otra!

Los segundos pasan. He enviado el mensaje, pero no siento la oleada de alivio que debería haberme invadido tras poner fin a… todo esto. En lugar de eso, me siento triste, sola y desesperada. Bajo las persianas y corro las opacas cortinas azules de mi dormitorio. Me hundo en la oscuridad, me tapo con la colcha y cierro los ojos, con la esperanza de que cuando me despierte todo vaya un poco mejor.

¡Pero no!

Es absurdo creer que un par de horas de sueño resuelven cualquier cosa. Es tan estúpido como creer que marcharse de una ciudad es una forma de escapar de tus problemas. En realidad, esos problemas te siguen allá donde vayas.

¡Sí, tengo la suerte de haber vivido ambas cosas!

Tras mi siesta de bienvenida, compruebo que la realidad no ha cambiado ni un poquito. Cojo ansiosamente el móvil y me doy cuenta de que no he recibido ningún mensaje de los Matthew y que Austin no me ha contestado. Me siento ligeramente decepcionada.

Théa me llama para planear la cena. Una noche de chicas, como ella dice. Para ella, este ratito para cotorrear sobre mi situación es sagrado. Poco después, mi cuerpo desganado bascula bajo mi ridícula ducha sin el efecto bruma del que tanto disfrutaba en Nueva York.

Aunque el invierno en París no es igual que en la ciudad que nunca duerme, ¡hace un frío que pela! Me pongo unos vaqueros y unas botas hasta los muslos con un grueso jersey blanco bajo el abrigo y la bufanda. Sin duda, Théa querrá reconfortar mi corazón, o al menos mi tripa, por eso ha reservado en Big Mama, uno de mis restaurantes italianos favoritos de la capital. Además, ¿la decoración…? Todo está estudiado.

¡Menuda clase! ¡Este sitio es un tesoro!

Me reúno con mi amiga enfrente del restaurante. Allí me doy cuenta de que le cuesta abrocharse el abrigo por la barriguilla, que cada vez está más grande. Nos abrazamos y entramos en calor gracias a este paraíso gastronómico. El local es tan agradable y acogedor como siempre: hay parejas y amigos charlando alegremente y devorando sus platos. Pedimos un aperol y un cóctel sin alcohol para brindar por la Navidad y por nosotras en general. La comida ya está decidida: serán dos pizzas margarita.

Conozco muy bien a Théa. Sé que está de los nervios de verme tan callada. Como no puede resistirse a saber más, no tarda en hacerme preguntas para obtener cuanto antes las respuestas que tanto busca.

—¿Qué se siente al volver a París?

—Pues… Es extraño oír a todo el mundo hablar en francés, ver anuncios y carteles en mi idioma, redescubrir esos elegantes edificios al estilo Haussmann… En fin, ¡tres semanas son más que suficientes para sentirte fuera de lugar en tu propio país!

—Es que es muy fuerte, ¿eh? El gigantismo estadounidense no debe tener nada que ver con Francia.

—Ya estás soñando despierta… ¡Pues ya verás cuando te enseñe los *souvenirs* que me he traído!

—¡Me muero por verlos!

Seguimos hablando y saco la bolsita con un par de detalles para mi amiga: un imán del Top of the Rock, un adorno para el árbol de Navidad y algunas cosillas más. Con un brillo en los ojos, sonríe y el camarero nos trae las pizzas.

—Muchas gracias, ¡son monísimos!

—No hay de qué. Es lo que hacemos cuando la otra viaja, ¿no? Enviarnos una tarjeta, aunque esta vez no haya podido, y traernos algo a la vuelta.

—¡Bueno, como siempre, has acertado!

—Contigo es fácil acertar… —le digo con dulzura—. ¿Cómo va el embarazo?

—Bueno, ya no tengo náuseas de las que quejarme, pero ahora me falta el aire y noto un peso extra pegado al cuerpo. Imagínate el percal cuando me da por subir escaleras. Y cuando las bajo, ¡ni siquiera me veo los pies!

Me río con cariño de su actitud. Théa lleva soñando con formar una bonita familia desde que éramos niñas. Es justo lo que quería. Lo de ser mamá le queda genial, y me divierte verla quejarse de pequeñas molestias, porque sé que, al final, es un precio muy pequeño que pagar por toda la felicidad que les espera a Laurent y ella.

—No dejo de pensar si comprar areolas de lactancia o pezoneras desechables… ya ves.

—Yo me decantaría por las areolas. Lucen como una conchita y te darán ese aspecto de Ariel.

—Es una buena forma de recuperar mi atractivo sexual… —ríe.

Seguimos un rato bromeando mientras terminamos el plato principal y pedimos dos tiramisús servidos con cucharón. Habrá que esperar a que nos los traigan.

Théa aprovecha para intervenir:

—Bueno… —*Ah, ahí está: es el momento de abrir el melón.* A ver, no esperaba librarme. Soy un pececillo atrapado en su red, y para que me libere, voy a tener que ceder—. Amiga, te has desvivido por hablar de cualquier cosa: de mi embarazo, de Laurent, etc. Ahora vas a decirme cómo te sientes. ¿Qué ha pasado desde que me llamaste de camino al JFK? Me tienes preocupada.

—No hay nada por lo que preocuparse, fue solo un rollete.

—¡Que no soy tonta, chiqui! Te conozco como si te hubiera parido.

—No me robes mi frase estrella.

—Y tú no me cambies de tema. Confiesa, será menos doloroso si te rindes.

—Ya te dije lo que pasó. Dejé una nota en la encimera de la cocina. Les dije que les deseaba lo mejor a todos, que les mandaba besos y abrazos y que quería que Austin fuera feliz, estuviera con quien estuviera.

—¿Y…?

—Y me largué. En el aeropuerto, el móvil empezó a vibrar como loco justo antes de

embarcar, así que lo puse en modo avión. Luego estuve volando una infinidad de horas, y cuando llegué a casa, volví a encender los datos y te mandé un par de mensajes para avisarte de que había llegado y tú me propusiste cenar esta noche.

—¿Y qué pasa con Austin? ¿Qué pasa con los Matthew?

—Lia me preguntó si estaba bien. Holly me envió un mensaje para explicarme que su cuñado no había actuado como un imbécil a propósito. También me dijo que estaba recuperando la memoria poco a poco.

Sonrío por la parte positiva de todo esto, pero mi corazón no tarda en hundirse de nuevo. La decepción y la tristeza me abruman. Austin recuperará la memoria, pero ¿y si yo nunca formé parte de todo esto? Su cuñada dice que poco a poco empieza a recordar, pero puede que su cerebro haya dejado de lado ciertos hechos. *¿Y si yo fuera uno de ellos?* Es más, aunque me recuerde, el accidente podría haber sido una revelación. Austin podría darse cuenta de que la persona que le importa es Allison y no yo, la chica que acaba de conocer.

—¿Y Austin… qué? No paras de cambiar de tema como si fueras una anguila escurridiza cada vez que lo menciono.

—Austin me envió varios mensajes dispersos en los que expresaba distintas emociones en función del momento.

—¿Y de verdad te sorprende? ¡Tenéis un maldito océano de por medio y tú lo cruzaste sin pestañear en cuanto percibiste un mínimo de conflicto!

—¿Un mínimo de conflicto? ¿En serio, Théa? Olvidó quién era, cómo los conocimos y aquello que compartimos, nuestro primer beso, nuestras miradas cómplices… Lo único que le obsesionaba era su ex. ¿Cómo puedes ser así de bruta conmigo?

—Porque quiero que salgas de una vez del caparazón y verbalices lo que sientes. ¡Venga, espabila!

—Vale. Cuando lo vi con Allison… Era tan guapa, tan elegante, salida del mismo mundo que él, fue como si nuestras diferencias se convirtieran en la prueba de que no estábamos destinados a estar juntos.

—Eso es absurdo. Liv, eres una chica superinteligente y divertida. Es cierto que también eres desconfiada y que no te abres fácilmente, pero una vez que lo haces, eres una perla. Te acercaste a él, y no hay mejor forma de demostrar lo que sientes, Liv.

—No sé. Me quedé varios minutos allí, observándolos como una pánfila, esperando algún gesto que me tranquilizara, pero no pasó. Austin no la apartó. Ella le sonrió en plan victorioso mientras que yo casi me postro en la puerta de la habitación. Me fui por algo, Théa.

—Porque te dio el arrebato —Frunzo el ceño. Su comentario me molesta menos por el retintín que por la razón que tiene. Théa no se equivoca, salí huyendo a la primera de cambio—. Liv, eres mi mejor amiga. Aunque no siempre estemos de acuerdo, no te juzgo.

—Ya sé que no.

—Solo digo que siempre te ha costado comprometerte en el plano sentimental. Es más, me parece que esta vez eres consciente de tus sentimientos y te has asustado. Por eso huiste, en lugar de tomarte el tiempo de hablar con Austin y resolver las cosas. Hablar de tus emociones es una de las cosas que más te cuesta hacer. Pero que pienses en ti, en lo que sientes, no significa que vayas a herir u ofender a otras personas. Lo que tienes que hacer es decirlo en voz alta.

—Eso estoy haciendo esta noche contigo ¿no?

—Sí, así es. ¿Cómo te sentiste al leer los mensajes de Austin?

—El último me dejó hecha un desastre. Es como si sintiera su esperanza, sus inquietudes.

—¿Qué te dijo?

Saco el móvil del bolso y se lo paso para que lea el mensaje. Mientras mi amiga recorre con la mirada las líneas de texto, me entra la ansiedad. Tengo el estómago hecho un nudo. De repente, Théa levanta la vista y se me queda mirando con una expresión que no consigo descifrar.

—Liv…

—¿Sí? —respondo con un hilo de voz.

—¿Has leído las mismas palabras que yo? Austin no parece en absoluto el tipo de hombre que se larga con su ex —Agacho la cabeza. No sé qué decir—. Está claro que busca una explicación y tu mensaje parece tan… ¿impersonal? Cualquiera diría que lo escribiste como si no te importara. Como te conozco, sé a ciencia cierta que eso no es cierto, pero…

—Tienes razón… Me costó escribirlo. Tenía algo que decirle, pero entonces, cuando me puse a ello…

—Cuando te pusiste a ello, ¿qué? ¿De verdad te crees tu excusa de la distancia?

—Ya sé que no es excusa —respondo.

El camarero nos interrumpe para traernos nuestro sabroso postre, antes de marcharse de nuevo.

—Tienes que estar de broma. ¿Cuándo dejaste de creer en el amor con mayúsculas, como el de tus padres? ¡Por Dios, piensa un poco, Liv! Sé que tienes miedo, pero tus padres son la prueba de que el amor, pese a la distancia, es posible.

¡Punto para la oposición!

He de admitir que Théa tiene razón y que mis padres siguen locamente enamorados el uno del otro, como al principio de su relación.

—Vale, sí. Pero eso no cambia el hecho de que tener el océano Atlántico de por medio no es la mejor idea si queremos vernos con regularidad.

—Mira que eres terca…

No puedo evitar mostrar mi lado infantil y le saco la lengua. Las dos nos reímos a carcajadas.

—Liv, dime una cosa, ¿le quieres?

—Ya se me pasará…

—No es eso lo que te he preguntado.

—Pues sí, Théa. Creo que le quiero. Pero por más vueltas que le doy al tema, llego a la misma conclusión: habría sido demasiado complicado. No es solo por la distancia, es que… nuestras vidas no se parecen en nada. Él es el jefe de una cadena hotelera, a mí me han despedido y no sé muy bien por dónde tirar. Él forma parte de la buena sociedad y a mí… ¡me entraría el canguelo de ver tantos tenedores juntos en una gala!

Théa se ríe de mi comentario, pero en sus ojos veo que no está dispuesta a rendirse. Confirmamos que no voy a ganar este asalto. A este paso, voy a acabar de mala uva. O asumiendo la derrota…

—¡Lo de los tenedores a montones se aprende! Dicen que los opuestos se atraen…

—Y eso es exactamente lo que pasó…

—Tal vez deberías enviarle un mensaje, o al menos, decirle que has llegado a casa.

—¿Qué sentido tiene? Ni siquiera respondió a lo último que le mandé.

—¿Y si te has dejado allí al amor de tu vida?

Necesito pensar. Théa no se equivoca. *¿Y si me he perdido la historia de amor de mi vida?* Desde que el avión despegó de Nueva York, esa pregunta me ronda por la cabeza. Esta noche es

la primera vez que alguien me lo pregunta a la cara, y por eso, ha sacado a relucir todas las dudas que estaba reprimiendo.

Tengo miedo, un miedo horrible a equivocarme, a arrancar de raíz algo que podría ser esencial en mi vida sin ni siquiera tomarme el tiempo de hablarlo con la persona en cuestión. «El amor es poco común y muy valioso»; eso decía mi madre cuando era niña. Pero no puedo borrar lo que he visto, lo que he sentido: esa decepción y ese malestar por no sentirme lo bastante buena para Austin, o interesante, o elegante, y en general, no ser suficiente para él. No quiero vivir con ese sentimiento, no quiero sufrir. Por eso prefiero decirme a mí misma que la historia de mi vida todavía está por llegar y que no quedó en el pasado.

—Pues es una pena. Ya habrá otros…

—¿O sea que prefieres pasar las tardes bebiendo Chardonnay y mordisqueando barquillos?

—¡Bingo! Durante los próximos días, ese va a ser mi combo estrella. Si me canso, me pasaré a las chuches.

—¿Y piensas seguir dándole al alcohol?

—Es un antiséptico natural. Seguro que mata los gérmenes del desamor… —digo y luego suelto una risita.

---

[1] *N. de la T.* Plan del gobierno francés referente la concesión de préstamos para la compra de una vivienda (normalmente a cuatro años).

31

Estoy sentada en el sofá dando vueltas a las cosas. Lo de pensar se ha convertido en un hábito últimamente. Ojo, no es que antes fuera por la vida a lo loco, pero ya me entendéis. El año ha pasado deprisa y despacio a la vez, dependiendo del momento y el mes en que me pregunten, pero está llegando a su fin y, como de costumbre, antes de Nochevieja, estoy escribiendo mi pequeña lista de propósitos para el año que viene.

El año pasado me propuse conservar mi trabajo (estaréis de acuerdo conmigo en que ha sido un fiasco total) y pasar algo de tiempo con mis padres, y aunque este mes no ha sido precisamente el más ilustrativo de eso último, lo he conseguido. También pretendía ahorrar algo de dinero para comprarme mi futura casita, todavía en paradero desconocido, pero mis finanzas van de capa caída, así que no ha sido posible. Para acabar, tenía la esperanza de hacer un buen viaje. Ese propósito sí se ha cumplido y ha superado con creces todas mis expectativas.

Ahora que lo pienso, estos últimos meses han sido mucho más emocionantes que los anteriores. He vivido a cien por hora, como si cada respiración contara, pero madre mía, ¡ha sido tan guay…! He descubierto una ciudad y un país completamente diferentes a los míos, me he sumergido en una cultura y un modo de vida que no tienen nada que ver con lo que conozco, y obviamente, hacer migas con gente maravillosa ha sido de gran ayuda.

Si tuviera que resumir 2021 en pocas palabras, diría que ha sido una fuente inagotable de sorpresas. Y ya lo veis, es 31, el último día del año, y no estoy preparada para empezar uno nuevo. Un pequeño (o no tan pequeño) atisbo de nostalgia me invade. Me apena que el tiempo se agote de esta manera.

¿Sería posible ralentizarlo un poco? ¿Hacer que las manecillas del reloj giren en sentido contrario? Bueno, antes de nada, ¿tengo fuerzas para volver atrás?

La mayoría de las veces, cuando se empieza el año, se hace con el alma llena de esperanzas, propósitos y determinación. Pero seamos sinceros, esa motivación apenas dura un mes. Luego volvemos a nuestra rutina de «metro-curro-nono[1]» y ahí… sálvese quien pueda. Nos queremos arrancar los pelos y enseguida abandonamos nuestro deseo de nuevos comienzos. No veo por qué este año debería ser diferente.

Además, me veo obligada a admitir que no había planeado pasar el 31 de esta forma. Creí que seguiría sepultada bajo la nieve neoyorquina, viendo la cuenta atrás gigante y el descenso de la bola en Times Square como en esas comedias románticas estadounidenses. En realidad (y esto cuenta como queja a medias), soy muy consciente de que mucha gente no hace eso el 31. En todo caso, voy a pasar la noche con amigos (bueno, con Théa, Laurent y unos amigos suyos), esperando el momento perfecto para ir a los Campos Elíseos a ver los fuegos artificiales de Año Nuevo mientras brindamos con champán. Hay cosas peores, pero en todo caso, no es lo que desea mi corazón.

En fin, como dirían los integrantes de Queen: ‘*The show must go on!’*.

Así que aquí me tenéis: envuelta en una manta, con mi té humeante en la mesita, apuntando mis propósitos para el año que viene y esperando que mis deseos se hagan realidad.

Volver a viajar.
Encontrar un trabajo que me guste de verdad.
Intentar hacer deporte (eso nunca está de más).
Aprovechar al máximo cada momento.
No esperar a que la vida lo haga todo por mí.

Orgullosa de mi lista, me siento erguida y sonrío. De repente, escucho la dulce melodía de *No One Cares*, de Michele Morrone. Es mi teléfono. Esa voz profunda que tanto me gusta casi me hace ignorar la llamada de Théa.

Hosti, no me había dado cuenta de la hora que es… ¡ya es casi mediodía!

—¡Holi! Llego tarde, pero prometo ser rápida.

—Todavía estás en pijama, ¿a que sí? —adivina, divertida.

Es increíble: a esta chica no se le escapa nada. Cualquiera diría que ha instalado cámaras en mi casa.

—Me declaro culpable.

—En fin, por eso mismo te llamaba: ha habido un pequeño cambio de planes.

—¿A estas alturas?

—No me hagas hablar… que calentita me tienen. Ya sabes lo cuadriculada que soy.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Se suponía que íbamos a casa del colega de Laurent, pero adivina: tiene la suerte donde yo te diga y resulta que ha reventado una de las cañerías de su cocina, y bueno, se le ha inundado el piso, porque obviamente, esas movidas solo pasan de madrugada. Como era de esperar, el apartamento está que da pena y hoy no hay fontaneros, así que no podemos celebrar la fiesta en su casa.

—Vaya, pobre hombre. ¡Ha terminado el año por todo lo alto! Vamos, que se cancela el plan, ¿no?

—¡Pues no!

—Em… vale. ¿Hay un plan B?

—¿Te acuerdas de Laura? Ella conoce a Mathieu, que también se viene, ¡y a los dos se les ha ocurrido una idea brillante! Resulta que un amigo Mathieu del instituto es uno de los exnovios de Laura. Ya sé que parece que eso no ayuda mucho, pero mira tú por dónde, trabaja en el sector de la organización de eventos. Y ya sabes cómo es Mathieu: siempre consigue lo que quiere. Así que le prometió una cena de reconciliación con Laura a cambio de un lugar fantástico para nuestra fiesta. Después de todo, ¡somos más de veinte!

—Em… Bueno, me he perdido. En fin, ¿a dónde hay que ir?

—A la Avenue d'Iéna, en el distrito 16, cerca del Trocadéro.

—¿Cómo? Un momento: sabes que esa zona es una locura, ¿no? La ubicación y las vistas de la ciudad… ¡Por no hablar de la Dama de Hierro[2]!

—¡¡Lo sé!! —exclama entusiasmada—. ¿No te parece una pasada? ¡Que vivan Mathieu, Laura, su ex y sus amigos!

Me he quedado loca. No sé qué más decir. De hecho, para ser sincera, no pensaba que tuviéramos semejantes contactos. El plan es una fantasía, suficiente para hacer que la Nochevieja sea memorable, aunque poco común. De repente, entro en razón:

—Pero ¿cuánto nos va a costar?

—¡Nada de nada!

—¿Cómo puede ser?

—Es un dúplex.

—Lo dices como si eso lo explicara todo…

—Déjame hablar, que a eso iba. Es un dúplex de quinientos metros cuadrados en un lujoso edificio parisino, en un séptimo con ascensor, por supuesto. El piso está disponible para alquilar, pero a estas alturas del año, el propietario no ha conseguido alquilarlo y está pasando por una mala ruptura. O sea, que está pochillo, así que quiere deshacerse de él para pasar página y olvidarse de su romance parisino. El plan es hacer una fiesta y sacar todas las fotos posibles. Habrá una profesional por ahí rondando, porque bueno, ya sabes, Cléa se dedica a eso. La idea es que el dúplex parezca lo más atractivo posible. Lo compartiremos todo en redes. El trato es darles publicidad a tutiplén a cambio de un lugar en que celebrar nuestra fiesta.

—Uy, qué dudoso todo, ¿no?

—Liv, ¿no puedes disfrutar y aprovechar por una vez?

Oh, eso me recuerda mi lista de propósitos para el año que viene…

Théa no se equivoca. Para una vez que se puede, habrá que disfrutarlo, ¿no? Es una oportunidad de locos, así que… ¿por qué rechazarla? Así estaremos todos juntos.

—¿Cómo nos organizamos?

Un gritito alegre suena al otro lado de la línea. Théa me explica el plan en detalle: pasaremos la tarde con Laura, solo chicas, acicalándonos en la pelu, y después, en el salón de belleza.

Luego, ya se verá.

***

La tarde transcurre a cámara lenta. Todo es relax. Hay pocas cosas mejores en este mundo que quedar con las chicas. El Año Nuevo me hace desear un cambio y decido dar el paso con un nuevo color de pelo, un tono «moca» según dice la peluquera, y un ligero degradado para modernizar un poco mi corte largo. El masajito en el cuero cabelludo es la guinda del pastel.

Las chicas se han conformado con un tratamiento y el secado, porque prefieren darlo todo con el peinado. A Laura le recogen el pelo en una bonita trenza de espiga desde la parte superior de la cabeza, mientras que Théa ha optado por llevarlo ondulado, lo que le confiere un aire juguetón.

Después, pasamos a las uñas, «un imprescindible para completar el *look* de Año Nuevo», palabras textuales de Laura. Yo me conformo con algo básico: tampoco es plan de probar demasiadas cosas nuevas a la vez, ¡nunca sale bien! Escojo un bonito rojo burdeos, mientras que las chicas apuestan por el dorado y su excentricidad. La tarde continúa con algunas compras. Lo suyo sería encontrar el conjunto ideal. En este caso, un traje de chaqueta para una y un vestido para la otra. Yo me subo al carro en eso último.

El vestido que me compro es bastante sencillo: negro y con un bonito escote redondo. Tiene una caída recta que me llega hasta los tobillos. Además, la tela se abre a la altura del muslo en ambas piernas. Un corpiño de encaje y una larga y sobria falda completan el *look*. Un bonito pintalabios para acompañarlo y… ¡listo!

—Esta noche, no te olvides de echarte un poco de purpurina en la sombra de ojos. Es 31, hay que esforzarse un poquito —dice mi amiga con ganas de tomarme el pelo.

—¡Pero si he accedido a un cambio de *look*! ¿Eso no es esforzarse? —me río.

—Uy, sí, vas a causar furor… —dice burlona.

—Oye, que he elegido un vestido bonito, ¿no? ¡Podría haberme puesto un jersey negro…!

—¡Ya, chica, pero has escogido el mismo color que tu jersey de siempre! —responde y luego me saca la lengua en plan juguetón.

Pasamos un buen rato charlando y bromeando mientras paseamos antes de ir a casa a arreglarnos. Laurent se ofrece amablemente a pasar a por mí para ir los tres juntos. Sospecho que es una treta de Théa, que quiere asegurarse de que esté allí. Por lo que veo, está dispuesta a arrastrarme por la fuerza.

En realidad, no hace falta que lo haga: estoy encantada de acceder a sus deseos. Soy consciente de que pasar esta noche con amigos es algo bueno. Tengo los ánimos muy altos e iré voluntariamente. No me da la gana empezar el año tumbada en el sofá, en pijama, dándole a la comida basura un día sí, y el otro, también.

---

[1] *N. de la T.* Sueño, ganas de dormir.

[2] *N. de la T.* Sobrenombre con el que se conoce a la Torre Eiffel.

32

—¿Champán?

Me giro y veo a mi vecino con dos copas en la mano.

¿Qué leches hace este aquí?

Dispuesta a preguntarle, acepto la copa. Está de pie frente a mí, todo sonriente, con su elegante traje color antracita. Al parecer, no soy la única que ha hecho un esfuerzo y se ha puesto la chapa y pintura.

—¿A quién conoces de aquí? —le pregunto para entablar conversación.

—A Mathieu, el que encontró este sitio, y ahora, a Laurent. ¿Y tú? Me ha dicho que eres la mejor amiga de Théa…

—¡Parece que no se te escapa nada!

—Bueno, con ese color de pelo… es difícil no verte. Pero te queda genial —se apresura a añadir al ver que le miro con malos humos.

—Gracias por el cumplido y por la copa de champán.

—Es que te he visto sola en la terraza y… en Nochevieja, eso no se puede permitir.

Le sonrío amablemente. No le veía desde que me ayudó a cargar con las maletas. Mi vecino mantiene viva la conversación hasta que le llaman. Entonces me enseña una sonrisa de oreja a oreja y añade con algo de picardía:

—Pareces un poco distraída, ¿no te lo estás pasando bien?

—Sí… bueno, la verdad es que no sé. El plan de Nochevieja ha sido bastante improvisado.

—A veces uno tiene la cabeza en otra parte, y en esos casos, lo mejor es aceptarlo.

¡Ahora resulta que es filósofo! Como si fuera tan fácil…

—Bueno, es que es… complicado. En fin, ¡la vista desde aquí no está nada mal!

Mi nuevo vecino se limita a asentir. Parece bastante comprensivo y decide no mencionar el tema otra vez. Sin embargo, antes de irse, dice:

—Por cierto, puede que no te interese, pero me llamo Quentin.

¡Hostia…! Madre mía, soy capaz de todo tipo de meteduras de pata, empezando por hablar con mi vecino sin siquiera saber su nombre.

—Liv.

—Ya lo sé, ya.

Me sonrojo. Me avergüenza mi estupidez. Miro hacia otro lado y Quentin aprovecha para salir por patas. Soy tontísima. Mi vecino tiene motivos de sobra para pensar que soy una maleducada.

Me llevo la copa a labios y el sorbo que doy al champán me irrita suavemente la garganta. Ese oro espumoso solo me da alegrías. Este lugar tampoco se queda corto: es una maravilla. Théa tenía razón. ¡No me esperaba tanto lujo y buen gusto!

El dúplex tiene una terraza en la azotea con una vista de trescientos sesenta grados de la majestuosa Torre Eiffel. Unas barandillas de hierro forjado negro rodean la terraza y le confieren un toque añejo, aunque el dúplex es bastante vanguardista en lo que a decoración se refiere. El

salón es de un blanco inmaculado y tiene grandes ventanales que dan a la terraza. Los *spots*[1] del techo iluminan los sofás y sillones en cálidos tonos amarillos y naranjas. La cocina es, en dos palabras, mi sueño. Una isla central, una encimera enorme, un diseño precioso en sobrios tonos negros y madera. Podría pasarme horas cocinando en este lugar, ¡pero necesitaría a un equipo de fútbol entero para que se lo comieran todo!

Me pregunto quién será el dueño. Debe de ser tan rico como Creso para permitirse el lujo de tener esta casa como segunda residencia. Supongo que tendrá una vida extraordinaria, repleta de viajes, lujo, restaurantes *gourmet* y noches glamurosas. Aunque… Bueno, Théa me dijo abiertamente que había pasado por una ruptura difícil. Vamos, que como suele decirse, no es oro todo lo que reluce: los ricos también tienen problemas. El dinero no impide las decepciones, no lo compra todo.

El viento fresco de la noche me hace temblar. No sé qué hora es. Hace tiempo que se puso el sol y la embriaguez del champán se empieza a notar en los movimientos y gestos de los invitados. Mi mirada se pierde entre las estrellas y la reluciente Dama de Hierro. En Nueva York, probablemente sea media tarde. Debe hacer un frío que pela y puede que incluso esté nevando. La gente debe de estar preparándose para dar la bienvenida al Año Nuevo y contar los últimos segundos del 2021.

¿Y qué será de él…?

Austin: el nombre que no deja de rondar mis pensamientos. Con los demás, me hago la dura, pero en el fondo, vacilo, estoy muerta de miedo y dudo. *Austin.*.. ¡Estoy obsesionada con este chico! Entonces recuerdo que aún no ha respondido a mi último mensaje. Eso demuestra que no estaba tan interesado, ¿no? A ver, yo también tardé en responderle, pero mi excusa es totalmente válida: estaba en un avión, surcando los cielos y sin cobertura.

Suspiro. *¿Por qué será que las mujeres tenemos el poder de torturarnos a base de preguntas?* No creo que los hombres se hagan tantas, aunque deberían. En fin, aquí estamos: justo cuando me había prometido pasar página (a mí misma, y a los demás, también), me descubro sentada en esta terraza con una copa de champán casi vacía entre las manos, preguntándome una y otra vez qué sucederá al otro lado del Atlántico. Me he vuelto adicta a ello y me sobro y me basto para desilusionarme con el tema de la distancia.

Ahora mismo, soy incapaz de hacerlo. Esa es la realidad: no puedo seguir con mi vida. Me paso los días pensando en él y en ellos en general, porque no solo echo de menos a Austin, sino también a Holly, Lia, Tom y Alexis. ¿Pero dónde estoy? En París, frente a la maravillosa Torre Eiffel, que no deja de recordarme a su homóloga, la Estatua de la Libertad.

Suelto un largo suspiro. De fondo se escucha *Black Magic*, de Skylar Grey y Eminem. Me gustan mucho esos dos y la mezcla de una voz dulce y femenina con otra voz más cruda y masculina tiene a todo el mundo extasiado en la terraza. La canción despierta algo en mí y no puedo evitar bailar al ritmo de la música, mover las caderas y la cabeza al compás. Como la terraza está atemperada con grandes lámparas de pie y calefacción, de repente, me entra el calor por el abrigo, así que me lo quito y lo dejo en una silla de exterior que tengo cerca. Cierro los ojos y dejo que mi cuerpo se desinhiba.

Entonces suena *Tragic Endings*, de los mismos cantantes, y yo sigo bailando. Lo siento todo con una claridad abrumadora. El viento de finales de diciembre se abre paso en mi melena, el frío se apodera de mi piel como una suave mordida. A pesar de ser un día festivo, en la calle hay mucho tráfico y el rugido de los motores desde la calzada llega hasta el séptimo piso, al igual que

las exclamaciones de los juerguistas cercanos, que deben haber hecho lo mismo que nosotros y han abierto las ventanas o salido a la terraza.

La barandilla metálica está helada, pero su firmeza la convierte en el agarre perfecto. El tiempo se detiene. Nada importa ya, aparte de mis sensaciones y de mí. Mi respiración se calma, se ralentiza y, paradójicamente, me siento mucho más tranquila. Llevo días sintiéndome pesada, como si tuviera un grillete atado al tobillo que me retuviera. Esta noche, sin embargo, me siento ligera, sin cargas que arrastrar.

—Ese color te sienta de maravilla…

Se me corta la respiración. De repente, se me acelera el corazón. La sangre me late en cada vena de mi cuerpo. Antes creía que volaba, pero ahora aterrizo de bruces, por decirlo de algún modo. Cuando me suelto de la barandilla de la terraza, me tiemblan las manos. Mi atención se centra en la Torre Eiffel, un faro junto al mar en una oscura noche de tormenta. Intento reprimir mi respiración agitada mientras me vuelvo hacia él.

No es posible. No puede ser verdad. ¿Qué hace aquí, en París, en esta maldita terraza? ¡Joder, que es él! ¡Está aquí, delante de mí!

Su semblante serio no le resta ni un ápice de elegancia y belleza. Austin viste camisa y chaqueta blancas y pantalones azul oscuro en un traje muy elegante sin corbata. Lleva el pelo enmarañado y parece cansado, agotado. Tiene unas pocas ojeras y no sonríe. Al contrario, parece más tenso que nunca.

¡Más tenso que la cuerda de una guitarra! —susurra mi conciencia.

No sé a qué viene ese comentario. Supongo que mi cerebro se descontrola en momentos de estrés. Igual de angustiada que Austin, le respondo de forma banal e incómoda y desvío el peso de mi cuerpo de un pie a otro.

—El tono se llama «moca». Me apetecía cambiar un poco.

—Es muy bonito.

—Ya lo has dicho.

¿Adiviná is qué escondo tras mi aparente firmeza? ¡Exacto, ansiedad! Mi contestación es muy bestia y le desconcierta. Tan solo hay que ver cómo aprieta los puños.

Es como si Rocky le propinase un uppercut *a su adversario y luego se maldijera por el golpe. Así me siento yo. ¡Es el colmo!*

Ninguno de los dos habla: tan solo nos miramos fijamente.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

No aguanto más esta espera. Es insoportable. Según dicen, es mejor arrancar la banda de cera de cuajo, ¿no? Pues yo tengo la impresión de que me van a dejar como el culito de un bebé en cualquier momento.

—Tenía que verte —dice—. Te fuiste tan de repente… no sé muy bien por qué. He intentado contactar contigo, Liv, pero… necesitaba verte.

—Para un momento. ¿Cómo que querías verme? ¿Ya te has aburrido de la pelirroja? Allison, ¿verdad? Sé que no te contesté al segundo, lo reconozco, pero el último mensaje sigue siendo el mío…

A nuestro alrededor, la fiesta está en pleno apogeo. Nadie parece vernos ni interesarse por nosotros. Todo el mundo celebra la última noche del año como si no fuera con ellos. Yo, en cambio, estoy enfadada: con Austin y conmigo misma. Tengo los nervios a flor de piel y tenerlo aquí no hace más que aumentar el dolor que me provoca esta historia en la que creí y que terminó tan rápido como empezó.

Austin da un paso hacia mí y, a pesar del dolor que siento, mi instinto no me hace retroceder.

—He venido a buscarte, Liv. Te equivocas: no hay nada entre Allison y yo. No es lo que piensas.

—Esa maldita frase… ¿Os la enseñan a todos los hombres nada más nacer? Podrías innovar un poquito, aunque sea verdad…

—Liv, escúchame: Allison se puso en contacto conmigo y vino a verme al hospital a petición mía. Después del accidente, no sabía dónde estaba, estaba desorientado. Me olvidé de muchas cosas; de ti, lo admito. Allison forma parte de mi pasado y mi mente intentaba ubicarse de alguna forma. Sé que fui torpe, pero no sé cómo explicar lo que pasó. Sigo en contacto con ella porque trabajo con su padre en un proyecto. Por eso no dejaba de llamarme; antes de que me lo preguntes. Cuando te marchaste, le pedí a mi familia que nos dejaran a solas. Hablamos mucho. Creía que estaba en el pasado… Mi cerebro creó un salto en el tiempo de lo más extraño. Pero cuando se acercó a darme un abrazo, su perfume activó mi memoria. Quise oler un aroma muy diferente, el tuyo. Puede que mi mente sufriera una conmoción al darse cuenta de que tú eras la única que ocupaba mis pensamientos. Al fin y al cabo, me costó mucho aceptarlo. Bueno, el caso es que Allison aprovechó para decirme que se iba a casar. Me dio las gracias y me pidió que dejáramos atrás los dramas del pasado.

—¿Entonces ya no siente nada por ti?

—Yo no diría eso… Siempre nos tendremos cierto cariño, pero ya no hay amor, y Allison no tiene ninguna intención de inmiscuirse en mi vida amorosa. Ella misma ha pasado página: nuestra historia ya es cosa del pasado.

Se me encoge el corazón ante sus palabras. De repente, la esperanza brota en mí. No hay mucha, pero ahí está, de todos modos. Nace con la única intención de crecer y ocupar todo el espacio posible hasta hacerse realidad.

—Liv… ¿por dónde quieres que empiece?

—Por el principio —digo con sorna.

Sus labios me regalan una sonrisita que hace que mi corazón lata aún más rápido. Le concederemos ese mérito a mi humor de mierda: ha devuelto un poco de luz a sus ojos, esos ojos que me dan la vida.

—Siento mucho que tuvieras que ver a Allison. Me imagino todo lo que debió haber pasado por tu cabeza en ese momento. Fue sin querer, nunca quise hacerte daño. Sé que no es excusa, pero desde que te fuiste y volví a la mansión, no he dejado de pensar en lo que vivimos. Times Square sigue siendo, de lejos, mi recuerdo más feliz contigo, Liv… Y ya conoces la historia de Allison: desde que me traicionó, no significa nada para mí.

—No necesitabas venir hasta aquí para decírmelo, Austin. Con un mensaje habría bastado.

—¡Liv!

Tiene la voz ronca y repleta de arrepentimiento. Me grita a la cara sus emociones reprimidas y yo me quedo helada. Austin avanza una vez más, me coge de la mano y me la calienta. Su tacto es suave y delicado. Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar y entonces un escalofrío de placer me recorre el cuerpo.

—Te fuiste sin mirar atrás —me reprocha—. En cuanto viste el mínimo problema, huiste. Théa y Holly me dijeron que te costaba abrirte a los demás, confiar en ellos, ¡pero, por Dios, yo también soy así, Liv! Soy un cascarrabias, a veces me cabreo por nada, pero en tres semanas, has sabido ver a través de mi mal genio, ¿me equivoco?

—¿Has dicho… Théa?

—¿Cómo crees que he acabado aquí esta noche? Necesitaba una agente encubierta, así que Holly contactó con tu mejor amiga a mis espaldas, por redes. Me dijeron que no estabas en tu mejor momento e insistieron en que yo parecía un alma en pena. Vamos, que llegaron a la conclusión de que éramos un par de idiotas que necesitaban un empujón.

—Esas dos son tal para cual… —me río.

Austin asiente y continúa.

—Cuando Théa me explicó que habías enviado ese último mensaje solo para que no me sintiera culpable, me di cuenta de que quedarme en la mansión dándole vueltas al asunto (por orgullo, por miedo al rechazo, probablemente ambas cosas), era absurdo. No ir a buscarte me estaba matando.

—Así que cruzaste el Atlántico.

—Así que crucé un océano para verte. Liv, eres la mujer que me volvió a acercar a mis seres queridos, la que arrojó luz de nuevo en mi vida. Tú me recordaste lo liberador que es amar.

—No sé qué decir…

—Pues déjame terminar. Eres una gafe de mucho cuidado, pero de no ser por nuestro pequeño incidente, jamás te habría conocido. Tu mala suerte te dejó tirada en mi hotel, mentí sobre quién era para que me sacaras del paso con tu espíritu navideño, pero al final, fuimos mucho más allá. Pedirte que fingieras ser mi novia durante las Navidades fue la mejor idea de mi vida, Liv, así que… ¿me concederías el honor de ser mi novia de verdad?

—Austin… Nuestras vidas son demasiado complicadas. ¡Es imposible que lo nuestro funcione! ¡Vives en Nueva York, por Dios!

—Déjate de ideas preconcebidas. Estoy dispuesto a ir y venir a París todos los meses si hace falta: tengo un complejo hotelero que ampliar en esta ciudad, así que me cuadraría perfectamente. Estaría dispuesto a dejar la Gran Manzana solo por ti, Liv. A menos que elijas venir conmigo, trabajar o estudiar en Nueva York. No me importa, mientras elijas quedarte conmigo. Fui un gilipollas cuando nos conocimos. Jamás pensé que un café derramado pudiese cambiarme la vida. Eso demuestra que el destino puede dar la vuelta a las cosas en cualquier momento.

—Me gustaría creer en todos esos planes, en el brillo de tus ojos, pero siempre hay un pero, Austin…

Su cara se ensombrece al oír mis palabras. Me tranquiliza saber que está interesado en mí y no en otra persona, pero también sé cómo suelen acabar las historias de amor. El compromiso siempre me ha resultado complicado, aunque paradójicamente, necesito una burbuja, un núcleo en mi vida que compartir con alguien a quien quiero.

—Te lo ruego, no dudes de mí por lo que pasó. ¿Te acuerdas del día en que vimos *Polar Express*, tu peli de animación favorita para las Navidades?

—Sí, claro.

—Ese día me dijiste que siempre oirías el cascabel. El cascabel de los renos de Papá Noel significan mucho más para ti, ¿verdad? Representa la esperanza, la felicidad. Liv, no eres la mujer infantil que creí al principio, no eres la mujer soñadora que no quiere madurar. No. Al contrario: eres una adulta que sabe conservar la ilusión infantil. Ese encanto que emociona a todo el mundo durante las fiestas, tú lo tienes todo el año. Eres la estrella en lo alto del árbol de Navidad, el brillo sobre el mantel la noche del veinticuatro, la nieve que cae el veinticinco, con la que los niños se embelesan, el aroma a galletas que vuelve locos a los más pequeños, el olor a ponche de huevo que hace soñar a los adultos. Eres uno de los cascabeles y silbatos de Papá

Noel. Es más, me atrevería a decir que eres uno de los duendecillos. Liviana, eres mi espíritu navideño. Has hecho brillar de nuevo las estrellas para mí. Mi cielo estaba oscuro por la infidelidad de una mujer a la que creía amar y por la muerte de mis padres, que nos dejaron de forma tan repentina. Me has devuelto a la vida a través de las pequeñas cosas que son esenciales para nosotros, pero que, con tanta facilidad, se tachan de triviales.

Austin para y recupera el aliento, pero tengo la impresión de que aún no ha terminado. Si supiera lo que ha suscitado en mí con esa simple referencia a mi película de animación favorita… Me fallan las palabras: soy toda emoción. No puedo evitarlo: siento que se me llenan los ojos de lágrimas. La dulzura que Austin me ha mostrado esta tarde me ha hecho imposible huir, alejarlo de mí, ser pesimista. Ha conseguido ponerme patas arriba con sus palabras. Lo ha trastocado todo, empezando por mis sentimientos.

Ay, no, es al revés, ¿verdad? ¡Dejadme, si apenas sé quién soy!

Austin se aclara la garganta y mete la mano en el bolsillo.

¡Dios mío, noooo! ¡No lo hagas!

Mi ritmo cardíaco aumenta. A ver, tengo claro lo que siento por él, pero lo de que me pida matrimonio… *¡No, gracias!* Lo siento, pero no estoy hecha para casarme y no es propio de mí comprometerme a algo así en menos de un mes. Pero al ver que saca un collar, suspiro aliviada.

—Me gustaría que aceptaras este regalo. Significa mucho para mí. En primer lugar, creo que te representa bastante bien. Aúna la fuerza que encarnas, la felicidad que has creado en mi mundo, el amor que siento por ti. Porque sí: te quiero, Liv. No en plan comedia romántica, no en plan convencional, pero te quiero de una forma que no se puede explicar. Eres la bola de nieve con sabor a café que me golpeó con la fuerza de un ladrillo. No vuelvas a salir de mi vida: ocupa tu lugar en mi corazón.

Me tiende la mano y entonces descubro un fino collar de oro con un colgante. Ahora mismo, lo que siento supera con creces todas mis emociones. Una lágrima, no tan solitaria después de todo, cae por mi mejilla. Es un cascabel de oro. El último regalo de Austin es un colgante en forma de cascabel, exactamente igual al de la película. Además, el lacito de tartán rojo que cuelga de él le da un toque de color.

Me tiembla todo. Las emociones me desbordan, y siento que si hablo, se me quebrará la voz.

¿Qué puedo decirle? ¿Cómo se lo explico? ¿Qué hago? ¿Qué palabras uso? ¿Cómo actúo? Tengo tanto miedo de no poder hacerlo, tanto miedo de que todo termine o se vaya al traste…

De repente, mi conciencia:

Tan solo dile lo que te dicta el corazón.

—Austin, yo…

—Estoy enamorado de ti, Liv —me interrumpe—. Ya sé que no tiene sentido. Solo nos conocemos desde hace unas semanas, vivimos lejos el uno del otro, en dos continentes distintos, tenemos ritmos de vida claramente diferentes, pero a pesar de todo, te quiero. Antes de ti, creo que ni siquiera sabía lo que era amar…

Soy todo lágrimas y sollozos. Me precipito en sus brazos y respiro su delicioso aroma. Su calor me envuelve. Aquí todo es reconfortante y agradable y siento cómo me apoya la barbilla en la cabeza. Austin inhala profundamente. Está esperando a que diga algo, esperando oír cómo acabará esta noche y cuál será el camino que tomarán nuestras vidas.

—¡Joder, Austin, te quiero! ¡Por eso hui! Me enamoré de ti con una rapidez inaudita, y eso me aterra. Pero ahora que sé que sientes lo mismo, quiero atreverme. ¡Te quiero, te quiero, te quiero!

Con una dulzura increíble, me pone la mano en la mejilla y va subiendo por mi rostro hasta que nuestras miradas se encuentran. Una vez ahí, no somos capaces de soltar al otro. Lo que ocurre entre nosotros es indescriptible. No sabría explicarlo: es como si me sumergiera en su alma. Algo nos ha unido desde el primer día, desde que nos conocimos, desde el momento en que su café acabó en su abrigo y después… bueno, el resto fueron insultos.

Austin me acaricia la cara y se acerca. Mis labios rozan los suyos y su áspera barba de un día me raspa la piel, pero la sensación es más que placentera. Todo mi ser parece encontrar de nuevo el equilibrio. Nuestro beso es más intenso que nunca: es una promesa, una ola de cambio, un momento de pasión, el instante en que nos volvemos uno.

Cuando nos separamos, apenas podemos respirar, abrumados por tanto ardor e intensidad.

—¿Te gusta el dúplex? —me susurra.

—Sí, ¿por qué?

Austin estira los labios en una sonrisita maliciosa y un brillo travieso se refleja en sus ojos. Y entonces, todo cuadra.

—¿Eres tú? El misterioso propietario eres tú, ¿verdad?

—Bueno, necesitaba una excusa para volver a verte… Y no, no soy el propietario, pero la persona en cuestión me debía un favor.

—¡Estás loco!

—¡Loco por ti! ¡Por estas Navidades y todas las que nos quedan!

Bueno… Sé que esta es una historia algo disparatada, pero es la mía. Esta noche marca el inicio de otra etapa. *Año nuevo, vida nueva, y de paso, nueva relación.* Mi vida es una locura, pero ¿qué leches? ¿Qué más se puede pedir por Navidad?

---

[1] *N. de la T.* Tipo de lámpara de techo.

Agradecimientos

Con estas páginas, pongo fin a mi tercera novela, a las puertas de 2022. Ha sido una aventura cubierta de nieve, todo para aprovechar mi pasión por la escritura, así que, sin duda, mi primer agradecimiento es para vosotros: la comunidad lectora. Sin vosotros, nada sería posible, ¡soy más que consciente! Una cosa es garabatear en montones de hojas sueltas, algo que empecé a hacer en la universidad, pero escribir y compartir mis ideas e historias con vosotros no tiene precio. Mil gracias.

Quiero que sepáis que me encanta interactuar con vosotros en Instagram y Facebook y leer vuestros comentarios sobre mis novelas. Espero que disfrutéis de esta tercera tanto o más que de las otras. Os regalo un poquito de espíritu navideño, ¡porque vosotros sois la magia que me acompaña durante todo el año!

Pronto será 2025, así que espero que este vínculo que se ha forjado entre nosotros perdure mucho más. ¡Os prometo que aún tengo muchas ideas en el tintero para que disfrutéis de la lectura! La traducción al español de esta novela es mi primer paso en el ámbito internacional, y le agradezco a Cherry con todo el cariño de mi corazón que hayan decidido traducirla. Gracias por darme esta oportunidad. ¡Guardo la esperanza de que otros libros sigan el mismo camino!

Gracias, gracias y gracias a mis amigas. A Marie e Isabelle, que me leen, me siguen, me guían, me apoyan y creen en cada una de mis ideas, ¡incluso en las más locas! Sois mis confidentes, mis primeras lectoras y también mis fuentes de inspiración. Os debo tanto… Por cierto, Isa, ¿cómo te sientes después de leer esto? Te imagino despotricando y con lágrimas en los ojos, ¡descubriendo esta versión de *Bordel, c'est Noël*[1] que no te dejamos ver!

En fin, nos vemos pronto; espero que con otra historia de amor. Mientras tanto, ¡que paséis unas felices fiestas!

[1] *N. de la T.* Título original de la novela en francés.

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@leonie_lonval
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la cubierta: Keti Matakov